



Tu  
Voz  
*en mi*  
Silencio

Lizbeth Azconia



Tu  
voz  
en mi  
Silencio

Lizbeth Azconia

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta obra son o bien producto de la imaginación del autor o han sido utilizados de manera ficticia.

Tu voz en mi silencio

*Lizbeth Azconia*

Primera edición: Enero 2020

ISBN: 9798606756629

Del texto Lizbeth Azconia

De la portada: Lizbeth Azconia

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos dentro de la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler, o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

*Para papá, que ya no está pero siempre escuchó.*

*Ayer quise dormir sin soñarte,  
Hablar sin pensarte,  
Fumar sin recordar que puedo morir mañana...  
Y no encontrarte.*

FRAGMENTO DE LA CANCIÓN QUE DIO FORMA A ESTA  
NOVELA.

## Prefacio

Podía percibir los olores del callejón y estaba muy oscuro y húmedo. Después de sentarme en un escalón tras la puerta de servicio, me di cuenta de que se hallaba tan vacío como un cementerio por la noche, y que la luz del anuncio neón que brillaba sobre mi cabeza, parpadeaba con la intención de atraer a cualquiera que pasase por allí. En la acera que había a algunos metros de distancia, uno que otro transeúnte recorría la calle, también vacía y cobijada por un manto de brillo, a causa de la lluvia; para entonces solo se sentía el ambiente frío que dejaba esta, más la sensación de que el calor incrementaba alrededor y subía hasta ti como envolviéndote.

Me aferré a mis piernas y las recorrí un poco, casi hasta que mis rodillas golpearon mi pecho. Tenía el cabello alborotado por el clima. Me arrepentí al instante de no haberlo llevado sujeto o al menos de haberme prevenido con una goma para amarrarlo en una coleta o un moño.

Cerré los ojos, impaciente porque aquella noche terminara. Minutos antes de que el tercer grupo acabase su presentación, me había llevado uno de los tragos típicamente amargos de mi existencia: mi madre había enviado un mensaje diciendo que en vacaciones navideñas (habíamos quedado que yo la visitaría entonces) se iba a Malibú, con su nuevo novio.

Aquello terminó con mi buen humor.

Luego de que Aarón, mi padre, me instara para que saliera de fiesta con mis nuevos compañeros de escuela, yo había creído que sí, que el aire de la capital me vendría bien, y que hasta acá (había sacado la matrícula en la facultad de Filosofía y Letras) las irresponsabilidades de mamá no podrían alcanzarme.

Esa era una de las estafalarias virtudes de la mujer que me había dado la vida: arruinar cualquier cosa que me gustara, incluyendo planes de los que no sabía nada en lo absoluto. Por ejemplo, la música de guitarras electrónicas y letras compuestas llenas de melancolía que sonaban en ese momento, y que desgraciadamente me estaban provocando dolor de cabeza.

En otra ocasión hubiese gritado con toda mi alma los estribillos...

—Nada puede salir peor —suspiré, en una frase cargada de ira.

A lo lejos podía escuchar el repiqueteo de las bocinas con la música que todavía no cesaba. Sin embargo, a diferencia de cómo había sido nada más llegar a aquel bar, no logré sentir en la piel la estridencia de las cuerdas de la guitarra ni el estrépito que la batería causaba en cualquier muro circundante. Si bien el clima era caluroso, yo me sentí repleta de llamas. Pero no cualquier llama, sino la misma llama que te baña de pies a cabeza cuando quieres gritar y no puedes, o cuando quieres llorar y te da vergüenza hacerlo.

Entonces sucedió: la luz del letrero neón se extinguió como los colores matutinos del alba. La risa que me asaltó no pude reconocerla. No supe si era de diversión o de impotencia.

La puerta a mis espaldas chirrió; escuché el sonido de los goznes al cerrarse y abrirse y luego un eco sordo de pasos sobre el piso, que se aproximaban a mí.

Al principio creí que se trataba de uno de mis compañeros, pero al no sentir a nadie que se sentara a mi lado ni a nadie que me preguntase qué hacía allí, fui consciente de que era un completo desconocido. Cuando me giré para verlo, sentí, aunque realmente no alcanzaba a

distinguir su rostro muy bien, ni su vestimenta, que me escrutó.

Lo único que alcancé a ver con claridad fue un punto anaranjado a la altura de su cara, que se apagaba y se encendía de hito en hito —iba vestido de negro—: el tipo estaba fumando un cigarro. Dándome por enterada de que había salido a fumar a ese espacio me puse de pie, mientras tragaba saliva y me preguntaba si podría encontrar un taxi para marcharme. Tenía que darle su momento de soledad a aquella persona y mi turno ya había acabado.

Al girar sobre mis talones, vi que el punto anaranjado se había ido, y que él permanecía en silencio, mirándome a través de la oscuridad. De pronto me sentí nerviosa, pequeñita, a pesar de que no lo estaba viendo directamente a los ojos.

Armándome de valor, caminé hasta la puerta de servicio, logrando evadir la figura recargada en la pared aledaña. Al mismo tiempo que sujetaba la manija de la puerta, me di la oportunidad de observarlo. Aún en la umbrosa noche, distinguí sus rasgos finos, el mentón con un ligero abultamiento, y el cabello oscuro. Deseé poder verlo mejor, pero, me dije, aquella no era la más indicada de mis noches.

—Fumar provoca cáncer de pulmón —le dije.

No supe qué esperar de él, así como tampoco vi su reacción.

Escuché el ruido de un carraspeo, y le vi sacar de uno de los bolsillos, o eso quise suponer porque la realidad era que apenas veía lo suficiente, un estuche color plata, que rutiló con fuerza, como con luz propia. El hombre, joven o lo que fuera, lo abrió y me lo extendió, dando un paso hacia mí.

—No fumo —susurré, mirando el tono pálido de su antebrazo.

—¿Lo has probado antes? —preguntó él.

En mi nuevo grupo de clases había varios chicos, todos con voces varoniles dada la edad que teníamos la mayoría en el primer año de universidad, pero, sin importar que cualquiera pareciera grave y bonita, o masculina, aquella me resultó hipnótica. Había un dejo de pereza en sus palabras, como si el solo hecho de abrir la boca y espetarme algo le causara repelús.

—No. No realmente —respondí, y solté la manija de la puerta.

Me recargué contra el muro de mi lado. Él hizo lo mismo, pero en su lado. Había tan solo un metro y medio, quizá dos, de distancia entre nosotros.

—De hecho —Me crucé de brazos. Él mantuvo el pitillo en la mano, mientras se metía la izquierda al pantalón. Si sacó algo no pude notar nada porque estaba entretenida tratando de ver su rostro y su cuerpo, el cual, ahora estaba segura, iba ataviado en pantalones ajustados—, nunca aprendí...

—¿Cuántos años tienes? —inquirió, en lo que yo me percaté fue una interrogante forzada, trémula.

Sentí que le había aterrorizado murmurar aquella pregunta...

—Los suficientes para estar aquí. —Hubiera podido jurar que su rostro se hallaba confundido, por lo que rápido agregué—: Novata: es mi primer año en la UNAM.

Lo escuché suspirar. Y lo vi dar un paso firme en mi dirección.

Otra vez me ofreció el pitillo.

—Tómalo —dijo, con más seguridad que antes—, entenderás por qué, luego de fumarlo, te olvidas del cáncer aunque sea unos minutos.

Lo consideré un momento, pero luego decidí que la noche ya había sido todo lo abrumadora que yo necesitaba. Abrí los ojos con expectación cuando él hizo un ademán de apremio. Escuché un chasquido y una pequeña llama nació delante de mis ojos.

La que tenía al frente era la mirada más radiante que yo hubiese visto alguna vez. De color casi transparente, pero con un raro, rarísimo tono café alrededor de las pupilas; una expresión tristonada, que transmitía emociones de diferente calibre, era lanzada por aquel par de iris. Dichas emociones de las que fui más consciente apenas tomé un cigarro de su estuche y lo coloqué entre mis labios.

El muchacho en la oscuridad acercó la llama a la punta del cigarro. Acto seguido, masculló—: Inhala un poco, solo un poco... —Lo hice, mientras percibía el cálido sabor a menta y tabaco en mis papilas—. Listo. Ahora déjalo un momento...

Volví a hacer caso de su pedido.

—¿Estás pensando en el cáncer ahora?

Me había quedado muda, porque no conseguí responder, pero él, en cambio, mesó su cabello en cuanto guardó el estuche en su bolsa, imperturbable, de movimientos controlados y sinuosos, aun así.

Caminó hacia la puerta de servicio y tomó la manija con su mano derecha, sin voltear totalmente el cuerpo, todavía mirándome.

—¿Te gustaron las presentaciones?

Intenté sonreír. El cigarro de mentol se consumía en su propia llama...

—Un tema en especial; Amor: es espeluznantemente hermosa, de...

No recordé el nombre de la banda, por lo que fruncí los labios y lo observé, entre apenada y sigilosa... él también me veía con detenimiento.

—Fobia —completó él—. No te fíes de ellos. Mucho menos del vocalista: dicen que es un amargado que le tiene miedo a la oscuridad: y que fuma mucho para ser tan joven...

Abrió y cerró la puerta en un movimiento tempestuoso. Yo quise comparar la voz del vocalista/guitarrista con la de aquel joven. Sentí que había una gran coincidencia, pero cuando entré en el bar vi que había demasiada gente pululando aquí y allá como para siquiera intentar buscarlo.

Miré mi cigarrillo y lo alcé con la intención de dar otra calada. Después de hacerlo, me di cuenta de que, en efecto, mientras el humo ingresaba en mi boca y era detenido en mi paladar, no pensaba realmente en el cáncer.

Tampoco pensé en mi madre. Lo único que podía hacer al seguir inhalando el humo tóxico, era recordar la figura que ahora parecía nada más una ilusión. Estando por la mitad del cigarro lo apagué, decidida a guardarlo como un recuerdo: mi primera memoria dolorosa en aquella ciudad.

Quizá me olvidaría de la voz del tipo, pero si me quedaba con el cigarro, nunca olvidaría el momento. El momento pesaba mucho más que el humo y el cáncer en mi conciencia.

# 1. Nina, como en los noventas

Era la primera vez que visitaba la academia de música en la que trabajaba Aarón. Pese a que habían pasado dos años tras mudarme a vivir con él, nunca se me había presentado la oportunidad como para entrar en ella.

Papá pasaba muchas de sus horas en aquel colegio privado, y cuando tenía que quedarme sola en casa siempre se debía a que necesitaban su presencia en algún concurso de índole académico o profesional. No me gustaba hacerle preguntas y él siempre parecía reacio a compartir conmigo esa parte de sí.

Era algo tan sagrado para él, la música, que me provocaba escalofríos.

—Disculpe. ¿Aarón Lúa? —le pregunté a la recepcionista, que estaba detrás de un gran escritorio de madera.

Todo el interior de la escuela era de tabique, igual que el exterior, salvo por los cuadros que adornaban las paredes en determinados lugares.

La mujer al frente me miró con aire meditabundo.

Enarqué una ceja en su dirección.

—¿Estás aquí por una audición? Porque estamos llenos...

Me había ocurrido muy seguido, por la cercanía entre mi facultad y la academia, que me preguntasen si asistía a ella; las veces que llevaba la guitarra conmigo, encerrada en su estuche, que estaba lleno de pegatinas aquí y allá, ocurría con más regularidad.

Aun así no había podido acostumbrarme.

—No —le dije—. Soy su hija. Me llamo Marina.

La mujer dio un respingo involuntario y aproximó la mano hacia, supuse, un teléfono. No dejó de mirarme ni un segundo, ni siquiera cuando, supuse, mi padre le había pedido que me enviara hacia el lugar en el que daba sus clases especiales.

Como favor único en su tipo, Aarón me acababa de pedir que le llevara un cuaderno con nuevas composiciones porque lo había olvidado en casa —el reloj daba las cinco por la tarde— y el alumno con el que estaba era tan importante, citando sus propias palabras, que «es imperativo que solicite tu ayuda en esta ocasión de fuerzas mayores, hija». Así que me vi en la necesidad de acudir a su pedido de auxilio, porque me sentí necesitada por él y no podía quedarle mal.

Nuestra relación padre-hija se había atrofiado durante los últimos diez años que yo había vivido en Phoenix, con mamá. Hasta que tomé la decisión de volver al lugar en el que había nacido. Pero más que nada, había tomado aquella decisión porque mi madre se volvió total y completamente loca.

Subí las escaleras coloniales luego de cruzar un pasillo, revisando con mucha atención todo cuanto me pasaba por el frente; incluso había visto fotografías de músicos famosos en el país que habían sido parte del cuerpo estudiantil en la Academia.

Mi padre tenía fama de ser un maestro entregado a su pasión; lo que la gente no sabía era que esa forma era la única que él conocía para expresar sus sentimientos. De otro modo estaba frito. Y yo con él, ya que, por desgracia, había heredado la característica de quedarme sin palabras

cuando de temas del corazón se tratase.

El aula en la que Aarón daba sus clases especiales se encontraba al fondo de un pasillo más largo que el primero, el de la primera planta; al recorrerlo, vi que muchos salones estaban vacíos, y que en otros tantos se hallaban alumnos solitarios practicando con distintos instrumentos musicales.

Entonces lo oí.

No entendí por qué, pero supe que mi mente reconocía aquella voz. Sentí que la había escuchado miles de veces en mi cabeza y que la continua repetición del timbre lo tenía memorizado; me impuse la tarea de, mientras avanzaba con pasos de caracol hacia el aula, intentar mirar en los recovecos de mis memorias, los vagos, los completos y también los dolorosos.

Allí estaba.

En medio de una noche con furia, lluvia y humo de cigarrillo.

La voz del tipo, del que no pude averiguar si era el vocalista de la banda. Era él.

Me quedé de pie en el umbral del aula, que tenía una puerta vaivén de color del ébano. La leve resonancia de una guitarra surgió por el resquicio de la puerta que estaba abierta. Permanecí en silencio, absorbiendo las notas que fluían del interior, los tonos de su voz —también se escuchaba la de papá, pero la del tipo era... distinta.

Con los dedos temblorosos de mi mano derecha, empujé el metal que impedía la entrada al salón. Era una habitación con sillas de madera acomodadas en forma de círculo. En el centro, justo en el diámetro, mi padre, que estaba de frente a mí, y el tipo, que estaba de espaldas a mí, practicaban, sumergidos en un océano de olas musicales... Sin embargo, la manera del muchacho para tocar era impresionante.

Estaba haciendo que todo lo que yo sabía de mi guitarra quedase convertido en una enorme, enorme nada.

—¡Ah, Nina! —Aarón dejó unas hojas a un lado, sobre otra silla, mirándome con una sonrisa.

Se puso de pie al mismo tiempo.

El chico no se levantó ni se giró en su asiento para imitar a mi padre, que ahora se dirigía hacia mí.

Ya teniéndolo frente a frente, comprendí por qué la recepcionista me había observado con tanto ahínco: papá llevaba una camisa de franela de color rojo, desabotonada completamente, y debajo una camiseta blanca. Sus jeans de mezclilla eran desvaídos y tenían una abertura a la altura de la rodilla.

Estaba usando sus zapatos Caterpillar de color camel.

A excepción de que mi pantalón tenía la abertura descocida en la pierna izquierda, nuestras vestimentas eran... demasiado parecidas.

—Gracias, cariño —me espetó.

Mi corazón se hinchó en ese momento; salvo que no alcancé a distinguir si era porque papá, luego de ser huraño y avanzar conmigo muy lento, me había llamado de aquella forma, o porque el tipo con el que estaba ensayando —el muchacho de la oscuridad que me había obsequiado un cigarrillo— había comenzado a cantar *Amor*.

Era la misma canción de la banda que me gustó.

Mi cerebro, confundido, exagerado, me preguntó por qué nunca había vuelto a aquel bar.

Le respondí una sola cosa: a mi madre no le agradaba que saliera a esas horas de la noche, y como por entonces no había cumplido la mayoría de edad... había querido evitarle a Aarón un trago amargo con la mujer. Aun así, con el tiempo, el momento tan pesado de la voz del joven, se

hundió en los miles de tareas que con la universidad, la adaptación, el primer año, y todo lo demás, se me vino encima.

Ahora, por otro lado, estaba libre como un colibrí.

Me sentí como un colibrí.

—¿Quieres oír la nueva composición? —mi padre inquirió.

Le dije que sí con la cabeza y lo seguí hacia el diámetro del círculo hecho de sillas.

Fuera de los instrumentos repartidos por la sala, del pizarrón al fondo, de los ventanales enormes y largos que dejaban entrar mucha de la luz solar, era un lugar austero. Me resultó acogedor.

Hice descansar el estuche de la guitarra en una silla al fondo, y me coloqué a un lado de mi padre.

El chico tenía la cabeza agachada, y parecía estarle susurrando cosas a las cuerdas de la guitarra, que abrazaba con la fuerza necesaria como para darse cuenta de que la estaba afinando. Cuando levantó la vista, no solo vi la montura metálica de sus gafas, ni sus ojos —quién sabía de qué color— a través del cristal, sino que vi, en un instante, cómo luce una persona que no quiere ser reconocida.

Su gesto auguraba dolor.

Y yo estaba harta del dolor.

Me crucé de brazos, escrutando con disimulo su ropa; la camiseta gris que traía puesta, con el logo de *Kings of Leon* en una calca, su pantalón negro que se le pegaba a las piernas por su postura en la silla, el reloj en su muñeca izquierda y los tenis Vans. Tenía el pelo castaño, con rulos definidos que se le asomaban en el fleco, que llevaba más largo que el resto del cabello. Un pirsin en el labio inferior, bajo la comisura izquierda.

Lo vi parpadear, y le vi desviar la vista hacia papá.

—Ésta es mi hija: Marina —me presentó Aarón—. Llámala Nina. Suena más sofisticado.

Sonreí, al tiempo que entornaba los ojos.

—Como en los noventas —susurró el sujeto del que todavía no sabía el nombre.

—Allie es uno de mis mejores estudiantes —apuntó papá, mientras rebuscaba entre las hojas que yo le había llevado—. Estudia en la Academia, da clases de piano...

—Y veo películas de Argento sin vomitar —lo interrumpió Allie, que acababa de dejar de morder su pirsin por dentro de la boca.

Mi padre se echó a reír.

Allie hizo repiquetear un par de cuerdas.

—Los verdaderos talentos no se dejan de lado, *jamás* —dijo papá—. ¡Eureka!

Me extendió una hoja, que en realidad, lo noté apenas sujetarla, era una partitura con borrones, palabras, ajustes y demás.

—Allie y yo hemos trabajado en ella desde...

Se lo pensó unos instantes, miró hacia Allie y sacudió la cabeza.

—Diciembre. 2012 —lo apremió su estudiante. Se acomodó el centro de las gafas al tabique—. Casi terminamos.

—¿Por qué *casi*? —les pregunté, arrastrando una silla y sentándome al pie de ellos.

Ambos se miraron unos instantes; mi padre se rascó la barbilla y Allie recargó la espalda en la madera de su lugar. La silla rechinó con el cambio de peso.

—Nina toca la guitarra desde pañales, y también canta —asintió papá—. Tal vez te pueda dar su opinión...

—Tengo otros talentos —dije yo, me acomodé el pelo en un nudo arriba de la cabeza.

Para ese instante, Allie ya tenía puesta sobre mí una mirada de extrañeza; su ceño se había arrugado en el centro de su frente y sus ojos, entornados, se veían oscuros. De pronto, su gesto se ensombreció: su mirada, concentrada en mis ojos, parecía lanzar llamas, hielo o cualquier cosa que pudiera hacerte sentir incómoda. Sin embargo, yo me sentí suspendida en el rumbo de su mirada, en la expresión cansada y tímida de su boca, que también estaba fruncida en una línea tan delgada como una de las cuerdas de su instrumento.

Mi padre carraspeó... Yo aparté la vista, y aún podía sentir la de él en mí, en mí.

Pasé la saliva con más dificultad de la que esperaba.

—Tienes el talento de ser hija mía —añadió papá—. Que quede claro.

—Sé fumar —le espeté, una sonrisa forzada tirando de mis labios—. Alguien me enseñó en “El Atlántico”.

—Ah, sí —murmuró Aarón—. Allie y su grupo tocan allí. Es a donde voy cuando llego tarde a casa.

—Es un lugar interesante —añadí.

—La próxima vez que acuda te llevo...

Un silencio se entremetió en la plática: porque no supe qué responder. De cualquier modo, el sonido chirriante de las cuerdas relleno el espacio y lo convirtió en una atmosfera de humo, como si en serio pudiera palpase la melodía que producía la guitarra.

Los rulos de Allie se movieron en su frente cuando tocó un par de cuerdas y se agachó para escuchar el sonido.

Se detuvo, mirándome.

—Está mal —comentó—. Hay un hueco ahí.

—¿Qué es la música si no una búsqueda continua de sentimientos? —citó papá.

Le sonreí de lado.

Allie me estaba mirando todavía; el recuerdo del momento en el bar taladró mi mente. El recuerdo de su voz me hacía estremecer, y la forma tibia de su presencia, el tono pálido de su piel y los pequeños callos que se asomaban en sus yemas; era como estar viendo una partitura entera.

—Recuerdos —dijo Allie.

—Sueños —mascullé. Ambos hicieron un mohín de aprobación, mas fue papá quien suspiró larga y sonoramente.

Allie comenzó a tocar de nuevo la guitarra, pero esta vez con un control sumo y delicado. Mantuve, mientras mis ojos no buscaron los de él, la mirada fija en el movimiento tembloroso de sus falanges, que parecían amoldados a las cuerdas.

Su voz intentó resoplar el inicio de la canción; la introducción sonaba a «sueños-oscuridad-humo-voz-en-el-silenció». Tras no continuar, Allie tarareó la primera estrofa. Aarón me tocó la rodilla con una de las hojas que seguía sosteniendo en la mano derecha, y alzó las cejas en el instante en el que lo miré para ver qué quería...

Abrí los ojos al notar que me instaba a que leyera la canción, y esta, de repente, se sentía más viva entre mis manos.

Allie tocó de nueva cuenta la introducción, alzó la mirada hacia mí, la agachó otra vez y entonces...

—¿Señor Lúa? —Era la voz de una chica que se asomaba por la puerta, sujetando con fuerza el pomo.

Cuando el chico a mi lado no se volvió a mirar quién era quien estaba interrumpiendo la

sesión, vi que sus modales no le permitían romper la estela musical en la que yacía sentado, como si estuviera rodeado no por sillas, ni por muebles o instrumentos, sino por algo más.

Algo que no me permitió ver.

Aarón se levantó de su silla, dejó la carpeta en el asiento y fue hacia la chica, que todavía miraba hacia nosotros con un aire curioso filtrándose en sus facciones. Justo antes de salir detrás de ella, al recorrer el salón desde el centro, mi padre se giró parcialmente en los talones, sus manos asidas de la puerta.

—Ustedes continúen —nos dijo—. Espero no tardar.

Con el chasquido del seguro, la puerta cerrada y la burbuja musical sin ningún tipo de daño, Allie entonó las mismas notas que hacía unos segundos había intentado. Él acababa de decir que la música era recuerdos, que estaba hecha de memorias; apenas suspirar las primeras frases de la canción, fui consciente de que era verdad.

En el título había un nombre incompleto, porque el apellido era solo una enorme «B» escrita en letra cursiva. Incluso su escritura se veía monótona, agrídulce, pero hechizante: como un brebaje que incita a beber de él aun sabiendo que es venenoso.

—¿Cómo se llamará? —le pregunté.

Había dejado de tocar porque le escuchaba algo raro a una cuerda, y a pesar de que yo no oía nada, sentí que tenía razón: o tal vez no era su guitarra. Sino nosotros. Ni él ni yo encajábamos en la tonada, o quizá... simplemente...

Le faltaba algo.

—No tiene título. Aún —musitó en respuesta.

Me mordí un labio, mientras leía por completo la letra.

Al llegar al estribillo, me vi en la necesidad de levantar la mirada hacia él de nuevo. Me estaba observando. Abrazaba la guitarra a su pecho, arrebuñado en la silla de modo que tenía una apariencia de desgarbo muy particular.

El rulo de su fleco le caía para el ojo derecho.

Estaba moviéndose el pirsin por dentro de la boca.

—¿Por qué nunca te había visto por aquí? —inquirió.

No había dejado de mirarme.

Tampoco yo había dejado de mirarlo.

—¿Aarón no te había hablado de mí?

Él negó con la cabeza; un acto perezoso, incluso melancólico.

Respiré lo más hondo que pude...

—Nos estamos adaptando a vivir juntos —le dije—. Supongo que le llevará un tiempo mezclarme con la música.

—¿Qué padre no está adaptado a sus hijos? —insistió Allie, que se quedó circunspecto, con un halo de pedantería en la cara.

Me obligué a mirar en otra dirección que no fueran sus ojos; mi cuerpo estaba en medio de una batalla entre los nervios y mi brillante forma de acaparar los momentos incómodos. Pasé por alto la impertinencia en su tono, y releí el estribillo.

—Es que vivía con mi madre hasta hace dos años. Nos fuimos de México cuando yo tenía ocho.

Asintió.

—Aarón es genial —comentó él. Se levantó de la silla y dejó la guitarra recargada contra el asiento. Yo lo seguí con la mirada, entretanto que él me daba la espalda y se acercaba al ventanal

—. No conozco a una persona más capaz de entender la música.

Aquella no era la primera vez que oía la misma frase: entender la música. Por un momento insípido, me sentí asolada por la comparación de mi padre. Para mí, era difícil que me dijeran lo estupendo que podía llegar a ser, ya que lo conocía muy poco en realidad.

Mis recuerdos sobre Aarón en la infancia eran muy pobres; sobre todo porque ahora lo veía más como a un fiel compañero que como a mi progenitor. No obstante, el augurio de que Allie tenía razón me inundó por completo; mi cerebro me decía que sí, que papá era genial y que podía entender la música (yo no sabía qué significaba esta frase).

—¿Allie es tu nombre real? —quise saber.

Él se dio la vuelta, mirando el techo, o fingiendo que miraba el techo, antes de decir—: No. Un apodo.

—¿Qué clase de apodo? —me reí.

Sus ojos me inspeccionaron con premura. Agarró una silla y se sentó a horcajadas en ella.

—La clase de apodos que te pone tu madre cuando no puedes pronunciar ni tu propio nombre —murmuró.

En sus labios se curvó una sonrisa de lado, que se esfumó cuando la puerta resonó dos veces: abrir y cerrarse.

—Quieren expulsar a dos alumnos por sabotear los instrumentos de otros —Papá comenzó, tras acercarse al lugar en donde se había sentado, a juntar sus hojas y guardarlas en la carpeta. Me miró—. ¿Puedes ir a casa sola? Tengo que estar presente en la junta...

Hizo una mueca de desprecio, como si la eventualidad le ocasionara acidez.

—Yo puedo acercarla si quieres —propuso Allie, cuyo nombre real no me había dicho—. Me queda de paso.

—¡Estupendo! —se alegró Aarón, que se aproximó a mí y me tocó un hombro, aliviado porque no iba a sentirse culpable de no conducirme a casa él mismo siendo que había ido hasta allá por él.

Al tiempo que mi padre salía del aula, y Allie guardaba su guitarra en un estuche apoyado junto a otra silla, sujeté el mío y lo agarré con más fuerza.

—De hecho —mascullé, acercándome a él—, iba a una cafetería aquí cerca...

—¿Por eso tienes tu guitarra? —preguntó, abriendo la puerta y haciendo un ademán para invitarme a que pasara primero—. ¿Te espera tu novio...?

La pregunta se quedó dando vueltas arriba de mi cabeza, resonando como un infortunio que no debía ser sujetado para no convertirse en realidad. A pesar de ello, él sí había hecho aquella pregunta, y yo la había escuchado lo suficientemente claro como para percatarme de que estaba muy fuera de lugar.

—Eso no es relevante —dije. Él se ajustó la cinta del estuche al hombro. Estábamos cruzando el largo pasillo que precedía a las escaleras. No había nadie allí.

—En efecto: no lo es —se rio a mis espaldas. También me acomodé la cinta del estuche al hombro, sin importar que fuera muy ajustada ya—. Pero cuando una persona hace preguntas irracionales, es porque en realidad no tiene manera de conocer la respuesta que está buscando; salvo haciendo preguntas irracionales.

Reí de nuevo. Él también.

Comenzamos a bajar las escaleras.

Escudriñé las fotografías de la pared, los acabados de madera del pasamanos y el color del piso. Allie estaba tarareando el coro de *Do I wanna know?*

Mucho antes de salir de la Academia y de entrar en su auto, supe lo que iba a escuchar en cuanto estuviera en mi casa, a solas.

—No tengo novio —le dije, sentándome a su lado en la cabina del coche.

Él había guardado su guitarra en la cajuela, y la mía estaba recostada en su estuche en el asiento del pasajero. Mientras encendía el coche, se ajustó los lentes al rostro, apoyó su mano en la palanca de velocidades, y se arrellanó en su lugar, mirando al frente.

Ví su mentón partido, su quijada poco angulosa y la manera en la que su nuez se movió al tiempo que tragaba saliva.

—Alan —susurró. Ladeó su cabeza, me escrutó un momento (yo lo estaba mirando con más atención de la necesaria) y añadió—: Y tú eres Nina, como en los noventas.

Entonces recordé que dos años antes, había sentido que el principio de mi vida quedó marcado.

Aquel era el principio, sí, el principio del final.

No poseía el don de la clarividencia, pero se sintió así. Él se llamaba Alan y era el mismo del bar, de la noche de lluvia, de ira y de humo; era el joven del cáncer, el joven del que todavía guardaba un pequeño recuerdo: un cigarro casi completo.

## 2. El café de los novios

Cuando tenía la fortuna de ganar la carrera contra mi reloj despertador, casi siempre me quedaba mirando el techo, aún oscurecido. En esta ocasión, los despuntes del alba arañaban la penumbra; anunciaba día sin nubes y sin lluvia. Entonces la alarma emitió su chirriante pitido. Lo escuché desde el primer segundo que comenzó a cantar aquel sonido que ya me sabía de memoria, pero no me levanté.

Calentita debajo de mi colcha, continué buscando en los últimos suspiros de la noche la razón de por qué no había dormido nada. El recuerdo de un nombre, de una voz, y del ruido de las cuerdas de una guitarra resonaron en las paredes de mis oídos, como si hubieran estado ahí, esperando a que evocara por voluntad propia el día anterior.

Alan me había dejado afuera del café frente a mi facultad, donde solía reunirme con Gabriela, la compañera a la que no podía llamar mi amiga todavía. Él había mirado hacia adentro del lugar, con una inspección que en ese momento se me antojó curiosa y tímida. Pensé que estaba buscando a alguien y pensé que también tenía miedo de que ese alguien lo viera conmigo. Pero lo que me obligué a hacer le sacó una sonrisa.

Supuse que por esa particular imagen de sus hoyuelos en las mejillas y de cómo el lunar que tenía más arriba del labio superior se arrugaba junto a su piel pálida, el sueño se había ido de vacaciones lejos de mi cuerpo.

—Mucha gente acá cree que Gaby, mi amiga, y yo somos pareja —le había dicho.

Se formó un silencio entonces, que fue sustituido por su voz de nuevo.

Tras decirle que un día iría con mi padre a ver una de sus tocadas me bajé del auto, mientras él imitaba la acción y sacaba por la otra puerta mi guitarra, que estaba aún en el asiento del pasajero, como si fuera un vigía silencioso. No dijimos nada después. Yo no volví la vista atrás luego de agradecerle y sujetar el estuche entre mis manos. No sé si eso estuvo bien... No sé si hice bien en mostrarme tan nerviosa cuando apenas acababa de conocerle. Sin embargo, en cuanto atisé a Gabriela y esta alzó las cejas en mi dirección, inquiriendo sin en realidad espetar nada, me encontré con una encrucijada peor que el hecho de aceptar el revoltijo que tenía en el estómago.

Gaby me sonrió, titubeante. Se inclinó en su silla alta e hizo una de esas muecas que hace la gente cuando te sorprende en un acto no muy común de tu persona.

El acto en cuestión era que Alan me hubiera llevado hasta allá.

Dejé la guitarra a un lado de la otra silla, frente a ella, que continuaba mirando a la calle; había un dejo de tontería en su rostro. Parecía un bufón a punto de contar el mejor chiste del mundo. No era difícil adivinar quién sería el motivo de ese chascarrillo.

—Pero, Nina: ¡si ese de ahí era un chico! —dijo ella, arrellanándose en el asiento.

Se llevó ambas manos a la boca para dramatizar el momento y volverlo más incómodo —si fuera posible.

—Hoy no estoy de humor —mascullé.

Saqué mi cuaderno en el que escribía garabatos...

—¿Y cuándo sí? —respondió la chica, que sonreía como si en verdad la gracia fuera digna de

contarse en algún *Stand Up*.

Al observarla, me di cuenta de que la sinceridad en sus palabras al referirse a mis modales era lo que me mantenía atada a su compañía. Como si se estuviera convirtiendo en algo de suma importancia.

Nuestra relación estaba resumida en dos únicas cosas, ambas superficiales e irrisorias, como la gente cuando toma chocolate caliente en un vaso; porque este no es chocolate si no se bebe de una taza. El primero de los motivos para que Gaby y yo nos reuniésemos a procrastinar en el café de los novios, como le llamaban muchos en la facultad, era porque estábamos en la misma carrera, estudiando a Sartre, a Goethe y a todos esos que intentan comprender la vida aun cuando ni siquiera antes de su muerte pudieron comprenderse a sí mismos.

La segunda tenía que ver con la música, a la que ambas éramos adictas. A ella le gustaba oírme cantar y a mí me encantaba entonar sus letras. Era un genio en el arte de ajustar notas de voz y luego apuntalarlas con una palabra, poética o no. La magia de su cerebro consistía en que podía hacer de una frase nimia el próximo hit. Al menos desde mi punto de vista se sentía así. Las tardes que perdía junto a ella eran como horas recuperadas en mi aburrida vida, que hasta hacía dos años había sido una constante de preocupaciones, dolores musculares y noches buscando en discotecas a una persona que no quería madurar.

Pensar en mi madre siempre lograba sacarme el estupor a puñetazos de la cara. Así que en cuanto las memorias de mi rutina de ayer fueron impregnadas del pasado de tormentos que viví en Arizona, me erguí de un salto, dejando las confortables sábanas, el edredón y la cama que me recibía fingiendo ser una cuna de salvación cada noche (a veces me gustaba creer que mi cama estaba enamorada de mí, como en las novelas románticas, donde inclusive los objetos inanimados poseían sentimientos).

Para cuando me hube alistado, Aarón ya se encontraba desayunando, a solas, en el pequeño comedor del que gozaba la casa; alzó la vista y me observó con aire de felicidad. Lo que a mí me hizo feliz en ese instante de toparme con su figura de desgarbo y su apariencia de poeta antiguo, fue recordar que el día anterior me había llamado «cariño» enfrente de su mejor estudiante sin haber palidecido de vergüenza.

Por primera vez en dos años había comenzado a creer que los rayos del sol brillaban en mi cara y no solo en la parte trasera de mi cabeza —normalmente cuando sentía estrés, mi nuca parecía estar siendo hervida en agua—. Aarón escudriñó la página del libro que estaba leyendo y me extendió el tomo, entre dubitativo y absorto en lo que se notaba era una frase que acababa de robar su aliento matutino.

Bebía de una taza enorme, de colores satinados y un extraño dibujo musical en un costado. No me miró para observar mi reacción al leer un fragmento de un poema de Sábines.

—Sublime y ridículo —le espeté.

Él negó con la cabeza, se remangó la camisa gris de botones que llevaba puesta y me quitó el libro.

—¡Lo sabía! —exclamó con tal voz de júbilo que me ardieron las yemas de los dedos apenas soltar el librito.

Sus ojos se movieron de nuevo en la lectura, hasta que cerró las páginas y enderezó su cuerpo para mirarme directamente a la cara.

—Alan es especial ¿no crees? —masculló.

Su gesto desprendía aquel extraño vilo que le había visto a más de una persona cuando se halla a nada de descubrir una verdad por la que, al parecer, ha buscado toda su vida. Suspiré. También

me remangué la camisa de botones, pero en color negro, que llevaba encima. Mi padre todavía estaba esperando a que yo respondiera.

—Ridículamente especial —acepté, mientras sonreía—. Y ve películas de Argento sin vomitar.

Ambos soltamos una risa.

Al tiempo que se levantaba de la silla, Aarón me pidió que estuviera temprano en la casa ya que él iba a quedarse hasta tarde en la Academia. Sin decir nada más, se marchó, dejando la silla vacía, la casa en solitaria redención, y a una hija cuyo corazón le palpitaba en la garganta. Me tomé un café a las apuradas y abandoné el hogar de papá, en el que yo había pasado mis primeros años de vida y en el que ahora había conseguido un poco de paz.

De camino a la escuela, con un frío viento soplando afuera, me abracé a mí misma segura de que el tramo hacia la facultad no era tan largo ni tan pesado como para morir de hipotermia antes de poder llegar a mi clase de Filología Latina.

Tomé el bus en la avenida que intersectaba con la calle de mi casa y me senté en la última fila de sillas, que estaba vacía y helada al contacto con la piel, pues puse las palmas allí mientras intentaba recobrar el aliento. Me coloqué los audífonos en los oídos, recargué la cabeza en el espaldar y sentí cómo el hormigueo del colectivo me subía por la cadera hacia la columna vertebral.

En la entrada de la facultad de Filosofía y Letras, en uno de esos cajetes vejados por el tiempo, por la lluvia y por las personas que no respetan las construcciones ajenas, otro par de mis compañeros, y Gaby, se encontraban sentados alrededor; las volutas de humo subían por encima de sus cabezas y en cuanto estuve lo suficientemente cerca el olor a tabaco y a menta me inundó.

De pronto, cuando uno de ellos hizo un movimiento con la mano y me extendió un cigarrillo encendido, me vi en la necesidad de evocar un recuerdo dormido y recientemente despierto. Me lo quedé mirando unos instantes, a punto de temblar.

—¿No quieres? —preguntó el chico, que en realidad tenía por nombre Fernando.

Negué con la cabeza y me guardé en las bolsas de la chamarra las manos, que me habían empezado a tiritar.

Otro de ellos, Eduardo, miró el reloj en su celular y nos indicó que ya tocaba la primera clase: eran las siete por la mañana y mi día había dado inicio oficialmente.

El problema de pensar mucho en cosas particulares no es que te desgastes haciéndolo, ni que termines con jaqueca por darle vuelta a la misma idea en tantas ocasiones; no, el verdadero problema es que tu mente se convierte en un mecanismo repetitivo, como cuando oyes una canción que dices odiar y sin querer comienzas a tararearla, luego a cantarla y luego a repetirla una y otra y otra vez sin cansancio. Eso me estaba ocurriendo en plena clase de sociología, cuando el profesor en turno trataba de explicar el verdadero significado de «altruismo», acuñado originalmente por Auguste Comte.

La imagen de los rulos de Allie, sin embargo, de su cuerpo delgado y del resto de su apariencia casi angelical, se repetía en mis pensamientos una y otra y otra vez sin cansancio —así que para mí, el altruismo quedó en segundo plano—. Me sentí como un disco rayado, como una canción quemada y como esa telenovela cliché a la que le cambian el nombre, pero que ya se sabe que terminará con una boda espectacular, en una iglesia adornada espectacularmente, con una novia vestida espectacularmente.

Para la decimoquinta vez que chasqué mi lengua tratando de arrojar la sintonía en la voz de

Alan, ya me había desatado el moño dos o tres veces, le había mordido la goma a mi lápiz, y me había bajado y remangado la camisa otras tantas.

La ilusión me pinchó los huesos del tórax al pensar que tal vez el próximo fin de semana...

—¿Nina? —me interrumpió Eduardo, acercándose a mí.

El profesor ya no estaba y la clase se había terminado.

Eduardo seguía de pie frente a mi pupitre, esperando. Aunque no sabía para qué, me levanté, le sonreí y resoplé con el bochorno que provoca ser interceptado absorto, no poniendo atención a una clase tan importante en una época tan importante del año escolar. Al chico a mi lado pareció no importarle mi ensimismamiento así que se recargó contra la silla a mi lado y se cruzó de brazos.

—Te pregunté si irás con nosotros al café —dijo él, tan sonriente como casi siempre se lo veía—. Tenemos que avanzar con ese proyecto de Cultura Griega, y nos vendría bien tu ojo crítico.

—¿Mi ojo crítico? —Él asintió, al tiempo que sacaba un pitillo de su bolsa en el jean vaquero con el que iba vestido—. La verdad es que no tengo mucho que hacer...

—Sí que tienes —masculló en respuesta y señaló hacia el pizarrón al frente del aula—. Te dije que los socialistas eran una patada en los...

—Ya entendí. Tengo mucha tarea —lo silenció.

El timbre de mi celular se escuchó más alto que nuestras voces. Pero como ya era hora de marcharnos hacia la siguiente clase decidí no verlo hasta que acabara el día en la facultad; la más probable era que se tratara de mi madre, ya que en su vida lo normal del mundo era anormal para ella; en su agenda no existían los momentos inoportunos, como bien lo sería que su hija, a eso de las diez por la mañana, estuviera a media clase.

No, para ella, su hija debía de abandonar lo que fuese que estuviera haciendo aun si esto era más importante que su asunto. Me había tocado leer mensajes con un simple «hola» y a estas alturas estaba más que rendida con ella.

Eduardo y yo nos dirigimos a la clase próxima, dado que Gabriela estaba en algunas diferentes y Fernando, que era primo de Gaby, iba un año arriba que nosotros. Al final del día, cuando ya no llevaba abrigo y mi cabeza era una maraña hecha nudo, como una pelambreira de hebras castañas que se desperdigaban sin control, respiré, aliviada y seguí a mis amigos hacia el mismo café. Ya sentados allá, mientras Fer y Gaby discutían sobre algo de sus últimas vacaciones en Zihuatanejo, recordé que no había leído el mensaje de texto. Me saqué el teléfono del bolsillo trasero de mi pantalón, y leí en la pantalla el remitente que ponía un número sin registrar en mi teléfono.

Normalmente yo tenía sentimientos encontrados el respecto de si Aarón me conocía. Pero a veces, con pequeñísimos detalles, me daba cuenta de que papá me conocía lo suficiente como para saber qué cosas lograban hacerme enojar. Darle mi número a una persona que apenas conocía, pero que él sí y mucho, era una cosa que la verdad no iba a enojarme, mucho menos cuando mi corazón dio un vuelco y mis ojos y mis dedos buscaron, de manera atropellada, leer el mensaje completo.

Me llevé el nudillo del dedo índice a la boca, para morderlo, mientras leía...

Era una... especie de invitación a El Atlántico. Para el sábado. A las diez.

En realidad, el nombre del bar, el día y la hora estaban encerrados entre signos de interrogación. Y yo supuse de inmediato lo mismo que hubiera supuesto una persona que acaba de recibir el más doloroso de los flechazos, y encima de todo, directo al corazón.

—¿Saben lo que dicen de las personas que le sonrían a la pantalla de su celular? —inquirió Fernando.

Le vi sorber de su vaso térmico un café americano. Gabriela se echó a reír sin despegar la vista de las anotaciones que estaba haciendo para entonces. Eduardo frunció el ceño.

—No. ¿Qué dicen? —preguntó este, con un asomo de inocencia colgando de su pregunta.

Sacudí la cabeza de un lado a otro y me dispuse a responder un escueto «sí» que ya no recibió respuesta. Tampoco era que la estuviera esperando.

—¿Alguien quiere ir a El Atlántico este sábado? —les pregunté a todos.

Y se volvieron hacia mí, estupefactos.

El problema de que te guardes los recuerdos en la cabeza es que generalmente, cuando vuelven y necesitas demostrar que siguen allí, resultan sorprendentes y la gente cree que te los estás inventando. Entre mis compañeros no hubo una sola máscara de estupefacción que yo no reconociera como aquella que las personas usan solo cuando están viendo —o escuchando, en su defecto— cosas sorprendentes.

Yo sabía que estaban sorprendidos porque a lo largo de dos años casi nunca les había aceptado las salidas por la noche. Jamás les conté cómo aprendí a fumar y ya era tarde para hacerlo; también era tarde para decir que había conocido a Alan una noche de humo, lluvia y escalofríos. Me percaté de que, si intentaba explicarles el asunto con lujo de detalles, las preguntas iban a sacarme de mis casillas. Casi podía escucharlos...

«¡Qué romántico!», y para nada lo era, o yo no tenía la menor idea de si era o no romántico que alguien menospreciara el cáncer de aquella forma en la que Alan lo había hecho —y en la que yo lo había imitado.

«Amor a primera vista», seguro iba a decir Gaby, que era la más romántica incurable del cuarteto.

«Tal vez sea un psicópata», quizá diría Eduardo. Y en el caso de Fer, él tal vez me habría dicho «solo se vive una vez».

—Mi padre quiere que le acompañe y yo no sé qué hacer a solas con él. —Por supuesto, opté por mentir, porque mentir es un arte que a todos se nos da y que saca de los apuros más tormentosos—. ¿Qué dicen?

Eduardo y Fer intercambiaron un par de miradas y me miraron por unos segundos:

—¿Cómo se llama? —preguntaron casi al unísono.

Gaby levantó la vista y clavó sus ojos de color verde oliva sobre mí.

Abrí la boca, buscando mentir de nuevo.

—El chico de ayer ¿no? —murmuró, con aspecto triunfal, enérgico y estilo Sherlock tras dar con una pista—. Muy lindo que es.

En lugar de seguir mintiendo, recordé otra vez. Tuve que preguntarme si acaso la gente me leía fácilmente porque a mí se me daban pésimo los embustes o porque me conocían lo suficiente como para notar que ocultaba algo.

—Alan. —Observé mi café late unos segundos, aliviada y no por haber mascullado el nombre de quien me estaba transportando al pasado, a un callejón oscuro en la parte trasera de un bar—. Pero le dicen Allie.

—¿Allie? —se interesó Ed.

—¿Es músico? —lo secundó Fernando.

Gaby emitió una carcajada sonora, entretanto que borraba algo en su cuaderno.

Miré a los dos chicos sentados alrededor de la mesa, de hito en hito, sin saber cómo huir de su interrogatorio.

—Es un apodo, al parecer, y al parecer, sí, es músico —les dije.

Me escondí detrás de mi taza de café y le di un sorbo que deseé en ese momento se hiciera interminable.

—Pues... hay que ir —asintió Ed, paciente.

Fernando se encogió de hombros. Y Gabriela se volvió a reír.

No era una cita, de eso estaba segura, pero él iba a estar allí y yo tenía ganas de que el mensaje fuera suyo.

### 3. Sábado a las diez

El sábado a las diez llegó.

El Atlántico era un bar sencillo. Las mesas estaban acomodadas de modo que podías ver cada rostro alrededor. En las orillas del lugar, donde había asientos en los que la gente se podía sentar arriba de los respaldos, se alcanzaba a notar cómo la oscuridad gobernaba en cada rincón. Por lo que era bastante común que los jóvenes estuvieran hasta allá.

Aún con la música de fondo, ese rock estilo Jarabedepalo, Aarón permaneció sumergido en las anotaciones que le estaba haciendo a una canción; la había escrito para una chica de su clase de guitarra, una que también era especial y que prometió presentarme. La verdad, no estaba ansiosa porque lo hiciera, pues luego de meditarlo varias veces comprendí que estaba allí nada más por curiosidad; quería saber si había sido Alan el que me había mandado aquel texto.

Al fondo, después del escenario, que era una plataforma hecha de acero que se erguía algunos veinte centímetros arriba del piso, se encontraba una barra. Aarón, minutos atrás, me señaló al tipo que atendía. Era un hombre apuesto, mucho. Tenía el cabello oscuro corto al ras del cuero cabelludo, piel cetrina e iba vestido con ropa oscura.

—Pues tengo que reconocer que es muy... —atajó Gaby, alzando las cejas con impresión.

Eduardo le dio un trago a su cerveza. Fernando, que yacía sentado a un lado de papá mientras veía con atención cada nota que agregaba, se limitó a esbozar una sonrisa.

—¿A qué edad sería padre? Porque la verdad se lo ve demasiado joven para tener un hijo de cuántos, ¿veinte, veintitantos? —insistió Gabriela.

—Me parece que tiene veintitrés —dijo Aarón sin levantar la vista de la hoja.

Estiró la mano para agarrar el vaso de soda que le habían servido. Yo eché la espalda en el respaldo de la silla y agaché la mirada para leer *de nuevo* el mensaje que me habían mandado días atrás.

No había reunido el valor de preguntarle a mi padre si él le había dado el número a Alan: el primer motivo fue que estaba nerviosa, ansiosa y desesperada, literalmente, porque hubiera sido él, y el segundo motivo: que me daba terror y vergüenza que por último el mensaje no fuera suyo.

Suspiré. La noche estaba bien entrada y la chica que estaba tocando una guitarra electroacústica hacía una interpretación muy decente del *Can't Help Falling In Love With You*.

—¿Por qué no cantar para alguna empresa si tan buenos son? —inquirió Gaby.

Me encogí de hombros porque esa era información muy lejana a mi conocimiento. Aarón me escudriñó mientras un halo de diversión se formaba alrededor de su cabeza, como si estuviera leyendo mi mente.

Entorné los ojos y alargué el brazo para agarrar mi vaso de soda y beber de él.

—Las ambiciones de Alan son más tipo... amor por la música, que amor por el dinero —musitó mi padre—. Es algo admirable, en realidad.

—Ojalá mi familia comprendiera eso —comentó Fer—. Insisten demasiado con que me voy a morir de hambre si continuo estudiando filosofía. Dicen que es ridículo.

—Si yo creyera que Nina es ridícula estaría siendo ridículo yo mismo —se rio Aarón—. Los

hijos son nada más y nada menos que nuestros reflejos; y si no hubo dónde reflejarse, entonces hay ausencia y los hijos buscan rellenar ausencias.

Negué con la cabeza tras escucharlo; a menudo, mi padre se culpaba por haberme dejado marchar con mi madre. Un año atrás, habíamos tocado el tema y la charla, en principio pacífica, se había tornado en una cosa fea, oscura y llena de resentimiento. No por mi parte. Yo a la fecha seguía creyendo que mamá había tenido la culpa por marcharse.

Y todos esos años en los que sufrí su inmadurez eran la prueba. Sin embargo, desde la última vez, Aarón se negaba a hablar más de ello. Decidí no echarle más sal a la herida. Decidí dejar que la paz gobernara allí, que no nos alcanzara y que no rompiera nuestra burbuja padre-hija.

Se estaba convirtiendo en todo lo que yo llamaba «mi fe».

—¿A ustedes también los creen vagabundos? —preguntó tras beber de su soda otra vez.

Gabriela fue la primera en responder—: A mi madre no le importa lo que haga; ni mis perforaciones, ni la hora a la que llego ni el dinero que invierta en lo que sea que esté estudiando: mientras la deje trabajar...

Aarón asintió.

Una sonrisa lánguida se dibujó en sus labios, se levantó de la silla alta en la que estaba e hizo una mueca que me tomó por sorpresa. Primero pensé que se estaba atragantando con su bebida, luego que había visto un fantasma. Pero no. El fantasma lo vi yo cuando hizo un torpe movimiento con la mano, levantándola para saludar a todos en general.

Ed, que estaba sentado en medio de mi padre y yo, se bajó con cuidado y arrastró una silla desde una mesa a nuestras espaldas, y la llevó hasta el lugar vacío entre Fer y Gaby, que ahora me miraba con más ahínco; quise arrancar la sonrisa de sus labios. No obstante, todo lo que pude hacer en comparación con las cosas que me había prometido, fue sonreír.

Sonreí como sonríen las personas cuyas mentes se han quedado totalmente en blanco. La música de la banda en turno no era tan alta como para no escuchar lo que Alan estaba diciendo en el momento en el que se sentó.

Iba vestido con un jean que tenía una rasgadura en la rodilla. Su camisa era de manga larga, de esas que parecen ser de algodón pero que no lo son en su totalidad. La expresión de su rostro decía que estaba cansado, o, por la manera en la que me miró en cuanto volcó su atención a mí, como si acabara de pelearse con alguien.

Me dio la impresión de que no había dormido bien.

No sabía qué decir. Apenas supe cómo respirar. Él en cambio mantuvo sus petrificantes ojos sobre mi cara.

—¿Y los chicos? —preguntó Aarón.

—Con Tony —respondió Alan—. Ya vienen.

Gabriela se encargó de que yo dejara mi pose de tonta, porque me hizo plática mientras la chica arriba del escenario cantaba algo relacionado a la virtud de vivir. Bajo el pensamiento de mi amiga, no era bueno utilizar una frase que comparase la vida perfecta con el amor a primera vista.

Cuando ella dijo «eso no existe», fue Alan quien frunció el ceño y refutó—: Porque no te ha pasado. Si ya lo hubieras vivido, seguro que estarías de acuerdo.

No pude evitar mirarlo con aprensión. En la garganta se me formó un nudo digno del zócalo de la ciudad. A Gabriela no le importó que hubiese sido Alan quien la contradijera, porque continuó diciendo que el amor a primera vista es solo atracción física, atracción vulgar; de ese tipo de atracción que solo se percibe con los ojos.

Tuve ganas de estar de acuerdo con ella, pero al no poder despegar la mirada de los extraños, *de verdad rarísimos*, ojos de Allie, comprendí que en parte estaba de acuerdo con la letra de la canción.

A pesar del clima frío, sentí mucho calor. Así que me quité el abrigo que llevaba puesto y lo puse en mi regazo. Alan observó el movimiento como si supiera por qué lo había hecho.

—¿Tú tampoco crees en el amor a primera vista? —inquirió, mirándome—. Sé sincera —añadió mientras me apuntaba con su dedo índice.

En ese momento, Aarón levantó la vista e ignoró por unos segundos su cuaderno.

El corazón me dio un vuelco tremendo en el pecho, y las ansias por *no* responder se arremolinaron en mi frente. Sentí que el rostro se me venía abajo por la vergüenza.

—No me ha pasado aún —dije—. Así que no lo puedo descartar.

—¡Ay, Nina! —se burló Gaby—. Hace una semana lo hubieras descartado sin pensarlo...

Le lancé una mirada de enojo, pero a ella le importó un bledo porque prosiguió con su cátedra de por qué el amor no puede surgir en una sola noche.

Mientras tanto, yo me lo estaba preguntando internamente. Me pregunté si un sentimiento puede nacer de un olor, de una sensación nueva, que se desconoce y golpea como la lluvia de septiembre, que es la más fría y escandalosa. Al menos en México.

Escuchaba las voces de Ed, de Alan y de mi padre arriba de mis pensamientos, como si yo estuviera escuchando los ecos. Mi mente se encontraba lejos de allí, intentando descifrar cuál era el maldito color de los ojos de Allie.

¿Azules? ¿Verdes? ¿Marrones? ¿Todos a la vez? *Imposible*.

—La cosa es —los interrumpió papá. Para entonces, Alan bebía también de un vaso lo que parecía ser una soda— que nunca vamos a llegar a un acuerdo porque cada quien vive el amor de forma diferente; lo que sí se puede vivir de forma equiparada es la música. El Atlántico es eso; música. Así que cállense y disfrútenla.

Hice un gesto de alegría, me repantigué en la silla y miré hacia la chica. No me di cuenta de cuánto tiempo pasó hasta que un hombre alto, quizá un par de años mayor que yo, se acercó a nuestra mesa y le palmeó la espalda a Alan.

Este nos presentó, sonriendo.

El otro nos hizo un saludo colectivo. Se quedó unos minutos haciendo preguntas generales sobre el bar, la música y las bebidas. Luego, tras susurrarle algo al oído a Allie, se marchó.

Alan se disculpó con nosotros y se puso de pie para seguirlo de inmediato. Sin intención de parecer una acosadora, lo seguí con la mirada cuando caminó hasta la barra; el tipo grandulón que había sido objeto del escrutinio de mi amiga ya casi una hora atrás, le decía cosas a Alan, que se perdía después detrás de una puerta.

Toda la semana me la había pasado ensayando las respuestas irracionales a las posibles preguntas irracionales que Alan me haría. Pero hasta allí no había tenido la oportunidad de entablar ningún tipo de conversación con él. De modo que...

Cuando vi que salía a través de la puerta de servicio, no lo pensé dos veces.

—Ya regreso —les dije a todos.

Nadie me prestó atención porque arriba del escenario había comenzado a tocar una banda del estilo de Caifanes. Mi corazón acompañó los primeros repiqueteos del bajo y de la guitarra, y mientras avanzaba hacia la puerta sentí que los pies me pesaban como el plomo. Intenté ignorar el golpeteo en mi esternón cuando sujeté con fuerza la manija. No funcionó. Me sudaron las palmas de las manos y en la garganta se me había formado un puño que palpitó al ritmo de la música que

justo acababa de comenzar.

Respiré tan hondo como mis fuerzas me lo permitieron y abrí.

Alan —ahora sabía que era él— tenía un hombro apoyado en la pared izquierda. Su mano derecha estaba guardada en su bolsillo del pantalón. Su cabeza gacha, la forma en la que estaba peinado, su postura descuidada (se jorobaba un poco por la posición en la que miraba hacia el suelo); todo era una completa sincronía.

Volví a creer que había algo en él que gritaba «oculto muchas cosas». Sentí miedo por esta premonición.

No me importó aun así.

Me recargué en la pared al frente y fue entonces que me percaté de que estaba fumando. Puse mis manos detrás de mí, a la altura de mis glúteos. La mezclilla de mi pantalón me enfrió las piernas: o tal vez era mi nerviosismo. El aspecto de Alan cuando se giró para recargar la espalda en la pared y mirarme, detenida, calculada, definitivamente, era ensordecedor.

No iba ni por el cuarto del cigarrillo. Sus labios sujetaron el filtro y una de sus manos buscó no supe qué cosa en el interior de sus jeans.

—Aarón me dio tu número —susurró. Asentí. Luego él continuó—: Pensé que no ibas a recordar. Pero sí ¿cierto? Te acuerdas.

—Perfectamente —dije.

—¿Por qué nunca te vi por acá de nuevo? —preguntó él. Sostuvo el pitillo en su mano izquierda, entre sus dedos, y dio un par de pasos hasta mí, extendiéndome su estuche.

En esta ocasión había una luz lo bastante nítida en el espacio del callejón. Me permitía ver su rostro, de facciones finas y dulces, igual que su boca, roja, el pirsin en su labio, el modo en el que se mordió el inferior y el cómo sonrió después.

No pude observar bien, o al menos con la atención suficiente, que lo que me ofrecía era un cigarro; porque lo que vi en sus ojos me dejó perpleja.

No eran azules, ni grises, ni verdes ni marrones: eran todo a la vez.

Como un abismo.

## 4. Absorto en mí

Alan tenía un aro marrón alrededor de la pupila, en ambos ojos. Mirándolo con detenimiento al tiempo que sujetaba entre mis dedos el cigarro fue que me di cuenta de que no llevaba puestas las gafas. Agaché la mirada con la intención de escapar del frenesí que me había golpeado al ver aquellos colores abisales, dignos del infierno; no podía ser real.

Me quedé muda, con un espasmo en la boca del estómago. Él miró hacia la calle y alzó la mano derecha para continuar calando del pitillo. Acto seguido, me armé de valor para decir—: El primer año de universidad me causó un par de problemas; tuve que revalidar algunas materias por la diferencia en el sistema académico de aquí. Por eso no llevo una vida social muy amplia que digamos.

Se formó una sonrisa diminuta en sus labios, apenas un atisbo que se curvó en su boca solo para hacerme saber que me había escuchado. Alcé el cigarro y fumé con calma. Mantuve la espalda contra el muro y la mente dispersa en el abismo de su mirada. A pocos centímetros de distancia, Alan mesó su cabello con su mano izquierda y agachó luego la cabeza, haciendo, con el movimiento, que los rizos de su fleco se alborotaran en su frente.

—¿Por qué filosofía? —preguntó.

No me estaba mirando, así que me permití observarlo con ahínco. La vena de su sien se había saltado y su ceja enarcado. Le vi tragar saliva. Después, con mucha pereza, soltó una vaharada de humo a través de las fosas nasales.

Me encogí de hombros, intentando fingir que su pregunta no era una de las más difíciles de responder para mí.

—¿Por qué no? —dije.

—Nina —susurró—. Pareces el tipo de persona que sabe de música, no de filosofía.

—¿Y eso qué quiere decir? —lo apremié; no pude evitar la irritación en mi tono.

Él sonrió, cabizbajo. Volvió a dar una calada, esta vez más profunda, a su cigarro. Negó con la cabeza y miró hacia arriba, al viejo y descompuesto anuncio que rezaba «El Atlántico».

—Aarón nunca habla de ti porque no te comprende —suspiró—. Creo que te tiene miedo.

—No me respondiste —mascullé—. ¿Por qué parezco el tipo de persona que sabe de música y no de filosofía?

Sus ojos me inspeccionaron por unos segundos; me sentí incómoda al respecto. Su mirada llena de caos, de secretos y de eso que no podía interpretar, hizo que mi cuerpo se estremeciera por completo.

Carraspeé mientras rehuía de él.

—Cuando Dios no responde, la gente busca otras fuentes de sabiduría —se rio entre dientes.

Un regusto amargo me caló en la garganta. Me volví hacia el callejón y tiré lo que quedaba del cigarro en dirección del asfalto. Observé con atención cómo la bachicha caía en la calle y cómo el aire la arrastraba lentamente.

Tenía que reconocer que la frase anterior de Alan me había dolido y mucho. A pesar de no conocer nada sobre él percibí en mi interior el recelo de saber que tal vez él conocía mejor a mi

padre. Era como si de pronto, sin planearlo, le hubiera ofrecido una carta con todos mis detalles. Y me sentí estúpida por eso. Me sentí como cuando mi madre me decía que yo era lo más valioso en su vida para después irse a emborrachar con el primero que se le cruzara por el camino.

Parpadeé de modo que el escozor en mis ojos se esfumara.

—¿Crees en Dios, Nina? —le escuché decir.

Lo miré por encima de mi hombro, con el enojo mordiéndome la lengua.

—Creo en el infierno. Eso es prácticamente lo mismo que creer en Dios —susurré—. ¿Y tú?

Me giré sobre los talones al tiempo que cruzaba los brazos en el pecho. Alan ya había dejado de fumar y ahora tenía ambas manos en los bolsillos de su jean negro. Miraba hacia mis espaldas, con el cabello despeinado y la cara sumergida en pensamientos lejanos a mis dedos.

La expresión de sus ojos era tremenda; decía tantas cosas que me resultó imposible no tener curiosidad. Por un instante, quise ser lo suficientemente imprudente como para preguntarle qué rayos ocurría con sus ojos, que no eran ni de uno ni de otro color, sino de varios y con ese cinto de color café claro circulando sus pupilas.

Ladeé la cabeza, impaciente.

Él esbozó lo que pudo haber sido una sonrisa, pero que terminó siendo un gesto de confusión.

—No confío en él —dijo por fin—. Y eso es lo mismo que no creer, ¿cierto?

Arqué ambas cejas. Él abrió la boca como si fuera a decir algo. No lo hizo, sino que cerró los ojos y suspiró.

—Pareces el tipo de persona que entiende la música —murmuró, todavía con los ojos cerrados—. Pareces el tipo de persona que entiende a gente como yo. Un filósofo jamás va a entender.

—Eres *tan* raro —musité.

Él soltó una carcajada que se ahogó con su respiración, mientras parpadeaba.

—No tienes idea, Marina. ¿Quién es tu filósofo favorito?

Me mordí el labio inferior.

—Adivina —mascullé. Él entornó los ojos y me clavó la mirada—. Pareces ser un buen intérprete.

—No soy buen intérprete —se mofó, alzando los hombros y volviendo a su posición anterior—. Me gusta escuchar con atención, que es muy diferente a saber leer a las personas.

—¿Ah, sí? —me sonrojé. Le supliqué al cielo que no hubiera notado el rubor de mis mejillas—. ¿Y qué escuchas de mí?

Se quedó en silencio por varios segundos. Entretanto que apoyaba de vuelta el hombro contra la pared, miró en distintas direcciones. Yo pensé en aquella noche de 2012 cuando le vi por primera vez; había venido a este mismo sitio, y se había arriesgado conmigo. Se había arriesgado porque lo que le dije fue una impertinencia.

Entonces me percaté de cuán parecidas eran su situación y la mía en ese momento; yo también me arriesgué al decir que fumar causaba cáncer de pulmón. Alan no parecía el tipo de chicos que hablan con cualquier persona. Lo mío debía de ser un privilegio.

—¿Crees en el amor a primera vista? —inquirió.

No fue lo que dijo, sino cómo lo dijo. Había arrastrado cada palabra de forma que a mí me llegara como una entonación perfecta. Dio en el clavo de la conversación, en lo mismo que no quise responder adentro, antes de salir. Y por último, dio en mi talón de Aquiles.

Él me miró y yo le miré. Una sacudida de electricidad me ayudó a volver al mundo real.

—Jean Paul Sartre —le espeté—. Es mi filósofo favorito. La razón de que estudie filosofía y la razón de que crea en Dios.

—... Y en el amor a primera vista —dedujo él.

Me tomó bastante tiempo ahí aceptarlo, pero terminé por sacudir la cabeza y cerrar los ojos. Él no dijo nada. Recargó su cabeza en el muro, se cruzó de brazos y continuó mirándome. Yo lo observaba también. En silencio.

A pesar de que su mirada era tenebrosa y tímida, me encantó hacerlo. Me encantó que pareciera absorto en mí y que no le importara que yo lo veía a él como si fuera la joya más preciosa del mundo.

## 5. Si Sartre supiera

—A ver, explícame: ¿cómo un hombre que vivió tantos años con la misma mujer puede ser un mujeriego en la mente? ¡Es absurdo, Ed! —casi gritó Gabriela.

Yo garabateaba frases en mi cuadernillo. Tenía una pierna cruzada sobre la otra, en el sillón dentro de nuestro café habitual. La última clase sobre los pioneros de la filosofía existencialista nos había dejado con ideas intrincadas al respecto; sobre todo a Gaby, que era una devota firme de la iglesia católica. Ed y Fernando se declararon imparciales en cuanto a eso.

Bueno, no había mucho de lo cual discutir.

Sartre no era fiel de una creencia religiosa; según los datos que yo poseía de él en mi cuaderno, en mi mente y en cada una de las paredes de mi habitación, toda su vida la había dedicado al existencialismo. Sí. Puro, diestro, simple y caótico existencialismo. Tal vez por eso murió tan joven, aún para un viejo de setenta y tantos.

Miré, por encima de mis anteojos de John Lennon, a Fer, que en ese momento se llevaba las manos al cuello y fingía estrangularse él mismo. Negué con la cabeza y tracé unas líneas en el pie de la página de mi libreta. Escribí «NinaSartre1938» mientras nadie estaba mirándome.

—Bueno, bueno —atajó Ed—. Digamos, pues, que Jean Paul fue solamente un existencialista que no halló, al final, el significado de su vida: qué tristeza.

Yo sabía que lo estaba diciendo por mí: porque Sartre era mi inspiración, porque en sus letras, en sus meditaciones, en sus artículos, había encontrado pedazos de verdades que no había leído en ninguna otra parte. Últimamente, pensar en aquel filósofo era lo mismo que pensar en Alan, y en ese momento yo solo podía pensar en Sartre.

Observé la hora en la pantalla de mi teléfono y me erguí, decidida a marcharme.

—Nos vemos mañana —dije, sin dirigirme a ninguno de mis amigos en específico.

Fernando alzó una ceja en mi dirección al tiempo que revisaba su reloj de pulsera.

—¿Ya? —inquirió.

Hice una mueca de pereza, y me encogí de hombros.

—Tiene una cita con "Allie" —masculló Gabriela, desdenosa.

—No es una cita —aseguré, mientras me echaba la mochila sobre el hombro—. Aarón estará ahí.

—Está haciendo de casamentero —se rio la chica. Puse los ojos en blanco y ella recargó la espalda en el sofá—. ¿No?

La ignoré.

Levanté la mano para saludarlos y salí del establecimiento. Estaba renuente a aceptar que Alan me gustaba, o sea, físicamente, pero llevábamos casi un mes hablando por teléfono, por mensaje, por Skype y por... otros medios más ambiguos (cedes que me enviaba con mi padre para que yo pudiera pegarlos en la pared de mi habitación).

Caminé hacia la Academia con un paso regular, sin prisa, mientras veía que las calles desde la facultad hasta la escuela eran cada vez más estrechas; al menos esa fue mi percepción del mundo —era así cada vez que sabía que me iba a reunir, casualmente o no, con Alan.

En la entrada me estaba esperando Aarón y se lo veía muy animado con una mujer de cabellos crespos, castaños y mal peinados (¡era hermosa!). Mi padre se ajustó las gafas al puente de la nariz, cosa que hacía cuando se ponía nervioso (como cuando mamá llamaba a la casa y yo me paseaba por los rincones tratando de evadir sus preguntas). En cuanto me vio, adoptó una postura rígida, como si lo hubiera captado en un acto de vandalismo.

Sonreí solo para hacerle saber que la escena me causaba ternura.

Él me devolvió la sonrisa y se llevó las manos al pecho. La mujer hizo ademán de ajustarse la bandolera al hombro. Luego, miró hacia mí.

—Hola —dije yo—. ¿Listo?

Aarón abrió los ojos, incómodo al parecer.

—Nina, cariño —murmuró—. Esta es Adriana, una colega. Da clases de solfeo.

—Un gusto —saludé, extendiendo la mano para que así la mujer viera que mis padres no habían criado a un simio—. ¿Solfeo?

Ella me habló un poco sobre sus horarios en la Academia; también había sido profesora de Alan y destacó que era un estudiante —y ahora profesor— único. No entendí muy bien por qué pero me sentí orgullosa al respecto. El pecho se me infló como una llanta con una bombilla. Le expliqué a Adriana que, de hecho, estábamos yendo a El Atlántico porque ahí mi padre y Alan iban a intentar continuar con la canción —todavía no tenía título.

En menos de un minuto, me vi invitándola a ir con nosotros. Aunque al principio el desconcierto brilló en los ojos de papá, decidí que la mujer allí presente se había mostrado agradecida porque yo no era de esas hijas que no aceptaban a otra en la vida del padre.

—Cuando Nina tenía cinco —le contó Aarón cuando estacionaba el auto en la parte trasera del bar— estaba enamorada de Elvis.

Era cierto. En la mente tenía el recuerdo de haber visto una fotografía del rey mientras estaba en el ejército; también recordé que su interpretación de *Can't Help Falling In Love* me volvía loca, aún ahora; sobre todo ahora.

Al momento de bajar del coche, mi corazón ya estaba latiendo a diez mil por minuto. Aarón y Adriana parecían demasiado absortos en su charla como para importunarlos con mis nervios de niña inexperta. La próxima presencia de Alan me hacía sudar helado, como si me hubiera metido en un congelador apenas terminar de correr un maratón.

Guardé mis manos en los bolsillos de mi sudadera; tenía, por alguna razón, la sensación de que la temperatura había disminuido y que mis extremidades, aún con ropa encima, no conseguían mantener mi cuerpo tibio. Ni un poquito.

La noche anterior, mientras Alan —en Skype— me contaba que Tony, su padre, se iría aquella tarde a una fiesta rara de su generación, hicimos el plan de trabajar con la canción que llevaban dos años escribiendo. Bueno, según mi padre, Alan la había escrito toda, y él solo le había hecho un par de arreglos. Pero la música acorde era otro idioma para ellos, y según ambos, mi opinión les serviría de mucho.

—Sabes que no es solo por eso, ¿verdad? —me preguntó Aarón por la mañana, antes de dejarme en la facultad e irse a sus clases matutinas.

No le respondí porque mi cuerpo lo hizo por mí en ese instante. Y así había sido las tres semanas pasadas.

Cuando mencionaban a Alan, ya fuera papá o los chicos, o especialmente Gabriela, a quien no le caía del todo bien, mi piel se erizaba tanto que casi podía jurar que sentía electricidad en la ropa al quitármela. Era como estar conectada a una corriente eléctrica activa todo el tiempo; o

como frotar los pies debajo de las sábanas hasta que la fricción causara una reacción allí.

Gabriela dijo que era demasiado obvio, pero yo no comprendí qué tenía de malo mirar a un chico de la manera en la que yo lo hacía con Alan. Me caía bien. Las cosas de las que habíamos hablado aquel mes no habían tenido nada que ver con lo romántico, a excepción de cuando tocábamos temas religiosos, que era cuando la cosa salía relativamente mal.

Él era ateo y punto. O eso quería pensar luego de que me pidiera «pruebas empíricas» para demostrar la existencia de mi Dios. Le dije que pedir pruebas de todo cuanto te rodea no es solo un acto de inseguridad, sino también de frivolidad. Lamentablemente, él tenía un buen argumento: llevaba una carrera que, en su mayoría, se oponía a toda creencia de un ser omnisciente que vela por ti en el cielo.

Ni hablar.

Por eso, casi siempre, me decanté por charlar de música con él. Y hablar de música con Alan era como oír las repeticiones de un disco grabado para relajarte. De esos discos en los que colocan horas y horas del sonido del oleaje por la tarde, o del interior del océano. Así era oír su voz antes de irme a la cama, con esa ceremoniosa emoción de que te estaba cantando en el oído.

Aarón empujó la puerta de servicio y se adentró en el bar. Adriana lo siguió. Yo la seguí a ella. Adentro, las mesas estaban desordenadas y varios tipos se estaban encargando de acomodar las sillas regadas por doquier. Silbé, cruzándome de brazos.

Alan se acercó a nosotros; su cabello iba especialmente despeinado. Los rulos de su fleco estaban más definidos y la mueca de su rostro era como de pena. No se impresionó al ver a Adriana, sino que se limitó a sonreír. Así. Sonrió como estaba aprendiendo que sonreía él; en la cara tenía una especie de augurio.

—Lamento esto —dijo.

Nos hizo una seña indicándonos el rumbo del pasillo, que seguía hacia otra puerta en el extremo opuesto de la barra. Aarón obedeció su gesto sin preocuparse por los murmullos a su alrededor. Me limité a observar las caras de los presentes; anoche, era seguro, hubo una fiesta en grande.

La puerta llevaba a la segunda planta, que era donde Alan vivía con su padre. Subí las escaleras escuchando cómo él me contaba que Tony le había dejado encargado el bar a su primo, un tal Manuel.

—Yo no sé nada de controlar a borrachos en su éxtasis —se burló cuando entrábamos en la casa.

No era una casa, sino un enorme, enorme loft. A leguas de distancia se notaba que allí no vivía una familia con todas las letras; los adornos eran musicales, las cosas de vanidad y ocio eran revistas, una pantalla en el centro de la sala, que estaba unida a la cocina y a un pequeño recibidor. Más allá, se asomaban dos puertas corredizas de cristal esmerilado.

A mi padre le acogía muy bien el sitio, pero yo me sentí una intrusa.

Alan y yo... no éramos amigos. Estaba segura de ello. O tal vez tenía miedo de que fuéramos amigos, de que me estuviera confundiendo gravemente y de que, los pequeños detalles que él tenía de hora en hora conmigo, no fueran más que algo habitual de su persona.

Para entonces, Adriana estaba leyendo ya la partitura de la canción sin terminar.

—¿Por qué no la cantas? —preguntó mi papá.

Yo tenía las manos en los bolsillos traseros del pantalón, así que no me tomó tan desprevenida la propuesta. Deglutí saliva y asentí.

Alan tomó a Rib, su guitarra, de una de las sillas en el comedor, que era de color negro. Se

sentó junto a Adriana en un sillón de cuatro cojines y mientras se pasaba la correa por encima de la cabeza, sus ojos raros, rarísimos, me escudriñaron.

La semana pasada casi había estado a punto de preguntarle si lo que tenía era heterocromía, pero no tuve el valor de hacerlo; además, no me molestaba para nada que ocupara su tiempo mirándome con sus irises que a veces parecían ser lilas, otras morados, otras azules. No. En realidad, la percepción de saberte en el foco de su atención era como flotar en el aire.

Tomé la partitura y tiré de una silla de madera para sentarme justo frente a ellos. Papá yacía sentado en el apoyabrazos del sofá. Las cejas de Alan se alzaron con imprecación. Hizo repiquetear un par de cuerdas, probó los sonidos y susurró un par de líneas. Luego sacudió la cabeza para darme luz verde e hizo rechinar la guitarra con mayor énfasis. Adriana nos ayudó a entonar mejor unas cuantas notas, me señaló el estribillo y me mostró una técnica para tomar aire. Luego de varios minutos sin que ciertas estrofas encajaran, ellos empezaron a charlar sobre un evento que tendrían en la Academia. Alan se mostró, en cuanto a eso, muy reacio. No parecía tan interesado en las cosas sociales de la escuela y su cara era como un sinfín de jeroglíficos.

Nos ofreció de beber, y se tardó unos minutos en traer algo desde la cocina. Yo no abrí el jugo hasta que escuché el sonido de la puerta tras abrirse y cerrarse. A partir de ese momento, la tensión flotó encima de nosotros, o a lo mejor yo podía sentirla a través de la mirada de Alan, que se oscureció varios tonos cuando Tony se aproximó y nos saludó: primero a mi padre, luego a Adriana y a mí por último.

El parecido con Alan era exorbitante. Antonio tenía aspecto de chico malo; su brazo izquierdo estaba lleno de tatuajes y se peinaba con la pereza de quien no le preocupa lo que la gente piensa de su imagen. Su plática me resultó atractiva, aunque a mí el hecho de que Alan se hubiera quedado más callado que de costumbre me hizo sentir incómoda. De un momento a otro, se disculpó y se perdió detrás de la puerta de la cocina; no dejé de mirar su espalda mientras caminaba hacia allá. Tony se había sentado en un sillón de un cojín, y hablaba con papá de una banda que había estado hacía quince días, un miércoles que yo no pude venir por la tarea acumulada.

El padre de Alan sabía mucho de música también, y lucía como un buen tipo, pero no me gustó algo en él.

Seguía mirando hacia la cocina, preguntándome por qué Allie no regresaba o si, de alguna manera, ya no se sentía bien con que nosotros estuviéramos presentes con Tony en la casa; según lo que había dicho anoche, su padre no regresaría hasta bien entrada la noche y por eso estábamos allí. Fue entonces que entendí que no le gustaba mostrar esa parte de él. No pude evitar que doliera. Y no pude evitar sentirme curiosa al respecto. Así que me levanté, tomé los vasos vacíos de Coca-Cola y caminé hacia la cocina. Nadie me preguntó nada y el alivio me invadió de inmediato gracias a ello.

Cuando abrí la puerta, no me sorprendió ver que Alan estaba sentado a la mesa desayunador, sino que miraba la pared como... perdido en sus propios pensamientos, ajeno a todos, ajeno a mí.

La intrusa...

—¿Está bien si dejo esto aquí? —pregunté, sin mostrar ninguna emoción.

Él me lanzó una mirada que me supo a catástrofe.

Negó con la cabeza, e hice lo que consideré mejor dado el hecho de que parecía no quererme allí. La manera en la que me miró me dio otro tipo de escalofríos; no como en la oscuridad, o en la escuela, o por el Skype. Me dio miedo su cambio tan brusco de sentir, su forma de sacarme de su entorno como si de pronto me estuviera diciendo «no puedes entrar, no voy a dejarte».

A lo mejor estaba exagerando, así que dije—: ¿Estás bien?

Él sonrió, pero la mueca no llegó a tocar sus ojos. Sus pupilas estaban más dilatadas que antes.

Me encogí en mí misma y metí las manos en los bolsos de mi sudadera, al tiempo que me mordía el labio inferior. Si hubiera llevado el cabello suelto tal vez me habría sentido protegida, pero el que no sintiera calor en mi rostro otorgado por las hebras de mi cabello, me ayudó a que me sintiera expuesta.

—Pues sí —dijo él, con desdén.

Enarcó una ceja y se puso de pie.

Traía puesto un pantalón de mezclilla y un suéter de cuello redondo, de color negro.

—Entonces, ¿vas a participar en la inauguración? —insistí.

Por un momento, la voz de mi madre hizo mella en mí; me sentí como si fuera ella, una persona sin dignidad; es decir, se notó por encima que Alan no quería que yo estuviera allí, en su espacio. Y aun así me quedé. Me quedé solo para ver cómo se cruzaba de brazos y pegaba la cadera en la alacena detrás de él.

Debí haberme marchado cuando no respondió, pero en cambio, murmuré—: Algo te sucede.

—¿No te dije que estaba bien? —dijo—. Marina, ¿te lo dije o no?

—Claro —respondí—. Lo lamento.

—Voy a terminar allá —masculló.

Después salió de la cocina. Me dejó allí en medio de una bruma de preguntas, rodeada de confusión y de varias palabras.

Alguna vez hacía ya mucho tiempo mi madre me había contado la historia de una mujer que se había muerto esperando a que su hijo volviera de una guerra (el hijo jamás regresó). Todo gracias a un par de palabras que le dijo antes de partir: «no sé cómo, pero vendré». Mi madre explicó que el amor que había sentido aquella mujer por su hijo la condenó a vivir en la espera.

Me sentí como aquella anciana, aunque no amara así a Alan ni él estuviera perdido en una guerra.

O a lo mejor era que sí estaba perdido en una guerra interna, pero el caso fue que no me dejó entrar. Cuando fingí mi mejor cara volví a la sala; por supuesto, Alan no estaba allí y Adriana y papá hablaban con Tony. Sentí tanta repulsión hacia él aún sin saber por qué, que le dije a Aarón que lo esperaba en el auto.

No le expliqué qué había sucedido y la verdad no quería hacerlo.

Alan y él eran amigos y yo no iba a ser la culpable de que eso cambiara. No me importó su grosería, pero sí importó que había herido mis sentimientos sin saberlo; lo cual resultó todavía más humillante.

## 6. Perdóname un millón

Era veintiuno de septiembre y, oficialmente, habían pasado cinco días desde mi ida a la casa de Alan. Dos o tres veces me había llamado en la semana, pero con todo el dolor de mi corazón, decidí no responder. Cuando le vi en la escuela el mes pasado, me fijé que su gesto auguraba secretos y dolor. Y como dije entonces, yo estaba *harta, verdaderamente harta*, del dolor. Así que armada con toda mi fuerza de voluntad, ni siquiera me conecté a Skype desde entonces.

Aarón me miró con curiosidad mientras picaba el interior de su caja de comida china. No me gustó su expresión y supe que se avecinaba una plática padre e hija, de las que se le daban a él, así, de charlas raras y preguntas en demasía extrañas. Suspiré, y eché la espalda en el respaldo de la silla.

—Suéltalo ya —dije.

Él se encogió de hombros e imitó mi posición, pero en su silla.

—Alan me preguntó por ti el viernes —murmuró—. Y hoy por la mañana. Te echamos de menos.

Era domingo, y habían ido a practicar para el evento de la semana entrante. Me contuve de responder y arqueé mis dos cejas para demostrar una indiferencia que me supo a lo más próximo al rencor.

Pensé en mamá. A saber por qué.

—Tengo demasiada tarea —mentí.

—Nina...

—No, por favor —pedí, poniéndome de pie—. No te metas, papá. Te lo suplico.

—Está bien. —Escuché cómo hizo rechinar la silla al dejar la mesa y seguirme a través del comedor hacia la estancia. Pero mientras me dejaba caer en el sofá, no me ayudó que ahora se fuera a sentar a mi lado, mucho menos cuando dijo—: Alan y Tony no tienen una relación muy... afectiva ¿sabes?

Entorné los ojos. Me volví hacia él y vi cómo respiraba profundo, como si estuviera de pronto recordando cosas que le causaban melancolía.

—Tú sabes algo ¿verdad? —pregunté.

Papá me miró, escéptico.

—No se trata de eso, Nina —me dijo—. Sino que a veces Alan es así.

—¿Bipolar?

Él se rio. Yo me enfurecí porque lo decía en serio.

—Si yo tengo problemas contigo, no voy y me desquito con el tipo que me gusta. Es una cosa de lógica ¿no crees?

Tras ver el cambio en su semblante, la mirada que me lanzó de inmediato, y el cómo se elevaron sus cejas con demasiada impresión, supe la magnitud de la estupidez que acababa de decir.

—Es la primera vez que te escucho reconocer una cosa sin que te la tenga que exprimir —susurró.

Su tono eufórico fue mi límite. Cerré los ojos y apoyé la cabeza en el espaldar. Él continuó comiendo. Por unos instantes, me permití entrever lo que había dicho; acababa de reconocer, sí, que Alan me gustaba. Pero la atracción que sentía por él estaba en el limbo aún; tanto como para no permitir que me hiciera sentir un cero a la izquierda cuando no tenía ni idea de lo que sucedía entre su padre y él.

Intenté comer más, pero me fue imposible.

—No lo juzgues antes de tiempo, Nina —musitó Aarón.

Había dejado las cajas de la comida en la mesita del centro. Aarón hizo encender la televisión con el control remoto y cambiaba los canales solo para inundar el espacio de algún sonido; porque el silencio era cortante.

—Cuando los fariseos emitieron su juicio en contra de Jesús, ellos mismos se condenaron por sus actos —dije—. Yo no hice nada. No quiero tener que cargar con la mierda de otra persona si con la mía es suficiente. ¿Comprendes?

—Yo estoy seguro de que lo que Allie menos quiere es cargarte con sus problemas. Pero a lo mejor te estás precipitando.

—Y ahora lo defiendes. —Aarón se puso de pie. Caminó hacia la TV y acomodó el cable que al parecer estaba teniendo un fallo.

Cuando volvió sobre sus pasos, se sentó en la mesa de centro, mientras hacía a un lado las cajas. Se quedó mirándome unos segundos. Mientras me examinaba, sus ojos se movieron por todo mi rostro, como una máquina que está memorizando los trazos de una impresión antes de fotocopiarla en papel. Había una sonrisa dibujada en sus labios, pero lo que sus pupilas transmitían no era alegría.

—Perdóname un millón, Nina —dijo por fin, asintiendo.

Tragué saliva, atemorizada porque otra vez surgiera *la plástica*.

—No empieces —le supliqué, con un nudo en la garganta.

—Es que yo te hice esto ¿ves?

—¿El qué, carajo? —medio grité—. Yo puedo cuidarme de los chicos que no quieren nada serio conmigo. Deberías estar orgulloso. Alan me trató mal ese día, ¿por qué debo pasar por alto algo que me hizo sentir mal? Explícame.

Mi padre miró el techo en un acto cruel de desesperación. Una parte de mí no podía creer que estuviera actuando así solo porque estaba de intermedio entre su alumno favorito y yo. O quizá...

—Lo único que te voy a decir es que, en el lugar en el que conocí a Alan, había miles de personas rotas. Él y yo... somos algo así como un milagro.

Me acarició el cabello, se irguió y después me dejó allí, igual que Alan en su cocina. Igual, sintiéndome una estúpida otra vez. Pero cuando lo recordé, lo peor de todo, me sentí como diez veces más estúpida.

Algunos años atrás Aarón había estado en una especie de terapia. Al pensar en ello, me hice un ovillo en el sillón y cerré los ojos. Le pedí en silencio, muy en mi interior, a Dios que me ayudara; lo único en lo que pude pensar después fue en que Dios, precisamente, dice que con la misma vara que midas serás medido.

## 7. Angelado, petrificado, perfecto

El escenario de las presentaciones había sido dispuesto en el enorme jardín de la Academia, donde habían distribuido mesas redondas con ocho sillas circundantes cada una alrededor de todo el espacio, que estaba a la intemperie; el sol estaba en el horizonte, junto con su calor, que el frío había comenzado a reemplazar más rápido de lo que yo hubiera esperado.

Papá me presentó por fin a la alumna prodigio, aquella chica que había asomado su cara el día en el que Alan y yo nos volvimos a ver. Era una muchacha como de dieciocho años, de cabello corto, rubio y despeinado. Muy bonita, pero a su estilo; era como la Marilyn Monroe de la escuela; todos sabían que cantaba como los mismísimos ángeles, y que podía, en el piano, interpretar las piezas más difíciles aún para un maestro capacitado. Aarón estaba orgulloso de presumir que esa noche, Nancy, como se llamaba ella, iba a cantar un tema compuesto por él; la cosa era que Alan iba a acompañarla —según papá, habían tenido que amenazarlo con *algo* para convencerlo—. Para este momento, mis nervios estaban disparados hacia el cielo, igual que mis vellos erizados de los brazos.

Entendí que Alan comprendía muy bien mi enojo porque ni siquiera se había molestado en mirarme; yacía al otro lado de la explanada; angelado, petrificado y perfecto, con esa vestimenta que se me antojó rúbrica para su persona: traía puestos pantalones de gabardina, una camiseta negra y un saco americano. Lo más raro de todo, era que su cabello estaba pulcramente acomodado en un corte inglés.

Cada vez que lo encontré en mi campo de visión, me aseguré de no mirarlo por más de un segundo; a pesar de que solo eso me bastaba para darme cuenta de cuán apuesto se veía cambiado totalmente de semblante. Aún a lo lejos pude ver que no llevaba encima el pirsin. Y que se había puesto sus lentes de contacto, como hacía en El Atlántico cuando le tocaba con Fobia.

Arriba del escenario un tipo, que Aarón había señalado como un maestro equis, anunció que pronto comenzarían las interpretaciones; aquel evento era suscitado para que un alumno de nuevo ingreso pudiera conseguir una beca, así que presentarían temas ensayados en el curso propedéutico de verano.

Me removí, incómoda, en mi lugar, cuando vi que Alan se acercaba a la mesa en la que yo me había sentado, junto a Adriana, Aarón, el director de la escuela y la alumna prodigio. Apenas y me interceptó porque movió una silla y se dejó caer sin premeditación. Nancy, o Nancy prodigio, recorrió su asiento hacia él, hasta poder susurrarle algo al oído. Intenté mentirme en ese instante; sentí un calambre en el estómago al notar que papá me guiñaba un ojo, como diciéndome «te entiendo». Entonces recordé que yo, Nina Lúa, era un libro abierto y que le ofrecía a todo el mundo una carta menú sobre mi personalidad. Así que me obligué a sonreír a no sé qué cosa que Adriana decía del chico que había comenzado a tocar un Canon in D con su flauta travesera.

Aplaudí al unísono del resto de los presentes, y me sentí como un mono amaestrado. También sentí que me ardían las mejillas. Y por un instante, sentí enojo hacia Alan por haber echado a perder mi entusiasmo en cuanto a él.

—¿Por qué simplemente no escogen al estudiante con la mejor audición? —le pregunté a

Adriana en un susurro.

Ella me clavó la mirada unos segundos, y después, como era más alta que yo, se inclinó para decirme al oído—: Por la reputación de la Academia. Aquí hay muchas personas a las que les gusta pavonearse con la miseria de otros.

Perfecto; gracias a la amiga de papá, supe que la indiferencia que Alan había demostrado en su casa hacia este evento se debía a que era un acto de mera hipocresía, aunque viniendo de una escuela como esta ya no debía de resultar tan extraño.

Otra vez volví a mirar al joven que continuaba con su interpretación, y de reojo me fijé cómo Nancy le seguía diciendo cosas a Alan; de soslayo no podía mirar si él estaba respondiéndole, pero una parte de mí se sintió incorrecta aquí, como si nadie, excepto yo, estuviera con las ganas de marcharse palpitando en el corazón. Por un par de segundos estuve tentada de pensar que eran celos los que me pusieron de mal humor, pero luego me percaté de que era todo el evento lo que me desagradaba. No era solo Alan, ni su alumna-amiga, ni el resto de personas alrededor, que pululaban indiferentes entre las mesas en derredor. No. Era el ambiente discreto de la fiesta, el aire dramático y los colores dorados y elegantes que me habían obligado a vestir como una muñeca de porcelana.

Irónicamente, no eran ellos, era yo, que no quería estar aquí.

Gracias al cielo, como se aproximaba el momento clímax de las presentaciones, Aarón y Adriana se irguieron y se marcharon hacia el escenario pues eran ellos quienes darían la decisión de los jueces respecto de la beca; me dejaron sola junto al director de la escuela, quien me preguntó un par de cosas sobre la facultad y después se marchó para dar por finalizada la ola de temas interpretados por alumnos que no podían cubrir sus colegiaturas. Si me lo hubieran preguntado a mí, habría dicho que eran colegiaturas ridículas, pero por desgracia, en México, esas cosas sucedían a menudo: que el peso del dinero pasara por encima del talento.

Minutos después, cuando muchos de los presentes se ponían de pie y ovacionaban la canción de una chica, mientras observaba mi vestido azul y mis zapatos de suelo negros, sentí que alguien recorría la silla a mi lado; no me sorprendió ver que Alan hiciera sus movimientos perezosos junto a mí. No. En realidad, me sorprendió lo que dijo de inmediato:

—Tu padre me obligó a cantar esta noche porque prometió que te haría venir hoy.

Tragué saliva tan duro que casi pude sentir cómo mi tráquea me maldecía. Pestañeé un par de veces y me eché a reír. Aarón hacía ese tipo de cosas, pero la risa, de verdad, era por nervios y no porque me gustase que hubiera chantajeado así a su alumno preferido.

Las ganas de abrazar a Aarón se me agolparon en los dedos, como si, de alguna forma extraña e imperceptible, mi piel lo echara de menos.

—Qué poca moral tienes, entonces —me burlé.

Él sacudió la cabeza y se mordió el labio inferior, Sentí como algo imposible el no mirar el movimiento húmedo de su lengua sobre la piel de su boca. Cerré los ojos, aturdida. Las voces de papá y de Adriana resonaron en ese instante.

Un chasquido de aplausos y voces estridentes que gritaban diferentes cosas se hizo oír por encima de los latidos de mi corazón.

—Me importa un comino mi dignidad si así puedo pedirte una disculpa —susurró.

—No arreglas nada con disculparte ¿sabes? —le dije.

Él frunció el ceño, examinándome a detalle. Yo lo miré con calma mientras disfrutaba del cómo Nancy nos miraba con la atención suficiente como para saber que estaba interesada, mucho, en Alan. Suspiré, algo satisfecha.

—Habla conmigo. Solo eso puedo pedir —dijo—. No me quiero justificar. Es una promesa.

Agaché la mirada, y puse las manos en la superficie de la mesa. Al frente, en el escenario, mi padre y Adriana nombraban a la chica que se llevaría la beca. Dado que el curso iniciaba oficialmente en noviembre, el resto de los que se habían presentado como solicitantes de beca tendrían que abandonar la esperanza de formar parte de las listas de la Academia, o bien pagar la matrícula.

Respiré tan profundo que el hacerlo me tomó más tiempo del esperado. Cuando volví a mirar a Alan, él tenía sus ojos puestos en mí.

En mí, de nuevo.

—¿Qué carajo les pasa a tus ojos? —le pregunté, tratando de sonar casual.

Él esboza una sonrisa de lado, tan torcida que me estrujó el corazón y sentí sus galopes en la garganta.

—Heterocromía central —murmuró—. ¿Quieres ver una película al terminar?

Arrugué el entrecejo y lo miré por un lapso más largo que los anteriores.

—No debería —dije.

—Podría mentirte, Nina —masculló él, inclinándose hacia mí. Puso una mano en el metal trasero de mi silla, y la otra muy junto de la mía—. Pero la verdad es que no tengo una excusa para el cómo me comporté contigo. ¿Qué prefieres que te diga? ¿Que mi padre es un cabrón conmigo y que por eso me porté como si fueras una extraña?

—Literalmente, sí soy una extraña —le aseguré.

Su gesto se volvió sombrío, al tiempo que sus cejas se arqueaban y las aletillas de su nariz oscilaban con premura. El color blanquecino de su piel hacía que sus ojos resaltaran con los colores dorados del lugar, del jardín, de la gente. Volví a tener miedo de su cercanía, como si presintiera que su actitud iba a cambiar de un momento a otro. Allí era el Alan que casi me había tenido hipnotizada por todo un mes; pero el golpeteo de mis venas me recordaba, de manera incesante, que mi orgullo seguía herido a su causa.

—Tony no es un cabrón conmigo —dijo—. Pero, mezclar mi mundo con él, es algo que jamás voy a poder hacer sin tropezarme.

—Me gusta que uses tu boca para hablar coherencias —argüí—. El otro día fue como si no tuvieras ganas de soportar a alguien como yo.

Alan se rio, y se repantigó en la silla volviendo a su posición anterior. Por unos momentos no hizo nada más que mirar hacia el escenario, igual que yo, igual que todo mundo allí. El calor me reptaba por el cuello y las piernas, que iban descubiertas hasta mis rodillas. Además de dolor, el Alan que yo tenía a mi lado apestaba a peligro; era, sin duda alguna, el tipo de chico que podría enamorarme fácilmente si esa fuera su intención. La cosa era que, esas mismas intenciones, tergiversadas, podían hacerme caer con la misma facilidad hacia el lado opuesto del amor: el rencor y el fastidio.

Yo, en serio, en serio, no quería fastidiarme de él.

—Aarón va a ir a cenar con Adriana al terminar todo esto. —Me acerqué a él haciendo lo mismo: inclinándome hacia su silla, colocando una mano en el metal y la otra en la mesa. Un cabello despeinado de mi moño liso se me cayó hacia el rostro; Alan lo tomó de la punta y lo acomodó a un lado de mi oído. La saliva se me atoró en la garganta como si se hubiera tratado de una piedra enorme—. Podemos ver *Ella*; tengo que hacer un ensayo sobre el amor enfermizo y el profe creé que debo usar el film como base.

Su ceja se enarcó con desdén y vi cómo suspiraba por el movimiento de sus hombros.

—Tiene que estar enfermo si se enamora de un sistema operativo —dijo él, mientras se ponía de pie. Me volví a mi silla y lo miré hacia arriba. Una de sus manos se colocó en mi hombro, que iba cubierto nada más por un tirante delgado de mi vestido—. Ya regreso: es mi turno en el cadalso.

No dije ni hice nada como respuesta. Me limité a mirarlo cuando Nancy se reunió con él. Muy rápido se perdieron entre el gentío.

Pasaron cerca de cuarenta minutos cuando Adriana y mi padre se volvieron a sentar a mi lado; para entonces, ya podía ver a Alan y a la prodigio arriba del escenario. Él estaba dándole, al parecer, indicaciones al baterista, posicionado en una plataforma en el fondo. Nancy se encontraba, supuse, vocalizando. Luego, ambos se sentaron en bancos altos. La voz de ella fue la que se alzó para decir qué iban a compartir con nosotros. Y entonces el alma se me cayó a los pies.

Nancy indicó que habían decidido cambiar el tema por uno clásico: anunció, como si le resultara difícil pronunciar las palabras, que usarían una vieja interpretación de Alan para *Can't Help Falling In Love*. Entre las muchas cosas que quise hacer, tuve la necesidad de pellizcarme. No tenía ganas de mirar alrededor porque, sin importar que nadie me hubiera dicho nada, y que nadie me estuviera asegurando que *esa* canción era para mí, me sentía observada: en una de nuestras charlas nocturnas, recordé perfectamente que le había contado a Alan que ese tema era uno de mis preferidos.

Cuando reuní el valor de mirar hacia mi padre, este fingió que no se había estado riendo.

Me cruzaron varias cosas por la cabeza, y al momento de que la voz de Alan se oyó, esa voz angelical que enviaba las ondas mágicas de su timbre, esa vibración que había sentido cuando el cáncer, cuando la lluvia, cuando el humo saliendo por en medio de sus labios, todo mi cuerpo estaba sumergido en un coraje inmenso. Bajé la mirada a mis manos desnudas, a mi piel erizada. Me escondí en mi interior porque no quise que nadie se diera cuenta de que estaba furiosa. La canción siguió, y siguió y siguió, y cuando casi estaba por el final, no logré resistirme más.

Lo más rápido que pude, y tratando de no parecer torpe, dejé la silla y le dije a mi padre que iría a tomar aire. Caminé a través del jardín, de las mesas, y de la gente; me perdí en mis pensamientos y dejé que mis pies, también enojados con Alan por pensar que todo se resolvía con una canción, se fueran hacia el edificio principal, exactamente al porche, donde me senté en los escalones, mirando hacia la calle.

Saqué un cigarro de mi bandolera y con el temblor de mis dedos lo encendí. Me lo llevé a los labios con un movimiento desesperado, casi iracundo. Segundos después, el sonido de unos pasos que se acercaban me hizo sobresaltar. Pero me las arreglé para quedarme en el mismo sitio, mientras el cigarro se consumía solo, entre mis dedos.

—Hace frío acá —argumentó Allie, sentándose a mi lado.

Lo ignoré. Le di una calada al cigarrillo.

Él suspiró.

—Nina...

—Tú sabes que me pasa algo contigo —dije. Traté de no sonar enojada, pero sentí escozor en los ojos. Lo miré directamente, así como estaba en el escalón. Él me miraba también—. Lo sabes. Y aun así ese día decidiste que hablarme de ese modo era lo mejor para ti. Pues qué genial, Allie. Qué genial. Pero ¿qué crees? Yo ya no sé si puedo... se me ha pasado la hipnosis.

La mueca de su rostro me indicó que entendía cada una de mis palabras, que las estaba procesando y que no le gustaba para nada mi tono. Sin embargo, no dijo nada, y me alegró que no

lo hiciera: porque no tenía ganas de escucharle. Si le oía hablar una de esas cosas surrealistas sobre la música, sobre él, sobre mi padre o sobre el maldito empirismo, toda esa dignidad se me iba por el caño. Me obligué a respirar más hondo de nuevo, y miré hacia la calle.

—Pensé que eras alguna señal de que no todo en mi vida está jodido —susurré—. Y mira. Resulta que hay algo raro en ti más allá de lo físico... no me gusta. No me gustan los secretos.

Estaba lista para que se defendiera; porque el nudo en mi garganta me impidió continuar. Él, no obstante, se quedó callado. Se quedó tanto tiempo en silencio que me rendí. Me puse de pie con la intención de pedirle a mi padre que me dejara en la casa antes de irse a cenar con Adriana. Alan se levantó junto conmigo y se metió las manos en el pantalón.

Antes de hablar se relamió los labios. Era poco más alto que yo, y aun así me sentí minúscula por la forma en la que me miraba.

—Me lo merezco —musitó, con una sonrisa que no demostraba más que la herida penetrante que tenía gracias a mis palabras. Sus ojos estaban oscurecidos ya cuando agregó—: Si de algo sirve, a mí me pasa algo contigo también. No sé qué, pero de que me sucede me sucede. Y eso sí que no es un secreto.

—¿Estás reconociendo que ocultas algo? —pregunté.

—Totalmente —dijo él—, Y no quiero contarte.

Asentí, y le di el último respiro al cigarro antes de acercarme a un bote de basura y tirar la bachicha ya apagada. Tras volver sobre mis pasos, comprendí que lo que Alan decía era muy, muy lógico; apenas si nos conocíamos.

—Entiendo eso. La confianza no es algo que se...

—No se trata de confianza —me interrumpió—. No hablo de cosas que me duelen. Es todo.

Volví a sacudir la cabeza, incrédula esta vez, sin embargo. La sinceridad de sus palabras me golpeó y me alivió al mismo tiempo.

—Voy a respetar el hecho de que no quieras arriesgarte —musitó él, mirándome con los ojos teñidos de eso que no podía comprender del todo (¿frustración? ¿Miseria? ¿Dolor?)—. De verdad, lo voy a entender.

—Gracias, creo —dije, no muy convencida de lo que significaban sus palabras.

Miré hacia el sendero por el que había venido huyendo, y luego cerré los ojos, tan confundida que me había comenzado a doler la cabeza.

—Cuando dices que no puedes involucrar a Tony en tu mundo, ¿a qué te estás refiriendo?

—No sé —confesó, con un gesto cansino en la cara—. Es la primera vez que me apena ser quien soy frente a una chica: y no me gustó la sensación. No me gustó que Tony llegara y te saludara y que el mundo fuera paralelo allí, con ustedes dos en el mismo cuarto. Fue como el apocalipsis para mí.

Lo observé un poco antes de cerrar los ojos. Cuando los abrí, él alzó una mano y me agarró el lóbulo de la oreja. Los cayos de sus dedos, sobre mi piel, se sintieron como la misma gloria. Como el agua caliente en invierno, como el café por las mañanas, como la necesidad de leer poemas.

Como la necesidad de mirar sus labios al hablar...

—Es que... me estás confundiendo un montón —dije, sincerándome.

Él se encogió de hombros.

—Tú decides, Nina —me espetó, con voz ronca, que le salió con dificultad—. No puedo decirte mentiras. Hay cosas de mí que no espero que entiendas. Y lo lamento. De verdad lo lamento.

—Pues dime tú, ¿qué esperas que haga?

—¿Sinceramente? —preguntó, la voz baja, y temblorosa.

Me puso la yema de su dedo índice, el izquierdo, en la nariz.

—Sinceramente —le pedí, mientras saboreaba, en secreto, en el interior, su toque.

—Me encantaría que te arriesgaras. Quién sabe. Tal vez es solo cuestión de tiempo antes de que quiera contártelo todo —dijo por fin.

Lo único que conseguí hacer para satisfacer los latidos de mi corazón, y la advertencia en espectacular que enviaba mi cerebro a todas y cada una de mis terminaciones nerviosas, fue levantar la mano, la derecha, y sujetar la suya; lo hice con toda la fuerza que logré imprimir en mi caricia.

La voz de Elvis retumbó en mis tímpanos; mi cerebro dijo «eres caso perdido».

## 8. Nuestra canción favorita

—¿Qué tiene de especial la década de los noventa?

—¿En qué año naciste? —me preguntó Alan, sin mirarme.

Los créditos de la película estaban cruzando la pantalla, y nosotros seguíamos sentados en el sofá frente a la TV. Él tenía la cabeza apoyada en el respaldo, el cuerpo repantigado y rostro de estar a punto de quedarse dormido; había entrecerrado los ojos, y se lo veía como si quisiera ver con atención algo en la tele.

Lo miré con la cabeza recargada en mi palma derecha, que descansaba en el apoyabrazos del sofá.

—En el noventa y cuatro —le respondí.

—Exacto —dijo él.

Sacudí la cabeza porque no estaba convencida con su justificación. Me removí en el asiento y estiré las piernas hacia abajo para no golpearlo a él.

—Tú a veces dices: "Nina, como en los noventas". ¿Por qué? —insistí.

Él esbozó una sonrisa y se irguió parcialmente hasta que pudo poner sus antebrazos en las piernas. El pantalón se ceñía a sus muslos y ahora que no llevaba el saco puesto alcancé a notar que tenía una fisonomía delgada, no mucho, sino del tipo de delgado que se antoja para ver desnudo en una tarde de verano. Sobre todo en un lugar solitario como mi casa en estos momentos.

Espabilé meneando la cabeza, como si estuviera sacudiéndome el polvo del cabello, para ahuyentar ese tipo de pensamientos de mi mente; Alan bebió del vaso que le había dado minutos atrás. Era agua, agua insípida. Cuando le pregunté si quería algún refresco de cola o cerveza o refresco de sabor, me contestó que esa noche no estaba para excesos. Estuve a punto de preguntarle a qué se refería, pero habíamos pasado un par de horas agradables y no tenía ganas de arruinar la noche. Seguro que ya eran pasadas las doce, y tampoco me sentía capaz de mirar al reloj y decirle que era muy tarde; seguramente se levantaría y tendría que irse. No quería que se fuera aún, así que aguardé, paciente, a que dejara de tomar agua. Mientras tanto, me envolví en mi imaginación; traté de visualizar a Aarón saliendo con Adriana al cine, un viernes por la noche, luego de un evento pomposo en la Academia en la que ambos trabajaban. En la escena imaginada de mi cabeza, mi padre tenía oportunidad de enamorarse de nuevo.

Yo sonreía a la nada cuando escuché que Alan decía—: Es por "la abuela del punk".

—¿La abuela del punk?

—Nina Hagen —dijo él. Me miró, sonriente y continuó de inmediato—: No es muy conocida pero tiene un estilo de voz que me recuerda a ti, muy rebelde. Operístico. Interpretó este tema, *Alchemy of love*, para un anime que me gustaba de niño. A mi madre le encantaba esta mujer...

—Lo recuerdo: *Tenchi Muyo!* —murmuré.

El silencio que le siguió después a mi voz se tornó aún más oscuro cuando intenté levantarme. Comprendí que mencionar a su madre le había dado como un aire lóbrego a nuestra charla. Y

entonces recordé sus palabras: *no hablo de cosas que me duelen*.

Podía hablar sin problemas de las cosas que me dolían, aunque no me gustase tocar el tema de por qué mi madre era tan problemática; era algo que trataba que no tuviera mucha importancia en mi vida, y aun así, a veces me despertaba en medio de la noche sintiendo que la policía llamaría a mi puerta en cualquier instante para avisarme que mi madre había causado disturbios en algún bar a las afueras.

Suspiré, y Alan me miró con aprensión unos segundos.

—¿Qué edad tenías cuando pasaban el anime? —inquirí, usando un tono de voz acompasado.

Él pareció relajarse un poco, y alzó la mirada hacia el techo, como si se estuviera concentrando.

—Cinco, tal vez seis —contestó al final.

Me imaginé a un Alan de esa edad, viendo animes y escuchando canciones de punk. Al sonreír, sentí que me estaba cayendo mejor el estar cerca de él aun cuando el miedo se asentaba en mi interior con más fuerza.

El miedo, es decir, crecía cada vez más mientras él me atraía cada vez más.

—Si me voy ahora, ¿estarás bien?

—No sería la primera vez que me quedo sola en la casa —me reí.

—Ah —susurró Alan, al tiempo que se levantaba del sofá—. Mañana Fobia estará en el escenario; ¿quieres venir?

Me encogí de hombros porque no supe qué otra cosa hacer para que no se notara que la proposición casi estaba por demás, aunque luego me fijé en que esa noche era la primera en la que charlábamos tras el pequeño altercado en su casa. Ambos rodeamos el sofá para caminar hacia la puerta, que se encontraba más allá de un pasillo, entre dos muros de contención que le proporcionaban más calor a la casa del que era necesario.

—¿Vas a tocar algo especial? —dije, sin pensarlo mucho en realidad.

Lo había dicho solo con la intención de que saliéramos a flote de aquel océano de lenguas cortadas. Alan se pasó una mano por el cabello, despeinándolo. No pareció importarle que su espléndido peinado se hubiera ido casi por completo.

Tanteó su respuesta y se recargó en contra de la puerta en la salida.

—No, la verdad no —musitó, y se cruzó brazos—. Tal vez le pida a Isma que me dé espacio para *Zombie*.

Negué con la cabeza y me crucé de brazos también.

Más temprano, mientras él me ayudaba a hacer unas notas sobre el film que habíamos visto, nos sorprendimos sacando a colación a la vocalista de The Cranberries. Resultó ser que otra de mis canciones favoritas era *Zombie*. Y esa, de hecho, era top 1 de Alan. Así que volvimos a mirarnos largo y tendido a los ojos al tiempo que él cantaba el estribillo.

Fue como un halago silencioso, y adopté una posición avergonzada de nuevo. Evadí su mirada y me quedé a la espera de escuchar otra de sus insinuaciones. Las hacía con mucha regularidad.

—¿Quién es Ismael? —pregunté.

—El baterista —dijo él—. Además del dueño de Fobia. Me invitó a estar con ellos un día y sin pensarlo me quedé como una muletilla.

Volvió a sonreír, y le vi respirar.

—Entonces, ¿nos vemos mañana?

Asentí, pensando en nuestra canción favorita.

Cuando abrió la puerta y la cerró, no sin antes dedicarme una mirada más, sentí que me había

faltado decirle otras tantas cosas; sentí que había dejado incompleto algo, que estábamos muy desconectados todavía. A pesar de que me emocionaba la idea de ir a verlo cantar, esta vez más tranquila, en el fondo seguía sintiendo miedo de lo que pudiera suceder. No le había dicho si sí iba a arriesgarme porque en la Academia Alan me había sugerido que me tomara un tiempo.

Mientras volvía a la sala para recoger los vasos y apagar la TV, me pregunté si estaría mal que le dijera que me gustaba. Claro, que me gustaba el Alan emprendedor, musical y de ojos abisales. No el Alan apagado, traslúcido y sin alma que había aparecido de repente en su casa, frente a Tony. Entonces me encontré con una idea que me ayudó a inclinar la balanza del lado del masoquismo: no tiene caso querer el lado bueno de una persona, en mi caso, no tenía ningún sentido que aceptase correr el riesgo solo para rendirme a los dos segundos de notar que él estaba derruido por dentro. Sin embargo, pensar en el hecho de que tal vez estaba tan destrozado que no tendría arreglo, me hizo temblar.

Antes de entrar en mi habitación dispuesta a no dormir en toda la noche, me pregunté a mí misma qué haría Hamlet con esta cuestión, ya que aquí no se trataba solo de ser o no ser. Sino que se trataba de ser y amar, y también sufrir, o no ser y continuar fría, *a salvo*, y también sola.

Vaya dilema.

## 9. Hablar de amores imposibles

Qué jodido.

Eso fue lo primero que dijo Gabriela cuando le conté acerca de Alan. En realidad, me limité a decirle que no estaba del todo segura de si me gustaba o no; le dije que él tenía problemas con los que no sabía si lidiar. Problemas que se asemejaban a los míos con mamá y problemas que me recordaban el motivo de mi regreso a México.

Ella me llamó egoísta e infantil. Mientras sorbía su café con una pajilla, se aseguró de hacerme sentir muy, muy ridícula.

—No es que se vayan a casar —señaló, dejando el vaso térmico sobre la mesa—. ¿O piensas casarte con él? Por lo que sé, tiene buen trabajo, es un tipo apuesto, de tu estilo...

—¿Mi estilo? —Fruncí el ceño.

Ella se echó a reír.

—O sea... —dijo, tras ahogar una carcajada—. Despeinados, bohemios, tímidos, torpes...

—Ya. —Alcé una ceja, al tiempo que miraba hacia la calle.

Gaby y yo estábamos terminando un proyecto de filología latina. Por un momento tuve la sensación de que se estaba burlando de mí.

—Él tiene secretos, Nina. Como cualquiera, ¿y qué? Dale una oportunidad —masculló.

Hizo un ademán para pedir servilletas, al parecer. Cuando el mesero volvió con su pedido y se marchó, Gabriela garabateó algo en su libreta. Tenía aspecto de estar concentrada, así que no quise interrumpirla. Sin embargo, pronto centró su atención en mí; sus ojos se enfocaron en los míos.

La astucia que despedía me embargó unos instantes.

—Te gusta mucho ¿verdad que sí? —consideró.

—Lo suficiente como para no dormir bien —acepté—. Pensé que te caía mal.

—Es muy romántico para mi gusto —asintió—. Sin embargo, creo que es justo de tu talla. ¿Qué tipo de maestría está haciendo?

Intenté recordar exactamente qué posgrado llevaba Alan en la Academia además de dar clases allí mismo. Me cruzó por la mente la idea de que su rubro tenía que ver con la producción de música.

Suspiré, hastiada.

—No me acuerdo. Algo acerca del diseño de audio.

—Y le gusta el cine ¿no?

—Ajá.

Gabriela sonrió. Puse los ojos en blanco.

—Que tengamos cosas en común no resuelve el hecho de que cambió de humor conmigo como si fuera una *quesadilla* a la que se ha girado con la espátula —refunfuñé.

—Señora drama —se burló Gaby, y luego agregó—: Es que, Nina, no son solo *cosas*. Son *muchas* cosas las que tienen en común. Me atrevo a decir que incluso Aarón piensa de ese modo.

Me enfurruñé en el asiento, apunto de replicar.

—Acéptalo: lo que a ti te pasa es que tienes miedo de enamorarte y salir lastimada. Marina, la vida es un riesgo completito. ¿Nunca has escuchado el famoso dicho que reza "el que no arriesga no gana"? Tal vez pierdas, tal vez no. Quién sabe. Eso sí, las dudas te podrían matar si te quedas en el lado del miedo. La verdad, no deseo verte arrepentida.

En parte sí, tenía razón; y por otro lado no, yo no tenía ganas de aventurarme en una relación con Allie solo para averiguar que no habría compromiso alguno por parte de él. Porque la confianza es un compromiso ¿no? Uno de esos lazos que si se rompen ya no vuelven a su sitio.

Una vez le oí decir a la madre de una amiga que, esto de las parejas, es como cuidar de un vaso frágil. Si se rompe, e intentas unir los pedazos, las marcas son perceptibles, perpetuas y se notarán siempre. Así que ahí residía mi terror; no era escénico, ni romántico, era un miedo racional. Miedo a que mi confianza se viera atrofiada gracias a una persona que, al final de todo, no me considerara... indicada.

—¿A qué hora comienza todo? —inquirió Gaby, mirando su reloj.

—A las nueve —dije.

Ella le pidió la cuenta al mesero y me dijo que tomaríamos un taxi hasta El Atlántico. La había convencido de ir conmigo, de modo que mi parte cobarde, la que temblaba con solo pensar que Alan me saliera con otro de sus arrebatos, estaba controlada un poco.

Salimos de El café de los novios con el tiempo arrastrándose a nuestras espaldas; le había dicho a Aarón que probablemente me quedaría en la casa de Gabriela ya que vivía en una zona mucho más cercana del bar. Antes de salir, incluso, le pregunté si esa noche iba a acudir él también, pero me dijo que tenía cosas que hacer acerca de un curso que se daría en conjunto con un especialista que venía de no supe que sitio.

Cuando nos subimos al taxi, me limité a escuchar las teorías de Gaby sobre Alan; ella creía que tal vez su padre era como el mío, un sujeto recuperado de un pasado de oscuridad; alguien que, en su juventud, había tomado malas decisiones. Mi amiga consideró como una posibilidad muy grande que a Alan le sucediera con Tony lo mismo que me pasaba a mí con mi madre.

Era una gran, gran posibilidad.

Llegamos al bar con varios minutos de retraso. La voz de Alan se oía desde la entrada, y el familiar repiqueteo de su guitarra electroacústica hizo retumbar, además de las paredes, mi corazón de niña. Era como tener dos corazones; como sentir el palpitar de otras venas en mis dedos, en mis oídos, en mis sienes. Lo sentí, por primera vez, mientras nos adentrábamos en la oscuridad del sitio, en mi pecho. Pretendí que no me había hecho estremecer la canción; intenté disimular que aún en la bruma oscura, en medio de los olores, su voz me volvía loca. Alrededor había muchísimo silencio; del silencio que solamente los que han sufrido y renacido pueden entender; del tipo de silencio que hay en los hospitales, en las funerarias, en los cementerios.

El Atlántico, a pesar de estar totalmente lleno de gente, era como un hoyo negro.

La mano de Gaby me sujetó por la muñeca, y tiró de mí hasta la barra, donde nos colocamos de espaldas en contra de la madera. Tony levantó una mano en mi dirección, y yo meneé la cabeza en una mueca de saludo. Siguió, después de eso, sumergido en su tarea de moverse de extremo a extremo, sirviendo bebidas, gritando por encima de la capacidad de sus cuerdas vocales. No lo dejé de mirar durante un lapso enorme. Tenía el cabello de la misma textura que la de Alan; su piel poseía la misma candidez, aparentemente la misma suavidad. Y sus ojos eran de un extraño color azul, como el del Caribe. Sin embargo, todo él era un monumento a la rebeldía. Se le notaba hasta en las cejas tupidas de vellos castaños que era un hombre al que le gustaba ir en contra de la

corriente.

Me daba miedo.

Fobia continuó con sus interpretaciones durante cuarenta minutos más. Cuarenta lentos minutos en los que yo sentía la presión en distintas partes de mi cuerpo: era como estar dentro de una enorme pecera, y arriba de mí había pescadores tratando de atraparme. Varios de los presentes detuvieron a Allie cuando intentó ir hacia nosotras, por lo que demoró otros quince minutos en llegar.

Lo primero que hizo apenas verme, fue sonreír. A Gabriela la saludó dándole un beso en la mejilla, y sujetando su hombro en un acto de mera educación. Traía el pirsin en el labio, el cabello desordenado y no estaba usando sus lentes de armazón cromado. Sin ellos, cambiaba totalmente de máscara.

—Vamos arriba —dijo, con una mueca torcida.

Me sujeté a la mano de Gaby y ambas lo seguimos.

No quería subir a su casa, pero la verdad era que el estruendo del bar me tenía mareada. Así que no puse ninguna objeción y pisé con firmeza en los escalones, hasta llegar al enorme departamento de solteros que compartían su padre y él. Rogué al cielo porque a Tony no se le ocurriera subir.

Una vez más, comencé a sudar frío, como si tuviera un mal presentimiento. Ya dentro, Gabriela inspeccionó con minucia las paredes, los discos de records, el título de Alan que se hallaba, para mi impresión, en el muro junto a un piano al otro lado del departamento, donde yo no había tenido la oportunidad de husmear la primera ocasión.

—Licenciado en Composición de Música Contemporánea —recitó Gaby, mirando el título colgado de la pared, junto con varios, varios reconocimientos más, de Alan—. Es increíble.

Alan se había puesto las gafas normales, y estaba sentado en el taburete del piano. Nos miraba entre divertido y desolado. Fue entonces que me di cuenta de cuán pálido se veía. Dejé que Gabriela continuara su revisión; se marchó hacia lo que parecía ser una terraza en el fondo, tras cruzar dos puertas cancel. Caminé un par de pasos mientras me guardaba las manos en los bolsillos traseros del pantalón. Alan recargó los codos en el teclado cubierto del pianoforte.

Llevaba puesta una máscara muy extraña; como si acabaran de drenar la sangre de su rostro. Sus labios, lívidos y entreabiertos, dejaban escapar aire con rapidez.

—¿Estás cansado? Porque a lo mejor deberíamos...

—Siéntate —me apuntó, señalando el espacio sobrante en el taburete.

Le obedecí.

Hice lo mismo que él; puse los codos en la cubierta del teclado y miré hacia el pasillo por el que Gabriela se había perdido. Desde allí alcancé a ver el anuncio del frente, de otro bar en el que tenía entendido que tocaban trovas. Me recorrí unos centímetros y sentí mi antebrazo derecho rozar la piel del de Alan.

Estaba muy tibio.

*Demasiado.*

Al mirarlo, él movió sus dedos e hizo ademán para agarrar los míos. Se lo permití.

—Tienes fiebre —le dije, con la voz enronquecida.

—Es el ambiente —murmuró, pero yo sabía que estaba mintiendo—. Me engento muy rápido.

—Allie —susurré—. ¿Tienes gripe o algo así?

Él volvió a sonreír. Levantó la mano derecha y se refregó el ojo por debajo del cristal de sus lentes.

—Tal vez. No es nada —dijo—. Por ahí tengo *XL3*, mamá.

—Chistoso —Entorné los ojos y sacudí la mano para fingir molestia.

Por supuesto, el hecho de que fingiera alimentó mis ansias. Su aspecto de niño enfermo me llamó tanto la atención que olvidé por completo la incomodidad que antes me había impelido a no venir. El rostro de Alan era un amasijo de cansancio; me sentí tan culpable de estar ahí, que mis ganas de quedarme aumentaron. Cosa contraria y rara, pero era así; mientras más me daba cuenta de que algo no andaba bien con él, mi corazón se volvía, se calentaba, se cimbraba, con mayor intensidad.

Ya no era una cosa de emociones. Ahora, me percaté de ello, tenía la convicción de que arriesgarme con Alan era todo lo que podía hacer para conocerlo.

—Mi madre me dijo todo el tiempo que amaba a Aarón; todos estos años, nunca dejó de decirlo. Y eso me repugnaba de ella; se acostaba con medio mundo, con tipos asquerosos, tipos que ni en sueños se parecen a él. No lo entendía. Y un día me cansé. Comencé a pedirle que no me contara nada; ella empeoró. Entonces me rendí. Ya no quise; la dejé.

Alan no estaba mirándome; el nudo de mi garganta me obligó a ponerme de pie porque no quería llorar. El rencor me subía en forma de ácido desde la boca del estómago. Me puse de pie frente a los muchos títulos y reconocimientos que estaban en la pared, junto a discos, autógrafos y fotos extrañas de Tony.

Pensando que vería en él un gesto de confusión me volví, forzándome a no buscar su mirada. No obstante, él se había levantado y ahora estaba quitando la tapa del piano. El primer sonido de un acorde invadió de lleno el vestíbulo; más allá, se apagaron los ruidos del bar. La sala, a lo lejos, permaneció quieta y calladita, prestándome la oportunidad de retomar la plática con él.

Lo seguí...

Me senté de nuevo a su lado y observé cómo hacía un acorde y otro. Sus dedos eran delgados y parecían amoldados a la perfección.

—Aarón cometió muchos errores, Nina —dijo—. Estoy seguro de que tu madre tendrá un motivo de ser también. Te entiendo, de verdad. Mírame. Puedes darte cuenta de cuánto pueden lastimar a un hijo los errores de sus padres.

Una nota... un acorde; *su voz*.

—Un tipo me dijo una vez que, sin importar cuántas veces me hicieran daño, tratara de mantener intacto el corazón. —Tecléo más notas; comenzaba a sonar como una canción, pero yo no la conocía—. Y estoy tratando de hacerlo. Te lo juro.

Me miró un segundo, y volvió a teclear más notas.

—El mío tiene miedo. Conoció a otro corazón casi idéntico a él y ahora teme arriesgarse —dije. Al ver que él solamente estaba jugando con la escala, puse los dedos en el teclado e imité sus movimientos en otro círculo—. Tiene miedo de convertirse en un durazno y acabar podrido.

La sonrisa de Alan se ensanchó, y dio paso a un aire tranquilo a mi alrededor.

—¿Quieres ayudarme a finalizar la canción? —inquirió.

—¿Por qué tanta insistencia con ella? —me interesé—. Digo, es hermosa ya de por sí.

—¿Te parece hermosa? —sonrió. Yo asentí—. A Nancy se le antoja enfermiza.

Mis dos cejas se arquearon. Sentí una punzada atravesarme el pecho; dos chasquidos se oyeron en el interior de mi garganta luego de que tragué saliva.

—Dice que el amor no es así de posesivo.

—¿Le mostraste tu canción a Nancy? —pregunté.

Él puso los codos en el teclado haciéndolo rechinar. Respiró profundo para después decir—:

Yo no. Aarón se la mostró a Adriana, y Nancy tenía clase de vocalización así que... supongo que solo sucedió.

Meneé la cabeza, un poco incrédula.

—¿Y tú que piensas? —dije.

Él hizo un mohín de extrañeza, mirando hacia el frente; una pared que contenía varios pósteres de bandas de rock mexicano, el mejor, si me preguntaran a mí.

—Creo que hay muchos tipos de amores imposibles —confesó, con tono de melancolía—. Pero el amor que describe mi canción no es uno imposible, como sí lo son los enfermizos —continuó. De pronto, unió los dedos de sus dos manos y observó con pesadumbre sus nudillos, rosados con el estiramiento de su piel—. El amor del que yo hablo allí es el incomprendible amor incondicional. Del que lo soporta todo. De ese amor que no es solo emociones, sino...

—Convicciones —lo interrumpí, mirando un póster de Caifanes.

Alan bajó su mano y agarró la mía.

—El amor por convicción es interminable, Nina.

—Un amor que no tiene lógica, si me lo preguntas —señalé.

—No, no la tiene —dijo él, al tiempo que ladeaba su cabeza para mirarme.

Mi mano libre se movió hacia su boca, y me encargué de tocar con delicadeza el pirsin, que se sacudió cuando él lo empujó con su lengua. Y gracias a ello, me vi en la necesidad de mirar sus labios, que estaban más rojos que antes. Todavía tenía la piel como el papel de blanca y tibia como el calor de un horno encendido a fuego lento, pero ya no parecía desencajado.

Pensé que tal vez el ruido del bar había sido el causante.

—Oye, Nina —gritó Gabriela, de la que, por su entera ausencia, me había olvidado.

En ese momento supe que ella me había dado... espacio.

Fue Alan quien se puso de pie, y se dio la vuelta para mirar lo que Gabriela quería mostrarme.

—Tienes que ver esto; los tipos del frente están al karaoke y ¡Dios mío! ¡Cantan horrible!

Echó mano de mí sin pedir permiso y me arrastró hacia la terraza. Yo solo pude oír los pasos de Alan que nos seguía.

Me pregunté, internamente, si él había entendido: esperé que sí, que hubiera comprendido por completo que iba a arriesgarme, que íbamos a formar nuestro propio concepto de amores imposibles y que, ignorando las señales de alerta que emitía mi cerebro, me moría por intentar de todo. Con él.

*Con él.*

## 10. Como el solsticio

Resultó que Alan sí tenía resfriado; apenas llegamos a la casa de Gaby, él me *texteó* diciendo que iba a con un médico de cabecera al que conocía desde pequeño; me extrañó que fuera a ir tan tarde, pero luego entendí que para eso están los doctores familiares. Intenté desviar mis pensamientos mientras Gaby y yo veíamos fotos antiguas de lápidas; incluidos los miembros del club de los 27, en el cual radicaban también Jim Morrison y Janis Joplin.

—¿No se te hace muy extraño eso de sus padres? —preguntó Gaby, recostada sobre su estómago en la cama.

Hice una mueca de suficiencia, como si en verdad ya hubiera repasado esa pregunta y no tuviera cómo responder. La verdad es que no tenía idea de Alan, al menos no concretamente, y para este punto...

—Se me hace bastante raro —acepté, mientras pasaba una hoja del álbum de fotos—, pero no quiero preguntar y estoy segura de que él no quiere que lo haga. Hicimos un pacto de paciencia.

—Bueno, si se puso así delante del papá, pues es entendible. —Se apoyó en uno de los costados de su cuerpo, con la cabeza en la palma de la mano y el codo clavado en el colchón—. ¿Qué crees que le habrán hecho? ¿Algún tipo de abuso?

La miré, aterrorizada. Ella vio mi expresión y cambió de semblante; tuve que aceptar que esa idea sí que no se me había cruzado por la mente. O sea, el tipo de problemas que yo había llegado a atribuirle estaban, todos, dentro de los estándares aceptables por la sociedad; padres desobligados, como mi madre, padres adictos a alguna sustancia, como mi madre, o bien padres que lo hubiesen dejado criarse solo. Ninguno de mis pensamientos se había inclinado hacia el lado que Gabriela sugería...

Fue horrible. Sentir que él me estuviera ocultando eso, que se lo estuviera guardando. Y también fue como abrir los ojos de repente luego de tenerlos cerrados con candado.

—Me dijo que no hablaba de cosas que le dolían —susurré, dejándome caer sobre la cama y mirando el techo al mismo tiempo—. Puede que haya algo así en su pasado. No sé. Y sinceramente tampoco sé si quiero averiguar el hecho solo para darme cuenta de que un hijo de puta le hizo daño.

Por el rabillo del ojo, vi cómo Gabriela fruncía los labios.

—¿Ya pensaste en preguntarle a tu papá? —dijo, con voz queda, como si no quisiera romper mi ensimismamiento.

—Aarón no me va a decir nada. Es demasiado cercano a él como para hablarme de sus confidencias, aunque —musité. Arrugué las dos cejas y me llevé ambas manos al cabello, para alborotarlo—, el otro día me hizo el comentario de que había conocido a Alan en la terapia.

—¿Terapia? —inquirió ella, confundida.

Me volví para mirarla, imitando su postura en la cama.

—Te sabes esa historia, Gaby —la reprendí—. No quiero repetirla. En serio.

Ella asintió, un tanto incómoda al parecer.

En efecto, no quería repetir que como en el 2008 mi padre ingresó a una terapia gracias a su

problema de personalidad. Nunca pregunté cuál era con exactitud, y tampoco me importó ni en ese entonces ni ahora; era una etapa de su vida que Aarón, en sus mismas palabras, estaba determinado a enterrar en el pasado oscuro y ominoso, junto a los muchos otros errores que había cometido.

Deglutí saliva con la intención de que no se me formaran lágrimas en los ojos ni nudos en la garganta. Dolor en su estado más puro.

—¿Es por eso que decidiste darle una oportunidad a Alan? ¿Porque tu padre te lo pidió? —dijo.

Bajé la mirada a una foto que mostraba la imagen de Kurt Cobain en un concierto, con su imagen de rockero light desbordando energía.

Gabriela carraspeó, tal vez para hacerme espabilar.

—Sentí que, al juzgarlo a él, estaba juzgando a mi padre. Estuvieron en la misma terapia; imaginar por qué me da terror. —Ella sujetó mi mano con fuerza, y esbozó una sonrisa pueril. Leí en su semblante la preocupación, por eso añadí—: Es que tú tienes un poco de razón: tengo miedo de enamorarme de él. Me huele a que puedo hacerlo, y profundamente ¿me explico?

—Perfectamente.

Me apretó más los dedos, y dejó caer la cabeza en el colchón.

—Lo único que quiero es saber más de él. Quiero *confiar* en él.

—No sería la primera vez que te enrollas con alguien que te juega chueco —me recordó. Al memorizar aquella vivencia, entorné los ojos—. ¡Vamos, Nina! —se rio, como si nada—. En su momento estuviste entusiasmada.

—En su momento —reiteré—. Pero esto es diferente. Eso es lo que me preocupa más.

—A mí también.

Desde su posición, se mordió el labio inferior mientras cerraba los ojos.

—Si me rompen el corazón, que sea por una buena causa; al menos tendré material para escribir la tesis sobre los amores enfermizos.

—¿Amores enfermizos? ¿Eso qué tiene de filosofía? —preguntó Gabriela, con gesto asustado.

Yo sabía que estaba haciendo una de sus actuaciones para ponerme a sudar frío, pero decidí ignorarla y continuar pensando en Alan.

—Si Alan me rompe el corazón, al menos te consta que fue mi decisión permitirselo —murmuré.

Se me cerraban los ojos por el sueño. Al día siguiente, que era domingo, iba a pasarlo haciendo tarea, tarea y más tarea. Estaba decidida a dejar que la tarde me envolviera hasta que no quedara luz solar. Ni siquiera aunque mi padre me sonsacara para ir a ver una película o para ir a cenar comida chatarra como era nuestra costumbre.

Ni a él, ni a mí, se nos daba la cocina, así que sobrevivíamos gracias a pizzas, hamburguesas y café.

—Escribe un diario —musitó Gabriela.

Yo había cerrado los ojos y apenas la escuché. Pero la idea se quedó parcialmente hundida en mi membrana cerebral. Me pareció una idea excelente.

Teníamos un profesor que nos decía lo importante que era el grabar los pensamientos «en fresco» y plasmarlos en un cuaderno, escritos con una pluma especial, de un color que nos hiciera sentir más cómodos que en la escuela. En ese momento, entre el cansancio y los latidos de mi corazón, el diario se convirtió como en el barco que espera un naufragio a punto de morir de insolación.

—Creo que su madre murió: porque habla de ella en tiempo pasado. *Algo* sucedió allí con ella. Algo horrible —gruñí.

Gabriela se levantó de la cama, lo sentí por el movimiento del colchón y el chirrido de los barrotes en las esquinas.

Le oí suspirar, y caminar por la habitación.

—Lo que sea; se merece la oportunidad contigo, creo —analizó.

Me palmeó un pie para que me levantara y así poder ajustar las sábanas. Como pude, me erguí, soñolienta, y miré a mi compañera arreglar las almohadas, sacudir el colchón e indicarme que ya podíamos meternos dentro.

Cuando terminé de ajustar mi lado y de arreglarme el pelo en una trenza para que no se me enredara por la noche, ella ya estaba recostada, mirando hacia mí con introspección.

—¿Te digo algo estúpido? —me preguntó, con las cejas elevadas y los ojos abiertos como platos. Me encogí de hombros. Ella negó con la cabeza pero igual dijo—: Estoy empezando a creer en el amor a primera vista. Esto, lo tuyo con Alan, es... vomitivo.

—¿Vomitivo? —Me metí debajo del edredón, apoyando la cabeza de lado para mirarla a los ojos—. Eso sonó horrible.

—Es que, mira; ¿en el bar? Ni siquiera te saludó como a mí —apuntó, con mucha, mucha ironía. Hasta ahora, yo no había reparado en ese detalle porque en aquel instante estaba fastidiada del alrededor y los ruidos, del caos en El Atlántico. En la oscuridad, cuando lo vi venir en mi dirección, todo lo que hice fue concentrarme en su mirada y en su sonrisa; fue eso lo que me tranquilizó al instante—. Me dio la impresión de que, cuando te observó de ese modo... Su lenguaje corporal hablaba por sí solo, vaya. Es terrorífico. Me dio náuseas.

—Ojalá pudieras ver lo que siento —susurré.

Gabriela cerró los ojos, y musitó—: Gracias, pero no estoy lista para algo así. No tengo tantos huevos como tú.

—Cuando quieres, puedes ser muy vulgar —le dije.

Cerré los ojos también.

Al no recibir respuesta supe que estaba quedándose dormida.

Me di cuenta de que no habíamos apagado la luz, así que fui hacia el extremo opuesto de la habitación y dejé el cuarto en la penumbra fría y hosca que gobernaba en la ciudad durante septiembre.



Adriana me había invitado a ver una sesión de grabaciones de ciertos chicos de la Academia —entre los que destacó Nancy—. Ella y Aarón estaban entretenidos dando indicaciones y haciendo una que otra corrección, y yo estaba sentada en un banco escuchando los errores que el experto en audio había hallado en sus voces.

Donde estábamos era una habitación muy oscura, en la que había una especie de plataforma para que se ubicara quien fuese a grabar. Sillas altas, un sofá negro, alfombra en el piso y paredes con esa esponja que encierra los sonidos y aleja los ruidos exteriores. El único que se oía era el silbido del aire acondicionado, que volvía el cuarto frío y seco. Como no estaban permitidos los celulares dentro había pasado la última fracción de tiempo intentando descifrar cuánto llevaba

allí.

De un momento a otro fue mi padre quien dejó a sus alumnos y, seguido por dos varones de aspecto hippie y Adriana, salió de la habitación para acudir con no sé qué otro profesor que les hacía falta. Nancy, que en ese instante se acercaba a mí y me sonreía, tenía unos audífonos alrededor de su cuello. Audífonos aislantes, también.

Le devolví la sonrisa casi a la fuerza. Y por algún motivo la suya se sintió de la misma forma.

—No pensé que te gustara la música a ti también —dijo. Le dejé al técnico del audio los auriculares que me había prestado y me puse de pie, mirándola, extrañada—. Es que Aarón dice que estudias filosofía.

—Ajá —murmuré.

La chica carraspeó, bastante colorada de las mejillas.

Al notar que mi presencia la intimidaba, suspiré, porque no tenía intención de ser desdeñosa con ella aún si su actitud para conmigo tampoco era muy amigable que digamos. Respiré profundamente y me metí las manos a los bolsillos del pantalón, al tiempo que examinaba los muros y los varios instrumentos que descansaban en los rincones.

—¿Tú también piensas que la música está peleada con la filosofía? —le pregunté.

Nancy se mordió el labio inferior y encogiéndose de hombros me respondió—: No concibo la idea. Lo siento.

—Roquentin, el protagonista de La Náusea, encontró la cura para esta en una canción de jazz. —Me giré sobre los talones y fingí que leía un enorme mural en la pared trasera, a la que había estado dándole la espalda. Ahora se la daba a Nancy, pero escuché que caminaba hacia la pared —. Digamos que el jazz sanó en él el vacío existencial que la libertad le había provocado.

Ella se recargó en contra del muro, con los brazos cruzados sobre el pecho. Llevaba el cabello agarrado en un moño en la parte alta de la cabeza, e iba vestida con pantaloncillos cortos, de pescador, una blusa holgada que rezaba alguna frase indie; traía consigo un aire de altanería que me costó ignorar. Miré hacia el suelo y observé sus zapatos de suelo, que eran de un azul eléctrico muy chillón.

—¿La Náusea? —inquirió.

Entonces levanté la vista.

—Jean Paul Sartre —dije—. Un filósofo existencialista.

—Oh —murmuró en tono de disculpa—. Bueno, yo no veo de ese modo la música.

—¿De cuál modo? —me reí, sin poder evitarlo.

—Como una salvación —contestó ella, también riéndose.

De pronto, me sentí un poco más a gusto a su lado, y la miré con menos recelo: parecía una chiquilla con los ojos pegados con algún tipo de pegamento.

—Perdóname la ironía —aludí, con el ceño fruncido—, pero estudias música.

—Alguien les dijo a mis padres que tengo una voz espectacular, y que con la dirección correcta podría hacer grandes cosas en el futuro —musitó, mirando la pared, a una parte en la que se veía un grafiti de un micrófono.

Tragué saliva para evitar el enojo en mi estómago.

La sonrisa que se dibujó en los labios de la chica se esfumó en cuanto nuestras miradas se encontraron.

—Alan y tú, ¿están en algo? —me soltó.

Alcé ambas cejas y abrí la boca. Le dejé saber mi impresión ante aquella pregunta fuera de lugar; una porque no la conocía nada de nada y otra porque no me gustó que mostrara, otra vez, ese

interés en Alan.

Tomé un poco de aire antes de decir—: Somos amigos, creo.

—¿Cómo es eso? —insistió.

Cuando iba a sacudir la cabeza, me salvó el chirrido de la puerta contigua que se abría y se cerraba. Para mi desgracia, o para mi fortuna, al momento de girarme y ver quiénes entraban en la habitación, el docente por el que habían ido era nada más y nada menos que Allie (no había rastro alguno de resfriado).

Supuse que Nancy se percató de mi semblante lívido, como sacado de onda, porque se volvió aún con las manos apretadas a los costados de su cuerpo, y sonrió. Era una mueca que me dio tortícolis. Cambió de forma radical. Parecía más cándida, más alucinante. Como si quisiera, tan solo con sonreír, hacer que el sol brotara de su rostro. No me tomó demasiado saber por qué, así que me llevé una mano a la cabeza y me alboroté el cabello en un acto que me costó mucha de mi energía prudencial.

Varias y distintas voces llenaron el silencio de la habitación; me fui hacia el sofá del lado derecho del cuarto y me dejé caer en él. Mi padre y el resto de sus acompañantes llamaron a Nancy y todos se hundieron en esa burbuja de música que se formaba cada vez que un instrumento se dejaba oír. Sin embargo, a pesar de que no quería que fuera así, era el timbre de Allie el que me ponía a temblar desde la punta de los pies hasta la cabeza. Mi piel reaccionó al tono plano y distante de su voz tras escuchar que reprendía a Nancy por hacerle modificaciones sin permiso a no sé qué canción. Escuché, también, a Adriana que decía que las composiciones de otros alumnos no se podían mover, que tenían derechos de autor y que, aunque fueran prestadas para las presentaciones y exámenes de la Academia eso no les daba derecho de cambiar, ni a menos, una sola palabra.

Minutos después, con la cara echa un tomate, Nancy dejó la habitación en compañía de sus otros compañeros. El técnico del audio continuó en su tarea y luego comenzó a apagar los artefactos alrededor, incluida su laptop. Se despidió de todos y al pasar junto al sofá alzó una mano para hacer lo mismo conmigo.

—Dos días no son nada —comentó Aarón tras sentarse a mi lado; le hablaba a Adriana—. Podemos quedarnos hasta más tarde el fin de semana.

—Pues sí, pero igual la tengo que reportar —dijo ella.

Alan tiró de un banco, el del técnico, y se sentó justo frente a mí. Parpadeó con pereza y se echó el cabello, sus bonitos rulos del fleco, hacia atrás. Traía puestas las gafas cromadas e iba vestido como era su costumbre; muy desgarbado. Salvo que había una diferencia: la playera que traía puesta prácticamente no tenía cuello, así que dejaba al descubierto parte de su pecho.

Ni un vello allí, toda piel blanquecina y, con seguridad, tersa.

—Esa es la razón por la que no quise participar del examen de Nancy —musitó—. Es caprichosa.

—Si me lo preguntas el papá le llena de aire la cabeza —dijo Adriana, que estaba sentada a mi lado, yo en medio de ella y de mi padre—. Si yo le digo: ensaya más, él le dice: no lo necesitas.

—A ella no le gusta la música —señaló Allie, con un tono que me pareció duro, muy duro—. Se nota desde una distancia miserable.

Por extraño que pareciera, me dolió que hablara así. Sentí que podía ser una persona estricta y que si se lo proponía incluso podría llegar a caer mal. De hecho, no dejé de mirarlo para ver si así se daba cuenta de mi mirada asesina. Apreté tanto como pude las mandíbulas. El chirrido de mis dientes hizo que se me pusiera la piel chinita.

—Ustedes son una bola de exagerados —dije, pensando que el comentario sería pasado por alto: no fue así.

Todos me vieron con una mueca de confusión en los rostros. Adriana me sonrió y Aarón se irguió de golpe.

—Tengo clase ahora mismo —susurró y vuelto hacia mí añadió—: Yo no exagero; la chica es un trabalenguas. Pero nos pagan para enseñarle.

Puse los ojos en blanco tras oírle, pues me había sonado muy, muy anti-profesional. En cambio, Alan, con las manos unidas y colgando hacia su entrepierna (estaba sentado a horcajadas en la silla), me escudriñaba con sus ojos terribles, que daban miedo de esa forma. Miró hacia Adriana después, y alzó sus cejas.

No debía ser un genio para comprender que le estaba pidiendo privacidad.

—Al buen entendedor... —dijo la profesora.

Se levantó rápido y me apretó el hombro antes de marcharse.

Me crucé de brazos mientras clavaba la mirada en Allie.

Él se movió desde la silla y se dejó caer junto a mí, muy junto a mí. Recargué la cabeza en el respaldo y lo seguí mirando, pero esta vez con el ceño fruncido, tratando de entender cada una de sus facetas.

—Si te miro a los ojos así, me das mucho miedo —le dije.

Él parpadeó. Sus pestañas eran rizadas y largas, así que pegaban en sus mejillas cada vez que hacía eso.

Era como el solsticio: tener el lujo de mirarlo a los ojos.

—¿Qué fue eso? —preguntó.

—¿El qué?

Alan sonrió, pero yo estaba casi segura de que no lo divertía la situación.

—Allie, Nancy puede que tenga problemas con su padre; al menos podrías ser educado —observé.

—Fuera de la escuela, pues sí. Pero aquí soy su maestro, no su amigo —apuntó. Sonaba duro y enojado. Me gustó. En parte también me puso nerviosa—. Y de todas maneras el que le tengas lástima no te convierte en su defensora.

—¿Nunca te han dicho que tus modales son desastrosos? A veces, digo —gruñí.

Hubo un momento de silencio. Un momento en el que Alan se limitó a sonreír, pero ese gesto sí que me encantó. Hizo que mi estómago hormigueara, que mis pies se convirtieran en una gelatina y que los dedos de mis manos sufrieran pequeños impulsos de electricidad. Cuando me volvió a mirar, las ganas que tenía de escucharlo hablar otra vez me carcomían por dentro.

*Dime algo. Lo que sea. Pero háblame...* Mi interior gritó, tan fuerte que me removí en el sofá con miedo de que él pudiera escuchar incluso mis pensamientos.

—Me lo han dicho, pero, aparte de lo obvio, no sabía que tú lo habías notado, Nina.

—Lo noté en el bar, el sábado; saludaste a Gaby pero a mí no —suspiré, con una mueca. Él puso su brazo en el espaldar. Estaba tan cerca que pudo tocar con su mano mi cabello, y lo estrujó en sus dedos, haciéndome sentir de todo. Mi pecho estaba por explotar en miles de pedazos emocionales.

No me miraba directamente, pero se sintió así. Cuando se acercó más y la distancia entre nosotros se acortó, tanto que su calor me colmó cada poro expuesto de la piel, no logré contener las ansias por tocarlo. De modo que estiré la mano y le agarré una de las pulseras tejidas que traía alrededor de la muñeca derecha.

—Perdón —susurró—. Pero me enoja tener que besarte solo en la mejilla.

## 11. El limbo de mi memoria

Eduardo detestaba los centros comerciales; Fer, a decir verdad, nunca había mostrado un particular gusto por los seis niveles de Santa Fe, pero Gabriela y yo queríamos buscar ciertas cosas así que los trajimos durante un buen rato entre los locales del lugar, a pesar de ser jueves y de que estaba atestado de gente. Ambos muchachos se habían hastiado de deambular de una tienda a otra con dos chicas muy indecisas al respecto de la ropa que debían comprar.

Fue Fernando quien suspiró cuando nos sentábamos en un Starbucks, con la intención de descansar las piernas.

—Podríamos ir a otros menos concurridos —se quejó Ed, luego de pedir un café de moca—. Estoy fatalmente exhausto.

—¿Podemos ir al *fast food* por favor? —dijo Gaby—. Me muero de hambre. Mis intestinos tienen ahora mismo un desfile honorífico a las horas que llevo sin ingerir un solo bocado.

Hice girar mi vaso —ahora sin café— sobre la superficie de la mesa; llevaba toda la tarde evadiendo tocar cualquier tema al respecto de mí y de Alan. La tarde en la que había estado a punto, *a punto*, de besarme ahora era como un chirrido espantoso entre mis pensamientos. Ni siquiera se lo había mencionado a Gabriela porque tenía miedo de sus burlas. Antes de que los labios de Allie pudiesen rozar al menos los míos, el técnico, a quien ahora conocía como Fabiano, entró con estrépito en la habitación oscura porque se había olvidado de no recuerdo qué cosa. Lo que sí recordé de inmediato, mientras oía cómo Ed y Fernando planeaban ir a un partido de fútbol el domingo; el primo de Eduardo era delantero del equipo local así que nos invitaba a ir, fue cómo Allie me sonrió, para así ayudarme a destensar el momento.

Aarón y Alan estaban a muchos kilómetros de distancia en un curso especial; habían ido desde el lunes a Guadalajara, a las instalaciones que tenía la misma Academia en dicha ciudad. No iban a regresar hasta el lunes de la semana que venía. Lo cual me dejaba a mí sola, sin nada que hacer, y cenando la mitad de la semana cereal y leche. A veces variando un poco a frutas o yogur.

También me dejaron sobreviviendo con la música más melancólica que pude encontrar.

Casi no había tenido tiempo libre para ir a la Academia los días antes del lunes, así que Alan se había limitado a enviarme mensajes con enlaces de canciones que, obviamente, terminaban encantándome. Sin embargo, a pesar de que me gustaba su repertorio musical estaba tratando de evitar involucrarme —más aún— con su vida, que seguía siendo un total misterio para mí, exceptuando la música, claro.

—O tú, ¿qué piensas, Nina? —me espetó Fer—. Sobre Alan...

—¿Qué con Alan? —me indigné.

En el fondo, me inquietó que ellos estuvieran charlando acerca de él: no había un motivo para que lo hicieran...

—Lo dicho; no nos estaba oyendo —se rio Gaby—. Como a Ed le gustó mucho Fobia ha estado frecuentando El Atlántico, y tiene cositas importantes qué decir.

—No me interesa —dije (mentira)—. Menos si es para...

—Tranquila, *Hitler* —atajó Fer—. No es nada malo. Pero sí algo curioso.

Alcé una ceja, fingiendo, en mi necedad, un poco de indiferencia.

—El sábado, aunque Alan no estaba por ahí —comenzó a decir Eduardo. Puso los antebrazos en la mesa, y sus cejas se elevaron con suspicacia—, había todo un estruendo de tipos. Como que era un evento especial de motociclistas. —Se detuvo para beber de su café, y se pasó la mano por el cabello; eso para darle dramatismo a la escena, seguro. De inmediato continuó—: El caso es que repartieron estos volantes. —Se sacó un papel de la bolsa de su camisa de manga larga, y lo deslizó hacia mí, como si se tratara de la ubicación del santo grial—. Léelo.

Agarré la hoja y comencé a leer el volante; era una invitación para algo relacionado con un viejo club de motos, como decía Ed, y aparte de nombrar el bar, sus especificaciones, el nombre de los organizadores y los datos del club, muy por abajo del enorme encabezado se veía que figuraba el nombre del propietario del bar.

*Antonio García*, leí en mi mente.

Miré, confundida, a mis tres acompañantes, deteniéndome en la mirada expectante de cada uno. En especial Gabriela lucía a la espera de que yo me percatara de algo. Me tragué la saliva e intenté negar con la cabeza.

—¿Cómo se apellida Alan? —se me adelantó Fernando, con un gesto más serio y duro que antes dibujado en la cara.

Supe que había visto mi semblante de inocencia, y que por eso me estaba ayudando.

—Baillieres García —dije, recordando a la perfección sus dos apellidos—. O sea que...

—O a Alan le pusieron ambos apellidos de la madre... —murmuró Gabriela.

Abrí los ojos, extrañada más que nunca.

—O Tony no es su papá en realidad —concluyó Ed.

De pronto me encontré haciendo un recuento de las veces en las que Aarón o Alan habían mencionado los apellidos de este último, para ver si yo estaba equivocada. Pero no. El limbo de mi memoria se removió con aspereza y aun así comprobé que Baillieres era el apellido de Alan.

Volví a leer el papel, pero en él no rezaba el segundo apellido de Tony.

—Voy a ir. Por la noche —sentenció—. ¿Van conmigo?

Los tres se mostraron confusos, y pronto se echaron hacia atrás cada uno en sus sillas.

—No es como si fuera a armar un *show* —farfullé—. Solo quiero preguntarle directamente. Alan nunca me lo va a decir.

—Y se va a enojar si preguntas —repuso Gabriela—. ¿No?

Me encogí de hombros, derrotada.

—Nina —comentó Fernando, inclinándose hacia la mesa otra vez—, no es que a nosotros nos caiga mal el tipo: pero Tony resulta escalofriante. Si te fijaste bien, se comporta como si no tuviera casi cuarenta años.

Respiré profundo, a punto de que mi cerebro colapsara por tantas cosas que estaba pensando al mismo tiempo. Sí, Tony era un sujeto extraño. Cuando te le quedabas mirando fijamente había algo en él que causaba piel de gallina, como si fuera una persona con muchos, muchos secretos; no se veía, sin embargo, como Alan, cuyos secretos se asomaban en la mirada, en la forma en la que se desenvolvía con el resto del mundo, sino que a Antonio lo rodeaba un manto lúgubre, sin hacer mención de que parecía más escalofriante con los tatuajes y el peinado.

Intenté visualizarme entrando en El Atlántico con la intención de sacarle unas cuantas palabras; iba a parecer demasiado raro, y para raro ya tenía suficiente con las actitudes de Allie. Con él me estaba sobrando el drama. Así que me incliné para el lado de la discreción.

—Tienes que preguntarle a tu papá —señaló Eduardo—. No sé qué podría salir mal.

—De todos modos, el que no sea su hijo no influiría en su relación ¿o sí? —inquirió Fer—. Me refiero a que, si resulta que Alan es huérfano o algo parecido, no te vas a echar para atrás.

—Pues claro que no —bufé—. Solo quiero saber qué es lo que esconde con tanto recelo, y si no quiere decirme y a mí me llegan datos como estos —Alcé, de nueva cuenta, el volante del bar; ellos lo observaron como si fuera un faro en medio de una isla— no voy a rechazarlos.

—Te lo tomas como si fuera una señal divina —Gabriela entornó los ojos—. Solo acuérdate de una cosa, Nina —dijo, y me miró antes de proseguir—: El que busca encuentra. ¿En serio estás preparada para ello?

Luego de un rato dándole vueltas a las mismas cosas, nos levantamos de las sillas y fuimos a la zona donde había muchos locales de comida rápida; ya no pude ingerir un solo bocado; mi mente estaba ocupada haciendo otras conjeturas. Conjeturas que, si no dejaba de hacerlas, terminarían dándome jaqueca, era probable.

Al salir del centro comercial, Ed y Fernando me sugirieron no acudir al bar y me pidieron que pensara tan solo en preguntarle a Aarón; y sí, esa parecía, en última instancia, ser la mejor de mis opciones. Terminé aceptando que esperaría, que tendría paciencia y que confiaría lo más que pudiera en que, eso que Alan tenía en los ojos, no era sino un secreto cualquiera, fácil de digerir.

Eso deseaba yo. De verdad.



Adriana estaba de pie en el umbral de la puerta; vestía pantalones de mezclilla y un blusón con un logo de *The Beatles*. Me dio mala espina.

—¿Mi padre te envió? —le pregunté, cruzándome de brazos, aún apoyada contra el marco.

Ella sonrió e hizo ademán de sacar algo de su bandolera.

—Algo así —dijo—. Pero no le digas que te lo conté. Me pidió que fuera una casualidad.

—Será un secreto —me reí, mientras le hacía una seña para que entrara.

Era sábado, y me encontraba, hasta su llegada, viendo documentales acerca de la música y su importancia en la sociedad.

Cuando le ofrecí a la mujer a mi lado sentarse y le pregunté si quería algo de tomar, se limitó a palmear el asiento (en el sofá) y me dio tres cajas de película en *Blu Ray*, para que escogiera. Por lo que pude suponer, las acababa de alquilar.

—¿Por qué Aarón hizo esto? Pensé que confiaba en mí —murmuré, al tiempo que me erguía y caminaba hacia el reproductor.

Había escogido la película de *La sociedad de los poetas muertos*. Adriana había estado de acuerdo en que empezáramos con esa.

—Está preocupado por ti —se sinceró—. No me preguntes que no sé mucho al respecto.

—No tendría por qué —atajé. Me incliné para colocar el cedé en la bandeja y en cuanto entró volví sobre mis pasos—. Sabe que soy responsable.

—Ese no es el tipo de preocupación que parecía tener —comentó la mujer.

Adriana parecía una persona centrada; al menos, cuando la observabas unos instantes, podías ver que sus manías eran las de una persona que no oculta nada, que es tan transparente que casi se la podía comparar con el agua. Y a veces, en sus silencios, alcanzaba a notar cómo su postura pacífica inundaba el alrededor de tranquilidad, como si su presencia fuera una especie de mantra.

Hice una mueca de extrañeza mientras admiraba la sala; la cortina del ventanal al fondo apenas dejaba entrar la luz solar, por lo que el ambiente era frío, triste y abrumador; digno de una película como la que comenzaba en ese instante. Para entonces, Adriana estaba tecleando algo en su *BlackBerry*. Hundida en la pantalla, cuya luz le iluminó el rostro unos segundos hasta que soltó el móvil y lo dejó sobre el cojín del sofá, la escuché suspirar.

Me preguntó qué había hecho toda la semana y si tenía planes de salir por la noche; le dije la verdad, que no. Y también le conté sobre el partido de fútbol al que iríamos mañana. Su expresión, además de serena, me pareció de alivio, como si hubiera estado esperando que me quedara en la casa a hacer tarea.

—¿No tienes parciales aún? —preguntó.

Mientras me arrellanaba en mi lugar le dije—: Estoy en ellos. Pero mi carrera es muy teórica; es fácil estudiar para eso.

—¿Y por qué filosofía?

Cuando emití su pregunta volví el rostro para mirarla con detenimiento. Me inquirí internamente, muy al fondo de mi cabeza, si en aquella ciudad no conocían lo que era el respeto a las decisiones ajenas. Pero otra cosa en mí también me advirtió que esa era la consecuencia más notoria de rodearte de personas que a lo mejor te entendían mejor de lo que tú mismo lo haces.

Eso creí tras notar que la introspección de la mujer no cesaba, así que me mordí un labio, miré la cara de Robin Williams en un ángulo defectuoso de la TV y respiré profundamente.

—Cuando Dios no responde, el hombre busca otros métodos para hallar sabiduría —susurré.

Adriana sonrió, y me lanzó un vistazo rápido.

—Hablas demasiado como Alan —me espetó, casi en un murmullo—. ¿Te ha contagiado de su egocentrismo?

Noté el tono socarrón de su comentario, así que me obligué a sonreír a pesar de que no me gustó la resonancia que me provocaba el mero hecho de saber que la gente me asimilaba con él tan fácil. *Tal vez*, me dije, *yo se los pongo muy fácil al citar las palabras de Alan tan seguido*.

*Qué alegría*, volví a pensar, *que no pueden ver lo que pienso ahora mismo*.

—Me ha contagiado de su ateísmo, tal vez —sonreí.

Por algún motivo, el gesto de ella se ensombreció, y le escuché hablar en el acto—: Alan no es ateo.

—Sí lo es —refuté.

—Que no —volvió a decir ella, y se acomodó para quedar frente a frente conmigo, aún en el sofá—. Nina, a veces estar indeciso sobre algo, cualquier cosa, le hace creer a las personas con las que convives que eres de una manera. Alan *no* es ateo. Te lo juro.

Enarqué ambas cejas, y me incliné para tomar el control remoto; le di a la tecla de pausa. Ella deglutió saliva y fue en ese momento que comprendió lo que había hecho: hablar de Alan. Hablar del Alan que yo no conocía, del Alan que no llevaba el apellido de Tony, del Alan que no me había contado sobre su madre.

Me encontré carraspeando tan rápido como Adriana se rascó la frente; la incomodidad se filtraba en sus pestañas, ya que había cerrado los ojos.

—¿Qué le sabes tú? —inquirí.

Ella suspiró, al tiempo que se encogía de hombros.

—Todo esto me da mala espina —Y recordé su supuesto resfriado, además de la palidez que adoptaba su piel cada tanto—. ¿Acaso tiene una enfermedad incurable y me lo están ocultando? Porque eso sería tan injusto...

—No, ¡por Dios, Nina! ¡Qué extremista eres! —dijo.

Negué con la cabeza mientras me cruzaba de brazos, en los cuales había comenzado a sentir el hormigueo previo al coraje.

—¿Entonces? —insistí.

—Apenas lo trato desde un año atrás —se justificó la mujer, mirándome directamente a los ojos—. Todo lo que sé es que los últimos diez años de su vida fueron de mal en peor; hasta que conoció a tu padre.

Se me revolvió el estómago al imaginar cómo había pasado Alan todos esos años para haber tenido que formar esa muralla de contención alrededor de su personalidad; igualmente, lo que sentí después de escuchar cómo Adriana me hablaba de lo, de verdad, cercanos que eran Alan y Aarón, me constató dos cosas: la primera, que esa terapia a la que habían asistido no había servido para nada, y la segunda, que o los dos eran un par de cobardes o los dos estaban demasiado preocupados por el cómo los iba a mirar yo cuando supiera...

Apreté los párpados tanto que percibí las cosquillas que hicieron mis pestañas en la piel superior de mis mejillas.

—Dime por qué estás aquí. En serio —le exigí, todavía con los ojos sellados—. Y no me digas que papá no te lo contó; al menos si quieres tener una buena relación conmigo, opta por ser sincera. No tengo cinco años y aparte estoy acostumbrada a recibir malas noticias.

Algo se incrustó en mi paladar al recitar aquellas palabras; porque una parte de mi cerebro, la parte consciente de cuando dices estupideces, me lanzó llamas a través del flujo sanguíneo. La culpa por mentir me devoró en silencio, antes de poder recriminarme que dijera cosas que eran un total embuste: en cuanto a Alan, no me sentía tan acostumbrada o lista al menos para recibir una mala noticia. Cualquiera que fuera esta.

Si era de él, todo parecía terrible; y es que yo estaba comenzando a ilusionarme, a sentir cómo, sin que lo aceptara en voz alta, su ausencia me colmaba los pensamientos. Como si no tuviera nada más en qué ocuparme.

—La semana antepasada Celia le llamó a tu papá —musitó, temerosa.

Escuchar su nombre me hizo sobresaltar; escuchar que le había llamado a mi padre me catapultó al recuerdo de tantas noches en la intemperie, disculpándome con los vecinos, con mis tíos (que vivían allá); pagando cuentas de licor, cuentas de cigarrillos y recibiendo en la puerta de mi casa a tipos con aspecto de bajo mundo. Todo cuanto podía recordar, aún a la fecha, tras dos años y medio de no verla, era lo mucho que la odiaba.

Recordé que en el fondo de mi corazón no había sentimiento alguno de amor para con ella; todo era una oscuridad tenebrosa. Era como un túnel, donde, en el final, me esperaba una vida a su lado.

—¿Para qué? —solté, mi voz teñida de furia.

Traté de contenerme, pero no conseguí hacer otra cosa que rechinar mis dientes y mantener la quijada tensa.

—No sé; creo que Aarón le envió dinero —me contó—. Nina: no puedes decirle que te dije. Estoy siendo indiscreta, pero mira, lo hago porque sé que vas a conseguir desviar...

—No puedo desviar la atención de algo así —gruñí. Me moví hacia un lado y eché la espalda en el sofá, casi hasta parecer fusionada con él—. Me da terror el hecho de que la esté pasando mal, y que... Sería mi culpa ¿sabes?

Adriana abrió la boca, con mucha impresión; la pude ver de soslayo, mientras intentaba decir algo, pero era evidente que su estupefacción iba más allá de la incomprensión que destilaba su

rostro, antes de careta suave y desinteresada.

Sacudí la cabeza, más atareada con los sentimientos que antes. Ella, en cambio, soltó aire a través de los labios.

—Y le llama a Aarón porque ahora que yo no estoy allá él ha interrumpido la manutención, supongo —dije, probando la teoría.

Sin embargo, el asentimiento de Adriana fue todo lo que yo necesité para comprobar que, Celia, estaba planeando *nunca* dejarme en paz.

—Eso cree Aarón también —respondió—. Me pidió que te visitara para estar seguros de que no te ha llamado. Dijo: «si está encerrada en su habitación con la música de *The Doors* con el volumen tan alto como para romperte los tímpanos, me llamas».

—Me conoce muy bien —aludí.

Ella esbozó una sonrisa y me alcanzó una hebra suelta del cabello.

—No tienes idea —dijo.

Minutos más tarde, luego de darle *play* al reproductor de nueva cuenta, no podía dejar de pensar en mamá. Incluso pensar en ella, en lo que sea que estuviera ocurriendo como para que quisiera que mi padre le diera dinero, me ayudó a despejar la mente.

Hubo un instante durante la película en el que conseguí evadir los horribles pensamientos que me cruzaban la cabeza respecto de ella, y me acordé de que Aarón y Alan regresaban el lunes. Ahora no solo estaba contemplando la idea de hablar con mi padre: para que me contara la cosa esa de los apellidos de Alan. No. En este preciso momento, quise preguntarle si estaba en algo con Adriana, o el fantasma de su relación con mamá lo seguía atormentando.

Igual que a mí.

## 12. Dos pies en el fango

Lo que creí que sería un domingo ligero, se convirtió en una tarde apretujada, con olores a sudor, cerveza rancia y comida de basurero. Nos habíamos sentado en la primera línea de las gradas, donde estaban las chicas echando porras. Ed y Fernando no dejaban de mirar a cada una de las animadoras, aunque para Gaby aquella era una muestra más de lo extrema que podía llegar a ser la libertad.

En ese momento, cuando el silbato del árbitro marcó la mitad del juego, los chicos fueron a por más refrescos.

—Es que es lo más denigrante que he visto en mi vida —dijo Gabriela, mientras alzaba el cuello para tratar de ver en dirección de la cancha—. Mira que desnudar chicas delante de mamás, niños y perros.

Me reí al escucharla mencionar a los perros. Sin embargo, conocía ese lado suyo en el que todo le parecía molesto. Por la mañana, según me contó apenas llegamos al partido, había tenido una pelea fuerte con su madre; Fernando no quiso decirnos los detalles y con Gabriela teníamos cero pases para entrar allí. Era como si tocáramos un punto dolorido en su cuerpo. Así que lo dejé pasar y no me quedó de otra que atender sus réplicas sobre el sol, el calor, la comida chatarra y grasosa de los puestos, y lo malos que eran los del equipo contrario.

El primo de Ed no se había aproximado todavía, así que al menos yo no lo tenía identificado. Para cuando los chicos volvieron, el humor de Gabriela había empeorado muchísimo. Ahora estaba quejándose de que dos niños arriba le habían arrojado palomitas, y era verdad, pero ella lo exageraba todo en una escala de diez sobre veinte. Poco a poco me fue colmando la paciencia, hasta que no pude más.

—Ya. Basta —le pedí, volviéndome hacia ella y asegurándome de que nadie a nuestro alrededor escuchara lo que iba a decirle a continuación—: ¿Tan malo fue esta vez?

Por el puchero que hizo, tal vez para tratar de evitar el llanto, entendí que la cosa había sido mucho peor de lo imaginado.

Miré en derredor; el gentío era exuberante.

—¿Quieres que nos vayamos? —le pregunté. Eran casi las cinco por la tarde, y no tenía ganas de irme a encerrar en la casa. Así que, calculando que la marcha nos tomaría cerca de una hora gracias al tráfico, dije lo primero que se me ocurrió—: Por unos tragos, quizás.

—Por favor —murmuró ella, con las manos unidas en su pecho a modo de súplica. Tras verla tuve que entornar los ojos.

Ed y Fernando no mostraron objeción alguna para que nosotras dejáramos el juego; seguro que también se habían intimidado con el mal humor de Gaby. Por lo que, algunos segundos después, nos habíamos internado entre la masa de gente, y caminábamos en dirección del estacionamiento improvisado. Gabriela llevaba el coche de su madre, que le había prestado el fin de semana. Ella decía que era la única manera en la que justificaba el hecho de nunca estar para ella, y en realidad no parecía molestarle que le diera ciertos lujos. Aunque, bajo su perspectiva, cuando eres pequeña un regalo no rellena las ausencias.

El coche de Gaby era pequeño en comparación con otros que había allí, que eran en su mayoría camionetas de doble tracción. Nos metimos en él —yo en el asiento del copiloto— y dejamos el campo del partido atrás tan rápido como mi compañera logró sacarse un poco el estrés del bullicio anterior. Le tomó más de una hora llegar a «El Atlántico». Todo porque se había saltado un alto en una intersección en «El Paseo de la Reforma»; gran, gran error por su parte. De modo que un policía de tránsito nos demoró cerca de quince minutos mientras explicábamos hacia dónde nos dirigíamos.

—Pensé que los domingos ni el tránsito trabaja —dijo ella, cuando nos apeábamos del auto frente al bar—. Ahora, ¿por qué decidiste venir aquí?

—Me pareció una buena idea —susurré.

Hice como que me ajustaba la coleta que traía en el cabello, pero lo que estaba haciendo en realidad era huir de cualquier pregunta que Gaby me hiciera. Sus miradas inquisitivas no tardaron en posarse sobre mí, y ni siquiera cuando nos adentramos en el establecimiento me dio un poco de tregua.

—No le vas a preguntar ¿o sí? —soltó por fin.

Me detuve en la mitad del pasillo principal, mirándola atentamente. Había un dejo de preocupación en la manera en cómo me veía.

—No. Te juro que es mera documentación. Trabajo de investigación en campo. —Gabriela negó con la cabeza para de inmediato seguir caminando, con paso delicado y cuidadoso.

Cerca de las seis y media de la tarde-noche, el bar apenas tenía un par de ciudadanos recargados en la barra. Al principio, Gaby intentó sentarse en una silla alta como de costumbre, pero me aseguré de golpear ligeramente su hombro con el puño izquierdo, para que me siguiera hacia donde Tony servía las bebidas y vigilaba a los meseros.

Los ojos de mi amiga se entornaron, pero por suerte el aire de enojo se había ido de su rostro. Mientras veníamos hacia acá, lo que pude imaginar al respecto de esto que planeaba hacer fue que no conseguiría nada quedándome callada frente al padre de Alan, así que puse mi mejor cara, tomé la mano de Gabriela y seguí caminando en línea recta, sorteando las mesas, y finalmente posicionándome en un banco de metal al pie de la enorme barra.

Cuando nos reconoció, Antonio se sonrió con todos y cada uno de sus dientes. Tenía una sonrisa espléndida, inocente, pero siniestra al mismo tiempo; era una de esas muecas que no dicen nada, de esas que luego no puedes interpretar de tantas cosas que transmiten; como la misma mirada de Alan. Sin embargo, la nada que lanzaba ese mínimo gesto me congeló los pies, y por ende comenzaron a temblarme.

A lo mejor porque muy en el fondo tenía miedo de que, al igual que me ocurría con Alan, y con medio mundo, supiera leer mis intenciones.

—Marina ¿cierto? —me apuntó con un dedo índice.

—Nina me viene bien —dije, tras asentir.

—Ah, como Nina Hagen; esa alemana de los noventas —respondió él.

Me limité a tragar saliva, de pronto acalorada por su comparación.

—Sí, como Nina Hagen —murmuró Gabriela a mi lado—. Soy Gaby.

Ambos se sujetaron las manos y las soltaron tan rápido como la presentación terminó. Él volvió a su tarea de acomodar los vasos y las botellas en estantes detrás. Y luego, tras decirle a uno de los meseros que fuera a por no sé qué a la bodega, nos sirvió dos cervezas de raíz en tarros pequeños; como si fuéramos infantes.

Durante un rato, Gabriela y yo nos dedicamos a observar cómo la banda en turno acomodaba

los instrumentos en la plataforma. Había un par de tipos rondando el escenario, chicas igual. Y de poco a poco la concurrencia habitual del bar fue aglomerándose en las mesas, hasta que la plática sobre la madre de mi amiga dejó de escucharse con totalidad y tuvimos que concentrarnos en la música vibrante y las bebidas en nuestros tarros.

De pronto, y sin que yo me diera cuenta, Tony estiró una mano hacia mi tarro y lo llenó. Esbozó otra vez esa sonrisa de tiburón en dirección de ambas y recargó ambos antebrazos en la barra.

—¿Dónde está tu padre? ¿En Jalisco también? —preguntó, alzando la voz un poco para que pudiera oírlo.

—Según lo que sé, llegan mañana —le recordé. Su cara, no obstante, se convirtió en una mezcla de colores opacos y sin vida—. Han sido dos semanas muy largas —continué.

Antonio se retrajo, sujetando ambos dorsos de las manos al filo de la barra. Alzó la mirada por encima de nuestras cabezas y estiró el cuello como para enfocar mejor lo que fuera que quisiera ver más allá. Cuando volvió a mirarme, sus ojos se habían oscurecido varios tonos. Me olió a que sospechaba el porqué de nuestra presencia allí.

Seguro que Gaby también se había percatado de ello, porque me dio una patada en la espinilla para hacérmelo notar. Nos quedamos otro rato, pero luego el bar comenzó a llenarse más de tipos que de mujeres; por el estilo de la banda no me extrañó en lo absoluto. Así que alcé en varias ocasiones la mano llamando a Tony, que se hallaba ahora en el extremo opuesto de la barra sirviendo *shots* en vasos pequeños.

Otro sujeto, de estatura media, y con el cabello rapado totalmente, se acercó a mí desde el otro lado de la barra y enarcó una ceja.

—¿M-Me das la cuenta? —titubeé.

Él sonrió.

Gabriela se bajó del banco y se colocó detrás de mí, a lo mejor buscando protección, pensé.

Tony hizo un ademán hacia el hombre ese, el corpulento, y nos echó una mirada rápida.

—Esta noche la casa invita —dijo el padre de Alan, con una sonrisa en el rostro.

No me dejó negar, pues se marchó tan rápido que no me permitió ni ver su espalda cuando lo hacía. Miré por encima de mi hombro a Gabriela, que en ese momento era, aparentemente, acosada por otro tipo más alto que las dos; de hecho era más alto que ningún otro tipo allí, en la barra. Vestía como uno de esos motociclistas sin casa, que viajan a través del país sin un motivo para echar raíces.

Me volví hacia ellos, y vi cómo el tipo le ponía un dedo a mi amiga en el mentón.

—Quita tus manos de ella, idiota —le dije, sin saber en realidad de dónde me surgía aquel valor.

El individuo me observó unos segundos y miró hacia la barra. No me molesté en hacer lo mismo porque entendí que seguro estaba buscando la protección de alguno de sus acompañantes.

—No —dijo el sujeto.

En mi garganta, casi simultáneamente a que él dijera aquel «no» petulante, se me apretujaron las ganas de abofetearlo, de tirarle una cerveza en la cara y por último de escupirlo. Pero, para mi desgracia y la de Gaby, estábamos en medio de una hondonada de personas medio ebrias, medio conscientes y que, a decir verdad, no parecían interesadas en si a dos chicas menores que ellos las agredían.

Seguro que la mayoría diría que sería imprudencia nuestra estar allí, pero mi subconsciente me gritaba que no era ni la hora ni el lugar para ponerme a juzgar la moral de las masas. Si algo malo sucedía aquella noche, esa sería entera y completamente mi culpa.

Di un paso al frente, decidida y al mismo tiempo temblorosa. Tan pronto como pude sujetar la mano de mi amiga, tiré de ella hacia el centro del bar, a donde conducía después la salida. No obstante, el sujeto la agarró por el hombro y le susurró algo al oído.

—Es demasiado temprano —gritó el hombre—. Apenas está comenzado esto.

Habían pasado cuando menos hora y media; y sí, eran pasados de las ocho.

—Déjala —exigí.

El apremio en mi voz se había ido, después de todo. Y lo que hice en seguida fue un mero acto producto de mi coraje en contra del mequetrefe aquel. Así que alcancé su repugnante mano y la intenté hacer a un lado. Por supuesto, él no me lo permitió. Y aparentemente se rindió. Empujó a Gabriela hacia mí, y en el movimiento abrupto ella chocó contra mí más fuerte de lo que hubiera esperado. El proyectil de su pecho —como era un poco más alta que yo— me zarandeó. Perdí el equilibrio y caí sobre mi trasero en el suelo.

Aunado al dolor mínimo del estrépito, al apoyar las manos contra el suelo frío, un trozo de vidrio de botella que había sido rota por ahí se incrustó entre mis dedos anular y mayor, en la mano derecha. Tardé unos cuantos segundos en cambiar de posición para darme cuenta de que estaba sangrando, y que el vidrio seguía metido en mi piel con una profundidad importante. Abrí los ojos con ganas de espabilar, pero la oscuridad que me otorgaba la altura en la situación me denegó el derecho de valerme por mí misma para erguirme. A los presentes seguía sin importarles que yo estuviera sentada en el suelo observando una herida de grado menor en la palma de mi mano.

Fueron Gabriela y, para toda mi sorpresa, Tony quienes se agacharon hacia mí y me auxiliaron. Él examinó la abertura en mi piel y engurruñó los ojos para hacerlo. Le puso una mano a Gabriela en el hombro, y se inclinó mientras espetaba algo que no alcancé a oír. Acto seguido, Gaby me pidió que la siguiera. Intenté negarme, intenté tirar en dirección contraria (solo porque aquello me daba más mala impresión que antes); pero fue muy inútil. Me estaba dirigiendo, tras oír cómo Tony le pedía al tipo rapado en la barra que atendiera, hacia el departamento sobre el bar.

Aún mientras subíamos las escaleras, mi pulso acelerado me decía que era malísima idea que subiéramos a la casa si Alan no estaba allí.

—No puedo. Vamos a tu casa, mejor. O le llamo a Adriana —murmuré a espaldas de Gabriela, quien se giró para silenciarme con la mirada.

La mano me temblaba por los nervios y por el repentino dolor que, grado a grado, conforme me hacía consciente de la sangre y del vidrio incrustado en mi carne, se esparcía en mi piel. Gaby me guio siguiendo a Tony, que nos dijo en un rápido aspaviento dónde sentarnos —al comedor— y se perdió detrás de una puerta de tonos amarillos; imaginé que era el baño, y lo corroboré cuando volvió, minutos más tarde, con un pomo de alcohol etílico, algodón y otros chuches de curación en las manos. Se sentó frente a Gabriela, a mi lado, y sacando la silla me pidió que le ofreciera la palma. Lo hice, aún con el miedo de que hubiera cámaras en la casa rumiando mis pensamientos.

De cualquier manera, eso no podría ocultárselo a Allie de ninguna manera.

—Se ponen intensos sin importar la hora que caiga —se quejó el hombre—. Me digo que no debería organizar estos eventos pero...

—La tentación es más fuerte —lo interrumpió Gabriela—. Se gana bien ¿no?

—Algo así —dijo Tony, en un murmullo apenas audible—. A Alan no le va a gustar esto.

Evité su mirada y la de Gaby; no quería escuchar lo que ya sabía, y aunque me rehusé a aceptar en ese momento que sí, que yo estaba convencida de que la reacción de Allie iba a ser, quizá,

furibunda, permanecí en un silencio casi absurdo. Mi lengua estaba tan atada a los escrúpulos que todavía me quedaban, que me fue imposible espetar cualquier estupidez con el fin de excusarme. Tony sacó el vidrio con unas pinzas pequeñas, y lo dejó sobre una servilleta. Se dispuso a limpiar la herida y a parar la sangre, con un algodón humedecido en alcohol. De cerca, se veía como un tipo normal. Y sí, se parecía mucho a Alan; tenía el mismo tono de piel, el mismo tono de cabello, y el mismo lunar en el labio superior. Sus ojos azules se delimitaron a escudriñar mi dorso, y a dejar la herida limpia y desinfectada. Estaba buscando algo en una bolsa negra, que parecía algún tipo de botiquín, cuando escuchamos que la puerta se abría.

Yo aún tenía la mirada clavada en mis dedos, y como abajo había mucha gente preferí creer que quien había entrado era un empleado o amigo de Tony. La mirada de susto que se filtró en la retina de Gaby, y que me lanzó en el acto, además del cómo su rostro se desvaneció por completo, fueron la primera señal de que me había equivocado.

Levanté la vista, como si fuera yo un cachorro moribundo, hacia Tony, que extrañamente tenía una máscara de tinieblas en la cara. Frunció los labios y me soltó la muñeca, que había estado sujetando para hacerme la curación.

Esa fue la segunda y más fidedigna prueba de cuán equivocada estaba.

—¿Qué haces aquí?

Alan se colocó a un lado de Gabriela, con la mirada perdida en la confusión. Su primer impulso, pude notar por cómo sus cejas se arrugaron y cómo sus mandíbulas se encontraban tensas hasta la mierda, fue el enojo; pero la expresión de su mirada se suavizó en el instante en que la dejó caer a la herida abierta de mi mano.

Nadie respondió a su pregunta, mucho menos cuando toda su cara se transformó en aquella careta de ángel que a mí tanto me descolocaba. Llevaba puestas las gafas, y el mechón castaño que caía en su frente le daba un aspecto desaliñado casi inmortal; se lo veía exhausto, como si no diera más de energía, y ni todo eso pudo hacer que el filo de preocupación en sus facciones se fuera.

Hizo una fuerte inspiración de aire y rodeó la mesa hasta colocarse al pie de Tony, que de pronto se quedó callado. No pude evitar sentir pena por él; la manera en la que Alan parecía intimidar a su propio padre me enojó muchísimo.

—Listo —me dijo, poniéndose de pie.

Le sonreí de vuelta, y musité—: Gracias.

Tenía ganas de decirle que en verdad le agradecía que hubiera hecho eso. Pero al frente había un Alan de brazos cruzados que miraba mi mano con mucha intención de averiguar qué carajo hacía yo allí y por qué me encontraba de ese modo.

—¿Qué pasó? —inquirió, al tiempo que se dejaba caer en la silla en la que había estado su padre.

—Me caí cuando salíamos —dije.

—No. Un tipo nos empujó —se enfureció Gabriela.

Le dirigí mi mirada más pesada, la que guardaba para aquellos días del mes en los que solo quería pasármela con los audífonos en los oídos.

—No te pases, Nina —Gaby me apuntó con un dedo, y se puso de pie, enfurecida—. ¡Ah! Solo eso me faltaba. Te espero en el auto. —Por un momento, creí que sí lo haría, pero pareció recapacitar, tal vez al imaginar que el sujeto siguiera por ahí, y se fue hacia la sala, con toda la confianza del mundo.

Alan todavía me estaba mirando, y ahora había adoptado una postura álgida; muy por encima

de lo que yo alcanzaba a tolerar.

—No es nada —dije, mirando la gasa y la atadura con una pequeña venda que Tony me había puesto—. De veras.

Allie se pasó la mano por la boca, sin dejar de mirarme. La mano derecha la tenía extendida hacia mis dedos abiertos en la superficie de la mesa. Su respiración era agitada, por lo que pude ver en sus hombros. La carótida de su cuello, sin embargo, resaltaba de tal forma que no quise seguir hablando hasta que él lo hiciera.

—¿Te duele? —preguntó.

Se removió en su silla y la recorrió hasta que pudo estar más cerca de mí. Le dije que no con la cabeza, y entonces él agachó la suya y ocultó su mirada de la mía. Empezó a tamborilear sus dedos en la mesa, con un ritmo casi tempestuoso.

—Gaby la está pasando mal en su casa, así que nos vinimos para acá pensando que estaría menos concurrido a esta hora —mentí de nuevo. Alan no levantó la vista, así que proseguí—: Juro que no fue intencional.

—Ya sé —gruñó él aún en su antigua posición.

No sabía qué hacer, de modo que cuando recargó la frente en mi pierna, y se quedó así un rato, me limité a pasar los dedos por entre las hebras de su cabello; las ondas de este eran tan suaves y rebeldes de la misma forma, que me invadió una sensación de complicidad con su manera despreocupada de ir siempre.

Al levantarse, Alan tenía los ojos de un tono más oscuro que de costumbre, pero seguían siendo el abismo ya conocido.

—Estoy... —Negó con la cabeza; parecía no encontrar las palabras correctas—. Necesito dormir.

Y allí estaba: la sequedad en su voz, el veneno que le había impreso la primera vez, aquel timbre y aquel desdén insidiosos que me hacían poner dos pies en el fango de la humillación. Aun así, se notó cuánto esfuerzo le tomaba controlar la obvia ira en ella.

—Las acompaño al auto ¿sí? —murmuró.

Tras erguirse, por más que busqué que me mirara de nuevo, no lo hizo.

El puro sentimiento de aflicción me embargó. Ya ni siquiera traté de sacarle una palabra, ni aun cuando se obligó —se veía que estaba haciéndolo— a tocarme la mano herida.

—No más visitas furtivas, por favor —le dijo a Gaby.

A mí no me volvió a mirar, y se metió al bar con tanta rapidez que el solo pensamiento de que fuera a tener un pleito con Tony por mi culpa me provocó repelús.

—Oh, Dios —Gabriela pegó la frente al volante del auto—. ¿Qué hicimos, Nina? ¿Viste la cara que puso?

—No quiero estar aquí y la verdad no sé si quiero volver.

—¿Qué? —me cuestionó ella, más aturdida que antes. Todavía tenía la cabeza en contra del claxon, y me miraba desde esa postura—. Pero...

—Voy a hablar con Aarón, pero si no me dice nada, al carajo. No tengo tiempo para dramas, en serio. —Gabriela espabiló, encendió el auto y comenzó a maniobrar para salir de la calle de los bares.

Cien metros adelante, en un semáforo, me dijo—: Nos estamos metiendo en su vida, Nina. Eso no se hace. ¿Qué tal que es algo horrible? ¿Qué pasa si...?

—¡Ya sé, maldita sea! —le grité—. Pero necesito pensar con la cabeza fría; no dejo de creer que ahora mismo podría reclamarle algo a su padre, y la pregunta sería ¿por qué? ¿Por qué tengo

tanto miedo de su reacción? *¡Es ridículo!*

Gabriela asintió, y en ese instante el semáforo cambió al verde.

Estaba nerviosa a un nivel incomprensible, y por un segundo me sentí como si hubiera vuelto a deambular por las calles en la búsqueda de respuestas universales sin hallar nada. El silencio lo invadió todo tan rápido que no fui consciente de que, en realidad, era mi sistema entero el que se había sometido a un sopor *pesadillesco*,

Cerré los ojos y recargué la cabeza en el respaldo del asiento.

*No podía oír nada*, salvo su voz diciéndome: *no más visitas furtivas*.

## 13. Hipnosis cerebral

Aarón le tenía miedo a la realidad; lo noté cuando, tras preguntarle por qué nunca le había dicho a Alan que tenía una hija, su comunicación nula me arrojó al vacío de la incompreensión. Me devoré las donas que tenía en una caja sobre el regazo, observándolo desde mi asiento a pocos metros de distancia de su escritorio. Estábamos en el pequeño espacio destinado para hacer sus análisis de música, cuando debía evaluar a sus estudiantes.

De fondo, y gracias a una pequeña bocina que mi padre había colocado en un librero, se escuchaba la melodía de *Blue Moon* en la voz de Ritchie Valens. Comencé a tararearla sin realmente darme cuenta de ello. Aarón, por lo visto, seguía concentrado en los videos que observaba desde hacía casi media hora.

Era miércoles.

Alan y yo nos habíamos mandado un par de mensajes vía *WhatsApp*, pero nada más. Por eso me encontraba allí, solo que papá me había dicho, antes de sumergirse en su silencio post charla padre e hija, que aún no acababa las clases de piano de esa tarde. Hacía más de tres horas que mi jornada escolar había acabado, y aún tenía bastante tarea por realizar. Sin embargo, era consciente de que, aunque lo intentara, si no hablaba con Allie ese mismo día, iba a terminar haciendo mal los deberes.

Miré a mi padre con detenimiento, preguntándome si la excusa que me había dado minutos atrás me servía; él había dicho que la relación que mantenía con Alan era complicada. Eran amigos a un nivel que muy poca gente entendería, según sus palabras. Y sí, no lo entendía, a pesar de que estaba empeñada en conseguir hacerlo.

—Entonces —dije, decidida a continuar la charla sin importar que Aarón se pusiera más rojo que un tomate—, ¿no le dijiste que tenías una hija porque si lo hacías también tendrías que explicar por qué eras tan mal padre?

Los ojos de papá me escudriñaron con un gesto de desdén. De inmediato, sus hombros anchos vestidos ese día con una camisa azul marino, se ensancharon y volvieron muy rápido a su posición anterior. Alzó las dos cejas y apretó la quijada.

—Te dije que no quiero hablar más de eso, Marina —sentenció.

—Pero yo sí quiero —le espeté—. Tengo derecho de saber. ¿Acaso no te preocupa que tu "amigo", como tú le llamas, me pretenda y me oculte tantas cosas? ¿Es un asesino serial? ¿Tiene un hijo por ahí? Dime, ¿qué ocurre para que tú y él estén tan apegados a esa estupidez de no mirar hacia atrás?

—Mirar hacia atrás hace daño —musitó, volviendo a mirar la pantalla de su laptop. Desde mi lugar, podía oír la voz de la Marilyn en una nota altísima—. ¿No, Nina?

Sentí que lo decía por mi madre; sentí que lo decía por el cómo me ponía si se la mencionaba a ella en una plática, si me llamaba a la casa. Me pareció tan injusto que, el azúcar de la última dona, me supo a ácido amargo. Aarón cerró los ojos, con apariencia apesadumbrada. El arrepentimiento lo bañó en el acto. Lo vi frotarse el rostro con ambos dorsos de las manos. De pronto, ya no era más el profesor ausente en los trabajos de sus pupilos; no. El que estaba allí era

aquel sujeto lúgubre que yo había conocido —vuelto a ver— hacía dos años. En aquel tiempo, recordé, los dos nos quedamos de pie en el aeropuerto; él intentando hablar, yo tratando de identificarme con él, tratando, con todas mis fuerzas, de no parecer una total y reverenda extraña.

No obstante, estaba muy segura de que lo éramos a pesar de que sus cromosomas hubiesen definido tantas cosas en mí.

—Alan es bueno escuchando —me contó. El asiento crujió debajo de mí cuando me removí, impaciente por oír cualquier cosa que al fin hubiera conseguido sacarle a mi padre—. Pero cuando se trata de hablar de sí mismo, patina. Se cae. Exigirle que te cuente su pasado es como arrancarle los cabellos uno por uno.

Suspiré, y me volví para mirar la ventana empañada por el viento frío y el calor del interior en el cuarto.

—Si le hablaba de ti, de que tu madre te había quitado de mí porque yo era una pésima persona... yo sabía que se iba a cerrar también conmigo. Y no quise eso. Quise ayudarlo porque de esa manera... sentía que te retribuía algo a ti ¿entiendes? —dijo, tras un silencio.

Era fácil de entender cuando me daban esa opción. El hablar de cosas que yo desconocía le daba a él, tal vez, un momento siniestro de mirar hacia atrás, pero a mí, en cambio, me otorgaba un poco de tranquilidad.

—¿No tienes miedo de que hiera mis sentimientos? —pregunté.

Con la mirada, Aarón escrutó en derredor de la oficina. Su rostro adoptó un semblante cansino y agreste, como si no supiera cuál de todas las máscaras disponibles en él usar. Pronto se encontró mirando el vacío, quizá las partículas del polvo que flotaban arriba de nuestras cabezas.

Era como si estuviera recorriendo toda la autopista del siglo XXI en el país, tan solo con sus recuerdos.

—Lo tengo, sí —murmuró—. Pero, con lo poco que te conozco, sé que una ruptura sentimental no te haría pedazos.

Enarqué una ceja, pensando en cómo sentirme al respecto de aquellas palabras; no sabía si tomarlo como un halago o un insulto a mi inteligencia.

—Tal vez me haga cachitos si me enamoro mucho de él. ¿Ya consideraste eso?

Aarón levantó su mano izquierda y me apuntó con su dedo índice, como si estuviera haciendo un ademán de *ouche*.

—Déjame corregir: lo que quise decir, más bien, fue que *ninguna* ruptura sentimental puede romperte.

—¿Por qué Alan no se apellida como Tony? —solté.

Su rostro se contorsionó con el cambio abrupto de tema. Las dos mejillas de su rostro se arrebolaron. Las aletillas de su nariz oscilaron un par de veces y, cuando se puso de pie, vi cómo se chasqueó los dedos, extrañado.

Cerró la laptop, rodeó el escritorio y avanzó hasta la ventana.

—Si no me lo dices, ¿qué clase de padre estarías siendo, eh? —lo apremié.

Dejé la caja de las donas en la otra silla a mi lado. No me puse de pie para seguir a mi papá en su mudez. Lo que quería era, tal y como había ensayado con Gabriela y los chicos, parecer lo más tranquila posible. Y me estaba funcionando: ahora quien parecía fuera de sí era mi padre, que siguió viendo a través del cristal por varios minutos más.

Anoche había llegado a la conclusión de que esa sería la última vez en la que trataría de obtener información extra sobre Allie; no para entenderlo, sino para tener un poco de seguridad acerca de él.

—Solo necesita tiempo, Nina —comentó Aarón, volviendo sobre sus pasos.

—¿Qué hay de la confianza en una relación? —inquirí.

Aarón se recargó en el librero contiguo a su escritorio, y yo le lancé una mirada acusatoria a través de mis lentes de John Lennon, que ese día llevaba puestos.

—Esto no es acerca de la confianza —dijo.

—Sí que lo es —aseguré—. Tengo derecho de saber en qué, o con quién, me estoy metiendo.

—Suenas horrible si lo dices así —se lamentó él, encogido en su postura más que de costumbre.

Mientras se ajustaba las gafas al puente de la nariz, Aarón me dio una cátedra sobre lo desagradable que es el inmiscuirse en las vidas privadas de los demás; pero yo le refuté esa contemplación alegando que era demasiado tarde para que se me marcaran aquellos límites.

Sí, estaba de acuerdo en que Alan no se había metido en mis miedos, ni había intentado siquiera que le contase nada acerca de mi madre; pero es que no había necesidad alguna de que hiciera el esfuerzo porque yo se lo había contado en primer lugar, al menos la parte que me causaba tanto asco.

Conmigo todo era *sí* o *no*. Pero él era un *no sé* incansable.

—Deberías ver la manera en la que trata a Tony —le dije, no muy segura de avanzar por ese camino. Sacudí la cabeza para darle más énfasis a mi punto—. Es como si lo odiara.

—No es así —me espetó.

—Bueno —continué—, entonces se pone de malas cuando su padre está a mi alrededor. Lo cual quiere decir que tiene miedo de que Tony me cuente *algo*. La cosa sería ¿qué? ¿De qué no quiere Allie que me entere?

Aarón negó con la cabeza. Se puso una mano en la frente y me escrutó, atento, otra vez. No obstante, ahora había un dejo brillante en sus pupilas, como si la fatiga de todo el día le hubiera caído encima de pronto.

Ladeé la cabeza para ejercer presión a mi postura.

—La madre de Alan se quitó la vida cuando él tenía dieciocho —susurró. Mi padre tenía los ojos cerrados al decirlo. Además, su cuerpo parecía más reducido, como más sumido en la oscuridad que a veces lo embargaba. Me tomó un par de segundos espabilar, y me decanté por mirar las esporas del polvo que se veían flotar en el aire gracias a la luz solar que entraba desde la ventana—. Por eso fue a terapia.

Las motas de polvo parecían estrellas; me imaginé toda una constelación allí, en el chorro de luz que se filtraba desde una rendija arriba de mi cabeza. Me contuve durante unos segundos de respirar porque mis pulmones llevaban algo más que aire en ese momento. Mi corazón latía con un ritmo ralente, como si se hubiera, de pronto, puesto a caminar en cámara lenta.

Alan siempre hablaba de su madre en tiempo pasado; e incluso mi nombre era un eterno recordatorio para él acerca de ella: por eso la melancolía en su mirada cuando me decía *Nina, como en los 90's*. Resultó ser más abrumador de lo que esperaba: el saber lo que sucedía en su cabeza. Todo cuanto pude pensar en su favor se convirtió en sensaciones que tenían que ver con el entendimiento y la compasión.

A lo mejor por eso no quería que yo supiera nada.

A lo mejor esa era la razón por la cual no se podía abrir conmigo.

Con un nudo en la garganta, dije—: Alan se apellida Baillieres García. ¿Por qué Tony no se apellida Baillieres?

Ni Aarón me estaba mirando a mí, ni yo a él, y aun así comprendí que trataba de no sobrepasar

la raya hasta la que podía llegar en cuanto a lo que sabía de Allie.

—Su madre se casó embarazada y no lo sabía —susurró. Escuché cómo caminaba hacia mí, pero se detuvo en la silla a mi lado y se dejó caer con un movimiento abrupto y sonoro—. Así que Esteban Baillieres lo crio hasta los quince años. Por alguna razón, tuvieron que hacerle estudios de sangre y allí... pues la verdad brotó.

Entonces me atreví a mirarlo. Sus ojos seguían el mismo curso de mi mirada antes de oír todo completo: la constelación de su oficina ahora estaba encerrada en la esclerótica de sus ojos, y la sabiduría teñía sus pestañas, para complementar la manera en la que yo lo veía en ese momento; me pareció que lo amaba como nunca había aprendido a hacerlo.

Era un sentimiento ridículo. *Incondicional*.

—Esteban no sabía que Alan no era su hijo, y por eso la dejó —deduje.

Aarón asintió. Tragué saliva mientras trataba de procesar aquellas imágenes llenas de sangre.

—Y ella...

—No pudo soportarlo, creo. —Papá echó la cabeza en el respaldo de la silla, mirando el techo con un halo de sopor inundando sus facciones—. Alan le tiene miedo a la oscuridad gracias a eso.

—Yo lo he visto andar en lugares sin luz —refuté.

La noche de humo y lluvia había sido la primera; y en El Atlántico había ciertas zonas que carecían de una iluminación decente, por lo que se me antojó extraño que fuera de aquel modo. Volví a creer que la terapia no lo había ayudado en nada, que la necesitaba aún. O que tal vez...

—Porque se obliga a estar en ella —adujo mi padre, con voz cansina y apretujada en miles de sentimientos.

—Cómo le gusta dañarse —dije.

Por un par de minutos, me olvidé de que papá me estaba escuchando; me puse de pie y balbuceé la letra de la canción de Alan, que cada vez me aprendía más. Ahora muchas líneas en ella tenían sentido; la soledad impresa en las palabras y la similitud con sus ademanes herméticos.

La canción era de él. Hablaba de lo que era él en el interior.

—No es eso —me dijo Aarón—. Él, simplemente, quiere vivir en el presente, Nina. ¿Acaso es mucho pedir? Que la gente no se fije en los errores que cometiste, o en lo que fuiste ayer; sino que vean la persona en la que has evolucionado. Que vean que no te rendiste y que no te has quedado estancado donde mismo.

No me acordaba de ello, pero una vez Celia me había gritado infinidad de cosas sobre «mi adorado padre», como solía llamarlo ella.

Claro que nunca le había dicho a Aarón que estaba al tanto de cómo me habían concebido a una edad en la que no tenían la experiencia suficiente; y cómo él había sido irresponsable y muy poco hogareño por entonces. A mí no me importaba, así que me fue muy sencillo comprender lo que había estado tratando de decirme durante casi dos meses.

Me pregunté cuántas veces desde que estaba charlando con Alan prácticamente todos los días, yo había sido la causante de que mirara hacia atrás. Cuántas veces lo había hecho volver a ver la imagen de su madre, muerta, en un acto tan horrible; no quise ni preguntar por los detalles porque pensé que salían sobrando.

De un salto dejé abajo la silla, me agaché por mi bandolera y caminé hacia la silla en la que Aarón todavía estaba sentado. Lo miré, mientras esbozaba una sonrisa; yo esperaba transmitir lo que mi corazón se moría por contarle, pero no me atreví.

Nunca le había dicho cuánto lo quería, a pesar de sus errores.

—Eres el mejor papá del mundo ¿sabes? —le aseguré.

Aarón puso los ojos en blanco y echó un vistazo al reloj de pulsera que llevaba en la muñeca izquierda.

—Ya vete, que no lo alcanzas.

Me di la vuelta y salí de la oficina tan rápido que no me di cuenta de cuándo llegué al ala norte de la escuela, donde se encontraban los tres estudios de grabación. Toda esa zona estaba, como el plomo, pesada; silenciosa. Incluso la luz era nimia, como un mero adorno que se perdía en contra de las sombras esquineras. En la puerta con un número dos, que era la que Aarón me había indicado, me detuve a examinar la madera inerte y toqué con dos dedos de mi mano la textura suave de la madera. Rodeé el pomo con un leve temblor en las falanges, y cuando pude por fin reunir valor para abrir, tenía tantas ganas de echarme a llorar que estuve a nada de regresar.

No lo hice. Sino que empujé la puerta y me adentré en el cuarto oscuro, donde las luces de una consola sobresalían. Focos de todos colores se marcaban en el tablero más amplio, y la iluminación de la cabina de voz estaba esa noche apagada. Lo que le daba un aspecto mortuorio a la habitación, más fría que la otra vez.

Alan no se volvió a mirarme, pero sí Fabi. Ninguno de los dos se levantó y, sin importar que pareciera descortés, me sentí cómoda con ello; era como ser reconocida y así no tenía que pedir permiso para entrar. Él yacía repantigado en la silla giratoria, con la computadora en el regazo. Traía los lentes un poco caídos, y los rulos alborotados de su cabello le daban el aspecto de un chico recién levantado de su cama tibia.

Levantó la mirada y me observó, callado, unos instantes.

—¿Qué sucede? —preguntó.

Mis músculos se relajaron al no escuchar un tono reprimido por su parte; era su voz de pereza y su habitual timbre que me daban hipnosis cerebral.

Alan miró a Fabiano a su lado, y este se agachó para recoger sus cosas del suelo.

—¿Terminamos mañana? —preguntó el técnico.

Allie carraspeó mientras se erguía, y le dijo que sí a Fabi, con un asentimiento de cabeza. Cuando fue para guiar a Fabiano a la salida, me limité a mirar los cientos de botones en la mesa de mezclas. La computadora de Alan descansaba en el asiento donde había estado antes, y el lugar alrededor todavía estaba oculto en penumbras.

Lo sentí regresar, pero no me volví para mirarlo.

—Mi libro favorito no es La Náusea —dije—. En realidad, es uno que nadie, hasta ahora, podría imaginarse como mi favorito.

—Yo sí —se rio él.

Me giré sobre los talones al tiempo que me sacaba la bandolera por arriba de la cabeza, y la tiraba a un lado de la enorme mesa. Alan se sentó en el banco alto que había estado usando Fabi, y comenzó a apagar las luces en el tablero. Poco a poco, la habitación se volvió más umbrosa, y la única fuente de luz era nada más y nada menos que la pantalla de la laptop.

Meneé la cabeza de un lado para otro y di un paso hacia él.

—Pues te escucho.

—Nina... —me advirtió—. ¿Por qué estás tan rara hoy? Más que nunca, quiero decir.

Entorné los ojos y miré hacia otro lado, pero no pude evitar sonreír.

—Solo dímelo —le exigí.

Hice como que me ajustaba los lentes a los ojos; él me estudió unos instantes, y torció una sonrisa hacia el lado de su mejilla que tenía el lunar.

Era tan hermoso así, tan angelical.

Una luz se encendió al fondo; Alan había presionado un botón que se encontraba en la base del tablero: todavía inclinado me miraba como si estuviera a punto de cometer un pecado.

—Puedo nombrar tres cosas que son tus favoritas ahora mismo —se jactó, mientras cruzaba los brazos sobre su pecho. La camisa desabotonada, en mezclilla, que llevaba puesta se arrugó con el movimiento (debajo traía una camiseta blanca).

Volví a estirar una sonrisa, y alcé el mentón hacia él.

—John Lennon —dijo.

—Es demasiado obvio —le respondí, sacudiéndome las gafas con los dedos índice y pulgar.

Él se mordió el labio inferior, pero no se inmutó.

—Crimen y Castigo —murmuró.

—Fiodor es un puto genio —me burlé, para ocultar lo aterrada que estaba.

No gocé en ningún momento de mi vida de pérdida de la memoria, por lo que podía jurar con facilidad que no le había contado nada de aquello; los lentes los llevaba puestos muy a menudo, así que para nadie hubiera sido un secreto el saber que el tipo de *Imagine* me ponía mal.

En cuanto a Crimen y Castigo, a lo mejor y lo había citado un par de veces.

—No menciones ni al filósofo ni mi canción —observé.

Él levantó las palmas a modo de aceptación.

Miró hacia arriba, al techo, y de pronto, susurró—: Los vinilos.

*Los... vinilos.*

Los vinilos que pegaba en la pared de mi habitación.

—Soy un libro abierto, según parece —me rendí.

Me acerqué dos pasos a él, colocándome en medio de sus piernas. Su mirada me atravesó unos instantes, hasta que cerró los ojos y me evadió por completo. En otra ocasión, cuando me pesara humillarme, me habría retirado. Pero no podía. O no quería hacerlo.

Alcé las dos manos y agarré el armazón de sus lentes, para quitárselos.

Cuando los puse junto a la computadora en la silla, los párpados de Alan se abanicaron con rapidez.

—¿Puedes verme? —le pregunté, ansiosa.

Él me acarició el mentón tan despacio que el acto me pareció una extraña consolación.

Se relamió el labio inferior y dijo—: Puedo verte porque estás muy cerca.

Por la altura de la silla, y la suya además, estábamos casi a la misma distancia. Sin embargo, me incliné un poco para rozar con mis labios, cerrados aún, la comisura de los suyos. No se movió cuando lo hice, ni parpadeó, ni se retiró. Para mi sorpresa, al echarme para atrás un paso, él se puso de pie en un acto que pudo haber pasado por reflejo. Me sujetó las mejillas con las manos, que estaban frías...

*Tan frías, y ásperas.*

Mis manos buscaron de inmediato su contacto, así que le agarré ambos costados de la cintura y arrugué la tela de su camisa entre mis palmas. Respiró unos minutos, mirándome, detenido a solo centímetros de mi boca.

—¿Qué esperas? —le pregunté.

—Estoy memorizándote —murmuró.

Cuando por fin presionó sus labios en contra de los míos, imaginé que el mundo se detenía y que las constelaciones hechas de polvo estallaban en partículas todavía más pequeñas. Pronto su caricia se tornó tan intensa que tuve que caminar hacia atrás, sin saber con qué me encontraría a mis espaldas.

Alan no estaba preocupado por ello, por lo que me apreté a su cuerpo y lo dejé marcar un ritmo.

No podía ir lento, no con él. No podía quedarme estática esperando un beso dulce y pausado. No podía: porque la mera sensación de su piel haciendo contacto con la mía, en la boca, me hizo temblar. Ya no sentía el clima del aire acondicionado, ni miedo. Solo sentía sus manos sujetándome, y sentía sus labios arrancándome, pedazo a pedazo, kilómetros de inseguridades.

Eso fue lo más importante; cuando Alan me besó, algo dentro de mí se hizo añicos.

Mi voluntad, quizás.

## 14. Señorita Lennon

No supe cómo, pero para cuando me di cuenta, mis glúteos estaban recargados en contra de la consola de color grisáceo. Alan tenía una mano apoyada en mi cuello, y con la otra tiraba de mi cintura para pegarme a él; *cada vez más*. Mis pulmones, empujados por el frenesí de sus labios, no daban tregua alguna y habían hecho de mi respiración una cosa entrecortada, llena de pausas largas e intermedios irreales.

Me así con ambas manos de su cadera, y levanté la tela de su camisa; sin embargo, al sentir que él se contraía, cerca de mí, dejé mis dedos acariciando la piel debajo de la camiseta blanca: tenía la epidermis erizada, y suave al mismo tiempo, como alegre por mi toque pero extrañada por la violencia de la caricia. Abrí los ojos y él hizo lo mismo, deteniéndose poco a poco hasta que permaneció en silencio, su nariz frotando la punta de la mía.

Desde aquí, su mirada era tan abismal, tan llena de *todo* que me causó un nuevo estremecimiento. Quería besarlo otra vez. Y otra.

—Me gustas mucho —muscitó, sin dejar de mirarme.

—No lo había notado.

Se limitó a sonreír, y me rozó los labios apenas.

El corazón me latía como si tuviera intención de saltar desde mi pecho; así, con lo que implicaba hacerlo: romperme los huesos, los vasos sanguíneos y todo lo demás. Al parecer, una muerte inminente lo tenía sin cuidado, así que traté de controlar sus palpitaciones y deslicé mis manos desde la cintura delgada de Allie, que me observaba, callado y expectante.

—Señorita Lennon —murmuró de un momento a otro—. ¿Qué tienes pensado hacer esta tarde?

—Leer poesía mexicana —consideré. Él frunció el ceño y desvió la mirada hacia el tablero, cuyas luces ahora estaban apagadas—. Y también tengo que escribir un ensayo acerca de «algo que haga al ser humano único» —citó las palabras de mi profesora.

Puse las manos en el filo de la mesa y agaché la mirada. La nuez se movió en su cuello; luego se llevó una mano al pelo para alborotarlo. De pronto, se agachó y agarró sus lentes de la silla y se los colocó.

Se cruzó de brazos y dijo—: La voz.

Negué con la cabeza para hacerle entender que no podía alcanzar a ver a lo que estaba refiriéndose.

—«Algo que haga al ser humano único» —repitió, con una sonrisa—. La voz.

—¿El ser humano es el único con la capacidad de hablar? —pregunté, un tanto confundida porque no tenía idea al respecto.

Alan se sentó en la silla alta, mirándome con más seriedad que nunca; parecía que había adoptado su porte de docente, y no de amigo, o de pareja o como fuera. Simplemente por el hecho de estar hablando de un tema que, en realidad, no era común entre dos personas que acababan de besarse.

Me dije que tenía que investigar qué cosas se hacen luego de un primer beso como aquel.

—No por la capacidad, sino por el descubrimiento —dijo él—. Aprendimos a hablar. Eso

hace único al ser humano.

—No es así como te lo enseñan en la iglesia —sonreí—. Pero está bien: la voz. ¿Qué me puedes decir tú a mí de la voz?

Su gesto, pálido casi siempre, tomó un tono meditabundo; mientras se arrellanaba en el banco, Alan me explicó que la voz no es una exclusividad nuestra, pero que sí lo era el talento de la comunicación por medio de abstracciones; lo cual quería decir que, a diferencia de otras especies, el hombre *no* primitivo es quizás el único que se intercomunica con sus iguales gracias a la articulación de palabras y conceptos.

Recargada contra el peso de una de mis piernas, y en parte gracias a la consola a mis espaldas, podía ver con exactitud cómo su manzanita de Adán se movía, a veces lento, otras con nerviosismo. Sin embargo, sus ojos examinaban la oscuridad en la cabina de grabaciones, y sus ademanes se habían reducido a simples movimientos pobres, como si no pudiera demostrar con ellos nada en lo absoluto; como si le tuviera plena confianza a su voz.

Deglutí saliva y me incliné para mirarlo a los ojos, y entonces él se volvió hacia mí.

—¿Qué? —inquirió.

Tras encogerme de hombros, suspiré y dije—: Eres una especie de genio ¿no?

Él echó la cabeza hacia atrás y se rio tan alto que me tomó por sorpresa el sonido. Acto seguido, se puso de pie.

—Tengo un coeficiente intelectual decente —se excusó—, pero no.

—Pues lo pareces —continué. Él cerró la laptop en ese instante, de modo que caminé hasta la silla y me coloqué a su lado—. Oye... —Me observó desde esa misma postura, mientras levantaba la computadora—, si no te hubiera besado yo, ¿cuándo lo habrías hecho tú?

Arqueó ambas cejas, se dio la vuelta y soltó, después de carraspear—: Lo hubiera hecho desde la primera vez que te vi si hubiera tenido más valor.

Fue en ese instante que vi que se agachaba hacia el sofá del fondo, para tomar un maletín negro. Guardó la computadora y dejó el estuche en el cojín más grande. Del otro lado, Rib yacía recargada contra un tripié. Alan la sujetó por el mástil y se sentó en el sofá.

Al tiempo que se colocaba correctamente la guitarra negra, electroacústica, me dijo—: Ven: canta algo.

Algo.

Quería que cantara algo allí, solo con él. En una habitación oscura, fría y que olía a electricidad.

—¿Algo como qué? —dije, siguiendo sus pasos y dejándome caer a su lado.

Lo consideró unos instantes y después masculló—: Earth Angel.

Esbocé una sonrisa, miré hacia el techo y parafraseé mentalmente las primeras líneas de la canción; Alan estaba moviendo las clavijas de la guitarra, y no se molestó en preguntarme si estaba lista. Cuando tocó los primeros acordes, el sonido de su voz entonando el tema me revolvió el estómago. Las líneas eran completamente suyas, como mi atención; tenía un estilo propio al cantar y cada vez que se acercaba al estribillo sus ojos se movían hacia mí, buscándome. Para mi desgracia, me encontraron atónita, concentrada en la imagen de ensoñación que transmitía.

Por lo regular, luego de notar cómo cambiaba con tan poco, sentía que mi desesperación se debía a que me daba miedo sentir algo por él. Pero, aunque lo negara, la atracción estaba allí; casi podía tocarla. De hecho, si estiraba los dedos en su dirección, estos harían que la imantación que me mantenía interesada en él, fuera total y completamente tangible.

*I'm just a fool...*

Puse la mano en la suya, con la que hacía rechinar las cuerdas. La música se detuvo y yo me incliné.

La información sobre lo que le había sucedido a su madre aún hacía eco en mi consciencia, así que me moví más cerca, todavía sobre el sofá, y le acaricié el cuello. Él no dejó de abrazar la guitarra. Pero sí recargó la cabeza hacia mi rostro; buscó que mi respiración le rozara el oído derecho, y buscó que no dejara de hacerlo.

Sentí el calor trepando por mis nudillos cuando sujeté con suavidad el cabello en su nuca. Y sentí su mirada cuando la clavó en mí, luego de resistirse.

—Me gustas mucho —le dije.

Él hizo la guitarra a un lado, se recostó en el sofá y alzó su mano derecha para tocarme ese lado de la cara.

—Ya sé —admitió.

—Señor modestia —me reí.

Alan aproximó su rostro al mío, y volvió a besarme, pero esta vez lento, sin prisa.

Separándose un poco, musitó—: ¿Te ayudo con tu tarea por la tarde? —preguntó.

Sacudí la cabeza, le toqué los labios con el dedo índice, y él cerró los ojos; me dio la impresión de que quería seguir tocándome. Pero comprendí que, si no lo hacía, era porque el lugar resultaba poco indicado.

Tampoco quería irme, y me sorprendí a mí misma queriendo que la hora para hacer mi ensayo sobre la voz llegara.



Nunca odié tanto mi cumpleaños como este pasado treinta y uno de octubre; no porque haya sido especialmente emotivo, sino porque mi madre llamó muy temprano por la mañana y me hizo un anuncio que, de habérmelo dado en un mal momento, quizás habría estallado en trozos, derrumbándome hasta convertirme en un mar de ira y tristeza.

Me insinuó que pretende venir por navidad.

En ese momento, no pude hacer otra cosa más que sonreír. Y cuando colgué el teléfono me encerré en mi cuarto a colocar los vinilos que Alan me había regalado (no tenía ni idea de dónde demonios se podían conseguir los de Elvis en la ciudad). Eso fue todo lo que pasó; mi madre me arruinó el cumpleaños. De nuevo.

—¿Aarón cómo se lo tomó? —preguntó Fernando.

Masticaba un emparedado de jamón, y mientras tanto me miraba con ojos de curiosidad.

Atiné a encogerme de hombros al tiempo que, también, me tragaba un trozo de sándwich. En ese momento, Gabriela se sentó a mi lado, en la enorme banca del jardín de la facultad. Se nos quedó mirando unos segundos, y luego suspiró, como comprendiendo que era uno de esos instantes en los que la plática era seria.

Muy seria.

—Está enojado conmigo —les dije. Gabriela sonrió, y negó con la cabeza.

—Era de esperarse —dijo la chica—. Debe de pensar que por su culpa odias a tu madre.

Miré hacia un lado del jardín, al pasillo. No había señal alguna de Eduardo, así que me decanté por buscar el consejo de mis amigos sin él. Y me dije que luego lo haría partícipe de lo

que me sucedía. Que no era la gran cosa, pero que sí había logrado darme mal humor toda la semana.

—No pasa nada —les espeté, rendida—. Si viene, que se quede lo que quiera pero que se marche. Es todo lo que pido.

—¿En serio crees que tenga intención de quedarse? —inquirió Fer, tras darle un sorbo a su jugo de arándano.

Observé el envase durante unos segundos, hasta que él se inclinó por encima de la mesa y me palmeó la mano. Alcé la vista casi de inmediato solo para encontrarme con un gesto preocupado en el rostro de mi amigo.

—Le ruego a Dios que no —contesté, dolida—. Es obvio que quiere atormentar a Aarón, y sé que lo logra porque él se enoja conmigo si Celia le dice que la he tratado mal.

—A como yo lo veo —apuntó Gabriela—, la única salida que te queda es dejar de recordar lo que tu madre era y comenzar a disfrutar de lo que tienes ahora. Al fin y al cabo, el recuerdo te afecta tanto como tú se lo permitas ¿no? Hazle como tu novio; él no mira hacia atrás y así no pierde tiempo evocando a personas que a lo mejor no se lo merecen.

Me arrellané en mi asiento, y contemplé el alrededor; una jardinera se extendía a lo largo del pasillo, y adelante se encontraban dos pares de aulas, que eran de las clases de filología; nos tocaban en seguida del lapso para un tentempié.

Era verdad lo que decía Gaby, pero decir las cosas y hacerlas son dos tareas muy diferentes, cada una con su respectivo grado de dificultad. De pronto, en cuanto acabé mi emparedado, sentí la necesidad de hablar con Aarón y preguntarle cómo había sido mi madre antes de su separación. Porque mis tíos me habían dicho muchas veces que Celia y él solo se habían hecho daño; que eran polos opuestos y quién sabe cuántas cosas más por el estilo.

—No es tan sencillo como parece —susurré, enfurruñada contra la mesa—. Es como un agujero de gusano. Mi cabeza, quiero decir. Entra el dolor y nunca vuelve. Sabrá Dios en qué parte de mi cuerpo habrá terminado.

—Y hablando de tu novio —terció Fernando, mientras fingía que cambiaba de posición y de charla por mera inercia—, ¿qué vamos a hacer mañana?

—¿Me estás preguntando si *yo* voy a salir con él mañana? —me reí.

Fer y Gaby se miraron entre sí, para después mirarme, atentos y sonrientes.

—Lo que te estoy preguntando es si mañana vamos a ir a «El Atlántico» —Fer se echó el cabello hacia atrás; hizo como si mirara a mis espaldas y luego añadió—: Di que sí, carajo: yo sé que quieres. Es sábado.

—Quiero ver a *mi* novio, pero ¿para qué los necesito a ustedes allá? —refunfuñé.

Él torció un gesto con la boca, al tiempo que se recargaba en el respaldo de la silla. Gabriela, en cambio, escribía algo en su teléfono; apenas veía sus dedos moverse encima de la pantalla táctil. Esos días se la veía callada, preguntando pocas cosas y metiéndose nada más en sus asuntos: de hecho, estaba muy rara.

Cuando levantó la vista en mi dirección, comprendí que algo extraño le ocurría.

—¿Pasa algo? —quise saber.

—Nada a lo que no esté acostumbrada —musitó de vuelta—. ¿Nos vemos en el café?

Me mordí el labio inferior para tratar de mentalizar mi horario; acababa casi a las dos de la tarde, y había quedado de estar temprano en la casa para comer con Adriana y Aarón.

—*Sorry* —le dije—. Romeo y Julieta me comprometieron ya. Pero mañana nos vemos en «El Atlántico» —Observé a Fer, que asintió, con una sonrisa estirada en sus labios. Negué con la

cabeza y miré a Gaby otra vez, que seguía sentada mientras yo me ponía de pie para marchar a la siguiente clase—. A las diez ¿ok?

Ambos dijeron que sí en una palabra que sonó muy sincronizada. Agarré mi bolsa escolar, me la eché al hombro y comencé a andar hacia mi clase de lengua. Dentro, de todos modos, no se respiraba el aire habitual de aburrimiento; solo había una treintena de alumnos desperdigados en los pupitres, que eran de color azul rey. Hice todo lo posible por concentrarme en el tema; la profesora me llamó en varias ocasiones la atención por no prestarla a la clase por completo. Así que dejé de mirar mi cuaderno y clavé la vista en ella.

La comparación que había hecho Gaby acerca de la situación de Allie y la mía me había ocasionado todo un síndrome en el pecho: sobre todo porque eso quería decir que en el interior yo también tenía problemas. A lo mejor no se notaban en mi personalidad tanto como en la de Alan, pero sí salían a relucir cuando Celia era el tema de conversación.

Permanecí absorta en esos pensamientos hasta que la clase dio término; de esa misma manera me escurrí a las otras tres que restaban. Al terminar la jornada, y recordando lo que me había dicho Aarón —iba a pasar por mí desde la Academia— me senté en uno de los parterres en la fachada de la facultad. Adriana venía con él cuando por fin llegó, así que tuve que ir en el asiento del pasajero. Ambos adultos hablaban, en tono serio, de un percance que se había suscitado en el colegio. Decían que Nancy estaba saliéndose de control con sus actitudes y que, de ese modo, como había dicho Alan, nadie querría estar en su lista de docentes.

—¿No les parece que Alan tiene una fijación con ella? —inquirí.

Adriana y yo nos bajamos al mismo tiempo del auto, mientras Aarón terminaba de apagarlo y de cerrar las ventanillas.

—*Todos* tenemos una fijación con esa niña —señaló Adriana. Cruzó su mano de uno a otro lado de mis hombros entretanto que caminábamos al interior de la casa—. El caso aquí es que se está prestando para expulsión.

—¿Tanto así?

Cuando por fin entramos, mi padre me explicó por qué varios docentes se negaban a participar en la preparación de alguien como Nancy; personalmente me había parecido una chica mimada, sí, pero con el mismo detalle que yo para con sus progenitores. Tal vez esa era la razón por la cual comenzaba a sentir un tipo de lástima hacia ella.

Me quedé pensando en el cómo me había preguntado si Alan y yo estábamos en algo...

—Así que, ¿es caprichosa? —Adriana dejó su bolsa en la encimera. Aarón había ido hacia la cocina y ahora se encontraba rebuscando en el refrigerador para verificar qué tendríamos disponible.

Al final, fue Adriana quien respondió—: Quiere que Alan le ayude en las sesiones de grabación y si no es él, dice ella, no es nadie. Cuando Fabi lo intentó hubo pleito la semana pasada; el director nos mandó llamar a los tres.

—No creo que Alan pueda negarse ¿o sí? —dije.

Ellos se dedicaron una mirada; Adriana, disponiéndose a ayudar a mi padre en la cocina, le hizo una mueca de apremio. Yo caminé, tras dejar mi mochila en el sofá, hacia el desayunador y me senté en una silla alta, mirándolos a los dos, muy expectante al respecto: se me hacía muy raro que Alan tuviera esa actitud tan hostil para con Nancy, y de pronto mi curiosidad se transformó en inquietud.

Pensé en el cómo se había comportado conmigo aquella vez, y me imaginé que quizás con Nancy había tenido un exabrupto parecido.

—¿La trató mal? —pregunté—. ¿Es eso?

Aarón miró, por encima de su hombro, a Adriana, pero negó con la cabeza.

—Solo digamos que Nancy, al principio, durante el curso de verano, confundió *un poquito* las cosas con Alan —espetó papá por fin.

No me quedó de otra, o mejor dicho, por la evidente acidez que me provocaba saber eso, abrí los ojos con la impresión que amerita saber el hecho de que una alumna caprichosa está interesada en el hombre con el que no llevas saliendo ni dos meses.

—Allie la reportó a la dirección —dijo papá, como excusando a Alan solo con ver mi semblante; no podía negarlo, un tipo sencillo, pero perceptible, de celos comenzó a formarse en mi estómago—. Nosotros nos dimos cuenta de que ella... bueno... ya sabes.

—Ya —atajé—. Igual y necesitan hablarle. Tal vez la puedan ayudar.

Dije aquellas palabras en contra de mi voluntad; había sido mi cerebro, la parte lógica de este, la que me dictó el comentario.

Adriana sonrió, con suficiencia. Y a mi padre se le arrebolaron las mejillas.

—¿Qué? —les pregunté, notando que algo iba mal.

—La verdad es que... creemos que el aumento en sus berrinches es por tu culpa —murmuró mi padre, buscando, con la mirada, la aprobación de Adriana antes de hablar de nuevo (ella asintió para darle permiso)—: Está celosa.

—No tendría por qué —gruñí.

Adriana me sonrió otra vez, y dijo—: Lo mismo pensé yo: una chica no tiene por qué ponerse celosa de la novia.

Entorné los ojos tras recibir dos miradas de adulación por parte de los dos adultos frente a mí. Y gracias a eso preferí quedarme callada y no escarbar más en aquel asunto. Aunque, siendo sincera, ya me había impuesto la tarea mental de preguntarle a Alan al respecto.

## 15. La luz de un secreto

Según la ciencia, el amor nace en el cerebro; según la ciencia, el amor tiene tres etapas, y lo más preocupante: según la ciencia, el amor tiene caducidad. Mientras papá y Adriana, sentados a la misma mesa que yo en «El Atlántico», charlaban tendidamente, me di cuenta de que todavía con Alan no había pasado por la lujuria; no al menos como la ciencia la marca.

Lujuria, atracción y por último, apego. Allí se acabó la explicación de los científicos para el amor. Y cuando traté de compilar información al respecto, todo quedó resumido en un par de términos de sustancias y procesos químicos difíciles de explicar.

En cambio, John Lennon simplificó este concepto en la frase «el amor es una canción». Y yo le agregaba «música». *El amor es música*.

—Si Maná no es tan mala ¿o sí? —preguntó Fernando.

Aarón sonrió, pero no dijo nada.

—A mí me encanta —señaló Alan, que se repantigó en la silla a mi lado y, sin molestarse en mirarme, se inclinó para decirle algo a Eduardo, como si estuviera hablando en secreto con ellos.

De todos modos, me dije cuando él sonrió por otra cosa que decía Fer, no podía escuchar nada gracias a la música. Hacía dos horas que una banda del estilo de Los Enanitos Verdes había comenzado a tocar con un halo de romanticismo; el ambiente estaba sumergido, además de en la oscuridad, en eso que anuncian los enamorados.

Solo un par de mesas más, a parte de la nuestra, estaban ocupadas por grupos de personas; el resto en el bar, que eran demasiadas, habían sido ocupadas por parejas. Por eso hacía también un buen rato que, escuchando de fondo los gritos de mis compañeros cuando intentaban comunicarse entre ellos a pesar del ruido, estaba tratando de entender cómo una persona se enamora tan rápido, y cómo es imposible evitarlo; al menos cómo es imposible evitar enamorarte cuando ya has pasado la etapa previa a la atracción.

Miré de refilón a Allie, mientras me preguntaba si, la primera vez que nos vimos, había sido lujuria esa cosa auscultada en su mirada.

Sin que nadie me preguntara nada, salvo sentir las pupilas de él en mi espalda, me bajé de la silla y comencé a caminar hacia la puerta de servicio. Me quedaba, por fortuna, a algunos diez metros de distancia.

Crucé la marea de cuerpos en todo el sitio, sin volver la vista atrás. Pero antes de llegar a la puerta, una mano se asió de mi antebrazo y me hizo detenerme.

—¿Qué haces? —me preguntó Allie con una sonrisa fugaz.

Se adelantó un paso y empujó con la palma derecha la puerta negra.

—Tomar aire —respondí, saliendo al pequeño rellano donde aún no había luz de neón—. Me asfixio allá dentro.

Al tiempo que me recargaba en la pared izquierda, Alan fue hasta el filo del concreto y se cruzó de brazos; cuando se volvió, había un dejo de soñolencia en sus ojos. Esbozó otra vez una sonrisa trémula y avanzó de regreso hasta mí, que había girado mi bandolera y me disponía a sacar del interior de una bolsa secreta un cigarrillo. Él se quedó tan quieto que casi pude percibir la

respiración acompasada que salía por sus fosas nasales. El pirsin de su labio inferior tembló al mordérselo; lo soltó de inmediato tras echar la cabeza hacia atrás. Recargó el hombro en la pared, junto a mi hombro izquierdo, y me observó encender el pitillo.

Levanté el filtro y eché el humo hacia arriba, con su mirada escudriñándome.

—¿Te cuento un chiste? —inquirí.

Él, todavía con los brazos en su pecho, apretó los párpados mientras sonreía.

—¿Tan pronto? —dijo, con un hilo de voz.

Me quitó el cigarro y se lo llevó a los labios; después de dar una calada, se metió la mano izquierda en el bolsillo del jean y con la otra continuó sujetando el cigarro.

—No te emociones —le advertí, también sonriendo—, es que... todavía tengo la mitad del cigarro con el que me enseñaste.

No hizo ni dijo nada; por unos instantes, se limitó a examinar a detalle el rectángulo oscuro en el que nos hallábamos. Yo sabía que estaba evocando aquel recuerdo, ese recuerdo que se sentía tan febril y vívido en mi mente.

Moví el brazo y le indiqué que me pasara el filtro.

—¿Ya no te da miedo el cáncer? —musitó.

Su voz era un resquicio musical, como una tonada oscura, pero dulce.

—Mis miedos hacen del cáncer algo redundante —le dije, mirando al techo y arrojando entretanto el humo—, pienso más en el terror que me da reprobar una materia que en el hecho de saber que fumo y que por ello me puedo morir.

—Igual y te vas a morir un día ¿no? —comentó. Le tendí el pitillo y entonces él negó con la cabeza—. Lo que quiero decir es que, a veces, no hace falta una enfermedad como el cáncer para matarte. Fumas, bebes, te trasnochas, no comes a tus horas; ¿te vas a morir de cáncer pulmonar, de cirrosis, de desnutrición o de estrés por hacer todo eso? ¿Qué tal si, antes de que fumes los suficientes cigarros, alguien te hace sufrir tanto que las ganas de vivir se te acaban?

Me di cuenta de que lo decía por su madre; por eso lo miré a los ojos, mientras él contemplaba la oscuridad, distraído y concentrado luego de su retahíla. Me pareció que esa noche especialmente estaba raro, como más abierto, más sonriente; y me pareció que también estaba menos dispuesto a que un momento de intimidad se diera entre nosotros.

Se sintió como si aquí, en esta plática emocional tan cruda y egoísta, él estuviera muy, muy lejano a mí.

Miré el cigarro. De pronto, el asco que me invadió toda la garganta, desde el fondo del estómago, evolucionó en una carga moral como nunca la había notado en mi cabeza; me pregunté cómo tomaría las palabras de Alan un enfermo con cirrosis, o con leucemia; me pregunté cómo se tomaría aquel egoísmo una persona arrepentida de sus errores, con un peso ya muy grande sobre sus hombros.

—El que te vayas a morir igual un día —dije, tirando el cigarro al suelo y pisándolo con mucha fuerza hasta apagarlo— no te da luz verde para que te destruyas de a poco. —Le sonreí para aminorar la tensión del momento, solo porque no tenía ganas de que me cerrara el paso una vez más. Gracias a Dios siguió atento a mis palabras, sin el hermetismo aflorando—. Imagínate que, un tipo con familia e hijos, se bebe el mundo en licor hasta que, aún con la vida por delante, el médico le diagnostica algo terminal, que no puede revertirse: ¿crees que no se tomaría la oportunidad, si se la ofrecieran, de volver atrás y decirle a su yo del pasado que no deje solos a sus hijos?

—Pero no va a volver al pasado, Nina —me contradijo él.

Suspiré, impaciente. Él me miraba desde su posición. Estábamos pegados uno del otro, y aun así yo me sentía con mucho frío. Sin embargo, la temperatura de mi cuerpo no se debía nada más al sentimiento abrupto de traición que me escocía en la piel. No. Se debía también gracias a lo que yo sabía sobre su madre.

Eso que, ni por asomo, parecía querer confesar.

—Por eso —proseguí, la voz mitigada por el nudo en mi garganta; tenía unas ganas inmensas de abrazarlo, pero me contuve—. Él sabe que no puede regresar el tiempo, y por eso la enfermedad duele más.

Alan parpadeó y se inclinó hacia mí, para recargar parcialmente su cabeza en la mía. Con una mano me frotó el cabello, y con la otra me sujetó los dedos de la mano izquierda.

—Aarón me dijo que te contó sobre mi madre —susurró—, y te agradezco mucho el que no me estés mareando con preguntas al respecto.

Mi corazón dio un vuelco tan tremendo que la respiración se me atoró junto con la saliva; por un momento, pensé que mis bronquios se estaban retorciendo y que, de un segundo a otro, mis pulmones comenzarían a sofocarse hasta desfallecer por completo.

Uno de los dedos de Allie empujó mi mentón hacia arriba, por lo que tuve que desviar la vista para mirarlo a los ojos.

—Yo casi no fumo —dijo, muy seguro en su tono—. Lo hago cuando me asfixio nada más.

—Por eso te digo que mis miedos ahora son redundantes: como tu asfixia y la mía.

—Aparte de tu madre ¿a qué le tienes miedo? —preguntó él.

Apreté la quijada con fuerza, y esperando que pareciera un movimiento cualquiera, me rasqué la frente con un dedo. Alan bajó el brazo, y se puso frente a mí, de modo que cuando quise mirarlo otra vez tuve que hacerlo hacia arriba totalmente. Le rocé el mentón con los labios, a punto de sentir la necesidad de cambiar de conversación.

Pero, me dije, esa no era yo.

Lo mío no era evadir las charlas que le demostrarían que estaba tratando de confiar en él.

—Le tengo miedo a los sentimientos —susurré. Cerré los ojos y respiré profundo el olor de su piel, al tiempo que él me acariciaba el cabello a la altura de los oídos—. Y al futuro.

—Cosas naturales —se rio, y agachó la cabeza—. No tienes remedio, Lennon.

Me tocó los labios con los suyos y poco a poco profundizó la caricia hasta que, con su lengua, se abrió paso hasta mi boca. Pegué la espalda a la pared en el impulso de su abrazo, que se tornó, pronto, algo que me hacía tener más frío y más calor al mismo tiempo. Una ráfaga de electricidad me recorrió las manos, así que las levanté y me aferré de sus hombros. Debajo de la tela del suéter que traía puesto, Alan tenía piel blanquecina y seguramente igual de suave que la de su cuello y rostro; no pude evitar recordar mis cavilaciones de hacía rato: y volví a preguntarme si él me había visto con ojos de lujuria en más de una ocasión; hubiera querido saber si, en vez de apego o de atracción, me había visto como una pareja potencial para tener sexo.

Hubo, sin embargo, otra cosa que me agobió de pronto mientras una de sus manos me empujaba la cintura en contra de su cuerpo...

—Hay que volver —musitó tan bajo que apenas pude oírlo.

—Igual y estamos por irnos —gruñí, pero no dejé que se separara cuando lo intentó.

Él emitió algún carraspeo, y me estiró con los propios el labio inferior.

—Todavía es temprano y mañana no hay clases —Me miró a los ojos, al parecer divertido—. Quédate un rato más.

Lo alcancé de nuevo, y le permití que me besara otra vez, pero en cuanto acabamos el contacto

me hice a un lado y tiré de su mano en dirección de la puerta.

Todo el mes nuestras charlas habían sido del tipo raras; de un momento a otro él cambiaba de semblante. Aun así, estaba haciendo todo lo posible por no perturbarlo con mis preguntas —que tenía miles en la cabeza— y por dar a nuestra relación un inicio relativamente pacífico; cosa que decía mucho de ambos siendo que estábamos hechos un lío en el interior.

Sus cambios de humor habían dejado de hacerse presentes frente a Tony, como si se hubiera acostumbrado a verme en derredor de su papá. No obstante, comprendí que estaba tranquilo mientras yo no intentaba descifrarlo —y descifrarme—. En cuanto volvimos a la mesa, nos dimos cuenta de que el sonido de la música, aparte de fundir las voces, había hecho que ninguno se percatara de nuestra ausencia; o a lo mejor sí lo habían notado pero disimulaban de maravilla.

—¿Nos vamos? —inquirió mi padre, mirando su reloj de pulsera.

Le eché una mirada rápida a Allie, que se sentó en la silla y torció un gesto con la boca.

—Un rato más —le dije, y Aarón entornó los ojos.

Me alegró que no se opusiera, y que la banda estuviera tocando temas más tranquilos, aunque igual de románticos y melosos. No eran mis preferidos, sin embargo, tampoco me opuse cuando nos quedamos, Alan y yo, pendiente del vocalista cada vez que anunciaba un tema; se sentía, el estar aquí con mis amigos y mi padre, como si por fin hubiera cerrado una herida, como si estuviera atando un cabo suelto desde mi niñez.

Salvo que mi lado pesimista repetía con incesante voz que no cediera tan fácil.

*Porque entregar el corazón es fácil*, me dijo la voz y de inmediato tuve que agachar la mirada hacia la superficie de ébano en la mesa; quería mantener oculto aquel atisbo de duda en mi mirada, que nadie se fijara en que, la curiosidad, picaba en mi lengua. Cuando por fin Aarón miró su reloj de nuevo y me indicó con los ojos que ya era la hora indicada, muy en el fondo me sentí agradecida de no tener oportunidad de arruinar el momento en El Atlántico.

Afuera, en la entrada principal del bar, Fer y Eduardo se adelantaron seguidos por Gabriela y mi padre (con Adriana, por supuesto), así que aproveché para despedirme de Alan, junto al enorme arco que daba la bienvenida al bar. Él permaneció atento a mis movimientos hasta que fui capaz de retomar la plática de hacía un rato.

—¿Sabes? —le dije—. Sigo pensando que, lo que sucedió con tu madre, no es motivo suficiente. Pero está bien.

Los labios de Allie se fruncieron; dio un paso al frente y levantó la mano para hacer uno de mis cabellos rebeldes hacia atrás. No me quedó de otra que esperar a ver qué decía. A pesar del pesimismo que crepitaba en mi interior, sostuve la mirada en la suya, que allí, en medio de la calle, era más normal, menos de abismo.

Inhalé aire entretanto que fingía observar un auto que cruzaba la carretera en ese instante.

—De verdad no quiero hablar de eso —comentó, en voz apenas audible. Me encogí de hombros y me puse en puntillas para depositar un beso sobre sus labios. Él se limitó a esbozar una sonrisa después, pero negó con la cabeza en el acto, como si estuviera conteniendo algo en su garganta.

Continuó en silencio, claro, mas el semblante de su cara había cambiado. La luz de un secreto brilló en sus pupilas, en contra de los faros de la calle. Esa fue toda la confirmación que consideré necesaria para comprender que lo que Aarón me había dicho sobre el suicidio de su madre, no era ni siquiera el principio (tal vez el principio sí) de sus temores.

Había algo más debajo de su piel, que parecía quemarle de solo pensarlo.

Le acaricié con una mano la mejilla izquierda, y él se inclinó para besarme de nuevo. Sin

embargo, la caricia demudó en un gesto inexpresivo, que no decía nada; el calor de sus labios estaba completamente mudo. Le sonreí una última vez antes de darme la vuelta y caminar hasta el coche. Ed y Fernando se habían ido ya, y Gaby esperaba en el asiento del pasajero, con la puerta abierta; entré sin decirles nada, y cerré incluso con lentitud. Varios pensamientos —y probabilidades— golpeaban en mi cráneo. Era doloroso. Mucho.

Gabriela iba a quedarse a dormir en mi casa esa noche, y cuando sentí el apretón que me dio en el hombro, quizás tratando de llamar mi atención, volví un poco a la realidad.

Aarón me observó a través del espejo retrovisor; no tenía ganas de hablar.

Y así fue hasta llegar a casa.

Por lo que entendí, poco o mucho, Aarón había utilizado el pretexto pobre de ir a llevar a Adriana a su departamento, pero yo supe que no iba a regresar hasta la siguiente mañana. Por una parte, me dio pena no haber tenido el valor de decirle que a mí no me importaba que ella se quedara en nuestra casa, y por la otra, le di gracias al cielo por tener un momento a solas con alguien con quien pudiera ser quejumbrosa a gusto.

Alguien que no estuviera tan atado a Alan como mi papá.

—A ver —se quejó Gaby, sin entender mi molestia—. Si esta vez Alan no se enojó porque supieras cosas... del pasado, ¿qué más da lo otro?

Removíamos las sábanas de mi cama. Ella no paraba de explicarme que dar en el clavo de los miedos de "mi novio" no era exactamente lo más prudente por mi parte. Era como quitarle el seguro a una granada y seguirla sujetando con la mano. O eso dijo Gabriela, que a veces era igual o más exagerada que yo.

—Si lo escucharas hablar —suspiré, metiéndome en la cama y cobijándome al instante. Gaby me imitó, pero ahora sus cejas estaban enarcadas—. Es como si se odiara a sí mismo. Como si *eso* que me oculta fuera, no de sus padres, sino de él.

—Eso sí que sería feo —aceptó por fin.

Me volví hacia ella, recostada en la almohada y con los ojos ardiendo por el sueño.

—Ya no le quiero preguntar nada, pero es que a veces siento que él mismo me lo pone difícil. Esa mentalidad de "me autodestruyo porque igual un día me voy a morir" es preocupante.

Gabriela abrió la boca, indecisa.

—¿Alan piensa así? —me dijo.

Tragué saliva, para añadir luego—: Eso me pareció.

—Deja que te cuente lo que sea; dale tiempo —añadió, con voz suave—. A lo mejor solo necesita un poco de valor. O un par de incentivos —sonrió, como a quien se le acaba de ocurrir la nueva Teoría del Todo. A causa de la confusión, chasquéé la lengua contra los dientes y me recosté sobre mi espalda, mirando el techo—. Nina... ¿me vas a decir que no te apetece?

—Yo estoy preocupada por su salud mental y tú con estas cosas. —La escuché reírse, pero hice caso omiso de su burla.

A ella, de todos modos, no le importó mi solidez emocional ni el acto de fuga que intenté llevar a cabo para no ir por ese camino.

Cerré los ojos.

Gabriela dijo—: Sé perfectamente que no eres virgen, así que, dime ¿qué te preocupa tanto?

—Mi propia salud mental.

—En algún momento de tu vida, tienes que superarlo también—murmuró.

Sentí cómo se arrebujaba sobre el colchón para apagar la luz, y cuando lo hizo, abrí los ojos. El sueño, como buen miserable, había empezado a escurrirse de mis párpados. La inseguridad que

yo tenía en mi mente —ese pequeño rasguño de miedo— no solo tenía que ver con el hecho de que Alan me estuviera denegando la entrada a su interior, sino que, muy en el fondo, yo sabía que se debía a que me identificaba con eso que le radiaba los ojos de vez en cuando.

Me había quedado claro esta noche: era ira. *Eso* que tenía en la mirada y que yo no le había podido interpretar al principio.

Alan estaba enojado consigo mismo de la misma manera en la que yo lo estaba conmigo.

## 16. El respeto al derecho ajeno

No podía ser.

*No...*

Respiré profundo, cerré los ojos y me llevé la palma de la mano derecha al corazón. Este latía, desbocado, como si hubiera ocurrido un cataclismo. Igual y a Celia se la podía calificar de ese modo: *cataclismo*.

Un cataclismo de pie en el umbral de mi puerta.

*¿Por qué carajo sonrío?*

—¿Qué haces aquí? —le pregunté, atónita.

No iba a dejarla pasar...

—Cel —Aarón se interpuso entre ella y yo.

Y así fue como lo supe.

Las personas mienten todo el tiempo; mienten sobre su peso, sobre su origen, sobre cuándo perdieron la virginidad. Mi madre me mentía cada dos segundos mientras vivimos en Arizona. De hecho, podría apostar a que tenía una de esas filias por la mentira. Era como si se levantara por la mañana e hiciera una lista de las cosas con las que tenía que mentir para no parecer con dos tornillos flojos.

Estaba loca si pensaba quedarse.

Seguro que iba a echar culpa de mi cumpleaños. Sus falacias, sus pretextos, toda la mierda que podía decir en menos de un segundo, me las sabía de memoria.

*Incluso las caras —máscaras— de arrepentimiento que fingía al decir mentiras.*

Me moví hacia un lado, pegándome al muro contrario del corredor al final del cual se hallaba la puerta. No podía oír del todo la conversación que mi padre estaba manteniendo con Celia, pero sí vi cuando él abanicó la puerta y la dejó entrar. Así, como si nada. Me pareció, además, ver una sonrisa dibujada en sus labios. Él se recorrió para que mi madre cruzara. No dejé de mirarla mientras lo hacía. No podía sonreír, ni temblar ni caminar; lo único que hacía mi cerebro, la parte que se enfocaba en la memoria sensorial, era repetir una y otra vez aquellas escenas repugnantes que atesoraba en mi mente como una bandera: para que no se me olvidara porqué mi madre no era digna de mi confianza.

Por un momento me quedé mirándola, al tiempo que ella y Aarón se susurraban cosas. El volumen de sus voces, y la forma ridícula en la que se veían el uno al otro me causó tanta repulsión que por fin conseguí despegar la espalda de la pared. Me fui directo hacia la cocina y busqué un vaso para servirme agua.

Las lágrimas estaban por desbordarse de mis párpados. Las podía sentir colgando de mis pestañas. Se burlaban de mí. Yo misma estaba que rompía en llanto y en risa solo de ver cómo mi tranquilidad, la poca que había obtenido al cabo de dos años, se esfumaba de mis pulmones como dióxido de carbono.

—¿Nina? —Me volví, asustada, mirando a Aarón de frente, pero con la sensación de que aquella también había sido su voz —la de Celia— vibrando en mis oídos.

Él dio un par de pasos en mi dirección, contemplando la cocina, medio oscurecida por la falta de luz en la lamparilla del techo. Ignoré su gesto de preocupación y el cómo se guardó las manos en los bolsillos del jean; aquello significaba que estaba nervioso, que no podía controlar sus manías y que, alabado sea el Señor, no sabía qué decir para justificar lo que estaba ocurriendo.

Por supuesto, para mí, no existía excusa posible que me hiciera volver al eje.

Había invitado a mi madre; él no parecía estar sorprendido de su aparición allí, y además yo podía recordar lo que había dicho Adriana acerca de Celia.

—No tienes derecho —musité, la voz hecha un revoltijo de ira y aprensión—. Ninguno.

—Soy tu padre —realcó.

A lo mejor me creía estúpida, pero...

—Desde hace dos años apenas —farfullé.

Eso de la estupidez lo había heredado de él, estaba más que claro. Sin embargo, el dolor que tiñó las facciones siempre suaves de Aarón casi me pinchó el corazón completamente. Mantuve la posición anterior, sin desviar la vista. Papá, en cambio, y luciendo muy avergonzado, negó con la cabeza.

Aunque quería hacerlo, a mí se me dificultó todavía más comprender por qué.

—No voy a discutir esto contigo —comentó, dándome la espalda, pero antes de comenzar a caminar me dijo por encima de su hombro derecho—: Se va a quedar aquí una temporada y tú la vas a respetar. Mi casa, mis reglas.

*Mi casa, mis reglas.*

*Mi casa, mis reglas.*

Tragué saliva lo más duro que pude, y asentí al vacío pues Aarón había vuelto a la sala. Allí donde me quedé, con la cadera apoyada en contra de la alacena, sentí la aspereza del granito porque así las manos del borde. Observé la extensión diminuta de la cocina, paladeé mi saliva, me bebí un vaso de agua ahora sí, contuve la respiración y después bajé la mirada al suelo.

Nada consiguió devolverme a mi mundo de realidades imperfectas, pero simples.

La realidad en la que yo era feliz con Gaby, Fer y Ed como mis amigos, y un Alan comprensivo como mi novio, se había atrofiado en menos de un segundo. En un abrir y cerrar de ojos, mi vida volvió a ser la miserable de antes; volví a caminar a oscuras en la casa, temiendo encontrarme con mamá tirada en el suelo, desmayada por la ingesta irresponsable de alcohol, o por una sobredosis.

De un momento a otro, volví a tener miedo.

Lo bueno de eso fue que, para estos días, ya no sabía si odiaba a mi madre o a mí misma; ya no sabía si, la sombra de mis rencores, eran en realidad fantasmas y demonios que cargaba en la mochila, en el estuche de la guitarra; en mi copia de Crimen y Castigo.

Di dos pasos hacia el marco de la cocina, y miré hacia ella. Estaba de espaldas, escuchando algo que decía papá.

Uno, dos, tres...

En mi vida había sentido tantas ganas de gritar. De ahogarme en enojo y de echarle en cara que fuera esa persona, que precisamente ella representara la figura atrofiada de una madre traicionera. Me senté en el apoyabrazos del sillón en el que Aarón yacía repantigado. Él estaba amedrentado, se lo noté. Pero yo, con toda mi ira cautelosa, le sonreí a mamá y abrí los ojos, pidiéndole una explicación.

Estaba fumando, como siempre. Tenía ojeras marcadísimas debajo de los ojos, como siempre. Y llevaba un escote pronunciado, como siempre. Decir que era bonita le quedaría muy corto a la

oración, así que debía de aceptar que, a pesar de todos sus malos hábitos, mi madre era una mujer de apariencia joven y hermosa.

—N-No te esperaba —me obligué a decir. Volví a tragar saliva (el odio también me lo tragué, pero se me quedó atorado en el corazón sin poder deslizarse más allá)—. ¿Por qué no me avisaste?

Ella hizo ademán de sacudir la ceniza del cigarro en un platito que papá le había extendido. Él no fumaba y yo tenía prohibido hacerlo en la casa.

—No me contestas las llamadas —se rio—. Pero es que vine de improviso con Jorge.

Jorge era uno de mis tíos; hermano mayor de mamá y quizás el único ser que se había preocupado por mí —tenía sus propios hijos, así que no lo hacía a menudo—. Sacudí la cabeza y me crucé de brazos, escuchando cómo mamá relataba la travesía desde el aeropuerto hasta aquí.

Se la veía sorprendida de cuán cambiada estaba la ciudad. Parecía una niña que rompía un plato, alguien... común.

Pero fingía *tan* bien.

—Acabo de recordar que tengo que ir a El Atlántico —dije, tras levantarme del sillón.

—¿Qué es eso? —inquirió.

Moví la cabeza de un lado a otro, y la observé guardar no sé qué en la bolsa.

—Me dijo tu padre que ya tienes novio —sonrió—. ¿Vas con él?

—Un rato nada más. Estaré de vuelta para la cena —susurré, sabiendo lo que se avecinaba—. Me imagino que quieres descansar...

—En realidad, me gustaría conocer a ese novio tuyo —me espetó.

Celia se puso de pie e intentó sacar algo de su bolsa nuevamente, pero no lo logró antes de que papá se irguiera también. Apreté las quijadas, e hice mis manos puño, pegadas a los costados del cuerpo.

—No es tan serio como para que lo conozcas —dije.

—Pues tu papá no dice eso. —Dejó la bolsa en el sofá otra vez. Se cruzó de brazos, con la sonrisa más irónica dibujada en sus labios delgados y de apariencia algodónada—. Hay que llevarla, así me haces recordar el barrio —le pidió a Aarón.

—Estás loca si crees que te voy a presentar a mi novio —gruñí, más bajo de lo pretendido.

Sin embargo, supe que ella me había escuchado. Me escuchó a la perfección y lo supe porque parpadeó varias veces.

Ella comprendió mi recelo. Lo comprendió muy bien.

—Nina —Aarón trató de silenciarme.

Suspiré, y dije, sin evitar el enojo—: No, en buena onda. Alan no debe de ser su tipo. Es muy sincero en comparación a los que le gustan.

—A ver, Nina...

No le di tiempo de que contradijera nada, de modo que le di la espalda a mi madre, ignorando su gesto de tristeza. Caminé por el pasillo más largo, el que llevaba hacia las habitaciones, y me apresuré con ganas de echar la puerta y el seguro de forma que nadie pudiera penetrar y hacerme salir hasta que *ella* se hubiera ido.

Aarón me hizo detener en mitad del corredor...

—Quedamos en algo —me advirtió, mientras me apuntaba con el dedo índice.

—Yo no sabía que iba a venir —le grité—. ¿Cuándo "quedamos"?

Papá me soltó el brazo que había rodeado antes con sus dedos. Aspiró profundamente y se volvió hacia el pasillo. Era un hombre prudente, así que no me atareó que se marchara y me dejara

con los gritos a media lengua; porque seguro que suponía en cuánto tiempo a mí se iba a pasar el enojo con mamá por haber venido en estas circunstancias.

Todavía mirando el pasillo, me saqué el teléfono del bolsillo y marqué el número de Alan. Yo sabía que estaría en su casa porque ese día me había dicho que se quedaría para arreglar alguna clase pendiente. No me respondió; pero en ese momento me dio lo mismo quedarme en la casa, aprisionada, o irme a dar una vuelta en balde hacia El Atlántico. Tomé el dinero suficiente como para ir y volver desde mi casa hasta el bar sin problema alguno, y luego, sin decir nada ni hacer mella de darles una hora de mi regreso, salí a toda prisa de allí.

Demoré apenas veinte minutos en llegar, pero una vez allí el miedo por las posibles preguntas que Alan me haría revoloteó en cada parte de mis extremidades. Dudé un par de segundos hasta por fin poder entrar a través del arco. Las sillas estaban arriba de las mesas, algunas personas iban de un lado para otro, y Tony yacía sentado del otro lado de la barra, mirando cosas en su teléfono. Le sonreí sin llegar del todo hasta él, pero en cuanto me vio, y luego de devolver el gesto, miró hacia las escaleras y las señaló con el mentón.

Para disimular lo ansiosa que estaba, saqué mi móvil otra vez y fingí que escribía un texto. Creí que aquel domingo había cesado de sorpresas. Pero no era así en lo más mínimo. Nancy se puso a un lado de la puerta antes de las escaleras. Intentó sonreír, pero la mueca murió en esa mirada suya que ponía, como si estuviera todo el tiempo ocultándote algo.

—¡Nina! —carraspeó—. Alan está arriba...

—Eso dijo su padre —murmuré de vuelta—. ¿Ya te vas?

Quería ir directo hacia el departamento, pero no podía evitar tener curiosidad por el semblante mortecino de la chica frente a mí. Sacudió su cabeza de cabellos lacios hasta la muerte, y agachó la mirada, revisando sin ninguna vergüenza el cómo iba yo vestida. No me preocupó el silencio hiriente que había entre mi pregunta y su diminuto cuerpo. Sino que entendí que pretendía dar a entender que había estado con Alan (era bastante obvio).

—Alan y yo solo estábamos aclarando unas cosas sobre una nota mala que me puso —dijo ella, con voz trémula y apagada—. Es que...

Me encogí de hombros, consciente de que se creía atrapada con las manos en la masa. Comencé a subir los peldaños de la escalera, y la miré antes de decir—: Es domingo, Nancy.

Tampoco estaba preocupada porque se sintiera acusada de algo, no me importó eso. Ni me importaba el hecho de que ella sintiera algo por Allie y que este no tuviera intenciones de alejarla. Ahora lo único que pretendía era llegar a él, escucharlo afinar las cuerdas de su guitarra o preguntarle cualquier cosa para así poder oír su voz durante el resto de la tarde.

Eso, estaba segura, me ayudaría a invalidar el miedo y el ansia que recorrían mis piernas nada más hacer el esfuerzo de caminar.

Nancy no se crispó ante mis palabras, porque de inmediato se marchó con cara de haber sido ofendida. No obstante, no me detuve más a esperar que se inventara un chisme en contra de Allie o que incluso...

Toqué la puerta con mis nudillos, solo para tomar un espacio de tiempo y agarrar más fuerza de voluntad. Me faltaba optimismo. Me faltaba valor para aceptar que era una pésima persona, que sufría de delirios mentales y que... odiaba a mi madre por ser quien era.

Alan abrió la puerta a los pocos minutos. Hice acopio de mi cinismo para poder sonreír como si nada pasara. Él recargo el antebrazo en el marco de la puerta y se inclinó un poco, fingiendo estupefacción; no llevaba puestas las gafas, y el pantalón desaliñado que traía era de chándal, más holgado que otros que le había visto. La camiseta, delgada y blanca, se ajustaba perfectamente a

su tórax y a los músculos de sus hombros.

Me pareció que andaba con desgarbo porque era domingo, y porque...

—Nancy acaba de irse —dije como primera oración.

Alan asintió, y bajó el brazo para estirar la mano. Agarró la mía en un intento pobre por hacer que me moviera del umbral hacia el interior del departamento. Sin embargo, preferí esperar a que se explicara.

—Es un fastidio —refunfuñó—. Pero no puedo hacer nada. Le di lo que quería y listo.

—Específicamente —mascullé, entrando al pequeño vestíbulo de su casa, mientras acomodaba los cabellos salidos de mi coleta detrás de mis oídos— ese juego de palabras me provoca acidez.

Sentí que me rodeaba la cintura con sus manos, y que de inmediato comenzaba a caminar empujándome más adentro del *hall*.

Había hojas desordenadas en la mesa del comedor; el piano tenía la tapa encima y el atril levantado mostrando dos partituras llenas de borrones. Las examiné unos segundos, al tiempo que trazaba una línea con mi dedo sobre la enorme «B» del apellido abreviado de Alan. Él, detrás de mí, se puso a levantar unas cosas tiradas en el suelo: por ejemplo, un cuaderno, un suéter y a Rib, que tenía con el mástil encima del estuche.

Le permití que terminara con eso, y mientras tanto presioné un par de teclas. Ya no podía contener las palabras en mi interior así que me senté en el taburete del piano y miré hacia el techo, pensando que de ese modo las ganas de llorar regresarían a ese lugar recóndito en el que las guardaba: no porque fueran valiosas sino porque sacarlas me costaba sangre de las mejillas, de esa que pierdes en una hemorragia y te provoca la muerte.

—¿Y bien? —Alan me preguntó, sentándose a mi lado.

Hice una nueva inspiración profunda, pero no alcancé a emitir una palabra.

—¿Lennon? —Yo sabía que quería que lo mirara y por eso no me atreví a volverme; continué perdida en el color blanco, desvaído, del techo, en las lámparas led y en los adornos musicales de las paredes.

—¿Tú sabías eso de que Aarón dejó que Celia viniera? ¿Te lo contó a ti? —solté, con palabras atropelladas y embargadas de tristeza.

Esperaba, por supuesto, que me dijera que no. Aunque muy en el fondo de mí tenía un miedo terrible de que lo aceptara; porque eso iba a significar que me había ocultado algo que yo consideraba terrible. Terrible en longitud los Alpes Marítimos.

—Oí algo de que estaba hablando con ella, pero no me dijo que quisiera venir. —Era mi turno de reconocer que aquella confesión me aligeró el peso de los hombros, pero aun así no podía mirarlo. Si lo hacía y me encontraba con su mirada de gatito, con esos colores abrumadores y esos iris combinados, rompería en un llanto vergonzoso—. ¿Tu madre está aquí?

—Se va a quedar una temporada —dije, con pesadez. Me llevé ambos índices a las sienes e hice un masaje que se sintió como un tormento: las venas me palpitaban como si fueran a estallar de un momento a otro—. Lo peor de todo es que, cuando vine para acá, creí que...

—Que dejarías de odiarla —completó Allie. Se puso de pie y fue caminando hacia el muro frente al piano—. No soy quién para decirlo, pero el respeto al derecho ajeno...

—Entonces ¿es mi culpa? Que no tenga paz, quiero decir —le dije. Alan se encogió de hombros, con semblante de seriedad. Volvió un poco sobre sus pasos y puso los dos antebrazos en el piano. Me miró desde allí, con gesto tranquilo, y risueño—. Ya sé que no debo, pero sigo enojada con ella.

Él bajó la vista y se distrajo haciendo algo en la superficie del piano. El cabello, despeinado

como lo traía, le caía sobre la frente con un par de rizos más rebeldes que los otros. De pronto, su mirada se clavó en la mía con un estoicismo nuevo, como si con ella quisiera apremiarme sin hablar.

Recordé que, la primera vez que lo vi, yo estaba enojada con Celia porque precisamente me había dicho que se iba de vacaciones con su nuevo novio. Así que para Allie no debía de ser novedad verme de este modo; acalambrada, paralizada, estúpida y enojada, como una pitón enorme después de tragarse a su víctima.

Coloqué los codos en el teclado, y tras aspirar el sonido de las notas chirriantes, apoyé el peso de mi cabeza en las palmas de las manos.

—Me vine para acá porque toqué fondo con ella, ¿sabes? —dije. Alan ladeó la cabeza, silencioso y pendiente de mí. Su rostro alumbraba la paciencia más pueril del mundo; daba terror que fuera así, tan melódico y luego tan abrupto. Meneé la cabeza, cerré los ojos y me preparé mucho para poder confesar algo que solo Gaby y Aarón sabían—: No soy virgen. No soy una buena chica ni creo cubrir los requisitos como para ser calificada de «persona linda». —Alcé la vista y sonreí brevemente, para rápido agregar—: A los diecisiete me enamoré de este chico; su nombre ya no importa. Yo le quise mucho mientras lo nuestro duró, supongo. Nos llevábamos muy bien, pero el problema fue que conociera a mi madre.

La expresión de Allie era la misma. Ni sus cejas se habían arrugado ni su boca parecía sufrir de contorsiones provocadas por un eufemismo como el mío. En realidad, todo eso que podía ver en su cara era una máscara de lucidez, de entendimiento, de algo que se saltaba los estándares de mi inteligencia. Tal vez era que él, al no querer compartir ninguno de sus secretos, sabía muy bien a qué atenerse cuando se le confesaba uno.

—En cuanto la vi hace un rato, a pesar de que me dije que era mi madre y que no podía estar furiosa con ella para siempre, lo recordé. —Volví a cerrar los ojos, cansada por aguantar el llanto y por apretar el nudo en la garganta. Alan no se había movido aún, por suerte, por eso añadí—: Ella se acostó con mi novio y yo decidí que llorar no vale la pena si la persona no se lo merece.

—A lo mejor es que no vale la pena llorar por él o por tu madre, sino por ti —susurró él.

Estaba sonriendo, y eso me derretía por completo porque hallar en este montón de porquería algo tan febril como sus labios así, rosados, curvados y con textura, aparentemente, de bombón, era como observar las estrellas debajo del cielo en Chichén Itzá.

Intenté imitar su sonrisa, e intenté olvidar que mi madre, *mi madre*, había dormido con mi novio casi tres años atrás, y que, encima, había cancelado nuestras vacaciones por ir con él a quién sabe dónde. Dos lágrimas hervientes se deslizaron por mis mejillas, cayendo pesadas, burlonas y líquidas hasta perderse en mi barbilla. Fue entonces que me di cuenta de que, cerca de Alan, me convertía en una niña esperando su protección.

No quise saber, mucho menos cuando se volvió a sentar junto a mí, qué tan caro me costaría comenzar a ser así de dependiente de él.

## 17. Sueños de neblina

Alan tenía las manos tibias, y los dedos rasposos en las yemas. Me había sujetado las manos con la fuerza que amerita querer perpetuar un instante. Y yo... yo estaba distraída intentando poner atención a sus palabras; hablaba de la voz, de la mía, de la suya, de la de su padre. Decía que es algo inconfundible, que no se puede relacionar con nadie o nada más; que, aunque cambiante, la voz es algo mucho más sagrado que una simple vibración de las cuerdas vocales.

Desde mi perspectiva, tenía aspecto de ángel. Pero en el fondo, lo sabía quebradizo como el más frágil de los vasos. Como una promesa. Eso. Alan era casi tan fácil de romper como un juramento.

Tenía la cabeza recargada en su regazo, mientras él parloteaba acerca de una función próxima en la que varios alumnos, incluida Nancy, participarían. La idea en sí sonaba deslumbrante, pero el caso era que Alan, para horror suyo, tendría que pasar varias tardes al lado de la chica; cuya personalidad y presencia le resultaban insufribles. Ayer precisamente había tenido el primer ensayo, y como no era algo que rondara sus horarios de clase oficiales, yo había aceptado estar ahí: días atrás, luego de que se me escurriera un poco el shock por ver de nuevo a mamá, le había preguntado sobre esa visita inusitada de Nancy en el departamento: dijo que no le parecía una nota, pidió una explicación —que le había parecido ridícula— y luego le dio lo que quería: una oportunidad para repetir la composición.

Una oportunidad que echaría a perder de nuevo, agregó al terminar su relato.

Intenté estar tranquila esos días, pasármelo con él casi todo el tiempo; al salir de la escuela, al acabar los deberes, al terminar la cena. Todo el tiempo. Y eso me había relajado, pero no del todo: porque al final siempre tenía que volver a la casa de Aarón, donde estaba también mi madre. Estar a su alrededor me resultaba sofocante, agotador; era como vivir siempre a la deriva, al límite de tus fuerzas.

Alan no me preguntó nada. Y creo que lo hizo porque no quería verme enojada o con la irritación fluyendo mientras estábamos juntos.

—Son las dos —me dijo, mientras se removía en el sofá.

Abajo, en el bar, seguían oyéndose el ruido de la música y de las voces en conjunto; solo que yo sabía que en cualquier momento Tony subiría, exhausto como otras veces, y me echaría la misma mirada de diversión. Así que, comprendiendo que era hora de marcharme, dejé mi lugar de refugio y comencé a acomodarme los posibles estragos en mi cabello.

Suspiré al tiempo que me ponía de pie. Allie me siguió.

—Nina —me llamó, haciendo que me volviera. Cuando nos miramos a los ojos, la soñolencia de su rostro me hizo sentir culpable: solo un poco; alcé una ceja para que notara que estaba esperando a que me dijera algo—. Es que no quiero tocar un tema que...

—No empieces —lo silenció, con una sonrisa—. ¿Cuándo te he limitado?

La sombra que distorsionó la solidez en su mirada, los colores tan bonitos que me hacían despertar cada célula del cuerpo, provocó en mí lo mismo de todos los días: quería quedarme así, quieta y mirándolo, a la espera de poder entender algún día por qué una persona nace con

heterocromía central.

O, mejor dicho: por qué en Alan la heterocromía resultaba tan hermosa.

—¿Aarón te dijo por qué permitió que tu madre se quedara? —preguntó al fin.

—No le he dirigido la palabra en tres días así que no sé —dije.

Él se inclinó sobre el sofá y agarró su suéter negro. Mientras se lo colocaba, continuó mirándome, pero con más introspección que antes.

Entorné los ojos al entender lo que eso significaba.

—Seguro que hay una explicación —musitó.

Lo observé con desdén, y luego le dije—: Si vas por ese camino será mi padre el que te dé el beso de las buenas noches y no yo.

Alan esbozó una sonrisa, pero de inmediato dio un paso al frente y tiró de mis hombros; yo seguía sin creer que pasara de ser un lindo niño de ojos *verdiazules*, a un hombre de casi veinticuatro años sediento por mis labios. Con él, todo era como vivir en sueños de neblina; por eso me daba tanto miedo hallarme en sus brazos en un segundo, y parpadear y sentirme en mi cama, sola, al otro.

Todo era muy intenso como para que me gustase por completo el ritmo.

—Te diría que te quedaras si no tuvieras que ir a la facultad en un par de horas —se quejó, tras poner un beso tibio en mis labios.

Fingí que le quitaba una pelusa de la camisa, y levanté la mirada a donde la suya seguía esperando. La paciencia detonada en sus facciones me ponía el corazón a palpar; alcé ambas cejas y respiré hondo.

Alan se agachó nuevamente, y volvió a besarme, pero con más energía esta vez. De pronto, me di cuenta de que yo tenía las manos aferradas de la tela de su suéter, y que me ponía de puntas en los pies para alcanzarlo sin mayor problema. Sin embargo, aquello era más ensordecedor de lo que podía tolerar todavía. De modo que me rendí y dejé de besarlo para esconder el rostro en su cuello. Él me abrazó unos instantes, hasta que me liberó y se apartó un par de pasos. Tomó las llaves del coche, que se encontraban en la mesa de centro. Aún tenía una sonrisa dibujada en los labios, esos que se veían de color rojizo por el reciente contacto.

Negué con la cabeza al sentir que me agarraba la mano y que caminaba en dirección del mini vestíbulo.

—Vas a dormir cuatro horas —me comentó cuando bajábamos las escaleras.

Me encogí de hombros sin que me viera, pero aun así dije—: No es que duerma mucho si sé que ella está en la habitación contigua.

—Si quieres mi opinión —volvió a decir, guiándome hacia la puerta de servicio. Me soltó la mano en cuanto llegamos a la parte del callejón en el que se veía el auto de Tony—, habla con tu padre. Dudo que haya hecho esto sin una buena razón. Sobre todo, si él sabe acerca de lo otro.

Entré en el auto todavía meditando sus palabras; Alan no era la persona más abierta del mundo, con nadie. A veces me daba la impresión de que esa era su personalidad; sentía que con el paso del tiempo había adoptado ese modo de ser gracias a todo lo que tenía que guardar de sí mismo en el pasado.

Lo entendía; así me había ocurrido muchas veces: no dices las cosas que te hacen daño porque ya sabes lo que la gente pensará de ti. De antemano sabes, por ejemplo, que la gente te tildará de inmadura si odias a tu madre, si no la quieres cerca. Y también de antemano ya sabes que la gente que no entiende tus sentimientos, probablemente lo único que hará es juzgar desde su propio ángulo.

Por eso Alan me había dicho que yo entendía a gente como él. A gente con demonios internos, secretos dolorosos y actitudes inexplicables.

—A lo mejor está dolido —susurré, cuando conducía hacia mi casa.

Había estado en silencio el primer kilómetro, y yo me encontraba entretanto, imaginando un mundo en el que no existiera el resquemor.

—¿Por lo que le dijiste? —preguntó él.

—Soy una hija terrible —respondí, echando la cabeza atrás y cerrando los ojos—. Mi intención nunca ha sido enojarme con él, pero debió decirme.

Allie no agregó nada más. Sino que mantuvo las dos manos en el volante y la atención fija en la carretera. Yo, no obstante, mantuve mi atención en él, en su perfil blanquecino, y en las hebras rizadas de su fleco, que ahora iba más largo que hacía unos cuantos meses. Mordía el pirsin hacia adentro, como tenía por costumbre, y de vez en cuando movía la mano de la palanca de velocidades hacia mi pierna.

Esos pequeños contactos hacían de mí una nubarrada de fantasías; eran como voces en la lejanía que prometían un futuro sano y limpio, sin ninguna piedra para tropezar.

—Solo habla con él —me dijo. El coche se había detenido justo frente a mi casa.

En el interior, las luces se veían apagadas, salvo las de la entrada. Alan se bajó y yo lo imité.

Cuando contorneé el coche ya estaba recargado en contra de la puerta del conductor. Sus manos iban ocultas en las bolsas del suéter. Y en la cara tenía un semblante de cansancio. Aunque apenas perceptible.

—¿Te veo mañana?

Rodeé su cuello con mis brazos, sin responder. El beso que le di, más urgente que antes, tardó unos cuantos segundos en corresponderlo. Pero cuando lo hizo, sus manos se afianzaron tanto de mi cintura que sentí el frío colarse a través mientras él apretaba la tela de mi abrigo, y en consecuencia este se recorría hacia arriba. Hacía un poco de viento, pero eso dejó de importarme al instante.

Nos separamos un poco, conscientes de que era muy tarde como para alargar el momento.

—El fin de semana mi madre se irá a visitar a no sé qué parientes de Puebla —le dije—, así que podrás dormir más.

Estaba sonriendo, pero en la boca tenía un sabor amargo: en realidad, no estaba feliz de pasar menos tiempo a su lado y más tiempo metida en la casa.

—No me importa para nada dormir poco —dijo como respuesta—. Lo que sí deberíamos tener en cuenta es que, quizás, a Aarón no le agrada este horario.

Miró su reloj en un rápido oteo, para luego ponerse a mirar a la calle vacía. Yo quería que llegara el periodo de las vacaciones de invierno, mas en el fondo estaba segura de que no serían como las había planeado. El primer semestre de mi tercer año daría fin a principios de diciembre, de modo que tendría más tiempo libre y eso quería decir que mi deber sería pasarlo con mi madre: aunque no la soportara.

Allie se repegó contra mí y agachó la cabeza hasta poder rozar mi mejilla izquierda con sus labios húmedos. Cerré los ojos al percibir la tibieza de su tacto; su aliento caliente me devolvió al instante a esos pensamientos que no se me hacían del todo correctos. Pensamientos que tenían que ver con su piel, sus yemas ásperas y partes de su cuerpo que un sacerdote seguro no me permitiría mencionar.

Me tragué la saliva con la intención de ocultar un poco la sensación amagada en mi pecho. Era aprensiva y desgastante. Además de precoz.

—Quiero que hagas algo por mí —musitó—. Mañana —dijo y me hizo, con los dedos de la mano derecha, levantar la mirada hacia él—. Nancy está fatal con una letra que compuso Adriana; e insiste con que le ayude a eso. Pero creo que tú podrías darle un mejor punto de vista.

Fruncí el ceño, y me retraje un poco. Las facciones de Allie se iluminaron como cada vez que me decía algo romántico...

—Tienes que estar bromeando, Alan.

—Para nada —refutó—. Yo voy a estar allí, además. —Movi6 su cabeza un poco hacia la izquierda, tal vez para obtener un mejor ángulo de mi cara de estupefacción.

Nancy no me caía mal. No lo hacía. Pero era cierto que sentía cierta incomodidad nada más de imaginarme que pasaba mucho tiempo alrededor de Alan, como una mosca buscando el azúcar.

Por inercia, me hallé a mí misma comparando mis palabras, mis ademanes y mis sentimientos con los de la chica.

—Pobre —dije por fin, rendida ante la mirada de Allie que me examinaba como si ya supiera lo que iba a decir—. Alguien debería decirle que el déficit de atención se puede tratar.

Alan sonrió, y me besó el cuello en un movimiento rápido y poco durable.

Sin embargo...

Se quedó allí, con la nariz en el hueco que se formaba entre mi cuello y mi oído, gracias a que yo había ladeado el rostro: sentir la respiración salir por sus fosas nasales, y golpearme justo en la piel en ese lugar, envi6 un escalofrío directo a las partes más sensibles de mí. Incluido el sentir de que íbamos demasiado rápido.

Volvió a recargarse en contra de la puerta del auto, pero me llevó con él. La oscuridad estaba únicamente exenta en ese sitio gracias al poste de luz que había a unos cuantos metros de distancia. Él lo sabía.

Al levantar el rostro, y encontrarme con sus labios entreabiertos, Alan me otorgó una ilusión cromática de su apariencia. Traté de contener el regusto a excitación que podía percibir en el paladar; era como haber consumido una cantidad considerable de cerveza, o de alguno de esos licores que calientan los sentidos y enceguecen la cordura. Con las manos sujetas a su cuello, lo besé otra vez e hice la caricia más profunda con ayuda de mi lengua. Él no puso objeción, sino que, con su mano izquierda, me ayudó a mantener el rostro en la misma posición.

Siguió dándome besos ligeros, pero resentí cómo iba menguando paso a paso hasta quedar simplemente viéndome a los ojos. Por un momento, quise creer que yo era la más interesada en continuar con la escena. Sin embargo, cuando me pasó el dedo índice por la vena yugular, y bajó hasta la piel superior de mi pecho, confirmé esa misma esperanza de sufrir un rechazo por su parte.

—Perdóname, pero tengo que decírtelo —murmuró, tan cerca de mi rostro que su aliento me golpeó los labios. Intenté sonreír, pero el miedo que me provocaron sus palabras pudo más, así que ahogué un suspiro y agaché la mirada. Él puso su frente apoyada en la mía, mientras decía—: Te deseo mucho. Mucho en serio.

La sensación de entumecimiento no demoró. Ni mis ganas de confesar que me pasaba lo mismo; aun así, me obligué a no decir nada. Todo lo que pude o lo que conseguí hacer fue refugiarme en su mirada. Entonces sentí que no era necesario que hablara; porque Alan podía entender mis silencios mejor de lo que creía.

Hacía que las palabras valieran tan poco allí, que tuve que sonreír como una manera de hacerle saber mis pensamientos.

—Quiero que, cuando pase —dijo, en un susurro lento y perezoso—, estés conmigo cien por

ciento. —Puso sus dos palmas en mis mejillas, me besó con lentitud y al alejarse de lleno me espetó—: Ahora mismo estás como... cincuenta conmigo, cincuenta peleando con tu madre.

Hice un esfuerzo por no cerrar los ojos; para poder sostener su mirada; era tan pesada, la sensación de perderte en sus iris con esa diferencia genética, que a veces pensaba en hacerles una foto a una cercanía como aquella: el efecto que me provocaba estar así con él siempre era cálido y abrumador a partes iguales.

Tal vez más de lo sanamente posible.

Tal vez más de lo románticamente recomendable.

—Ya me voy —dijo, de nuevo con su sonrisa de niño tierno y despreocupado de la vida. El Allie lleno de secretos se había quedado sumergido en las caricias anteriores.

Me di la vuelta sin decir nada más, consciente de que, cada una de sus facetas, representaba para mí un país entero de escenarios. Todos y cada uno de ellos me hacían soñar, caer, reír o imaginar que, en este mundo, hay más personas dispuestas a escuchar que a creer lo que en realidad *no* eres. Mientras caminaba hacia la casa, comprendí que mi anhelo por él, ese choque de electricidad que me nacía en el pecho cada vez que me tocaba, iba más allá de lo carnal: fue de esa manera que me vi a mí misma capaz de refutar todas esas patrañas sobre la lujuria en una relación. Lo que yo sentía no era solo deseo sexual, ni el principio de un enamoramiento.

Lo que sentía por él era algo parecido a la *necesidad constante* del ser humano por saber quién es, y para qué ha venido a este mundo.



Tenía las piernas flexionadas arriba del sofá. Aarón se encontraba en la mesa del comedor, escribiendo no sé qué cosas acerca del próximo evento en el Palacio de Bellas Artes. Todavía no se había puesto en el plan padre-controlador que riñe a su hija por las horas tardías a las que suele llegar últimamente. De hecho, su indiferencia era casi palpable, porque ni siquiera se había molestado en preguntarme si tenía hambre como solía.

En la televisión estaban pasando el film de Ridley Scott, *Blade Runner*. Que no era de mis películas favoritas, pero que funcionaba como un relajante muscular: no los quieres, pero son necesarios.

Papá mantenía su mirada fija a través de los anteojos; llevaba la camisa desabotonada totalmente pues debajo había una camiseta blanca. Su cabello, desprolijo como casi siempre, era una masa desigual de hebras castañas. A mí seguía doliéndome mi propia retahíla, ese reclamo escarnecedor que le había hecho sin pensarlo. Aarón era mi padre a pesar de cuantos errores hubiera cometido en el pasado. Y yo quería decir lo mismo de Celia, pero lamentablemente no se sentía, la situación, ni parecida ni similar ni siquiera a un grado tolerable.

Al tiempo que suspiraba con toda la irritación que me suponía ignorarlo, gracias a mi orgullo, me levanté del asiento y fui hasta él, descalza y abrazada de mí misma. Era viernes por la tarde, y dentro de un par de horas Alan vendría a la casa porque él y mi padre habían estado, gracias a mí, postergando unas revisiones de la composición esa que aún seguía pendiente entre ellos.

Mi madre había ido, por fin, a pasar el fin de semana con unos tíos abuelos que tenía en Puebla. Así que me encontraba un poco menos nerviosa y menos atareada.

—Hay algo... —intenté decir, pero en el último segundo se me ahogaron las palabras con el

nudo gigante en la garganta. Aarón levantó la vista y sonrió.

A mí no me quedó de otra que parpadear varias veces, atónita por su forma de mirarme y la aparente tranquilidad que emanaba su gesto.

Tuve que carraspear para volver a tomar el hilo...

—No tienes que disculparte, si es lo que harás a continuación —murmuró papá, callándome sin ningún problema.

Sacudí la cabeza, más presionada que antes.

—A ver —dije. Me senté frente a él a la mesa—. Lo único que quiero es que me digas por qué.

Aarón inhaló aire muy, muy lento. Cuando por fin me miró, atento y dispuesto a hablar, el sonido del teléfono local, que se hallaba en la mesita del recibidor, nos sacó a ambos como de un trance; ni él ni yo intentamos demostrar que no era un sentimiento mutuo la impaciencia, pero de todos modos mi padre se irguió, y segundos después estaba susurrando. Me levanté para seguirlo y no dejar que volviera hasta que me confesara por qué había dejado que mi madre se quedara con nosotros.

No fue necesario, no obstante. En mitad del corredor, antes de que yo llegara a él, Aarón se pasó una mano por el cabello y me dijo, con aspecto de haber sido víctima de un drenaje de sangre—: Tu madre está en el hospital, así que... vístete, por favor.

Rodeó mi cuerpo para perderse por el pasillo rápidamente. Unos instantes me supieron a la peor de las torturas. No físicas. No torturas de aflicción ni de tristeza. Era ese tipo de tortura con la que se encierra una persona cuando quiere reconocer que está en un error, pero que le resulta demasiado difícil como para siquiera intentarlo.

## 18. Iceberg de emociones

A Celia le habían diagnosticado hepatitis aguda hacía como seis meses. A causa del abuso del alcohol, su cuerpo llegó al límite. Me costó entenderlo, pero cuando por fin me moví de mi asiento con el valor suficiente como para enfrentarme a su imagen en una cama, con la intravenosa, la solución y esos tubitos donde se inyecta el medicamento, el alma me volvió al cuerpo.

No sentí satisfacción de verla tan demacrada, ni de saber que ni siquiera había podido salir de la ciudad porque su cerebro estaba muy frito como para soportar el estrés. De hecho, todo lo que podía hacer mientras oía la palabrería del internista, era repetir una y otra vez la secuencia de oraciones horribles que había escuchado minutos atrás por boca de Aarón.

Algo acerca del deterioro de su hígado, de lo importante que era tomar cartas en el asunto para poder propiciar una regeneración, me sacó por completo del eje; una ironía muy grande, dado que mi madre no lucía amedrentada porque, literalmente, le estaban dando una sentencia de muerte. Mi tío, su hermano mayor, no hizo más que lanzarme sonrisas de consuelo. Sonrisas que se les dan a los huérfanos, a las personas moribundas o a quien están a punto de darle una mala noticia.

Aarón me explicó que ella volvió por eso; vino para, según esto, hacer las paces conmigo antes de someterse de lleno a un tratamiento.

Aún seguía con el dolor atorado en mis huesos, a modo de temblores; y en esta ocasión ni siquiera escribirle a Alan logró darme un poco de consuelo. Me pregunté, mientras papá me decía que era mejor dejar ir todo eso que me carcomía por dentro, si de verdad quería vivir con eso toda la vida. No supe qué decir, ni cómo poner un pretexto: porque la sola idea de saberme arrepentida por no haberla perdonado cuando todavía había tiempo, me hizo sentir fatal.

Por desgracia, y se lo dije a mi padre, el desgaste mental seguía allí, latiendo con cada pulsación de mi flujo sanguíneo.

—Solo fue un mareo —dijo ella, consiguiendo sacarme de mis cavilaciones.

El médico se quedó de pie frente a la cama en la que estaba recostada, y yo no pude moverme del marco de la habitación. Mi tío, como buen hermano, le dijo a la enfermera que le ajustara la parte de la camilla donde mamá tenía recostada la cabeza.

No había podido hablar con Gaby aún, ni con el resto de mis amigos; en realidad, no sabía si llegaría a tener el valor de reconocer que mi madre, en ese instante, no era más la mujer llena de vida que yo creía. La suya, como bien podía ser la mía y la todos a mi alrededor, era esa máscara que la gente se pone cada vez que no quiere llorar; cada vez que no puede, no quiere, *no necesita*, escuchar los reproches de la gente que ama.

Harta del dolor, y miserablemente hipócrita, me había sumergido todo ese tiempo en mis propias conjeturas de lo que era salir adelante: pero, la verdad era que, salir adelante, no era lo mismo que hacer una recopilación tenebrosa de todas esas veces en las que te han hecho daño. Me sorprendí, cuando el internista y la enfermera dejaron la habitación y mi padre se internó en ella para comenzar a charlar en voz baja con mi tío, presa de la culpa.

Era presa de mi memoria; de cómo podía recordar, con tanto detalle, cada palabra hiriente, cada noche de zozobra, cada recuerdo lejos de México. Ella me miró desde la cama, con un

intento de sonrisa dibujado en sus labios. Intenté devolver el gesto, pero me resultó imposible. Permanecí muda, avergonzada y víctima de las recriminaciones mentales, mirándola atentamente.

Mamá tenía, de pronto, un semblante decaído, más mortecino que el que le había visto antes de irse con mi tío hoy por la mañana. Sin embargo, el color amarillento de su piel solo lo había atribuido a la cantidad de veces que no comía y a lo mejor a la falta de sueño. Nada de ella me había parecido lo suficientemente diferente porque ni siquiera la miraba a los ojos; ese halo de viveza, el semblante siempre embadurnado de elocuencia y de mentiras, era ahora (ahora que no tenía mi mazo de juez en la mano) un simple disfraz que había ocultado la debilidad.

Di un par de pasos al interior del cuarto, y me senté en la silla que se hallaba junto a la cama. No le dije nada, pero cuando el rostro se le inundó de paz, me sentí aliviada de no tener que decirle que ya no quería recordar, que ya no quería saber nada de novios engañadores, ni de madres irresponsables. No iba, y me lo juré allí mismo, a volver a insinuar nunca en la vida que no sería capaz de perdonarla.

Porque, ¿qué pasaría si el tratamiento y su fortaleza no fueran suficientes? ¿Qué sería de mí luego de su muerte?

Estaba completamente segura de que, así como mi consciencia me hacía sentir repelús por ella, luego de su partida se encargaría, minuto tras minuto mientras existiera, de cobrarme la factura. Yo no podía pagar el precio de vivir siempre creyendo que, las penas, es bueno tenerlas presentes. De pronto, al escuchar la explicación de papá sobre por qué la había aceptado, sentí que no valía la pena memorizar cosas que, poco a poco, te irán consumiendo.

—Los médicos están exagerando —la escuché murmurar.

Había dejado de mirarme para examinar pacientemente el techo. Tenía el cabello enmarañado y la expresión difuminada en los medicamentos. Desde mi postura, inclinada un poco hacia adelante, saqué mi teléfono para leer el mensaje que me había mandado Allie hacía unos minutos. Suspiré al tiempo que bloqueaba el teléfono de nueva cuenta; me dije que le respondería más tarde. Y me dije que a lo mejor no podría verlo como me gustaba en un par de días.

Nos quedamos los tres en silencio observando dormir a mi madre; mi tío y mi padre charlaban todavía entre susurros, mas era capaz de adivinar las frases que eran típicas en esas situaciones. Querían dejar lo último en voluntad de Dios, sí, pero de momento lo que la familia materna de mi madre quería hacer, era apoyarla en todo lo que se pudiera.

Minutos después, Aarón se levantó diciéndole a mi tío que me llevaría a casa porque era demasiado tarde (como las siete). Él me miró, con aire indeciso, y sonrió de inmediato; para tranquilizarme, me echó una mano en el hombro cuando caminábamos por el pasillo en dirección a la salida de la clínica. Me contó, entre los dientes, que la intención de venir con mi madre era para que pasara un poco de tiempo conmigo.

Le pregunté, sintiéndome estúpida y un poco añorada, si no era peligroso que viajara. Él dijo que no y que, además, mi madre quería verme en persona antes de... antes de que cualquier cosa sucediera.

Nos despedimos sin mucho revuelo, él fingiendo que toda iba bien y mi padre y yo fingiendo que no había un iceberg de emociones flotando en el océano interrumpible de mis membranas cerebrales: había comenzado a dolerme la cabeza gracias a la comida que nos habíamos saltado y los miles de cosas que pensaba respecto de mi madre, de mí y de Alan.

No pude evitar pensar que, tras regresar a Estados Unidos, mamá necesitaría de todo mi apoyo. Era su única hija, así que...

—¿Tienes hambre? —me preguntó Aarón cuando nos subíamos al auto.

Negué con la cabeza esbozando una sonrisa al tiempo. Sin embargo, en la tráquea se me plantó un sentimiento agudo de miseria, casi palpable fuera de mi piel. Papá se percató de eso, seguro, porque apretó los labios y se metió en el lugar del conductor sin decir nada. Mucho antes de tener intención de sentarme en mi sitio, aspiré el aire frío de la ciudad y el olor a contaminación. El ruido de los coches que circulaban por la enorme avenida hacía de mis sentidos una voluta gigante de humo; la claridad se encontraba tan lejos de ese instante, que me supuso un esfuerzo doloroso mover de nuevo los pies y entrar al coche. A todo eso le siguió un silencio demoledor; peor que el que Aarón había mantenido conmigo casi toda la semana.

Papá miró su reloj justo antes de que un semáforo se pusiera en verde de nuevo; mientras inspeccionaba la hora, me di cuenta de que sus facciones iban más avejentadas, como cargadas del estrés del día, de sus preocupaciones y de esas cosas que atosigan a los adultos cada vez que llegan las cuentas a la casa.

—¿Podrías llamar a Alan por mí? —inquirió, con la atención hacia el frente.

Lo observé un par de segundos, luego dije que sí y saqué mi móvil de la bolsa en mi suéter.

—¿Qué le digo?

—Que trabajaremos hasta noche —musitó Aarón—. Aún podemos acabar.

Me relamí los labios en busca de un poco de valor. Por alguna razón extraña, no me sentía con el ánimo de tener que aparentar indiferencia. Y me costó un sinfín de orgullo el poder llamar a mi novio y decirle que mi padre aún lo esperaba en su casa. Al responder, Alan se mostró tan neutral como siempre, pero yo no pude contener la emoción turbulenta que me daba siempre que intentaba mentirme a mí misma. No me hallaba bien para nada, y Alan iba a notarlo porque para él era demasiado sencillo escudriñarme. Estaba casi cien por ciento segura de que, apenas escucharme hablar, él iba a saber cuál exactamente era mi estado de ánimo.

Tenía miedo de que me viera así, tan limitada y pobre en sentimientos; tuve un miedo rapaz de que viera lo fría que podía llegar a ser aún si por dentro estaba muerta de dolor.

—El mundo no se acaba hoy, cariño —dijo papá.

Habíamos llegado a casa y ambos caminábamos por nuestra acera, en dirección al marco recibidor.

Me encogí de hombros, abrazándome a mí misma.

—¿Debería volver con ella? —pregunté.

Era la pregunta del millón en ese momento; y tenía que aceptar que en parte era eso lo que me había puesto mal. Muy dentro de mí sabía que lo indicado era eso: que volviera con mamá y que intentara limar las asperezas de nuestras manos. El solo pensarlo me ocasionó horas enteras de silencio escarnecedor. Un silencio que solo con Allie había aprendido a ignorar (porque su voz siempre lo llenaba todo de mí).

—Pregúntaselo a ella —sonrió papá.

Abrió la puerta tan lento que a mí me pareció estar viviendo dentro de una película con demasiados efectos especiales. De cualquier manera, vi que él lo hacía por mí; que caminaba despacio para darme tiempo de procesar lo que estaba ocurriendo, que no decía nada porque suponía que yo no tenía ganas de hablar; había hecho todo en una calma herrumbrosa solo para que los movimientos a mí no me hicieran tambalear. Era como si estuviera temiendo por mí en ese momento, más que en ningún otro de mi vida. Por ello me obligué a elevar la mirada y a sostenerla a través del corredor.

Dentro había poca iluminación. No me detuve en la sala ni siquiera tras saber que Alan estaría allí en un cuarto de hora para terminar de hacer sus pendientes con mi padre. Y en realidad, me

disgustó el no poder estar presente, pero no podía hacer más que ir a mi habitación, meterme en la ducha e intentar realizar las tareas que me faltaban. Aarón, por supuesto, no emitió ninguna palabra para oponerse, así que arrastré los pies por todo el corredor derecho y me fui directo a mi pieza.

Allí gobernaba una quietud de terror. Incluso sentí como si los vinilos de las paredes me observaran, como si ellos también pudieran ver y sentir el error titánico que había cometido.

Fueron dos sencillos golpes los que me sacaron del ensimismamiento. Dos golpes que para mí significaban algo así como el apocalipsis. Alan se había apoyado con el hombro en el marco de la puerta y me miraba con ese dejo de añoranza que de vez en cuando le sobresalía en los ojos. Esbocé mi mejor sonrisa y me repantigué en la cama, pues allí había estado el resto de la tarde mientras fracasaba al tratar de mantener la concentración unida.

No pude entender mucho de Platón, y ni siquiera alcancé a escribir el mínimo de palabras que me había solicitado el profesor de la materia en turno.

—Empiezo a creer que estás evitándome —susurró Allie, al tiempo que se dejaba caer en el colchón frente a mí.

Hizo además de agarrar uno de mis libros de filosofía y también fingió que leía un par de títulos. Yo tenía unas ganas inmensas de acurrucarme entre sus brazos y pedirle que me cantara las canciones que más quisiera; pero no conseguí ni decir una palabra para comenzar a explicar mi invisibilidad en la casa.

Escuché que alguien caminaba por el corredor en dirección de mi cuarto, de modo que me quedé quieta y mirando de nuevo la puerta.

—Voy a casa de Adriana —dijo Aarón, asomándose levemente al interior de la pieza—. ¿Quieres que traiga algo de cenar?

—Estoy bien —murmuré. Bajé la vista para no ver la desdeñosa de papá.

Por toda contestación recibí un suspiro cargado de pesadez. No obstante, como no volví a mirar hacia el pasillo, no pude ver si mi padre había intercambiado alguna mirada con mi novio o si se había rendido así nomás.

Estiré los pies hacia un lado de la cama, y recargué la espalda en el muro. Alan hizo lo mismo, pero apoyó la espalda en el metal de la cama que sobresalía en contra de la cabecera. Una mueca de represión se formó en sus facciones, seguida de un movimiento de su cabeza como para decir que me acercara a él. Dejé la libreta que sostenía en las manos encima de un par de libros, y gateé hasta estar lo suficientemente cerca de él como para percibir el aroma de su loción. Le di un beso en los labios, y él lo recibió apenas; se detuvo a mirarme unos segundos, como escrutando mis rasgos de cerca.

Recordé el primer beso que nos dimos, así que imaginé que estaba memorizando mis manías de niña de cinco años.

—¿Estás bien? —musitó, tan bajo que fue difícil el oírlo con claridad.

Sacudí la cabeza en afirmación. Él me acarició el mentón, la mejilla izquierda y luego se removió en la cama, sentándose junto de mí. Me recorrí todo lo que pude hacia él, y puse las manos en sus hombros, agachándome hasta conseguir besarlo.

Yo traía el cabello amarrado en un moño alto, e iba vestida con un pantalón de gaza y una blusa de tirantes. El desgarmo se me daba tan bien como a mi padre, y el frío que hacía se me olvidaba cuando me hallaba en el interior de la casa. Alan, por lo visto, notó la ligereza con la que vestía, y se mostró sonriente tras sentir cómo me sentaba en su regazo, completamente a horcajadas.

—Me encuentro mucho mejor ahora —dije antes de besarlo otra vez—. ¿Y tú?

—Con frío —sonrió. Me pasó los labios por el mentón, y hundió la nariz en mi cuello.

El calor de su respiración volvió a embargarme. Y poco a poco resentí porqué su ausencia se sentía tanto.

Quería, a pesar de todo, dejar de pensar en mi madre, aunque fuera por los pocos minutos en los que Alan iba a estar allí. Por eso alcé una mano y le eché el fleco, un poco más prolijo ahora, hacia atrás; parecía que se lo había recortado, y que ese día había invertido más tiempo en acomodárselo que en otras ocasiones.

—Me gusta tu peinado —suspiré, víctima de varios sentimientos que habían comenzado a agolparse en mi vientre—. Es muy Elvis.

Allie sonrió, más serio. Aun así, no había dejado de escudriñarme como se hace con una lectura erótica. Como se hace con algo prohibido.

Agaché la cabeza, permitiendo que su boca quedara a la altura de mi oído izquierdo. Él, como para no cruzar la línea, se limitó a depositar un beso en mi cuello, y a crear una especie de línea hacia mi barbilla otra vez. Se detuvo ahí, donde la piel de mi cuerpo ya se había sensibilizado. Sus labios estaban tan fríos y suaves, que cerré los ojos por el placer que me devolvía el sentirlo tan cerca y tan lejos al mismo tiempo.

Llevaba puesto un suéter gris, con capucha, y cuando le bajé el cierre a él lo envolvió un halo de sorpresa. La manera en la que se retrajo, y en la que la tensión casi desfiguraba su bonito rostro de ángel, me sacó el aire de los pulmones.

—No hay prisa, Lennon —dijo él, con gesto sombrío.

Parecía enojado; sus cejas estaban fruncidas y su boca hecha una línea rosada y sensible.

—¿Hay algo de malo en que quiera tener intimidad con mi novio? —susurré.

Se le dibujó una sonrisa en la cara, pero ese gesto que me hacía babear casi todo el tiempo, se había convertido allí mismo en una bandera a la irritación.

Alan me agarró los hombros, bajó la vista y suspiró, cansino, lejano y triste.

Permanecí sentada en su regazo solo porque él no parecía querer quitarme. No obstante, había tanta incomodidad entre nosotros que la podía sentir como si fuera un fantasma interpuesto; como si de verdad tuviera figura.

—Yo quiero, Marina, pero no así.

*Marina.*

Me tragué el nudo en la garganta, y sin decirle nada, me bajé de sus piernas; me puse de pie y él hizo lo mismo, pero más rápido que yo.

No representó ningún esfuerzo para él el sujetar mi brazo y hacerme girar en los talones. Todo lo que pude ver al encararlo, eran cosas que no podía entender; cosas como la indiferencia, la amargura y la inexpressión. Si quería, Alan podía ser un ente de hielo, peor, muchísimo peor que yo. En su rostro de facciones rosadas y melancólicas, había solo una careta de enojo y un puente a lo desconocido.

Era esa misma cara que me había dado terror una vez. Y estaba allí, pero ahora por culpa mía.

—Soy un egoísta —masculló, acabando por completo con la distancia que había entre nosotros. Me pegó a su pecho en especial, mas no le devolví el abrazo ni hice ademán para alzar las manos y enredarlas alrededor de su cuello como me gustaba hacer. Quizás al ver que no quería mirarlo, me agarró con más fuerza que otras veces el mentón y me obligó a hacerlo—. ¿Sabes por qué?

—Es obvio que no —respondí, un poco convencida de que llevarlo al borde no era lo que quería. No en esta etapa de nuestra relación.

Él respiró profundo, mirándome y aún con la mano prendada de mi barbilla.

—¿Te gustaría que yo, mientras hacemos el amor, estuviera pensando en otra persona? — inquirió. Si hubiera estado en otra posición, tal vez habría escondido la cara para que no me viera; sin embargo, disfrutó de cómo mis mejillas se llenaron de sangre y de cómo mis ojos lo buscaban con vergüenza. Lo vi relamerse los labios, pero justo en ese instante me soltó, retrocedió unos centímetros y me espetó—: No importa quién sea. Yo no lo haría; por eso no involucro mi pasado contigo. —Ambas manos se las guardó en la sudadera, y la forma en la que me observó después (triste, desgarradoramente triste), me desarmó por completo—. Nos vemos luego, ¿sí?

Como si fuera poco, el dejarme así, y como si lo de mi madre no fuera suficiente, se inclinó para dejar en mi frente un beso apenas perceptible. Hubiera querido ir tras él y pedirle perdón, pero supe que la razón la tenía en la boca y que el espacio era lo que más necesitaba en este instante; no podía revolver lo que sentía por él, lo que quería de él, con lo que seguía inconcluso entre mi familia y yo.

Era mi deber, si quería iniciar en serio con Allie, cerrar de tajo el ciclo al que me rehusaba a entrar de nuevo.

*Perdonar a mi madre y dejar de mirar hacia atrás.*

## 19. Cada fibra de mi corazón

Mamá y yo éramos como el agua y el aceite, pero ninguna de las dos podíamos cambiar el hecho de que había pasado nueve meses en su vientre y de que ella había sufrido los estragos del embarazo sin tener miedo alguno al hacerlo. Por eso, y porque en realidad ya no tenía tanto miedo de aceptarme equivocada, decidí compartir con ella varios minutos de la semana mientras me hallaba en la casa.

Mañana, seis de diciembre, era el cumpleaños de Alan; su cumpleaños número veinticuatro, y en quince nefastos días apenas y nos habíamos mandado un mensaje. Al principio creí que simplemente estaba distante por el cómo habían resultado las cosas el último día que nos vimos, pero luego, cuando él me llamó y mi orgullo no me permitió hablar como un adulto, resolví que me conocía lo suficiente como para saber que su rechazo había dejado estragos.

Daban casi las once de la noche; mamá había salido a visitar, ahora que estaba sintiéndose mejor, a sus familiares, y papá estaba en casa de Adriana, por lo que yo no podía hacer otra cosa que mirar con aire ausente el televisor. Mi teléfono yacía a un lado de mí, con la batería suficiente como para permitirme llamarlo: y eso era lo que quería hacer, pero me encontraba avergonzada hasta lo más profundo de mi ego.

*Seguro que Alan entenderá,* me decía una voz en mi cabeza; *seguro que actúa como si nada hubiese ocurrido y te pregunta cómo te sientes ahora que no quieres vomitar cada que miras a tu madre andando por la casa.*

Tenía tantas ganas de escucharlo, de saber que las cosas estaban bien entre nosotros, que ni siquiera estaba poniéndole atención a las noticias en la TV. Eché la cabeza hacia atrás, en el respaldo del sofá, y cerré los ojos; *tal vez, cavilé, lo mejor sería dormir y esperar a que fuera el día de mañana. Su cumpleaños.* Me moría por abrazarlo, y entregarle el pequeño regalo que había adquirido hacía una semana en el centro comercial.

Gabriela me llamó romántica cuando vio el juego de plumillas que le había comprado: estaban personalizadas y tenían una enorme *Be* grabada en la superficie. Sin embargo, por sencillas, yo casi podía jurar que le iban a encantar. Se le parecían mucho: hacían que la música fuera más coordinada, que hubiera menos fallos. Eso era lo que Alan causaba en mí en distintas medidas.

Agarré el teléfono decidida a llamarle, y al hacerlo me sorprendió que ningún tono se escuchara. El buzón de voz fue la única respuesta. Así que, rendida, me despegué del asiento, apagué el televisor y me encaminé hacia el corredor. En cuanto llegué a mi habitación y encendí la luz, oí el sonido de la puerta siendo aporreada. Me debatí, durante unos segundos, entre la idea de no abrir y quedarme en la habitación.

Acabé volviendo sobre mis pasos, avanzando hacia la puerta no sin antes preguntarme si Aarón habría olvidado sus llaves. No lo había hecho, en realidad. Cuando miré por el resquicio, me asombró ver a Allie de pie en el umbral y con cara de haber estado en el bar casi toda la tarde — lucía cansado—. Mi cuerpo reaccionó al instante y abrí por completo para asomarme; me abracé a mí misma consciente de que no debería haber salido vestida así.

Alan sonrió, sin despegar la mirada de mis ojos.

—No deberías abrir así la puerta —dijo. Llevaba las manos escondidas en los bolsos de su pantalón, e iba con la ropa que solía usar cuando trabajaba con Fobia.

Apoyé un hombro en el marco, y esboqué una sonrisa trémula. Afuera, y gracias al viento que se coló a través de la entrada, sentí cómo la temperatura estaba descendiendo más y más.

—Pensé que era mi papá —susurré de vuelta, y él, sacándose la mano del bolsillo, le echó un vistazo a su reloj; para cuando levantó la mirada, vi que había enarcado una ceja y que su expresión era más bien confusa—. Se fue con Adriana. Pero dada la hora, dudo mucho que vaya a llegar pronto.

Se formó un silencio horroroso; entre él y yo no solía haberlos mucho. De hecho, me sorprendí mirando a todos lados sin saber qué más decir o cómo empezar a pedirle perdón por el capricho. Sin embargo, él se me adelantó:

—Tenemos que hablar, Lennon —musitó.

Me moví hacia el interior sin espetar palabra, y apenas cerrar detrás de él agarré su codo y lo estiré para que se detuviera. Dio un par de pasos hacia atrás, y se quedó mirándome, con un semblante callado que me hacía querer besarlo para silenciar el ruido de mi interior. Especialmente, para darle gusto a los latidos de mi corazón; palpitaba como loco porque él estaba allí, porque, una vez más, había hecho justo lo que yo esperaba que hiciera.

Alcé la mano y se la coloqué en el pecho. La tibieza de su cuerpo, aún sobre la ropa, me obligó a buscar el calor que emanaba y de ese modo poder encontrar mi refugio. Busqué sus brazos para sentirme a salvo otra vez, como si el dolor no existiera; como si, todas las tragedias de mi vida, quedaran ridiculizadas junto a lo que me suponía estar lejos de él.

—Tú ya sabes que soy una imbécil —murmuré, pegando la mejilla casi a la altura de su hombro—. ¿Por qué me dejas sola?

No me había dado cuenta del leve gimoteo que había surgido por mi voz, a través de aquellas palabras que, cinco meses atrás, me hubieran parecido patéticas.

—Aarón me contó... —dijo, pero no acabó la oración. Tampoco fue necesario. Me retiré un poco y lo miré a los ojos, que me observaban con la misma dulzura electrificante de siempre—. Nunca pensé que no ibas a contestarme el teléfono. Pero hoy —sonrió, e hizo como que me acomodaba el cabello hacia atrás del fleco—, ya no pude. No tengo tanta fuerza de voluntad.

Ver su sonrisa, y sus muecas de necesidad —idénticas a las mías—, me calmó los elevados nervios que traía conmigo. Ambos seguimos el curso hacia la sala, y nos sentamos en el sofá, entre la oscuridad, el frío y sus deseos y los míos.

—Di una estupidez y luego trata de pedir perdón por ello —musité, mientras doblaba las piernas y me acurrucaba en el sofá, cerca de él.

—Lo hice una vez —dijo—, ¿ya te olvidaste?

No lo había hecho: me sabía muy bien los momentos en los que a él no se le podía preguntar nada; no cambiaba de humor como si fuera un ser voluble y detonante como había creído, pero lo hacía lo suficiente como para notar que el Alan de tono agrio y cero modales, surgía si intentabas sacarle alguna información de sus padres, y de Esteban Baillieres, sobre todo.

Tampoco le podías preguntar por qué no le gustaban los sitios oscuros; o por qué, aunque le aterraba la falta de luz, se obligaba a entrar en ella a menudo. Aunque yo sospechaba que lo hacía para mantener a raya al miedo.

—Mi madre se va a mediados de enero —le conté, dejando mi cabeza pegada a su hombro derecho.

—¿Vas a ir con ella? —susurró él, moviendo su atención a mí de manera que su mentón me

tocaba la frente.

No me había pasado desapercibido el tono suplicante de su voz. Me hizo añicos el imaginar que, en caso de tener que irme, lo nuestro podía terminar allí.

—No quiere —confesé, en un suspiro—. Hablamos de eso hace como una semana, pero ella dice que no necesita que yo vea todo ese proceso. —Negué con la cabeza y me repantigué hacia él, más aún. Había comenzado a sentir frío, y había comenzado a sentir los hormigueos debajo de mi ropa—. Tampoco lo entiendo mucho y, sin embargo, le agradezco que me haga sentir en paz. A pesar de sí misma.

—¿A qué te refieres? —preguntó Allie, haciéndose a un lado y provocando que nos miráramos de frente, solo que recargados en el respaldo del sofá—. ¿Por mí?

Dije que sí con la cabeza y, en consecuencia, Alan se agachó un poco y me rozó los labios.

—Yo te esperaría —masculló al separarse. Apoyó sus labios en los míos y, en contra de estos, murmuró—: El tiempo que fuera, si prometes volver.

—No voy a prometer nada porque no me voy a ir —le aseguré. Hice que me besara otra vez, y sentí cómo cambiaba de posición para poder abrazarme—. No es tan grave lo suyo, gracias a Dios.

Lo vi hacer una mueca, y me limité a entornar los ojos; siempre que yo mencionaba a Dios, él hacía ese tipo de cosas. O bien torcía los labios a modo de desdén, o bien la indiferencia teñía su mirada de amor.

Decidí ignorarlo, y le dije—: ¿Cómo pudiste pasar dos semanas sin verme?

Alan sonrió otra vez, y me besó.

La libido me golpeaba la caja torácica con violencia, y la manera en la que el ambiente a mi alrededor se embargaba de él, me ayudó a recuperar la compostura un poco. Con ayuda de mi cerebro, dejé de besarlo y volví a sentarme en el sofá. Alcé la mano, con el control remoto en ella, y encendí la TV.

El volumen estaba tan bajo que oí a la perfección cuando Alan dijo—: Eres la persona más orgullosa que he conocido en mi vida. De esa manera conseguí no verte en catorce días.

Volví a mirarlo, pero esta vez con algo atorado en mi garganta. Un sentimiento de dolor se cernió en mi pecho y, a medida que su mirada aumentaba en intensidad, la sensación de estar desnuda frente a él también se incrementó. Me revolví el cabello de nuevo, y parpadeé tantas veces que mis ojos se lubricaron más de lo debido.

Alan respiraba sin problema alguno, y yo sentí que mis pulmones iban a colapsar en cualquier momento.

—Lo único que quería era olvidarme de lo que estaba sucediendo, y tú... —me animé a decir.

En el fondo, eso era lo que quería. Quería hablar de cómo me había rechazado y de cómo me había sentido yo por eso a pesar de que sabía que él tenía toda la razón.

—Vamos a hablar en términos simples y realistas, Lennon —sentenció él, con voz cantarina y apacible. Me echó una mano a través de ambos hombros y me obligó a acercarme más. Una vez que podía susurrarme al oído, continuó—: ¿Cuánto crees que puede durar una sesión de sexo, causada únicamente por la lujuria de un instante? —Ladeé el rostro, y me concentré en oír a la perfección cada una de sus sibilantes palabras—. Créeme: no perdía nada con quitarme la ropa y hacerlo. Pero de ti... —Con ayuda de su mano izquierda, que estaba libre, me agarró la mejilla y me hizo volcar la atención hacia su mirada—. No quiero solo diez minutos de descargo y listo. De ti quiero más. Siempre.

Un nuevo silencio le siguió a su retahíla, pero, aunque lo intenté, no hallé cosa alguna para

refutar. No quería llevarle la contraria, y sí, estaba segura de que su lado romántico podía más que el mío; el mío buscaba lo que todo ser humano.

Y Alan, para mí, no era solo necesidades básicas y primarias.

No tenía nada que ver cuánto tiempo llevábamos saliendo, ni cuántas veces yo me había planteado la idea de que íbamos demasiado rápido. No. Allí lo que importaba era cuánto de mí era capaz de cambiar gracias a que él tenía, un poco más que yo, los pies en la tierra.

—Me lo pones tan difícil —musitó él, en mi coronilla, habiendo vuelto a su antigua posición.

Como no entendí de qué hablaba, le pregunté—: ¿Quieres dejar de hablarme con acertijos?

—No llevas sostén, y estás húmeda —susurró.

Tragué saliva esperando que fuera capaz de procesar rápido y sin bríos lo que había surgido a través de su boca. Su boca de labios rosados y voz grave. Su voz de ensueño.

Respiré profundo, como para hartarme de aire y no de su presencia.

—Creí que no íbamos a tocar más el tema del sexo —me burlé.

Él suspiró, y luego contestó—: Es que tú piensas que no quise por falta de ganas. Pero la verdad es que, decirte que no, en ese momento, me costó catorce días de pura imaginación.

*Catorce días de pura imaginación...*

No pude evitar reírme, porque entendí perfectamente de lo que hablaba; yo misma había sido víctima de esa imaginación, de ese deseo truncado y de esas noches sin poder dormir, solo para divagar en mi mente.

Alan se removió junto a mí, y yo sentí que volvía a pegarse más a mi cuerpo, y que esta vez lo hacía dejándome menos espacio en el sofá.

—De todas las cosas que siento por ti, el deseo a veces se vuelve insoportable —musitó, antes de besarme la mejilla, y sujetar con la mano que tenía detrás de mi cuello, mi cintura—. Lo hago mucho.

—¿El qué? —le pregunté.

—Desearte, Lennon. Lo hago mucho. Ya te había dicho. —Volví el rostro para encontrarme de frente con él. Apenas hacerlo, no se hizo esperar. Me besó con ahínco, febril y sin tapujos.

Por la postura que yo tenía en el sofá, con los pies arriba de los cojines, no podía acercarme más de lo que ya lo había hecho, así que los bajé y me moví, sin dejar de besarlos, hacia sus piernas. Él se acomodó, esta vez sin rechazo alguno, hacia el centro del sofá, y movió la cadera para que yo quedara exactamente, perfectamente sentada, a horcajadas, donde él quiso. Me sacó un respingo al pasar las manos, que estaban tibias, por mi espalda, debajo de mi blusa. No se detuvo y me alegró que no lo hiciera. *Cada fibra de mi corazón* pulsaba a un ritmo espeluznante. Incluso mis dedos, sujetos de la tela en sus hombros, le apretaban la piel debajo. Con las manos temblorosas, le acaricié el cuello y el rostro, y de segundo en segundo, mientras él me rodeaba la cintura y pretendía llevar sus manos a la base de mis senos desnudos, me permití pasear mis palmas por su pecho.

En las sienes, a manera de remordimientos, me latían los recuerdos de cómo había dado inicio todo aquello. De la primera vez que lo había visto y de cómo había intentado saber todo de él aun si no era necesario. Lo que era allí, en ese momento, me era totalmente suficiente. Él era suficiente a un grado que ya no alcanzaba a comprender.

Cuando por fin me sacó la blusa por encima de la cabeza, el estrago de su calor había hecho lo suyo en mis partes íntimas, y era consciente, de manera tangible, de que él se sentía igual que yo. Me besó otra vez con urgencia; su excitación, a la que se resistía, aun así, empezó en sus labios y acabó en los míos. Sentí, de pronto, y fue un toque aterciopelado, cómo acariciaba con

sus manos mis pechos, que seguro le cabrían en las manos porque no eran de un tamaño espectacular.

A él, por supuesto, ese detalle no pareció importarle.

Cesó un momento, y se recargó en mí hacia adelante para quitarse la camisa que llevaba puesta: tipo polo, lisa y de color negro. Al dejarme ver la desnudez de su torso y el color angelical de su piel allí, me incliné un poco, al alcance de su mentón. Él se recargó en el respaldo.

La voz de mi cabeza, la voz al tanto de lo inoportuno que era todo eso, me decía que parara. Pero postergué el intento de detenerme. De modo que seguí temblando con sus caricias, y agradecida de que sus besos me exigieran cada vez más.

De un momento a otro, ya no me acariciaba solo la parte alta de la cintura, sino que ahora bajaba las palmas hasta mis piernas, y apretaba mi piel con la energía de estar impaciente por algo y saber que ese algo no ocurrirá todavía. Era un algo tortuoso, pero que sabía a la mejor de las delicias. Justo cuando sus dedos hacían un masaje violento a mis muslos, alzando la tela de mi short hacia mi entrepierna, el vuelco de la realidad me inundó de nueva cuenta...

*Aarón podría llegar en cualquier momento.*

Alan, creí, sintió cómo alentaba todo, cómo iba descendiendo el calor y cómo mis besos ya no eran tan acompasados a los suyos. Podía sentir que me deseaba como yo a él, y podía sentir que sus manos se acoplaban a mi cuerpo como si hubieran sido hechas para mí, para tocarme. Solo él.

Nos separamos apenas. Su mirada descendió unos centímetros y se enfocó en admirar mis senos, que se hallaban bajo la intemperie de su atención. Cerré los ojos cuando, con la mano derecha, volvió a tocarme.

—Ya sabes que estoy enamorado de ti hasta la médula, ¿verdad? —dijo, casi susurrando.

Pegó su frente a la mía, y sus manos acariciaron, en lapsos y presiones similares, mis senos, las cimas y la piel arriba de estos.

Al mirarme otra vez, y al yo abrir los ojos, no fui capaz de responder que sí, que lo sabía.

Intenté hacerme a un lado, pero no me lo permitió—: Quédate así —dijo, en tono suplicante. Por un breve momento, creí que comenzaría de nuevo, porque me besó en medio de los senos, sin llegar a tocarlos, pero me extendió la blusa y agarró su camisa. Mientras me colocaba mi prenda, y él se acomodaba hacia atrás ya habiéndose puesto la suya, me dijo—: Si sigues siendo tú, no habrá manera posible de que me resista más.

Sonreí, y suspiré luego. Me agaché para abrazarlo y permanecí de ese modo alrededor de quince minutos. Incluso comenzaba a pescar el sueño, recargada en contra de su hombro, oyendo —absorbiendo, tal vez— su respiración acompasada y sintiendo —robándole— su calor, embargándome de él.

El sonido del televisor era un rumor consecuente, pero lo que sí escuchamos, y lo que me hizo prácticamente abandonarlo allí en el sofá, fue el chasquido de la puerta, y los pasos en el corredor, que se habían oído en un santiamén. Me puse de pie tan rápido como papá cruzó por el umbral.

Por suerte, no se detuvo.

—Traje el coche de Tony, así que seguro se dio una idea —musitó Allie a mis espaldas. Me había quedado parada en el marco de la puerta-recibidor, de modo que él tuvo que rodear mi cintura y pegar su pecho a mi espalda—. Ven a la casa mañana —susurró en mi oído. Yo estaba nerviosa por lo que mi padre fuera a decirme, y mi novio parecía fresco como la lechuga al respecto—. ¿Lennon?

Había un dejo de diversión en sus palabras, y eso me hizo espabilar. Me volví en el acto y abrí los ojos, expectante.

—No pasa de que me pida que te respete —se rio.

Dio un paso hacia mí, y me abrazó.

—Mañana. A tu casa. ¿Para qué? —le pregunté.

—Acabé la canción —dijo, con una sonrisa, pero su mirada lo hacía mucho más—, y quiero que la escuches.

Mañana era su cumpleaños. De hecho, faltaban menos de quince minutos para que fuera su cumpleaños.

Depositó un beso en sus labios, antes de decirle que mañana allí estaría, y luego se marchó.

## 20. Más allá de lo debido

Estábamos de pie, Gaby y yo, en la escalinata del Museo Nacional de Antropología; Alan había decidido acompañarnos porque, afortunadamente, sus clases extracurriculares no incluían más que a Nancy y la chica no se había presentado en toda la semana a la escuela. Tampoco me daba gusto, pero a mi novio se lo veía incluso más relajado ahora que no tenía que dedicarle dos horas más de su tiempo.

Mientras esperábamos a que él y Eduardo salieran, mi amiga y yo nos habíamos puesto a admirar la extensión del edificio y el cómo las personas, pocas en realidad, ya no se detenían a echar un vistazo; predominaban los colores grises, y las tonalidades opacas contrastaban con las sombras de los árboles alrededor.

El ruido de los autos yendo y viniendo, sin embargo, rompía la estela de pasividad que la gente intentaba ver a través de este lugar, al que habíamos acompañado a Ed por una tarea.

—Perdona—escuché que alguien llamaba a nuestras espaldas, así que ambas nos volvimos.

De frente nos encontramos con un hombre de cabello entrecano y semblante inofensivo; había arrugas en las comisuras de sus ojos y como estaba sonriendo, pude percatarme de que la mirada era simultánea con su gesto.

Dio un paso al frente, con la facilidad que le suponía ser más alto que nosotras. Me extendió la mano, como para saludar... pero me hallé dudando en si aceptar o no su ofrecimiento.

—Tú no me conoces, pero... —me tanteó, y añadió de inmediato al ver que no lo contradecía: en efecto, jamás en mi vida lo había visto—, mi nombre es Esteban. Esteban Baillieres.

Fruncí el ceño y, en un acto que de seguro no pareció casual, miré a Gabriela por el rabillo del ojo. Ella se había cruzado de brazos, y esperaba, atenta, mi reacción.

En primera instancia no supe cómo responder; en segunda, me cruzó por la mente la idea de que él estuviera allí por Alan, de que quisiera hablar con él y de que, sin que yo lo supiera, él lo hubiese planeado (el encuentro) para presentármelo. Por la pena que me embargaba, me obligué a volver al planeta tierra.

Alcancé su mano y permanecí mirando el apretón que hacía. Cuando me soltó, y volví a mirarlo, él se rascó la frente con un dedo. Parecía bastante incómodo...

—Te vi con Alan—señaló, mientras se cruzaba de brazos—. ¿Son pareja?

Había un dejo de felicidad en su mirada, y sus palabras en sí no parecían ser realmente una pregunta, sino un anhelo.

—Es su novio —habló Gabriela al ver que yo, con el ceño fruncido, solo me lo quedaba mirando—. ¿Y usted qué hace aquí?

—Trabajo —dijo Esteban, mirándome con mucha más atención de la que yo le hubiera permitido a un sujeto que me duplicaba la edad—. Pero creo que el día de hoy tuve suerte; normalmente no soy yo quien hace reparaciones sencillas y heme aquí. Enhorabuena.

La sonrisa dibujaba en sus labios se difuminó en cuanto los pasos de Alan y de Eduardo se dejaron escuchar, bajando las escaleras de concreto. Esteban, por su lado, examinó a Allie de pies a cabeza, pero se detuvo a mirar con estupefacción el cigarrillo que este llevaba encendido entre

los dedos, apenas iniciado.

Hacía ya bastantes días que no lo había visto fumar, pero supuse que Eduardo se lo había ofrecido porque Allie ni siquiera llevaba su estuche.

—No deberías fumar —sentenció el hombre.

Por todo lo que yo hubiera imaginado que sería la reacción de Alan, ninguna se acercó a lo que hizo a continuación.

Me agarró la mano, y sin decir nada, tiró de mí hacia la acera opuesta, en dirección del estacionamiento. Oí que Esteban le llamaba por su nombre, así que me detuve; me quedé de pie como una roca, mirándolo. Él, con gesto despectivo, examinó lo largo de mi brazo y sacudió la cabeza.

Su negativa me hizo suspirar, de modo que me giré en los talones y cerré los ojos.

—Lo siento —dije al abrirlos—. De verdad.

El padre de Allie me sonrió, al tiempo que se encogía de hombros, mientras empezaba a subir las escaleras hacia el interior del museo. Para cuando me volví hacia Alan, él ya había comenzado a caminar de vuelta. Lo hacía con movimientos controlados y pasos lentos; tanto como para que Gaby, Ed y yo pudiéramos darle alcance.

Lo sujeté por la camisa y lo hice parar...

—Escúchame bien, Nina —susurró, mirando hacia atrás, tal vez verificando que mis compañeros no oyeran sus palabras. Ellos, de hecho, pasaron de largo hacia el estacionamiento, así que Allie continuó—: Ni una puta pregunta. *Por favor.*

Intenté abrir la boca, pero la impresión que me había provocado el escuchar salir una oración de aquel calibre dirigida hacia mí, me hizo tragarme cualquier palabra que pudiera hacerle entender lo mucho que me había herido. Sin embargo, cuando estiró su mano y trató de sujetarme de nuevo, me encargué de demostrarle mi molestia al evadir su agarre.

Sonrió, y negó con la cabeza otra vez.

—¿En serio? —preguntó.

—Muy en serio —le dije, al tiempo que me echaba a andar hacia los chicos, que nos esperaban en la esquina.

Dejamos atrás los barandales de los que estaba llena Paseo de la Reforma, y pronto, junto al silencio, sentí que la ira aumentaba mientras la escena se repetía en mi cabeza una y otra vez. Me pareció una coincidencia muy particular, pero la realidad era que estaba feliz de por fin, sin buscarlo, haberme encontrado de frente con el padre postizo de Alan.

Las palabras surgidas de su boca chocaban con voz propia entre mis neuronas; estaba casi segura de que Alan iba a cerrarse por completo, y que yo no iba a tener manera de preguntar por qué, cuando lo había visto fumando, Esteban había adoptado un aire tan iracundo contra él. Como si, la mera acción y no el humo, fuera una falta gravísima.

Estaba metiéndome en el coche cuando oí que Gaby decía—: Nina, nosotros tomamos un taxi.

Eran casi las siete, y la noche se había cernido por completo.

Sacudí la cabeza e, internamente, le agradecí a ambos amigos que me dieran el espacio como para poder exprimirle a Alan algo de información sobre el exabrupto. No era tan difícil de decir, supuse, y aun así me convencí a mí misma de que, el aspecto frío y distante de Alan, era apenas la primera inclinación de un monte elevado muy por encima del nivel del mar.

Me lo quedé mirando mientras ambos nos metíamos al coche. Él se distrajo unos instantes en encender el motor y yo me decanté por mirar hacia afuera, adonde la vida seguía transitando y nadie me parecía tan miserable como yo en ese momento.

Ese silencio que tanto odiaba que se formara entre nosotros siguió hasta que llegamos a la casa. A la mía, a pesar de que habíamos quedado en pasar un rato en la suya; el día de su cumpleaños no había resultado como él y yo hubiéramos querido, pero de todos modos consiguió robarse, como siempre, mis suspiros: me cantó, completa, por primera vez aquella canción que había dado inicio a todo.

Pero seguía sin tener título, y como yo estaba en exámenes de unidad no había tenido tiempo de repasarla.

—¿Por qué te dijo que no fumaras? —inquirí.

Alan apoyó el hombro en la portezuela de su lado, y me miró. Se peinó el cabello hacia atrás y pronto me di cuenta de que no iba a responder. Mientras se quitaba los lentes, alcancé a notar que la expresión de su mirada era tan ausente que daba miedo; no parecía tener ganas ni de tenerme en el auto, de modo que tragué saliva, para deglutir el nudo de humillación que yacía atorado allí, y me incliné hacia el frente, recargando los codos en mis piernas.

Sacudí la cabeza, más decepcionada que nunca.

—Entonces ¿así va a ser? —insistí.

—Lennon, no...

—No, tú, Alan —lo silencié—. No es mi culpa que tu padre...

—Él *no* es mi padre —me interrumpió también—. Anda; hablamos mañana.

Lo miré una última vez, y dije—: Al diablo con esto.

Dejé escapar un suspiro, pero rápido recapacité y abrí la puerta, esperando a que él me dijera algo para detenerme y así explicar qué carajo había ocurrido, o al menos por qué esta estúpida reticencia hacia el hombre que lo había criado.

No hizo ninguna de las cosas que pensé que sí haría, por lo que me guardé las manos en la sudadera y me apresuré a entrar en la casa. Para mi sorpresa, y por si el día no había estado lo suficientemente loco, papá, Adriana y mi madre, veían una película en el canal de terror. Tenían la luz de la sala apagada y la de la cocina era la única que iluminaba el pasillo. Les grité, antes de adentrarme en el corredor, que ya había llegado y me fui directo a mi habitación.

Tenía la esperanza de que Alan me llamara enseguida, y de que al menos se disculpara por la manera en la que me había hablado. Tampoco lo hizo: no lo hizo ni siquiera cuando revisé cada dos minutos el teléfono, ni lo hizo cuando permanecí mirando la pantalla a la espera de que las luces del táctil se encendieran. Al cabo de media hora, comprendí que de seguro nos mantendríamos así hasta que a él le diese la gana de venir y decirme que se le había pasado. Me levanté de la cama, donde había estado la última fracción de hora, y me senté en una silla, con los pies, todavía cubiertos por las calcetas, arriba del colchón y el libro de Sófocles que estaba leyendo.

Tampoco me dio resultado el intentar concentrarme en la parafernalia de Edipo Rey, y mucho menos cuando recibí un mensaje de Gabriela que me preguntaba si todo iba mejor. Le respondí con un escueto más o menos, y ella respondió que si quería que fuera a mi casa. Le dije que nos veríamos mañana en la escuela y que al salir estaríamos en el café de los novios.

Fue así que me vi a mí misma abandonando las actividades recurrentes que los primeros dos años había llevado a cabo; todo por pasar más tiempo al lado de dos personas que me volvían loca.

Alan y mi madre; salvo que mi madre, estos días, no había representado un problema mayúsculo. La debilidad se le veía de vez en cuando, sobre todo si se le olvidaba tomar el medicamento. Fuera de eso estaba tan viva como siempre. Pero Alan, que durante aquellos meses

no había mostrado de nuevo su cara de indecisión para conmigo, esta noche había rozado la línea de lo desgraciado.

A lo mejor se salvaba gracias a que, al dejarme en mi casa, se había limitado a mirarme, quizás conteniendo todo eso que llevaba en el interior, y que se mostraba reacio a describirme.

Papá se asomó a la puerta y me echó un vistazo: yo tenía la mirada clavada en el techo y la cabeza llena de estupideces.

—¿Por qué tan temprano hoy? —preguntó.

Se cruzó de brazos, recargado en contra del marco.

—Al fin conocí a Esteban Baillieres —dije, al ponerme de pie—, ¿y qué crees? —Me reí, imitando su posición frente a frente de él. Aarón enarcó una ceja, con un semblante de diversión a punto de germinar en su rostro—. Que tu amigo del alma se puso como una fiera conmigo. ¿Tienes idea de por qué?

Mi padre, que era regularmente discreto, sonrió.

—A lo mejor porque piensa que, si te cuenta, vas a mirarlo diferente —dijo papá.

—Me da escalofríos el solo pensar en ese secreto que guarda con tanto recelo —murmuré, dándome la vuelta—. Él lo sabe todo de mí, ¿por qué no puede ser...?

—¿Más abierto? —inquirió Aarón.

Su gesto de confusión se tardó unos pocos segundos en brotar y, sin embargo, cuando lo hizo, supe que me iba a llevar una reprimenda. Supe que papá sabía muy bien qué era todo ese embrollo que rodeaba a la familia de Allie, y por qué no me lo quería decir.

—A lo mejor no me quiere contar porque se trata de su salud ¿no es cierto?

Aarón negó con la cabeza, taciturno y mirando hacia el suelo. Se había recargado en contra de mi cómoda en la pared opuesta, todavía con los brazos rodeando su pecho.

—Tiene que ver con sus padres —comentó papá—. Solo venía a decirte que iremos a cenar. ¿Quieres?

—No tengo hambre —dije.

Se marchó del mismo modo que vino, sin hacer ningún sonido y sin esperar que yo dijera algo más. Oí, desde acá, los breves ruidos antes de que los tres se marcharan, pero, sobre todo, al poner más atención, oí cómo papá le decía algo a una tercera persona.

Tercera persona que apareció en mi umbral en menos de un minuto.

Alan se había quitado el suéter que llevaba durante nuestro viaje al museo, y ahora traía encima la camisa blanca, de botones, que había usado desde sus clases por la mañana. Estaba impecable, aun así; pero su forma de mirarme, sin lentes, hacía que sus facciones se endurecieran un poco más. Como no eran tan marcadas, sino más bien finas, verlo de ese modo me sacó un resuello diferente de los otros.

Así, con mayor control de su vestimenta y con un aire de seriedad encima de él, parecía mucho mayor de lo que en realidad era.

—¿Qué significa «al diablo con esto»? —me apremió, haciendo énfasis el repetir lo que le había dicho.

Se puso ambas manos en la cadera, y no hizo nada más que mirarme, con la expectación fluyendo a través de sus muecas.

Me reí, pero en el fondo, quería lanzarme encima de él y enredar las manos en su cuello. Y si optaba por hacer eso, mis intenciones no se detendrían solo allí, en un toque inocente, sino que intentaría llegar a donde a veces no me lo permitía.

Di un par de pasos en su dirección, consciente de que estaba allí porque de seguro había

procesado mejor mis palabras y se había dado cuenta de lo que estas significaban. En realidad, por el cómo me miraba, comprendí que estaba allí porque, al igual que yo, no podía tolerar el hecho de que el problema no era tan grave como para aumentarlo.

—Nada en especial. Que estoy furiosa contigo —dije.

Dejó caer los hombros, como aliviado. Se detuvo a mirarme unos segundos, hasta que, tras empujar la puerta y cerrarla, acertó la distancia entre nosotros y me puso las manos a los lados del rostro.

Me aparté en un acto que me supo al peor de los dolores intestinales, y más pronto que tarde, Alan se llevó una mano a la cabeza, para mesar su cabello. Los rulos de este se habían entrelazado unos con otros, por la manera en la que iba peinado, de modo que parecía recién sacado de una revista de modelos.

—Nina...

—Dime qué rayos pasó allá —le exigí, dejándome caer en mi cama.

Volví a cruzarme de brazos, y esperé. Alan me observó con suficiencia, y sacudió en repetidas ocasiones la cabeza. Asentí al notarlo y cerré los ojos para evitar la exposición de lo que era estar siendo ignorada a ese grado.

Le escuché suspirar, mientras se acercaba dos pasos.

—¿Por qué siento que ni siquiera valgo la pena como para que me cuentes? ¿Eh? —le espeté.

Él parpadeó de nuevo, y su mirada, en contra de la luz, se oscureció varios tonos.

—Lennon, no. Tú sabes... —Repitió su acción con los párpados, salvo que esta vez dejó los ojos cerrados. Sus labios fruncidos me hicieron saber lo difícil que era para él estar allí, delante de mí, y a punto de soltar una verdad que llevaba escondida bajo llave en el corazón—. Lo gracioso de esto es que yo mismo no valgo tanto la pena como para que te esfuerces. —Me miró de nuevo y se quedó, de pie, a un par de centímetros de la cama. Al ver que yo no decía nada, agregó—: No quiero arruinar las cosas contigo, Nina. —Se relamió los labios, al tiempo que se inclinaba hacia mí y me sujetaba los hombros—. Te amo y tú lo sabes.

Escuchar que lo decía, que al final de todo no era solo yo quien estaba loca de remate, el estómago se me revolvió por la emoción y varios otros sentimientos.

—A veces, sí —acepté—. Creo que harías cualquier cosa por mí. Pero... ¿qué pasará cada vez que, aunque yo no quiera, algo de tu familia surja? ¿Me vas a tratar como la mierda cada vez que eso pase?

Mi comentario, por lo que pude notar, lo hizo detenerse a cavilar profundamente su agravio; sin embargo, en cuanto retrocedió y se recargó contra el muro junto a mi closet, entendí que mi punto le había dolido solo porque significaba ser un pedazo del futuro que ambos desconocíamos.

Pensando en ello fue que me animé a decir—: Gabriela dice que la mayoría de la gente se casa con su novio de la universidad. —Alan alzó la vista hacia mí, que me había puesto de pie de la cama y ahora caminaba en pasos pequeños en su dirección—. Y si lo pienso bien, tú eres mi novio de la universidad. Así que dime: ¿adónde crees que vamos tú y yo, Alan? —No dijo nada en respuesta, y como me dio luz verde parpadeando, pensé que ese era el camino correcto para hacerle entender lo que sentía—. ¿Lo nuestro es una pérdida de tiempo para ti?

—Ni en un millón de años —susurró, con voz ronca y rendida—. No pienses eso, Lennon. Yo solo...

Puse ambas palmas de las manos sobre su torso, y sentí los latidos de su corazón en mi mano derecha. Él siguió el curso de mi mirada; le estaba observando, con detenimiento, un pequeño lunar en el cuello, y la bifurcación que hacían sus venas; visibles por el tono de su piel.

Sentí cuando colocó su mano derecha en mi cintura, y cómo con un tironeo sencillo, logró acercarme a él todo lo posible.

—No vayas a dejarme —suplicó, mientras me acariciaba la punta de la nariz con la suya—. Dame tiempo. Por favor.

Me puse de puntillas para alcanzarlo, y apenas rozar sus labios, él se agachó un poco y cerró el contacto en una caricia más profunda, que me arrancó un gemido de la boca. Enredó sus dos brazos a mi cuerpo, y paso a paso, me hizo regresar hasta la cama, a donde, empujada por sus manos en un acto de urgencia, nos recostamos.

Él encima de mí, y yo con una pierna enganchada a su cadera.

Allie levantó la vista hacia mis ojos, antes de decir—: Nina...

—Estoy cien por ciento contigo, créeme —le dije, con ganas de jurárselo.

Sonrió. Cuando comencé a desabotonar su camisa, me fijé en el estremecimiento que de seguro había recorrido su piel hacía unos cuantos segundos: la tenía erizada, cada parte de sus pectorales, y de los brazos. Y luego, la manera lívida en la que me miraba, me provocó lo mismo a mí. Él pasó sus manos, de tacto firme y tibio, por mi cuello, e hizo descender los tirantes de la blusa hacia un lado, junto con los de mi sostén. Dejó de besarme la boca, y, ayudado por sus piernas, se deslizó hacia arriba, hasta que estuvimos ambos en la cama, sin dejar ningún espacio entre su cuerpo y el mío.

—No tengo nada conmigo ahora, mi vida —musitó, con voz torturada. Entonces, como un balde de agua fría, los pocos deseos que tenía de ser madre a esta edad se acunaron en mi cerebro haciendo que las hormonas pararan *ipso facto*—. De verdad quiero...

—Está bien —susurré. Me sujeté de sus cabellos en la nuca y le obligué a que bajara la cabeza para que me besara de nuevo.

Iba a hacerme a un lado, pero él me agarró un hombro y me empujó hacia la cama otra vez.

—Hagamos más tensa la espera, ¿sí? —sonrió.

En el mismo momento en el que sus ojos buscaron los míos, y vi que sus pupilas estaban expandidas, una de sus manos jugó con el cierre de mi pantalón. Alan se irguió, de rodillas en la cama; sin zapatos ya y con la camisa desabotonada enteramente, sujetó con sus dedos la pretina de mi jean y me lo sacó todo de las piernas.

Era muy delgada como para sentirme cómoda con él escrutándome así, solo con la braga y la mitad del abdomen desnudo. Gateó hacia mí y volvió, parcialmente, a abrazarme; ahora estaba apoyado en la cama con un costado de su cuerpo. Tenía la mirada clavada en mis ojos. Dejó una de sus manos a la altura de mi ombligo; y luego, con las yemas calientes y ásperas, me acarició por encima de la ropa interior.

Mientras tanto, al besarme el mentón, yo sentí que me temblaban hasta las falanges de los pies. Por lo que flexioné una pierna, la izquierda para no estorbarle, y presioné la mano en su mejilla buscando que me besara. Esa era la única forma en la que me sentía segura de mí misma, con sus manos a punto de tocar la parte más restringida —no para él— de mi cuerpo.

—Estos van a ser los días más difíciles de mi vida —me dijo al oído.

Alzó la cabeza y puso un beso rápido sobre mis labios. Sus dedos hurgaron, de pronto, en mí y la sensación de agobio se incrementó en mi pecho cuando le vi observar con mucha atención lo que él mismo hacía adentro de mis bragas. Se removió hasta quedar de rodillas nuevamente, llevándose entre el jalón y su fuerza mi ropa íntima. Se recorrió un poco más y tiro de mis piernas, haciéndome abrirlas antes de agacharse por completo; tenía la cara a la altura de mis muslos. Y, mientras besaba el izquierdo, me obligué a cerrar los ojos porque no soportaba el tener que

esperar para que consumara todo. De hecho, cuando me besó *más allá de lo debido*, tuve que arquear la espalda y llevar una mano hacia su cabello.

Las ganas de tenerlo en mí me sabían insoportables.

Lo quería. Ya.

—No... No puedo —dije, apoyándome en mis antebrazos.

Apenas y conseguí mantener la mirada sobre la suya. Él sonreía.

Ni siquiera me prestó atención, sino que bajó la cabeza otra vez y buscó, con su lengua, otorgarme un placer que sinceramente nadie en este mundo alcanzaría jamás de no hallarse atado a algo más que a la lujuria. Los espasmos de mi pecho me estaban haciendo enloquecer, pero lo que de verdad me tenía al borde del abismo, con sus labios húmedos torturando los míos, era el hecho de saber que aquel era solo el principio de lo que podría experimentar a su lado.

Nunca en mi vida había sentido *tanto* y al mismo tiempo, nunca había tenido tanto miedo: eran dos sensaciones que se anteponían, pero que nacían de mí gracias a él. Sentía *todo* por él y tenía *mucho* miedo de perderlo.

Durante algunos minutos más, siguió con su tarea de verdugo encantador; hasta que, de mi boca, sin que pudiera controlarlo, surgieron un par de gimoteos. Los ahogué todo lo que pude porque no sabía si mis padres habían vuelto, pero la segunda vez que la electricidad me recorrió, apreté los párpados, doblé en un ángulo más tenso la espalda e intenté cerrar las piernas.

Él, como era obvio, dejó un par de besos más antes de levantar la espalda, volver hacia mí y recostarse a mi lado.

—¿Nunca te había dicho lo mal que me pones? —preguntó. Se quedó a una distancia que, luego de lo que había hecho, me pareció ridícula. Sin embargo, entendí muy bien a qué se debía y por eso no objeté cosa alguna.

—Nunca —le dije, mientras hundía la cara en su cuello. Él echó la cabeza en la almohada y me abrazó con ambas manos.

Todavía estaba desnuda, así que enredé mis piernas de manera que mi desnudez no fuera tan notoria desde la posición que teníamos.

—Pues me vuelves loco. En todos los sentidos —dijo—. ¿Lennon? —suspiró minutos después. Levanté la cara y apoyé la barbilla en su pecho, mirándolo desde aquí—. ¿Ya me perdonaste? —sonrió.

Entorné los ojos y escondí el rostro poniéndolo en contra de su piel en el brazo izquierdo.

—A veces eres *tan* imbécil.

—Por eso no sé qué haces conmigo —murmuró.

Volví a mirarlo, pero esta vez, al acariciar su rostro, aquellos ojos abisales me observaron con amor, con locura... con dolor. Un dolor que casi pude percibir en mi pecho.

Era algo desagradable: el verlo sumergido en un océano de pensamientos. Porque normalmente él era parlanchín, todo música, todo miradas eternas.

—Enamorarme de ti; eso es lo que hago siempre que estoy contigo —confesé; no podía creerme que acabara de decirlo, pero entrada en valor, añadí—: ¿Qué puedo hacer para que confíes en mí, Alan?

Dudó por unos instantes, pero al final dijo—: Confía tú en mí. Dame tiempo.

No estaba convencida y aun así preferí guardarme aquella incomodidad para mí misma. Porque él parecía estar concentrado en nosotros ahora mismo y eso, después de lo ocurrido, era ya decir demasiado.

## 21. Un hombre inquebrantable

Esteban Baillieres aguardó por mí, el día de ayer, afuera de la facultad de filosofía y letras. Hoy era miércoles y Alan, por fortuna, estaba ocupado con un alumno hasta las tres y media de la tarde; o sea que no iba a venir en mi búsqueda a la salida.

Al principio, me causó un estruendo horrible en el estómago; no me pareció correcto. Pero, tras oír lo que el hombre hacía aquí, y el cómo, según sus propias palabras, había tenido que preguntarle a Tony dónde estudiaba yo, hizo que bajase la guardia casi en el acto. Así que recibí la tarjeta donde se hallaba la dirección de la pequeña empresa de software de la que era propietario.

Me pidió que hablara con él. Y por eso me dirigía hacia allá; yendo hacia una cita que yo estaba completamente segura de que me traería uno que otro problema. Confiaba que, cualquier cosa que me fuera a decir, pasaría a ser de gran ayuda. Y, sin embargo, cuando dejé el andén y comencé a caminar con rumbo fijo hacia la Condesa, fui más consciente de la manera en la que el padre de Alan se había arriesgado con tal de contarme no sé qué. Mi sentido común me decía que era algo grave, y por ello, en el fondo, había comenzado a sentir unas terribles ganas de nunca volver y de buscar a Alan para contárselo; pero yo sabía que Allie mismo me ocultaba algo brusco. O al menos lo suficiente duro como para ponerse tenso si se sacaba a colación, o si de pronto alguien hacía una pregunta cualquiera sobre su madre.

Su actitud referente a su familia siempre era contradictoria y ofuscada, como si previamente alguien le hubiera echado gasolina a la llama de su pecho, ardiente siempre y dispuesta para cualquier situación. Pero mi mente me había suplicado durante casi dos horas que acudiera: porque quizás esa sería mi última oportunidad de entender a Alan.

Un noventa por ciento de mis probabilidades eran malas, y de eso me percaté cuando, en mitad de la calle cercana a la glorieta de los Insurgentes, me encontré de frente con Nancy. Ella, al igual que yo, se confundió: pude verlo en sus rasgos, en su gesto titubeante y en la manera en la que miraba en derredor. Sin embargo, lo que me llamó la atención fue su apariencia: a diferencia de otras veces, Nancy se veía despeinada, con una ropa arrugada y cara de no haber pegado el ojo durante días.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó.

Hice un mohín para excusarme, y engurruñé los párpados aparentando que la incandescencia del sol me encandilaba. No obstante, lo único que sentía eran nervios porque la chica le fuera a contar a alguien.

A Alan, específicamente. Aunque si me lo pensaba mejor, no tenía por qué dar explicaciones.

—Voy a un encargo —mentí—. ¿Y tú? ¿Cómo van las clases?

Su tono, siempre colorido y alegre, palideció en su totalidad. Así fue como recordé que hacía ya varios días que no se presentaba en la Academia. Até cabos en un santiamén, y ella se dio cuenta; lo supe por la forma en la que sus hombros adoptaron una posición firme, como a la defensiva. Levanté una mano y la insté, tocando su hombro, a que nos moviéramos a un lado de la acera para no impedir el paso a los demás peatones. Nancy agachó la mirada y vi, perfectamente,

cómo sus ojos se llenaron de lágrimas. Entonces, y de una manera miserable, me sentí ridícula.

Antes, al conocerla, había visto en ella actitudes típicas de una chiquilla siendo explotada por un padre ambicioso. Por eso la revisé de pies a cabeza y me percaté de que llevaba la mochila colgada del hombro. Una mochila muy grande o a la que se le habían metido más cosas de las que su capacidad podía soportar.

—¿Quieres acompañarme? —inquirí, en un acto reflejo.

Me sentí, también, a la defensiva; se me vino a la mente que algo le había sucedido. No logré evitar darme cuenta de su semblante soñoliento, ni de sus ojeras ni de la sangre inyectada en su esclerótica. Por supuesto, al ver mi escrutinio, Nancy se retrajo y sin decir nada negó con la cabeza. Chasqué la lengua en contra de los dientes, y tiré de su mano en la misma dirección que yo, hacia el pequeño edificio de electrónica al que me había lanzado a ir como toda una imprudente y curiosa. No sabía exactamente lo que estaba haciendo, porque hasta ahora entre Nancy y yo no había habido más que encuentros incómodos, miradas fugaces y una que otra palabra de recelo; por Alan.

Todo mundo decía que a ella le gustaba Alan, pero desde que éramos algo así como una pareja, ni él ni nadie más había mencionado tal interés.

—Nina: no puedo —la escuché decir.

—Tonterías —dije, con firmeza; había oído perfectamente su tono entrecortado, al borde del llanto, por lo que no me volví a escuchar su negativa y seguí mi camino—. Solo tengo que hablar con alguien de un software que me interesa mucho y luego nos vamos por ahí, quizás a comer.

Gracias al cielo, Nancy no objetó nada. Caminó a mi lado sin que yo tuviera que forzarla por la mano y de esa manera nos adentramos en el sitio que, hasta este momento, no me había parecido lo que en realidad sí era. Se trataba de un lugar como de cuatro o tres pisos, dedicado enteramente a la electrónica. En la entrada había una cafetería y varios bancos altos hechos de madera. Le pedí a Nancy que aguardara por mí allí, y le advertí que no se marchara. Su aspecto decaído, y las facciones ligeras de su rostro, fueron todo lo que necesité para saber que era como una criatura perdida; allí mismo, Nancy no parecía tener identidad.

Nancy... se veía como yo cuando vivía en el Norte. *Horriblemente sola*. De modo que le sonreí con un gesto sincero, por primera vez desde que supe de su existencia. Le dejé encargada mi bolsa y, ajustándome el suéter a los hombros, me adentré en el edificio; lo primero que vi al entrar fue una marea de gente haciendo fila. Y al fondo, entre dos chicas que asentían a sus indicaciones, a Esteban Baillieres. Cuando me miró, entendí por qué los ojos de Allie lanzaban cosas tan extrañas si tú eras su punto de atención; su padre, ese detrás del mostrador, miraba de la misma manera. Sin prejuicios. Miraba como si pudiera traspasar a una persona con solo colocar sus ojos encima de ella. Esteban, correspondiendo a su rostro afable y sus modales lentos, pacientes, me sonrió desde su sitio. Se veía como un hombre inquebrantable, de esos que salen en las películas bélicas.

Al llegar hasta él, luego de que las chicas lo dejaran en paz, abrió una pequeña puerta acoplada al vidrio del mostrador. Me invitó a pasar, y aunque dudé por unos instantes, miré hacia el suelo y supe que ya era demasiado tarde como para arrepentirme.

—¿Alan sabe que viniste? —me preguntó, con gesto cansino, mientras entrábamos en una pequeña oficina adaptada con falso plafón en el fondo del establecimiento. Negué en un movimiento rápido de mi cabeza y, al tiempo que me cruzaba de brazos, acepté la silla que me ofrecía. Le oí suspirar, aliviado, y entonces se colocó frente a mí en una silla de piel, color negro —. Es lo mejor —dijo, sacudiendo la cabeza y recargando el peso de su cuerpo en el codo izquierdo—. Probablemente no le va a gustar que haya hecho esto, pero... —tanteó un momento

mi postura, y al ver que no reaccionada de ninguna manera, no aún, prosiguió—: Estoy seguro de que un día me lo va a agradecer.

—Usted comprende que me estoy jugando mi relación con él, ¿no? —pregunté.

En cinco meses, nunca me había sentido más consciente de cuánto significaba Alan para mí. Y lo hacía por esa enorme probabilidad de perderlo que se acababa de materializar frente a mis ojos. A lo mejor, saber la verdad no valía tanto la pena. A lo mejor perderlo, perderlo en serio, terminaba conmigo y me dejaba más vacía que nunca. Se me formó un hoyo en el pecho nada más de imaginármelo.

Y en la cabeza no tardaron los remordimientos.

—Alan estaba fumando cuando los vi —sentenció Esteban, poniendo un puño encima de su palma izquierda; la dureza de su ademán me hizo sopesar la calidad del asunto; el miedo retornó como un soplido invernal—. ¿Te contó que no puede hacer ese tipo de cosas?

Parpadeé, atónita, con ganas de no oír lo que me estaba temiendo. Al final, me incliné por decir la verdad y quedarme a escuchar todo. Negué con la cabeza y Esteban apretó los párpados. Acto seguido, se inclinó hacia su escritorio y puso los antebrazos allí.

Traté de recordar el comportamiento salubre de Alan; y algo en él me resultó, ahora que le ponía más atención, raro, como exagerado. Eran detalles que bien podrían pasarse por alto; detalles que hacían que la gente pensara que Alan era muy cuidadoso con su alimentación. No comía grasas en exceso, no ingería más que refrescos —y nunca se los terminaba—. Una que otra vez, me había hecho mención de que ese día no estaba para demasiados azúcares.

Y le daban gripes recurrentes —él las llamaba así—, pero al día siguiente se lo veía fresco. Salvo por las ojeras, que un día eran pronunciadas y al otro se habían desvanecido.

—De pequeño se enfermaba mucho —comenzó a relatar Esteban. Ya no quise hacer ningún movimiento, porque el miedo reptaba por mi sistema a modo de fluidos sanguíneos—. Pensamos que eran gripes cualesquiera y los médicos familiares nos decían lo mismo: hay que darle vitaminas para reforzar su sistema inmunológico.

Lo vi abrir los ojos con expresión distante, como si estuviera viajando a esa parte oscura de su cerebro: las memorias. El estrés danzaba alrededor de su cabeza; una alegoría a los secretos que guardaba se formó en cuanto volvió a mirarme. Él estaba abriendo paso a un recuerdo muy doloroso, a algo... difícil de contar.

Me sentí como una intrusa, y por ello mismo, comprendí por qué Allie nunca hablaba de su familia. Por qué, de hecho, no me había hablado de su madre, de su padre y de su miedo a la oscuridad.

—Nos mandaron con el especialista luego de la tercera neumonía —dijo, con tono triste y semblante fracturado; los pedazos de la anterior alegría se habían ido uno por uno; ahora, frente a mí, tenía a un pergamino de recuerdos—. Primero hematología. —Él carraspeó, arrellanándose en su asiento y volviendo la vista hacia el techo—. Luego, tras las primeras pruebas y cero mejorías, inmunología clínica.

Al escucharlo, mi corazón fue víctima de la arritmia más dolorosa que nunca, jamás, había sentido en mi vida. Tragué saliva e inhalé aire lo más profundamente que pude, intentando, con ello, alcanzar una tranquilidad que no me merecía. Esteban Baillieres me miraba con aprensión, como si fuera yo un sujeto transparente.

Lo hacía de la misma manera en la que lo hacía su hijo: como si pudiera saber qué estaba pensando.

—¿Cuántos años tenía Alan? —me animé a decir.

—Seis cuando comenzó con las neumonías y las infecciones cutáneas —dijo él, sin mirarme—. Trece cuando nos dijeron lo grave que era el asunto.

Hacía diez años de eso. Once, para ser exacta. Me quedé quieta y en silencio unos segundos, mientras cavilaba el horror que *mi* Allie había tenido que vivir en su infancia y parte de su adolescencia. Las lágrimas se habían acumulado en mi lagrimal, al grado de que, si parpadeaba, caerían en una línea recta y continua por mis mejillas.

El hombre frente a mí no se adelantó a hablar, y esperó a que yo levantase la mirada de nuevo. Internamente se lo agradecí; me obligué a poner atención otra vez, después de pasarme con todo y la saliva, el nudo.

—El médico dijo que era un mal genético —comentó, con una sonrisa mordaz asomando en sus labios. Echó la espalda en el respaldo de la silla y respiró profundo—. Algo con los glóbulos blancos; le afecta, en su mayoría, a los varones. —Asentí, para hacerle saber que entendía muy bien—. Granulomatosis crónica o Síndrome de Brigdes-Good. Mortal, en la mayoría de los casos. —Su voz, en la última oración, sonaba tan torturada que estuve a punto de levantarme para marcharme de allí, pero cuando habló de nuevo, el alma se me salió del cuerpo, buscando mi refugio y sin hallarlo—. Nos dijeron que solo con un trasplante de médula lograríamos algo. —Volvió a sonreír, pero otra vez con ese regusto desdeñoso en su mueca—. No teníamos más hijos así que nos hicimos la prueba, ella y yo.

Mi padre me había contado eso; implícitamente. Me había dicho, meses atrás, que los padres de Alan se habían visto obligados a realizar no sé qué pruebas, y fue de ese modo que Esteban se enteró que no era su padre. Busqué la mirada del hombre y traté de imaginarme cómo había reaccionado en aquel entonces; hacía ya muchos años. Traté de comprender la frustración de lo que significaba vivir engañado gran parte de tu vida.

Pero, aun así, no pude entender, y vaya que me esforcé, cómo pudo abandonarlo a él.

¿Qué demonios había cambiado si él seguía siendo su hijo?

—Tony... —prosiguió Esteban, su voz amedrentada—. Él no quería donar. Ni siquiera quería hacerse la prueba... Nos costó mucho convencerlo.

Arrugué el entrecejo, contrariada.

—¿Por qué Alan viviría con una persona que no le quiere? —preguté.

Esteban se removió en su asiento otra vez, y agregó—: Tony no es malo. No es... —apretó los ojos y suspiró—. No es una mala persona, Marina —dijo—. Llevó una niñez difícil; y cuando te enseñan a defenderte en lugar de a perdonar, no hay mucho que puedas aportar al mundo.

A Alan le había escuchado decir eso; las últimas veces que le había contado sobre mi madre, sobre el cómo la estaba llevando, él sin ningún problema de memoria, la soltó tal cual Esteban acababa de parafrasearla. No conseguí evadir mi propia sonrisa, de modo que agaché la cabeza con intención de que Esteban no viera mi mueca de gusto.

Si citaba a su propio padre, palabra por palabra, Alan de ninguna manera podía odiarlo.

—Supongo que sí le hicieron el trasplante, entonces —dije. Él asintió—. Alan... ¿sigue teniendo ese tipo de dificultades?

—El médico dijo que los cuidados prudentes le ayudarían —murmuró—. Por eso quise hablar contigo —añadió—. A mí no me escucha nunca.

Me mordí el labio inferior, pero no quería quedarme callada.

—A lo mejor porque lo abandonó cuando más lo necesitaba —mascullé—. Y la verdad es que, en este caso, Tony quedó mejor...

—Le pago para que cuide de él, no podría hacer menos —sonrió Esteban, con mucha

suficiencia. Aun así, noté cómo se arrepintió de su primer impulso; me sentí muy identificada con aquel arrebato, por eso me obligué a callar y él continuó—: Tony no tiene los medios ni el amor para cuidar de su propio hijo —señaló—. No lo culpo. —Se repantigó de nuevo, con la vista clavada en el techo—. Alan es mi hijo, no suyo. La sangre no es lo más importante en muchos casos y en el mío lo significó todo: porque le salvó la vida.

Cuando me pasó una mano por el cabello, sin saber qué más decir, alguien tocó a la puerta. Un tipo alto y que usaba lentes de armazón grueso le comentó a Esteban que había llegado un fulano de gobierno que quería discutir algo de un software pendiente.

No esperé a que me dijera que tenía que irse, así que me puse de pie...

—Esa enfermedad —lo tanteé, con su penetrante mirada escudriñándome—, ¿es hereditaria?

—Puede serlo —dijo por fin, levantándose—. Pero la de Alan fue cosa de su genética. — Ambos nos encaminamos a la salida, y antes de salir me contó—: Fumar podría afectar su estallido respiratorio, Nina. —Le miré con atención, y él sonrió—. Nada de cigarros ni de excesos ni de otra cosa que afecte los pulmones. *Por favor.*

—O sea que... ¿podría recaer?

Él me miró una última vez, mientras cerrada detrás de nosotros.

—No lo sé. —Paseó la mirada por el mostrador, y al encontrarse con el sujeto que lo esperaba le hizo una seña. Luego volvió su atención a mí—. La única razón por la que te busqué es porque Tony me dijo que lo de ustedes va muy en serio —comentó—. Yo no puedo estar más feliz por ello, pero al parecer Allie no te ha contado nada y eso es algo que no se le puede permitir.

—Si se entera lo más probable es que corte conmigo —dije, en voz baja.

—Pareces una chica valiente, Marina...

—Nina está bien —lo interrumpí.

Él esbozó una sonrisa ufana y añadió—: Bueno, Nina. —Se cruzó de brazos. Luego me dijo—: Alan se ha acostumbrado a huir de las cosas que le duelen. No se lo permitas y punto.

En ese momento tuvimos que despedirnos: porque el tipo del software había llegado hasta él y yo no pretendía robarle más su tiempo. Hice mi camino a la salida, con la mirada gacha y miles de dudas deambulando por mi mente; Esteban había dicho que la antigua enfermedad de Alan era genética, y tras conocerlo y saber de su heterocromía, yo había buscado el significado de esa rara afección en los iris. También era una anomalía a nivel genético. Así que me hubiera gustado preguntarle si ambas cosas, el síndrome ese y la heterocromía, estaban relacionadas.

Afuera me esperaba Nancy, y miraba la calle perdida en los movimientos *ralentes* de la ciudad a esta hora. Su cabello, enmarañado y sujeto ahora de un moño arriba de la cabeza, parecía más descuidado que antes. Por la manera, quizás, en la que lo había agarrado con la goma. Tras estar frente a ella y recibir la mochila que me ofreció, la mía, fingí que su apariencia descuidada me había pasado desapercibida.

Pero yo sabía que esa chica estaba dando tumbos por la ciudad; como buscando algo.

Un poco de esperanza, tal vez.

## 22. Hasta que llegaste tú

Resultó que, harta del asedio de sus padres conforme a su carrera, Nancy se marchó definitivamente de su casa. Con sus ahorros logró sobrevivir a las primeras dos semanas, pero luego reconoció que, al encontrarnos en Condesa, ella estaba pensando qué hacer con su vida. Obviamente la llevé conmigo a casa, y mientras comíamos le dije que podía quedarse esa noche al menos hasta que tomara una decisión.

Papá me contó, cuando ella estaba bañándose y nosotros veíamos, junto a mi madre, una película de superhéroes (a las cuales detestaba con toda mi alma), que el progenitor de ella siempre había sido un total hijo de puta; por eso estudiaba en la Academia, porque pensaba exprimir el talento de su hija: Nancy tenía una voz impresionante, y casi todo mundo le auguraba un futuro artístico prometedor.

Su padre, por otro lado, estaba impaciente por ver los frutos. Sin embargo, y por lo poco que nos contó, la chica no lo había soportado más. Aunque no la conocía en lo absoluto, en el fondo me sentí admirada de su fuerza de voluntad; le preguntamos si no era posible que llegase a un acuerdo con su papá, y cuando dijo que no, que la había echado por completo y que si no firmaba cierto acuerdo que lo volvía su *manager* se olvidara de que tenía una familia.

Por eso Aarón accedió, al solicitárselo yo en privado, que se quedara en casa más días. Papá no entendió mi apego a la situación de Nancy, y como ya no quería sacar a colación los eventos pasados con mi madre, decidí tampoco explicárselo. De igual manera, era muy probable que nadie comprendiera la magnitud de las emociones que se me arremolinaban en el pecho solo de imaginar que todo mundo le diera la espalda.

No éramos amigas, estaba claro, pero yo había sentido por ella cosas raras desde el principio. Nada que ver con la empatía, sino que formaba parte de los calificativos que se le dan a un sentimiento que nace de la comparación de otros tantos. Es decir, Nancy y yo habíamos mantenido charlas breves y superficiales, y siempre que se nos dejaba solas, que no era a menudo, acabábamos hablando de Alan.

Lo cual, estaba por demás decirlo, no era de mi agrado.

Este día sábado, varios alumnos, en compañía de varios docentes, habían organizado un evento en favor de no sé qué comunidad de escasos recursos. Alan les había prestado El Atlántico. No me costó disimular frente a Tony que yo sabía perfectamente que Alan predisponía del lugar solo porque era Esteban Baillieres quien se encargaba de cubrir todas y cada una de las cuentas.

Nancy iba a participar con una canción que me había mostrado ayer, en la soledad de mi habitación, antes de que nos fuéramos a dormir. Ella no era... diferente de mí. De hecho, teníamos gustos tan parecidos, que me sorprendí justificando el que se hubiese sentido atraída por mi novio. Eso porque me juró, hoy por la mañana, que había sido nada más un amor platónico, algo así como una especie de admiración exagerada. La observé, desde nuestra mesa, cantar de maravilla; ahora ya no era solo la chica del estilo Marilyn Monroe que cautivaba todas las miradas, sino que, en su cara, brillaba otra cosa; parecía más confiada de sí misma, menos exigente. Más relajada, menos abrupta. Ahora Nancy era más musical, tanto que imaginarla en el entorno de Alan ya no significó

para mí un derroche de ácidos gástricos.

Adriana contemplaba con entusiasmo la escena; Gabriela y Ed estaban cuchicheando entre ellos, y Fernando hablaba con Alan, también entre susurros-gritos. Yo era la única ensimismada, la única pieza de un puzle extraño; compuesto de notas musicales, colores de abismo y recuerdos que duelen. En un desliz, me hallé mirando a Allie sin que él se diese cuenta, pero no tardó en hacerlo. Cuando se volvió, me ofreció una sonrisa y se puso de pie. Antes de perderse entre la nebulosa de personas que nos rodeaban, me miró como solía hacer últimamente; no lo perdí de vista hasta que se colocó detrás de la barra y agarró un vaso delgado, y grande. Tony le dijo algo en el oído, lo agarró por la camisa y, después, tras soltarlo, se echó a reír.

Alan apenas y correspondió a su mueca.

Todos esos detalles eran imposibles de pasar por alto; esa conexión truncada entre Antonio García y su hijo de sangre. Su unión estaba muy lejana, incompleta, descoyuntada. No parecía tener arreglo: porque Alan lo miraba con desdén, con aprensión. Cuando Tony estaba cerca, su mirada, esa mirada soñadora, transmisora de miles de sentimientos, se convertía en la cosa más torturada que yo hubiese visto antes.

El Allie lastimado desde la médula estaba allí, escondido detrás de sus ademanes indiferentes para con el hombre que le había engendrado; otra parte de él estaba en la música, y su amor por ella también parecía venir desde la médula: por eso sus *te amo* cada día se volvían más intensos, más... *todo*. Su médula, especialmente, era lo que hacía de sus palabras lo más hermoso de mi vida.

También lo más aterrador.

Nancy acabó su canción acompañada de un amén que brotó desde las voces en sus compañeros. El unísono en la ovación me hizo apartar la mirada de Alan, que seguía charlando junto a la barra, con uno de los profesores de composición.

En el escenario, al bajar Nancy, un grupo de chicos comenzó a interpretar varias de las canciones de *The Beatles*.

—Como si fuera la primera vez —me dijo al oído ella. Se sentó en el banco que había ocupado Alan minutos antes.

Anoche Nancy y yo habíamos visto la fastidiosa película de Adam Sandler y Drew Barrymore; y entonces la chica había encontrado una forma de reñir sin mencionar ninguno de mis miedos. Por eso me obligué a sonreír y también obligué a mis ojos a mirar a Nancy, que bebía de su cerveza.

Mientras intentábamos oírnos por encima de la música, a mí se me pasó el tiempo. Las horas, calurosas y frías en proporciones iguales, parecían ir lento. Tanto que, al recibir un mensaje de texto en mi móvil, que traía guardado en una pequeña bolsa bandolera, la invitación de mi novio me supo a la gloria del paraíso.

Evité la sonrisa y evité responder el mensaje. Lo que sí no pude evadir fueron las preguntas de Gabriela acerca de Nancy. Ella sabía de lo que había sentido por ella al principio, y aunque una pizca de incomodidad siguiera presente, me había ganado la parte melodramática del cerebro. No iba a dejarla deambular por la calle, sola y sin nadie que le tendiera una mano.

Le conté a Gabriela que esa noche le tocaba cubrirme. No se opuso, y en realidad parecía feliz a más no poder. Sin embargo, no quería decirle a Nancy que la dejaría volver sola a casa.

Para mi suerte, y la de Alan, Nancy me anunció que se retiraba junto con mi padre y Adriana. Argumentó que sabía muy bien qué me traía entre manos. Luego no agregó nada y pasamos el resto de la noche, hasta que ellos se marcharon, escuchando varias voces en diferentes estilos. Eso sí, era mi deber reconocer que mis interpretaciones favoritas eran los ya repetidos temas de Elvis, de

John Lennon y algunas de Queen.

Mis piernas, a pesar de ir cubiertas por medias negras, se sentían en el Polo Norte. Hice acopio del poco calor en mí, y crucé una pierna sobre la otra. Me acomodé la falda del vestido de modo que no se me recorriera más de la cuenta, y me puse el cabello a los lados de los oídos. La música en vivo había terminado; y el ambiente estaba disminuido a las canciones random que cruzaban el aleatorio de las bocinas dispuestas en las esquinas.

El volumen nos permitía charlar.

—Te ves como una virgen loca de amor —me dijo Gaby, a punto de reírse. Entorné los ojos y alcancé mi vaso de refresco. Mientras volvía a mi posesión anterior, Ed y Fernando se pusieron de pie. Así que Gabriela me interrogó—: ¿Que no se va a quedar Tony aquí?

Me encogí de hombros, porque la realidad era que no lo sabía, pero le creía a Alan: si él había dicho, en su mensaje, que teníamos la casa para nosotros, no tenía por qué dudar.

—Pues... se habían tardado —insistió Gabriela. Bebió de su cerveza y se cruzó de brazos, sentándose junto a mí, más cerca—. Entonces, ¿eso de los secretos ya quedó atrás?

Su comentario me sacó del letargo en el que me hallaba; la ansiedad por verlo y por estar cerquita de su cuerpo se marchó tan pronto como las palabras de Gabriela hicieron un eco horrendo en mi cabeza. Volví mi atención a ella, consciente de que hacía aquello precisamente para que yo estuviera segura de lo que iba a hacer.

Suspiré, buscando qué responder.

—Nina: Alan te quiere. —Me puso una mano en el hombro, y luego tiró de mi cuello hacia ella para abrazarme—. Confía en él.

Lo hacía. Confiaba en él; empezaba al menos a confiar en él, en su amor y en su música. De manera que pensar en el pasado como algo tangible ya no parecía lógico para nada.

—Yo creo que nos vamos ya —dijo, lanzando su mirada hacia mis espaldas. Los chicos la esperaban en la entrada. Ed hacía una seña con la mano izquierda. Me sonrió cuando lo miré, dándome la media vuelta en mi silla.

Gaby y yo dejamos la mesa y nos fuimos hacia la entrada de El Atlántico. Me preguntaron si iba a estar bien y después de oírme decir que todo iba de maravilla, se marcharon. Gabriela me advirtió al oído, mientras me abrazaba, que, con mi carácter impaciente y mis manías controladoras, no tenía madera para ser madre a los veintiún años. Yo ya era consciente de eso, claro, pero no le respondí. En realidad, estaba tan nerviosa que ni siquiera me detuve a averiguar si Tony se había marchado o no. Subí las escaleras porque quería alejarme de la barahúnda. Y a pesar de que el lugar ya no estaba tan atestado como hacía un par de horas, los ruidos seguían siendo abrumadores.

Alan y Tony estaban sentados en el comedor, cada uno en una silla. La apariencia de ambos me hizo trastabillar por unos segundos, pero luego encontré las fuerzas para avanzar hacia ellos sin poner atención a la manera en la que Tony me dirigía la mirada y se ponía de pie para dejarnos solos. Saqué una silla y me dejé caer al lado de Alan, que me sonrió con gesto de fatiga.

Recargó su rostro, de expresión dulce y tímida, en mi hombro derecho, que iba desnudo.

—¿No tienes frío? —me preguntó.

Me encogí de hombros; le había dado a Nancy mi suéter y gracias a los nervios no había sido consciente del descenso en la temperatura. Alan me sonrió, pendiente de mis respuestas corporales al alzar una mano y acariciarme el cabello, que llevaba lacio, y adecuadamente peinado a los lados de la cabeza.

Él se aproximó unos centímetros, y me dio un beso casto.

Al retirarse, espetó—: Tony no estará todo el fin de semana. —Sujetó mi mano derecha entre las suyas, y agachó la cabeza hasta poder besar mis nudillos; uno por uno—. Uno de sus amigos inaugura un bar en Acapulco —dijo. Alcé las cejas ante la expectativa de un Tony nada maduro, nada comprensivo. Ese sentimiento, sin embargo, me abandonó cuando Allie se puso de pie y me jaló para que lo siguiera—. Cierro y vuelvo, ¿sí?

Tony, en ese momento, se encontraba saliendo a través de la puerta en la habitación del fondo, lejos del vestíbulo. Cargó una mochila ligera y se fue junto con Alan, escaleras abajo. Charlaban algo en voz baja, pero yo ya no sentí que la palabra de un hombre que tuviera que recibir un pago para salvar la vida de su propio hijo, valiera la pena.

Mi recelo para con él había sido sellado por completo. Y no creía que se fuera a ir.

Allie me había dejado de pie junto a los sillones de su sala, así que me senté en uno, en el de tres cojines, y eché la cabeza hacia atrás. No fui capaz de contar los minutos que pasaron mientras tuve la mirada cerrada y el cuerpo repantigado en el sofá; hasta que él se sentó en la mesa del centro y me agarró una mano.

Le sonreí al notar que volvía a besarme los dedos. Me senté para estar en la misma postura que él y entonces nuestras rodillas se tocaron. Se quitó el saco que llevaba puesto, y lo echó sobre el sillón a sus espaldas.

—¿Me vas a contar lo de Nancy? —preguntó, la voz enronquecida.

—Necesita ayuda —le dije.

Él se peinó el cabello, los rulos definidos, hacia atrás.

—No precisamente de ti, Lennon —refutó él. La amargura en su cara fue notoria, tanto que me dolió su escepticismo.

—Ya sé que no te cae bien —señalé—, pero tienes que entenderme...

—Entiendo por qué la quieres ayudar, y sé que es tu decisión el hacerlo, pero...

Como no continuaba, me acerqué más a él, con el ceño fruncido. En cambio, evadiendo mi mirada, Alan se distrajo con los cabellos de mi fleco.

—Dilo —le exigí.

—No quiero que te lastimen —confesó, sujetando mi mentón con sus dedos izquierdos—, y te veo entusiasmada con la idea de hacer por Nancy lo que nadie hizo por ti.

*Touché.*

—¿Cómo es que puedes leerme la mente así? —refunfuñé, mientras me ponía de pie tan rápido como me era posible—. No creo que sea justo.

—Todo lo que digo es que no te confíes —prosiguió. Se puso de pie y fue hasta mí, del otro lado del sofá. Se limitó a agarrar mi mano y caminar en dirección de su pieza, que era la principal, a unos pocos metros del vestíbulo.

Al abrir la puerta el silencio abrumador y la iluminación tan escasa me sorprendieron. Alan estaba detrás de mí, y me empujó con su propio cuerpo al interior. Yo sentí cómo sus manos, tras cerrar la puerta, y cuando las puso en mi cadera, se tensaban. Me giré sobre los talones, solo para encontrarme con sus ojos cerrados y la luz filtrándose a través de la cortina en la puerta.

Le puse una mano en el pecho, a la altura del corazón; latía con fuerza, desesperado.

—Esto ha sido mi vida durante años —dijo, parpadeando y mirando en derredor de la habitación—. Silencio y oscuridad —susurró. Levantó una mano y me la colocó en la mejilla. Para absorber su tacto, cerré los ojos y puse ambas palmas en su cintura delgada—. Hasta que llegaste tú, Nina. *Mi Lennon.*

Llevaba puesta una camisa de manga larga, en tono azul cielo. El pantalón de mezclilla no se

les ceñía a los muslos como otros y su cabello estaba más ordenado. Sin embargo, sin importar lo bien que se veía vestido de cualquier forma, tenía muchos deseos de hacer que se desprendiera de la ropa y de que, nada, nada, nos impidiera esta vez llegar a donde no habíamos podido hacía unos días.

Ahora más que nunca estaba completamente consciente de cuán desdichada había sido sin amar a nadie. Como él me provocaba con solo mirarme. Nunca había podido decirle, con sinceridad, cada una de las emociones que se apoderaban de mi cuerpo, de mi mente y de mi alma por estos días. Intenso o no, lo nuestro estaba hecho de cosas que no cualquiera entendería.

De un movimiento delicado, se agachó; no había timidez alguna en la manera en la que sujetó la bastilla de mi vestido, que me llegaba a la altura de la rodilla. Alcé las manos y le hice la tarea más fácil. El frío de la habitación, aún si el aire acondicionado no estaba encendido, me erizó la piel ya de por sí sensibilizada. En medio de la poca luz que había, semidesnuda y con el corazón galopando en mi pecho como un corcel en una cuesta, distinguí cómo él se desabotonaba la camisa.

Al acabar, volvió a pegarse a mí, pero con más anhelo. Yo me saqué los zapatos como pude, sin retirar mis manos de sus hombros; la firmeza de su piel me quemó en las yemas de los dedos: quería recorrerlo todo; centímetro a centímetro, quería diluir en el aire el dolor de saberlo roto por dentro.

En el fondo, sabía que el daño de su alma era totalmente irreparable, pero que conmigo, Allie estaba aprendiendo, de una u otra forma, a ser valiente. Quizás como nunca se había atrevido a ser. Me pregunté si, mi incertidumbre, había acabado por completo de lapidarme a él, a su música, a sus manos y sobre todo a su voz; ya no concebía un día de mi existencia sin escucharlo. Aunque fuera por teléfono, oír que me llamara por mi nombre, saberlo existente en mi entorno, era como recargar mis baterías día con día.

Sus labios cálidos, suaves, se posaron en los míos unos segundos, pero cegó el contacto para quitarse el cinturón. La lentitud con la que estaba llevando todo me mataba. Era una sensación increíble. Nueva. Algo que no sabía que podía llegar a sentir.

—Al... —titubeé, al tiempo que, de un tirón, me bajaba las medias y me hacía quedar en paños menores.

Él no me respondió, sino que se limitó a acariciarme, puesto en rodillas, el abdomen. Toda mi piel se encontraba electrizada. Al principio, lo atribuí al viento helado que flotaba en el cuarto, pero tras percibir el calor de su boca en la parte baja de mi vientre, comprendí que todo lo que alcanzaba a sentir en ese instante eran sus caricias. Sus caricias y nada más.

Cuando se puso de pie, todo lo que hizo fue quitarse los zapatos, y luego el pantalón. No le tomó mucho tiempo. Ni siquiera caminar a cuestras de mí, hacia su cama, que se hallaba dispuesta justo a nuestras espaldas. Retrocedí por el impulso de sus besos, que se volvieron de pronto más exigentes. Me agarró la cabeza con sus manos. Al llegar al borde de la cama, Allie me ayudó a recostarme.

Mientras me besaba el mentón, y el cuello, el ligero temblor de sus dedos, con su mano justo colocada en un masaje en mis pechos, me fue notorio.

—Enciende la luz... —dije, en tono suplicante.

Yo sabía que estaba así por lo oscuro en derredor, porque antes le había visto trastabillar. La vacilación en sus ademanes, de cualquier manera, solo sucedía en las noches, en los rincones y en el bar, principalmente, y por eso evitaba mencionarlo a toda costa.

Allie se ponía irritable si se metía en una cuarto con poca luz, y allí mismo solo el resquicio de

la sala llegaba hasta la parte inferior del colchón. Él se había recostado parcialmente encima de mí, de modo que me había dejado sentir *todo* de su cuerpo.

—No pasa nada —murmuró, incorporándose.

Me recorrí hacia arriba, para recostarme en la almohada. Él desenfundó la colcha y la sábana. Después se inclinó hacia la mancha de la esquina, que supuse era un buró. Escuché cómo crujió la madera al abrirse, y cómo Alan cerró el cajón casi de inmediato.

—Allie —dije, poniéndome en rodillas y pegándome, desnuda, a su espalda. Lo abracé mientras le besaba el cuello. Él se estremeció con mi toque. Se había sentado en el filo de la cama. Entonces ladeó la cabeza, evitando mirarme por completo. Con la mano derecha le obligué a voltear para poder besarlo, y él se removió, impaciente, hasta que estuvo echado conmigo en la cama otra vez—. Quiero verte... —musité, esperando que me entendiera.

Entre un beso y otro, percibí la reacción espontánea de su cuerpo. Y el saberlo así de dispuesto me hizo hervir la sangre. Se estiró un poco hacia un costado, y encendió la luz por fin. Su imagen de ángel puro, sano y perfecto quedó ante mí.

Aún llevaba el bóxer puesto, así que me acerqué sin tener miedo. Su respiración se agolpó en cuanto nos besamos otra vez, y mis manos recibían con gozo el latido de su corazón, cada vez que mis palmas se cruzaban por su pecho. No podía parar de tocarlo desnudo; todo él era un sentimiento. Como si cada emoción que yo hubiera podido experimentar, la tuviera frente a mis ojos, en bandeja de plata, para mi deleite nada más.

Nos separamos apenas. Allie se sentó en sus talones y yo me incliné hacia abajo. El temblor de sus dedos había cesado ligeramente. Por eso, como lo vi menos víctima de la falta de iluminación, le rocé el abdomen con las yemas. Cuando bajé más, y más, hasta poder acariciar toda su intimidad, él abrió la boca ligeramente. Tenía las pupilas empañadas por el deseo.

Cerró los ojos, con expresión de tortura.

Y sentí que ya no pudo resistirse más. Se irguió, de rodillas todavía, en la cama, agarrándome por los hombros al mismo tiempo y empujándome con delicadeza hacia el colchón. Se quitó la ropa interior sin pensarlo dos veces, y se quedó descubierto frente a mí mientras se protegía. Yo lo miraba, atenta, y sin poder despegar los ojos de los suyos, que hacían de mi interior una llamarada. Al enredarse en las sábanas y cubrirnos por completo del frío, me besó otra vez, pero lento. Quería estallar allí, con él en medio de mí, a punto de acabar con todas mis pautas mentales, con cada regla de tiempo y prejuicio incrustada en mi mente gracias a la sociedad. Todo el proceso se me antojó una odisea y, aun así, estaba disfrutando cada segundo que demoraba en postergarlo.

Le puse una mano en la cadera, para instarlo, y él sonrió ante mi urgencia.

—*Dios...* —habló en mi oído, deslizándose en mí—, cómo te amo.

## 23. Proyección celestial

En momentos cruciales de mi vida creí que estaba hecha para soportar todo lo malo que le pudiera ocurrir a una persona, y por eso no me preparé para disfrutar de las cosas buenas. No me preparé para recibir, sin nervios ni miedo, las caricias de un hombre como este, que ahora mismo me embestía con roces suaves y tiernos, como si, su misma vida, tuviera el único sentido de complacerme.

Tampoco me preparé, mentalmente, para no ser una exagerada total. Porque mientras Alan se removía en mi interior, besándome todo lo que tenía a su alcance en mi rostro, mis manos no paraban de tocar su cadera y de exigirle que se apresurara y que a veces fuera más despacio. Me temblaban los dedos al ritmo de sus movimientos, y aunque me empeñé en ahogar mis gemidos, cuando lo sentía más al fondo de mí, me era imposible acallarlos.

Él me acariciaba la cara como si, de nuevo, quisiera grabarse los trazos de mis facciones en la memoria. Como si, pronto, muy pronto, fuera a terminar todo y ambos tuviéramos que ser víctimas de una separación inminente. Fue así que resolví que tenía que contarle lo de Esteban antes de que alguien más se lo dijera; y no pensaba justificarme. Ni le diría mentiras.

Le diría nada más que la verdad.

Esa verdad que comenzaba a gobernar mi existencia y que, día con día, se hacía más fuerte: en contra de todo lo que yo creía. En contra de toda la filosofía, inclusive la de Sartre, me descubrí aprisionada en mis emociones hacia él, encarcelada a cal y canto por su voz, sus manías, su mirada perturbadora y su presencia angelada. Cinco meses antes, esto me hubiera parecido chocante, o tal vez irrisorio.

Amarlo, así, de esta manera *tan* egoísta, no debía de ser nada sano. Pero, aun así, mi mente no me ayudó a encontrar una forma etérea de ocultar que necesitaba sentirlo, que necesitaba huir de todo en sus brazos. Que Alan, a través de pequeños detalles, era mi refugio. Y que, a pesar de que no lograba entender nada en absoluto, todo lo que hacía era tener miedo de despertar un día y encontrarme con que su existencia había sido un simple sueño.

Su voz, su voz hermosa y llena de perpetuidad, había iniciado con la expulsión definitiva del silencio en mi interior. El silencio que tenía conmigo porque no quería sufrir más: eso antes de darme cuenta de que, el amor, así como lo experimentaba por primera vez en mi vida, era el perfecto significado de las cosas dolorosas.

Vi su última mirada de excitación antes de ponerle una mano en la mejilla. Él se inclinó, recostado con su peso sobre mí, para besarme largamente los labios, con los ojos abiertos y las manos apoyadas a los lados de mi cabeza. El mundo se había detenido durante esos minutos. Entonces entendí que cualquier cosa que yo hubiera sentido antes como sexo, quedaba relegada en *nada* si con él sentía que todo era nuevo.

Permanecemos callados un rato, hasta que el frenesí de su respiración se acompasó con la mía. La manera en la que se agitó tras llegar a la cima, me supo al más terrible de los conceptos: había puesto más atención, y se notaba a leguas de distancia que los pulmones en él no eran de un mecanismo virgen. Se notaba en sus ojos apretados, tratando de inhalar más aire, que le causaba

un tipo de asfixia respirar de forma agolpada.

—¿Qué pasa? —le pregunté, temerosa de su respuesta.

Allie me sonrió, pero sus ojos de caleidoscopio no hicieron lo mismo. Tenía las pupilas dilatadas, y los labios lívidos. De modo que me erguí, y lo seguí a donde él se había sentado, aún desnudo, sobre los talones en la cama. Se pasó una mano por el cabello, y a medida que continuaba con los ojos cerrados, yo no sabía cómo comenzar a contarle que había traicionado su confianza. Por un breve instante, examiné su cuerpo desde las rodillas hasta el cuello; había muchísimos lunares esparcidos por su piel, sobre todo en los pectorales.

Parecía un ángel, y allí mismo, no podía ser más que mío.

—¿Allie? —insistí.

—Fatiga, seguro —se rio, con el semblante decaído—. ¿Quieres agua? —me preguntó, mientras se bajaba de la cama y se ponía la ropa interior.

Negué con la cabeza y me volví a enredar entre las sábanas. Sin embargo, al mirarlo, todavía con cara de pesadumbre, abandoné la colcha calentita y me puse el vestido, pero sin ropa interior. No me coloqué los zapatos y así salí de la habitación, hacia la cocina.

Alan, no obstante, se hallaba al pie del piano, haciendo algo mientras me daba la espalda. Me crucé de brazos y me pegué a él un poco. Mi sorpresa no fue sentir que se tensaba con mi cercanía. No. A mí me sacó de balance el hecho de que enarcara una ceja e intentara sonreír, al tiempo que le ponía la tapadera a un bote de píldoras.

—¿Hacia cuánto que no tenías sexo? —dije, intentando alivianar el ambiente. Alan se rio por lo bajo y se echó la pastilla en la boca, tragándosela de inmediato con ayuda de un vaso de agua que tenía sujeto de su mano derecha y del cual no me había dado cuenta hasta ese momento.

Tras mirarme con diversión y acariciarme el cuello con sugerencia, me dijo—: Es solo para prevenir...

Alcancé el frasco y lo alcé para leer la etiqueta—: ¿Qué es esto? —le pregunté, leyendo el nombre del medicamento.

—Antibiótico —se limitó a decir él, mientras agarrada el frasco, sonreía y caminaba hacia el baño.

Al volver, tenía el mismo semblante de agitación en la cara, pero en cuanto se puso a mis espaldas y me hizo recargar el abdomen en la parte trasera del piano, me percaté de que se estaba sintiendo mejor.

—Si te agitas así no deberías fumar más —señalé, volviéndome.

Alan me observó unos segundos, luego me puso el cabello detrás de los oídos y se acercó para besarme. Pasé las manos por toda la extensión suave de sus brazos, y me encontré con su cuello terso, la vena palpitando con fuerza.

—Me encantas —susurró, separándose.

—No me evites —supliqué, acongojada por el cómo cambiaba de conversación—. Algo no anda bien contigo y... solo...

Él echó un poco la cabeza hacia atrás, y me miró con desdén. La sonrisa que se formó en sus labios la había visto en distintas ocasiones.

—Tengo una voluntad de mierda ¿sabes? —murmuró. Entornó los ojos y se pegó a mí, como abrazándome para no enfrentar la respuesta a su propia pregunta.

Cuando escondió la cara en el costado izquierdo de mi cuello, agachándose un poco por los centímetros de altura que me superaba, me decanté por abandonar la conversación y hacerlo volver a la cama. Tenía planes de contarle lo que había descubierto por mi cuenta, pero no en ese

momento.

Yo quería asegurarme de que él afrontara mi error al igual que los suyos. Quería que comprendiera que, esconderse, no trae más cosas buenas que un tiempo de tranquilidad. Y que ese tiempo es *tan* efímero, como una sesión dulce de sexo.

—Dime que me amas otra vez —dije, en voz tan baja que él no me escuchó del todo. Se enderezó, y me miró con extrañeza, los brazos alrededor de mi cintura—. Me amas, ¿no? —insistí. Él asintió, evadiéndome—. ¿Hay otra cosa más importante ahora? —continué—. Porque para mí, no hay nada más necesario.

—Lennon te viene de maravilla —suspiró Allie, al tiempo que me guiaba de vuelta a la habitación—. Tu curiosidad va a terminar volviéndome loco —dijo, al entrar en la pieza. Me hizo levantar las manos y me volvió a sacar el vestido. Mientras me pasaba los pulgares por las cimas de los senos, miré sus ojos abrumadores y la expresión adormecida de su rostro—. ¿Por qué siempre estás mirándome tanto? —sonrió él.

No pude corresponder su gesto, porque en ese momento no hacía más que intentar leer cada facción de su cara. Sus cejas castañas, la pequeña desviación en su nariz en la punta, y su mentón abultado.

—Es que —me excusé— pareces un ángel.

Alan negó con la cabeza, me obligó a retroceder hasta dar topes con la cama y nos hizo caer en el colchón.

Me besó al cuello, pero se levantó para mirarme y me espetó—: Te amo.

Jean Paul Sartre estaba convencido de que el amor era libertad, y de que si no había libertad el amor era nada más que masoquismo. Por eso sentí que, de alguna manera, la cárcel esa que Allie y yo estábamos construyendo a nuestro alrededor, era diferente. Por muchos motivos. A lo mejor porque ambos creíamos en el amor a primera vista y nos habíamos sentido identificados al respecto.

Ambos, en muchas formas, estábamos solos en el interior. Y mirarte al espejo sabiendo que hay alguien especial allí afuera para ti, es como haberle encontrado un significado temprano a tu vida.

Nos movimos de nuevo hacia el centro de la cama, y Alan se quitó el bóxer con mucha facilidad otra vez. Se quedó con los brazos estirados y las palmas a los lados de mi cabeza; me miró por unos momentos y después se acercó para besarme. Sin embargo, arrastró, con besos húmedos, sus labios por mi mentón. Se me formó una línea de escalofrío en el cuello, por donde él iba repartiendo caricias que a mí terminaban de hacerme retorcer. Me vi obligada a cerrar los ojos y a apretar las piernas; pero él utilizó una mano y la colocó primero en mi vientre y luego, tras mover sus yemas encima de mi piel, hacia mi entrepierna. El calor de sus dedos se presionó contra mi clítoris, y el suspiro que ahogué al sentirlo no solo me ayudó a abrir los ojos, sino que lo instó a él a levantarse y tirar de mí en un movimiento abrupto e inesperado.

Se sentó en la cama de sábanas y cobijas distendidas, mientras me atraía sujetándome por la cintura. Él me besó el centro del pecho y comenzó a descender hasta alcanzar mi seno izquierdo; sentí su lengua en el pezón con tanto frío, que me abracé a su cuerpo de modo que no me era suficiente agarrarme de sus hombros.

—¿Ya tenías esto en mente? —le pregunté, cuando él dejó lo que estaba haciendo y se decantó por besarme.

—¿Quieres que te mienta? —dijo, con la voz enronquecida.

Negué con la cabeza y le eché el cabello hacia atrás. Estaba arrodillada entre sus piernas abiertas, y su desnudez me encantaba así, de ese modo tan ligero como si nada de su cuerpo le

diera pena.

Allie me sujetó los dedos de la mano derecha e hizo que le acariciara el pecho, y el abdomen; luego me dejó avanzar sola. La erección empezó a formarse en mi palma, mientras lo masajeaba con toda la delicadeza que me podía permitir; un gesto de deseo doloroso se formó en su cara, así que me incliné hacia él y le besé el cuello.

—Pienso tanto en hacerlo contigo que a veces creo que es una enfermedad —susurró, contra mi oído. El tono arrítmico de su voz encendió una alarma en mí, por lo que apreté su miembro con más fuerza y él enderezó la columna para soportar la sensación—. Me gusta tocarte.

A mí me gustó que me tocara, y no quería parar; continué acariciándolo por unos momentos, consciente de sus gruñidos y de la ligera sensación de humedad que lo rodeaba.

Se puso de rodillas también haciendo un par de movidas bruscas; entonces yo me giré, y gateé hasta el costado de la cama en el que él se había sentado para colocarse el preservativo. Cuando se volvió, la mirada que tenía se me incrustó en cada parte del cuerpo que llevaba desnuda. Él se acercó a mí de nuevo y, esta vez, nos metimos en la cama por separado, lo cual me resultó extraño...

Al principio.

Con una de sus manos, me hizo darle la espalda repantigada como me había colocado, así que quedé apoyada en mi costado derecho. Quise levantar la cara, pero el resentir su erección en la pared de mi entrepierna envió un choque eléctrico a mi espalda, obligándome a callar y disfrutar de él. Tragué saliva cuando sentí que me ayudaba a levantar la pierna izquierda, agarrándome por la parte inferior del muslo. Me penetró con la misma suavidad que hacía más de una hora, y los primeros movimientos que realizó adentro y afuera de mí, fueron lentos y pausados, como si quisiera provocarme más humedad de la que ya tenía.

Allie pegó su espalda a la mía y puso la cara en el hueco que se había formado entre mi cuello y mi hombro; me besó la piel de allí y comenzó a acelerar el ritmo de sus embestidas. Entre sus jadeos y los míos, le escuché susurrar—: Háblame. —Cerré los ojos por la sensación de hartazgo que me provocaba oírlo. No era un sentimiento desagradable, sino que quería oír sus preguntas y quería escucharle decir me amaba una y otra vez como si nunca lo hubiera dicho antes—. Dime qué sientes.

—Me encanta —gemí, sin poder evitar agarrar y retorcer la tela del cubrecama entre mis manos.

—¿Sí? —inquirió él, en un nuevo jadeo.

—Mucho.

Eché la cabeza hacia atrás y arqueé la espalda porque quería recibir con mayor ímpetu sus golpes en mis glúteos. Al percibir la disposición que le ofrecía mi cuerpo, Allie apretó en su mano izquierda la piel de mi cadera. Pero se detuvo dejándome en mitad de miles de serpientes eléctricas que recorrían mis venas en lugar de la sangre. No regresó a su posición tras salir, sino que se puso encima de mí con todo su peso.

Nada de aquello se me antojaba regular, así que, recibiendo sus labios que me besaban con el frenesí pertinente de hallarnos en mitad de algo, abrí tanto las piernas que él pasó los brazos por debajo de mis rodillas. Repartía besos acalorados y con desesperación por mi cuello, mis senos y mi boca, mientras seguía penetrando y haciéndolo cada vez con más energía, y con el mismo amor de preguntarme cosas al oído.

—¿Dónde estabas, mi vida?

No pude responderle; no pude decirle que, los últimos años de mi vida, me había negado a

hacer precisamente aquello: amar con lujuria, con desesperación, con *todo* lo que puede dar un ser humano. Incluyendo la cordura.



Nancy estaba convencida de que el amor a primera vista era otro tipo de sentimiento; quizás proyección celestial. Yo había comenzado a creer que lo mío con Alan no tenía nada que ver con Dios, porque últimamente me cuestionaba cosas como a lo mejor también había sido la costumbre de varios de los filósofos que me gustaban.

De cualquier manera, me había quedado sorprendida por cuánto habían cambiado las cosas en mi vida en aquellos dos años; cuando vivía en Phoenix solía preguntarme si había alguna persona capaz de afrontar mis miedos, pero en aquel entonces yo los llamaba simplemente mal carácter. Quería encontrar a alguien que tolerara mi mal carácter, mis manías de poco apego y mi atención desbocada por las cosas de apariencia inútil, como los vinilos. Solo necesitaba encontrar el rumbo correcto, tomar una decisión que no tuviera nada que ver con mi madre: por desgracia, sabía que mamá tenía mucho que ver en mi decisión de volver a México, pero la prueba de que todo estaba tomando su curso la miré en los ojos de Nancy, que me veía desde el lado opuesto de la mesa.

Estábamos en la cafetería de la enorme clínica de especialidades a la que mamá tenía que ir para que le hicieran un chequeo. Se sentía mal y papá estaba fuera de la ciudad, de modo que Nancy y yo nos habíamos embarcado en la aventura de conducir a las tres de la madrugada en una ciudad de locos.

—Las personas nunca escarmientan en cabeza ajena, decía mi abuela.

—Totalmente de acuerdo —carraspeé, tras dar un trago a mi zumo de uva. Nancy tenía unas gomas entre las manos, y las estiraba con los dedos al grado de ocasionar un leve chasquido. Me había estado contando acerca de los pocos momentos de su adolescencia en los que no había padecido por culpa de su padre.

En ese momento me di cuenta de que las personas siempre son valientes; no solo las que se marchan de una casa llena de espurio, dominación y dolor; también aquellas que se quedan esperando un cambio, lo hacen porque en su pensamiento, el otro siempre merece una segunda oportunidad. Para mí se habían acabado esas etapas de descubrimiento, partes de mi vida en las que me quedaba mirando el techo buscando qué hacer de mi existencia.

Nancy, no. Ella iba caminando por un sendero mal trecho y no sabía hacia dónde conducirse. Yo tampoco podía ayudarla, y tampoco podía ver a través de sus ojos. De pequeña, su madre había sufrido golpes y humillaciones por parte de su progenitor, pero eso tampoco había logrado quebrarla. Era como si, su yo interno, hubiera luchado y luchado con todo el afán de mantenerse intacto.

Ella sonreía como si le hubieran quitado un yunque de encima; pero no le permití agradecerme. De hecho, la semana pasada, cuando me pidió perdón, resolví que las segundas oportunidades no están relegadas al amor erótico o romántico solamente: en realidad, la segunda oportunidad que Nancy y yo nos ofrecimos me supo mejor que nada que hubiera escuchado referente a los perdones. Y, exceptuando la voz de Alan, quedarme platicando con ella como lo hacíamos en ese momento, era algo parecido a ponerte los audífonos y escuchar música relajante sin tener que

mover un solo músculo.

Cuando mi madre avanzó por el pasillo de la cafetería, mientras leía un papel que supuse sería la receta médica, Nancy y yo nos levantamos de los asientos y dejamos los vasos de jugo a medio terminar. No había casi nadie en aquel sitio, y las personas que se hallaban en las distintas mesas cada una dormitaba intentando permanecer despierta. Me metí las manos en el abrigo y caminé junto a la otra chica en dirección de mamá.

—¿Listo? —le pregunté, tratando de sonar lejana a la preocupación.

Ella asintió, con el ceño fruncido, pero visiblemente recompuesta. Nos movimos más rápido de lo esperado hacia el estacionamiento, donde había dejado el auto. Mi madre dijo que estaba fatigada y que quería repantigarse en el asiento trasero, así que Nancy subió en el del copiloto. Apenas internarse, la chica encendió el estéreo y buscó una estación de radio donde pusieran trovas, sus favoritas.

—¿Qué se siente perder la cabeza por una persona? —preguntó ella.

Yo tenía la mirada en la calle, pero aproveché el primer semáforo en el camino para mirarla. Me sorprendió ver que no estaba viéndome a mí, sino que observaba la calle y sus luces nocturnas con la atención de una chiquilla a la que le prometieron un regalo y ha recibido solo carboncillo en los zapatos. Sonreí, imaginando que, cuando estás sola, tú misma te visualizas con otras tantas personas. Te haces una película entera de lo que será tu vida ahora que has tomado las riendas por ti misma: yo sabía que Nancy añoraba poder cumplir sus propios sueños, y sabía, de antemano, que de una u otra forma la vida se encargaría de llevarla a su destino, cualquiera que fuera este.

—Que no piensas —susurré, con aire vencido—. Si pierdes la cabeza ya no piensas.

—¿La has perdido tú por Alan?

Alcé las cejas preguntándomelo.

Nancy soltó una risita y se removió en el asiento. El semáforo cambió al rojo y por lo tanto la cabina del auto se volvió a sumergir en el silencio.

—Alan me hace trabajar las neuronas —refunfuñé, en voz tan baja que miré a Nancy para saber que sí me había oído. Me estaba sonriendo así que comprendí que sí lo había hecho, de modo que agregué—: Nunca había conocido a una persona que me entendiera tanto.

—¿Lo amas? —inquirió.

Suspiré al tiempo que apretaba el volante del coche con todas mis fuerzas. Mientras me arrellanaba en el asiento con la incomodidad fatalista que supone aceptar una verdad como aquella, volví a esa película de mí misma hacía tres años. Sin Alan, yo estaba segura de que no necesitaba exactamente de enamorarme para poder ser un ser humano. Sin embargo, ahora que había empezado a sucumbir ante los procesos empíricos del amor, no imaginaba el mundo sin un Allie en él.

—No sé —le dije, con las palabras rasguñándome la garganta. Nancy negó con la cabeza, se peinó el cabello con los dedos y volvió la atención a mí otra vez—. Suena raro que lo diga, pero no he tenido esta conversación con nadie.

Apenas la vislumbré un poco: porque no quería que el coche de mi padre sufriera los estragos de mi irresponsabilidad. Pero Nancy echó un vistazo por su hombro izquierdo, como verificando que mi madre sí estuviera dormida.

—¿Cuánto tiempo tiene que pasar antes de que el amor sea verdadero entre dos personas? —preguntó la chica.

—Habría que hacer una encuesta —dije, entendiendo que se refería a la inestabilidad de los tabúes adoptados por el mundo.

Normalmente, las personas se dejan llevar por el qué dirán; piensan que, si pasa una cantidad de tiempo, conocerán al prójimo en su totalidad. Otras se conducen de manera fría, calculando incluso hasta lo que dirá la lápida de su tumba. Estas últimas personas hacen de la vida de otros un infierno: porque el vaivén del futuro no se puede controlar. No hay una cosa que determine el mañana correctamente. Lo entendí gracias a mi madre; el día de ayer bien pudo haber estado destruyéndose a sí misma, pero hoy estaba aquí dispuesta a mejorar el rumbo de su vida y el cauce de sus consecuencias. ¿Quién era yo para arrancarle su segunda oportunidad? ¿Qué me hacía a mí mejor que ella si, al fin y al cabo, un día, las dos terminaríamos en el mismo sitio?

—A veces no es necesario decir nada —musité. Apagué el auto y recargué la cabeza en el asiento. Mamá estaba despertándose, así que esperé hasta que bajara y se fuera hacia la casa para decir—: Alan es mi otra mitad, por muy cursi que se oiga.

—No lo creo cursi, sino difícil de comprender —aceptó ella, bajándose del coche.

La seguí.

En mitad del camino, Nancy se detuvo y me miró. Mamá había entrado en la casa y la puerta seguía abierta. El sonido de los perros ladrando y el viento gritando despavorido que hacía mucho frío, eran toda la música que nos rodeaba.

—Aarón dijo que tú y Alan se conocieron en El Atlántico hace dos años —me espetó, alzando una mano como si hubiera recordado algo específico. Asentí, cruzándome de brazos y saboreando la temperatura gélida—. ¿Sabías que esa misma cantidad de años corresponde a la fecha en la que Alan comenzó a componer?

Me encogí de hombros, pero dije—: Aquella noche yo estaba allí, en la oscuridad, porque había llegado a uno de esos límites de los que te cuesta salir. Pero él me ayudó, sin pensarlo, a desviar la atención. —Di un paso más cerca de ella y eché una mirada por la calle vacía—. Hace seis meses, solo tuve que oírlo cantar de nuevo para saberlo.

—¿El qué? —se rio Nancy.

Empezamos a caminar hacia adentro, ella mirándome.

—Que fue amor a primera vista.

Ella volvió a negar con la cabeza y supe que, aunque se lo explicara mil veces, no iba a entender hasta que pasara por ello: su abuela tenía muchísima razón.

## 24. El monstruo oculto

Alan se había empeñado con llevarme a la casa de su madre ese día; habíamos pasado todo el fin de semana creyendo que las cosas entre nosotros ya no se tornarían ariscas de ninguna manera: pero al parecer esa tarde algo le había picado. Quizás se sentía mal por haber dado un paso más en nuestra relación, pero ninguno en la confianza en la que se suponía que debía de estar cimentada. Me sentí culpable apenas trepar en su coche porque yo sabía que también tenía cosas ocultas. Mientras me ajustaba el cinturón de seguridad, Alan tecleó un texto en su móvil. Encendió el coche todavía absorto en sus pensamientos; a pesar de que su cara no desplegaba ninguna señal de aflicción por el sitio al que nos dirigiáramos, sus movimientos se me antojaron más controlados que de costumbre.

—Hay algo que tengo que contarte —le espeté, la vista clavada al frente.

—Cuando llegemos, ¿sí?

Su voz había salido como un leve ronroneo. Tenía las manos suavemente enroscadas al volante del automóvil. Y la atención puesta por completo en la música que salía desde las bocinas en el auto. A mí me encantaba mirar su perfil, así que asentí en silencio y me arrellané en el asiento, decidida a confiarle de él.

En navidad, Alan y yo nos quedamos en la casa de mi padre viendo películas; Nancy, papá y Adriana habían ido a un evento de la Academia, por las fiestas, y mi docente favorito había decidido quedarse conmigo hasta muy, muy entrada la noche; de ese modo descubrí que las personas no se cansan nunca de la actividad sexual a menos que el sueño los tome desprevenidos.

Pero si el sueño colabora y no se presenta...

—¿Qué piensas? —me preguntó él.

Había doblado en una intersección, y las luces estaban considerablemente disminuidas, por lo que me di cuenta de que habíamos entrado en una colonia aparte de la avenida. Suspiré, aliviada porque su aire misterioso comenzara a marcharse, pero el dejo de su rostro, el ausente y frío, seguía allí.

Cuando me recogió en la casa, pensé que su ensimismamiento se trataba del típico estrés que lo poseía si se peleaba con Tony, y a estas alturas yo sabía que sus pleitos ocurrían a menudo: Alan no lo soportaba, y tenía que reconocer que cada vez me pasaba lo mismo. El comportamiento de mi Allie, al menos para mí, era sumamente comprensible, si pensaba con claridad y recordaba las palabras de Esteban.

Lo mismo que significaba recordar...

—En que en serio hay algo que quiero contarte —sonreí, un tanto insegura por su reacción.

Había tratado de interceptar cada uno de los posibles caminos que tomaría, pero lo cierto era que con Alan no había un margen. Su carácter desafiaba tanto lo que yo conocía, que lo único con lo que podía compararlo era con un fuego ardiendo en su máximo punto: para amar, él era muy apasionado, y también lo era al enojarse o al hacer música.

Su mirada se encontró con la mía por unos breves segundos, hasta que lo vi torcer un gesto y entendí que esta noche él también iba a decirme algo.

—¿Sobre Esteban? —inquirió, con voz plana y ausente.

En el estómago se me formó un torbellino de emociones. Alan resopló y apretó con más fuerza el volante. Por cualquier cosa que hubiera querido hacer, me encogí en mi sitio y esperé a que la tormenta llegara.

—Nina —me llamó, sin despegar la mirada del frente. Hizo un movimiento en la palanca del coche y luego estiró su mano hasta poder tomar la mía. Nuestros dedos se entrelazaron y la aspereza de su piel me calmó al instante. Cuando me besó los nudillos, e intentó sonreír, algo en mí se puso tan febril que hubiera querido estar en un sitio más privado—. Eres un repelente de mentiras, mi amor.

Como no supe a qué se refería, le pregunté—: ¿Esteban te dijo que fui a verlo?

Alan asintió. Continuó conduciendo y a veces me soltaba la mano.

—Este mes has estado demasiado preocupada por mi comida y por mis ojeras; eres *tan* obvia —sentenció, mirándome de reojo.

—¿Estás enojado?

—Al principio me enojé, sí —dijo. Dejó de agarrar mi mano e hizo maniobrar el volante para adentrar el auto en una callejuela más angosta que la anterior; dos líneas de casas habitaciones se extendían a lo largo de esta, y los faroles iluminaban las largas jardineras y porches. No era una colonia lujosísima, pero sí muy colorida y decente—. Pero Esteban tiene razón: y porque tiene razón es que estamos aquí.

Detuvo el automóvil a unos metros de una casa que yacía a oscuras; ruidos de diferente calibre se esparcían por todo el vecindario, y las nulas voces de los niños parecían como chapoteos en un lago, lejanos pero hermosos. No pude decir nada por un lapso muy prolongado. Alan tiró de mi mano e hizo que mi cuerpo se inclinara hacia el centro.

Puso su boca a la altura de mi oído, para decir—: Acompáñame.

Me besó ese lado de la cabeza y me sonrió antes de abrir la puerta en su lado del carro. Yo hice lo mismo y lo seguí tan rápido como pude a través de un largo sendero de tabique empotrado en el suelo. Apenas apearme, Alan me tomó de la mano y ambos nos internamos en la oscuridad de aquella propiedad cuya existencia había desconocido hasta el día de hoy.

De su bolsillo derecho él sacó unas llaves, e incrustó una de tamaño minúsculo, al tiempo que sujetaba la manija. Cuando se abrió la puerta, desde el interior me llegaron los olores típicos del abandono: pintura desconchada, humedad y polvo. Caminé a su lado, un par de centímetros detrás, tal vez, y dejé que me guiara en medio de una oscuridad demasiado densa como para hacerlo sola. Minutos más tarde, donde él se detuvo, se encendió una luz. Era la sala, y habría podido ser dos habitaciones de mi casa juntas.

Allie, con gesto dubitativo, examinó en derredor y la sombra que tiñó su rostro de facciones dulces, envió una línea de electricidad por toda mi espalda. Más que nunca, el Alan que yo tenía frente a frente, era tan frágil como el cristal.

—Esteban me dio las llaves —dijo, con aire pensativo y lejano, muy lejano.

Me guardé las manos en los bolsos traseros de mi pantalón, mientras examinaba los ojos de mi novio con mucho miedo de que se rompiera en trizas. Aquella casa significaba demasiado, y me vi envuelta en una maraña de reclamos: ahora que veía de cerca cómo le dolía el volver al lugar en el que su madre había muerto, supe que no quería hacerlo pasar de nuevo por ello.

Di un paso al frente, y pegué mi cabeza a su pecho, al tiempo que envolvía mis brazos en él. Sus manos se levantaron tan rápido que no me di cuenta de cuándo alzó mi cara para que lo mirara a los ojos.

—Hace como cuatro días —susurró— me di cuenta de que no hay nada que no haría por ti, Lennon.

Intenté sonreír, pero preferí fingir que observaba el armazón de sus lentes y el color verde acuoso que se perdía en sus pupilas: también, entre destellos de luz, se alcanzaba a distinguir un poco de azul petróleo. Sin embargo, era la aureola dorada lo que volvía sus ojos llamativos como el cometa Halley.

Hundí la nariz en su cuello, estirándome fuera de mis alcances. Él puso su boca en mi frente y me dio un beso suave, sin hacer mucha presión.

—Ven —musitó, mientras hacía que retrocediera un poco.

Sujetó mi palma otra vez y se abrió paso entre los muebles de la estancia, que estaban cubiertos por sábanas blancas y llenas de polvo. Nos tomó casi nada cruzar el rellano de la escalera y subir a la segunda planta, a donde estaba todo sumergido en una oscuridad tan terrible que, su respiración y la mía, fueron víctimas del vicio que flotaba en el ambiente.

Traté con todas mis fuerzas de hacerme un espacio junto a él conforme caminábamos más lento, y no fue sino hasta que me apretó la mano, ya en el segundo piso, que supe a dónde me llevaba.

—No, no —le supliqué, tirando tan fuerte de su brazo como me fue posible.

Él se volvió, un gesto de tristeza en su rostro. Para entonces, sus ojos estaban llenos de lágrimas, y parecía estar luchando consigo mismo por contenerlas.

—No pasa nada —dijo. No obstante, supe que me estaba mintiendo. El temblor de sus dedos me era perceptible, y el calor sofocante que nos rodeaba no hizo otra cosa sino ensombrecer su semblante y acabar por hundirlo en los recuerdos—. Tú estás aquí, Lennon. Estoy bien así.

Parecía más confiado, aun así, y ni eso logró disuadirme de seguir caminando.

—No quiero ver el sitio en el que murió tu madre. —Casi estaba gritándole. Él, en cambio a esas veces en las que había reaccionado mal, tragó saliva. Lo que vi en su rostro me hizo amarlo más que en ningún otro momento; quería retribuirle el dolor con besos, con caricias, con lo que fuera: pero no era capaz de hacerle eso.

No era capaz de amedrentarlo así, de provocar una fisura más en su alma.

Allie respiró hondo, cerrando los ojos y contemplando el alrededor al abrirlos. Volvió hasta mí, incapaz de dejarme en mitad del pasillo. Sus labios buscaron los míos con el frenesí que le supuso tragarse las lágrimas; me sentí como si estuviera sacando la fuerza que no tenía entre mi boca, mis suspiros y las palabras que no podía decirle.

—Cuando yo llegué aquella noche —gimió al apartarse, pero seguía cerca de mí como para volver a refugiarse en mis labios— la casa estaba así: oscura.

—Alan...

Me silenció besándome otra vez, con el mismo ahínco, con los mismos dolor y esfuerzo; además, sus manos me apretaron la cadera y me hacían presionarme contra él, más si se podía. Como respuesta, lo abracé tan fuerte que los dedos me llameaban. Quería buscar su contacto, sí, pero también quería marcharme.

El miedo que él le tenía a la oscuridad, aunque aparentara muy bien, se notaba cuando te lo quedabas mirando. Cada poro de su piel se veía temeroso de no poder ver hacia dónde se dirigía.

—Te amo, vida. Te amo —insistió.

Contuve el aire y dejé que me siguiera abrazando, aún en las sombras, adonde la luz no nos alcanzaba y el monstruo oculto en alguna parte de la casa nos miraba, expectante, con ganas de que avanzáramos. Mi intención no era hacer pedazos a la persona que me hacía respirar con la emoción más libre de mi vida, sino que, mis deseos en cuanto a él, rondaban la salvación, la línea

que roza la plenitud.

Mi apego, noté mientras absorbía su olor a madera, creció en ese instante más que cuando compartíamos la intimidad del cuerpo. Más que cuando cantábamos: compartir un secreto con él, para mí, significó partir por la mitad mi alma y saber que nunca la recuperaría; fui consciente del cómo me olvidé de la seguridad de la independencia y, aun así, me dejé ir en su calor.

No podía pedir nada más estando de ese modo con él, agradecida porque quisiera vencer demonios invisibles, pero siniestros.

—Por favor, al menos enciende la luz —supliqué como último recurso.

Lo observé parpadear varias veces seguidas y lo vi, atenta, hasta que dio pequeños y lentos pasos hacia el muro contiguo: entonces la oscuridad se esfumó como un rayo, empujada por las luces del techo, que eran pobres pero suficientes. La cara de Allie, cuando lo alcanzó la claridad, se tornó confusa.

Había cansancio en su mirada, de modo que fui hasta él y sujeté su mano de nuevo.

—Vámonos ya.

Él negó con la cabeza, decidido a continuar con algo que comenzaba a torturarme a mí en la misma cantidad que a él: le había dado la mitad de mí, y seguía sin saber si estaba notándolo. Seguía sin conocer sus pensamientos y el rumbo de sus decisiones. Aunque en el fondo yo quisiera con todo mi corazón prolongar lo nuestro hasta mi muerte, el día de mañana resultaba terroríficamente incierto.

Allie no quería percatarse de ello, y eso era lo que me hacía guardar silencio luego de sus «te amo». Aún me quedaba un trozo de seguridad allí, pendiente del futuro, segura de que, si él cambiaba de opinión en un tiempo muy próximo, yo tendría un arma con la cual enfrentarme al escarnio del mundo.

Entramos en la última habitación del pasillo. Alan fue el primero en hacerlo. Yo me abracé a mí misma, consciente del frío cortante que de pronto había comenzado a hacer. Aquel cuarto, de longitudes pequeñas y cómodas, olía a medicamentos y a depresión. Olía a eso que huelen las personas cuando ya no se aman más a sí mismas.

La habitación donde la madre de Allie había llevado a cabo su suicidio se sentía vacía, a pesar de la enorme cama, de los burós, y del bonito tocador hecho de madera de parota. Él fue a sentarse sobre el colchón, con los antebrazos colgando de cada una de sus piernas. Llevaba un suéter delgado y unos pantalones de mezclilla que seguro le estaban provocando más frío del habitual.

Yo sabía que estaba esperando a que examinara lo que tenía frente a mis ojos. Así que caminé en círculos mirando a diestra y siniestra. En el tocador, todavía había vestigios de ella; una pequeña bolsa tenía, incluso, algunas pertenencias afuera, como si las hubiera vomitado. Alan no se puso de pie, y le escuché suspirar.

Continué mirando el tocador; perfumes a medio terminar adornaban la superficie, un cepillo de hebras duras, loción para el rostro, jalea real a modo de crema. Y una credencial de identificación junto a una pulserita de cuencas blancas.

—Nadie tuvo el valor de mover sus cosas —musitó Allie, acercándose a mí.

En la foto de identificación, su madre había apenas esbozado una sonrisa. Tenía los ojos de color azul, muy profundos, y el cabello castaño como Allie, igual de rizado, igual de sedoso. La piel, tersa como lo parecía, también era una señal de herencia para su único hijo. Y tenía el mismo lunar a la altura de la mejilla, arriba de la comisura izquierda del labio superior.

Mitigué mis ganas de llorar y leí su nombre.

*Su nombre.*

—Perdóname —dije, apretando los ojos con tanta fuerza que una línea ininterrumpida de lágrimas se deslizó hasta mi mentón.

Allie, que había caminado desde la cama sin que yo me diera cuenta, me obligó a soltar la credencial y la dejó en su sitio, para atraerme hasta sí en un abrazo que me sacó el dolor por los nudillos de los dedos, cuando lo presioné para que no me soltara, para que sus manos continuaran dándome vida a través de su música, de sus caricias y de la forma única en la que me hacía sentir siempre que estábamos juntos.

Se agachó un poco y me susurró casi en el oído—: No vuelvas a mentirme. Por favor. Ni a intentarlo.

Con sus palabras, ya no supe si en verdad aquella visita a su pasado había sido un castigo o un acto de valentía por su parte. Pero me obligué a no decir nada y a deglutir cada una de las atrocidades que me estaba imaginando. Allie me mantuvo contra su pecho alrededor de diez minutos, mientras me contaba que su madre se había sumergido en una depresión sin salida luego de que él dejara totalmente de ver al especialista. Parecía que Belén García, su madre, no había podido tolerar que su marido la dejara; eso a mí se me antojó extraño. Allie no lo mencionó, pero la sensación de oprobio deambulaba junto a nosotros sin que él lo evitase. Era como si estuviera omitiendo ciertos detalles en sus oraciones.

El relato de su tratamiento lo resumió en las bastantes horas que pasó yendo a reuniones con gente que decía entenderlo, pero que en su vida se imaginaba lo que significaba llegar a tu casa, en total penumbra, y tropezarte con el cuerpo de tu madre.

En definitiva, yo podía entenderlo. Podía saborear el terror nocturno de buscar a una persona entre la bruma y no hallarla, y de suplicar que aquello no sea más que una pesadilla. Allie era el otro lado de mi moneda, la esperanza de saber que, cuando cosas malas te pasan, siempre que sigas buscando habrá una salida. *Una persona*, aunque sea, que pueda sacarte del silencio miserable.

Bajamos a la primera planta y él se mostró un poco más callado y, aun así, hizo todo lo que pudo por permanecer estable para mí. Me sujetó la mano mientras nos dirigíamos a la salida, y me besó en el porche de la casa; me di cuenta de que mi presencia allí, le daba valor. Y saberlo me causó un nuevo salto en el pecho. Mi corazón era totalmente suyo, porque respondía a cada uno de las inyecciones de energía que me proporcionaba con solo tocarme.

Al entrar en el auto, Allie no volvió a mirar la casa, ni volvió a poner música. En realidad, me besó la mano y se dedicó a manejar en silencio. De vez en cuando, sobre todo en los semáforos, suspiraba; era un acto de defensa por parte de sus pulmones. Se le oía respirar como si quisiera desahogarse, como si quisiera sacar todo de a una. Entretanto, yo me hundí en mis cavilaciones. El nombre de Belén García se repetía en mi mente con una constancia terrible.

Quería dejar de pensar tanto. De verdad, quería detenerme. Pero la voz de Fer y de Eduardo hacía eco entre mis neuronas como si ellas mismas tuvieran vida propia.

Tony se apellidaba García también.

Por un momento, me encontré visualizando cada uno de los detalles que Allie no había dicho; su antigua enfermedad, la deficiencia genética que padecía, el suicidio de su madre, y ese secreto que a mí se me cayó encima como la posibilidad más corrupta que nunca había pensado. Me mordí el interior de la mejilla y deseé, con el alma, que aquella idea no fuera más que producto de la emoción anterior.



## 25. Música en sus manos

Si Alan dejara de enojarse con Nancy, a lo mejor a mí me resultaría más sencillo el no pensar que lo que tiene con ella es otra cosa, no que simplemente le cae mal. A veces, cuando las cosas se vuelven difíciles en tu entorno, no quieres mover ni un pie, ni siquiera respirar por miedo a utilizar la poca estabilidad mental que te queda: eso le sucedía a Allie, pero no me lo iba a decir, por supuesto.

Lo peor de todo era que, por mí, Nancy estaba esforzándose para no tirar los aislantes de sonido y dejar la cabina de grabación.

—De nuevo. —Fabi alzó la voz para hacerse oír y le hizo una seña a la chica, que estaba sentada en un banco con el micrófono de frente.

Mi novio se removió en su lugar, con la impaciencia aflorando en cada uno de sus ademanes. Daban casi las tres por la tarde. Yo me encontraba a su lado, en un banco de metal. Habíamos quedado de ir a comer juntos con mi madre para que Allie pudiera despedirse, porque aquel era su último día en la ciudad.

El fin de semana partiría para comenzar con su tratamiento. Por lo cual yo me sentía nerviosa y apabullada, como si me hubieran metido por la fuerza un puño a través de la boca.

—Está cansada —les dije a ambos.

—Que lo repita —contestó Alan, sin mirarme.

Fabiano respiró profundo y movió algunos botones en la consola de mezclas. Entonces Nancy —la vi desde mi sitio— apretó los ojos e hizo una inspiración que se notaba cuánta de su energía llevaba. Me puse de pie, incapaz de observar más cómo los dos hombres la torturaban. Yo sabía que Allie se iba a molestar conmigo, pero no me importó. También sabía que su carácter para con la chica se debía a los extraños celos que él sentía hacia ella. No me lo había dicho, pero todo mundo lo notaba. Cosa que me pareció, además de estúpida, muy confusa: porque en un principio yo había sido la primera en querer alejarme de ella.

Pero ahora no podía hacerlo.

El director de la escuela le había conseguido, a Nancy, un sitio en una pensión para universitarias, de modo que ya no estaba quedándose en mi casa, pero en más de una ocasión, cuando Alan llegaba o me llamaba después de la escuela para pasar por mí o quedar de vernos, ella se encontraba conmigo. Así habían comenzado sus celos. No de manera repentina, sino poco a poco, mientras ella y yo pasábamos cada vez más tiempo juntas.

Hablábamos de todo, y con mucha sinceridad. Ella tenía una lengua afilada sin querer, y para este momento había comenzado a ser más abierta conmigo. Igual que Allie, Nancy juraba no saber qué hacía yo estudiando filosofía y admirando a un ateo si yo era creyente; le dije, la última vez que preguntó, que la filosofía de mi Dios se asemeja mucho a la lógica moral del mundo.

Por ejemplo, no hagas lo que no quieras para ti, no juzgues como no quieres ser juzgado; y, sobre todo, perdona setenta veces siete.

—¿Y la homofobia? ¿Cómo le llamas a eso? —había dicho con tono de sorna.

Tras pensármelo unos minutos, cavilando en la historia que conocía superficialmente del

antiguo pueblo judaico, le dije—: Libre albedrío. Si no entiendes una ley, no puedes ejecutarla.

Cambiábamos de tema cuando la chica juraba que la biblia no tenía sentido.

Yo sabía que para mucha gente no lo tenía, pero si yo se lo encontraba, no le veía el problema: después de todo, era una ciudadana tranquila, que no cometía delitos ni hacía de mi vida una bandera de perfección; porque estaba claro que no lo era. Sartre, en cambio, me había enseñado que para amar a una persona no es necesario que la comprendas del todo, y que en muchas ocasiones es mejor vivir preso de un sentimiento que libre y en soledad.

El apóstol Pablo juraba estar siempre preso de Jesucristo, pero la emoción de saberte parte de algo, es algo que no todo el mundo se da el lujo de experimentar.

—Tienes que relajarte —le susurré a Nancy, fingiendo que le acomodaba los audífonos.

—Yo creo que le hace falta sexo —farfulló.

Estaba muy enojada, y yo la entendía. Allie podía ser demasiado exigente si se le daba la gana. Como en este momento.

Sacudí la cabeza y eché un vistazo por encima de mi hombro, mirándolo desde el lugar en la cabina donde Nancy continuaba cantando el tema que mi padre y Adriana habían preparado para ella.

—Relaja el estómago, cierra los ojos y piensa en helado de chocolate —le sonreí.

Nancy volvió a negar, pero el semblante rígido de su hermoso rostro se suavizó. Así que, satisfecha por tener el poder de calmar a un par de bestias, salí de la cabina y regresé a mi lugar junto a Alan, no sin antes plantarle un beso en la boca y apretar la punta de su nariz entre mis dedos. Entornó los ojos al retirarme, y me reí porque ya estaba muy acostumbrada a sus despuntes de caprichoso.

Al final, consiguieron un resultado mediano, bajo la descripción de mi novio, pero le prometió a Nancy que, si para el final de mes no tenía la vocalización necesaria, acabarían de lleno con la clase. Hacía como una semana le había preguntado por qué se había vuelto a inscribir en el horario de Alan, y ella respondió que, aunque le costara verlo, y aunque se llevaran tan pésimo, Allie era el mejor en vocalización de la escuela, incluso mejor que Adriana.

Gabriela me había preguntado si la atracción que la chica sentía por él había cedido, pero la verdad era que ya ni siquiera pensaba en ello. No me importaba. Si Nancy estaba duro con un caso perdido, era su problema, no mío. En el sentido de la fidelidad, jamás me atrevería a dudar de Alan. No en el punto de nuestra relación en el que nos hallábamos.

Mientras Fabi preparaba sus cosas para retirarse y él y Alan platicaban de no sé qué estudiante prodigio, Nancy tiró de mi antebrazo y me hizo acompañarla hasta la salida.

—Asegúrate de quitarle su mal humor, que cansa —sugirió, sin dejar de sonreír.

—Voy a pasar por el café en la tarde —le dije, cruzándome de brazos e inspeccionando el pasillo a lo largo y a lo ancho. Cuando Fabiano salió del estudio, respiré hondo y agregué—: ¿Allá te veo?

Nancy dijo que sí con la cabeza y respondió una llamada, sacando su móvil desde el bolsillo en la mochila. En cuanto se volvió para marcharse, regresé a la habitación oscura y cerré la puerta detrás de mí. Allie estaba escuchando la repetición de la canción de Nancy, y tenía el gesto en la cara de cuando se acercaba entre nosotros una charla puntiaguda. Estaba enojado y se le hubiera notado a cientos de kilómetros de distancia. Por eso mismo puse mi cadera contra la consola, ya apagada, y lo miré, abrazada a mí misma.

—Ya sabes que no me gusta que te metas en las sesiones —dijo, sin levantar la vista.

Ya lo sabía, pero él también sabía que estaba dejando que le ganara el repelús hacia alguien

que la verdad no tenía la culpa de nada.

Suspiré.

—Nancy no está enamorada de mí —gruñí, con más veneno del pretendido. Ahora sí, Allie alzó su mirada, oscurecida varios tonos, y me atravesó con ella por encima de sus gafas—. Estás siendo parcial y eso es incorrecto.

—Bromeas, ¿no?

—En lo absoluto.

—Lennon: ¿tengo que recordarte lo que quería de mí hace seis meses?

Traté de comprender su punto, pero resultó que no lo compartía.

—Es lo que llevamos saliendo —dije, malhumorada. Él se repantigó en la silla: sabía que yo tenía razón. Obviamente, no dijo nada para reconocerlo—. Dime por qué, además del tiempo, deberías estar celoso de ella. —Me erguí para caminar hacia él, y al colocar las manos en el apoyabrazos, junto a los suyos, me incliné casi hasta rozarle los labios—. Creo que he sido bastante clara con mi sexualidad.

Cuando Alan cerraba los ojos y respiraba profundo, surgía cierta melancolía a su alrededor: no era un hombre orgulloso, ni soberbio, era más bien del tipo sensible e intenso; su interés en mí resaltaba cuando estábamos en medio de ambientes musicales, escuchando jazz, blues, o alguna de las variantes del rock que a mí me gustaba. Allí mismo, el aura melodiosa que nos rodeaba, se incrementó cuando él me atrajo con una de sus manos y me besó. Le correspondí, así como me encontraba de pie, pero acabadas mis ganas de tener la espalda flexionada en un ángulo muy incómodo, me senté en su regazo, y me permití absorber el aroma de su perfume, que siempre terminaba impregnado en mi ropa y en mi piel.

Aquella sensación, la de sus manos acariciándome, era ensordecedora. En el momento en el que él se arrellanó de nuevo, y volvió la caricia más profunda con su lengua, me di cuenta de que las ganas que tenía de su cuerpo no cedían ni aún si me encontraba en un lugar poco indicado como lo era el estudio de grabación.

Alan tenía música en sus manos, y hacía de mis terminaciones nerviosas, la cumbre de un monte a punto de colisionar.

—¿Ya nos vamos? —le pregunté, mientras sentía que me apretaba la piel en la cadera.

Él murmuró algo en contra de mis labios, y terminó el beso de tajo. Al separarse, alcancé a ver el color rosado de sus mejillas y la manera en la que sus pupilas se habían expandido. Examiné la ternura que irradiaban sus ojos cuando estaba excitado. Y vi que me encantaba provocar esas cosas en él. Sus nervios, sus pensamientos pecaminosos, sus fantasías; quería torturar su libido siempre y cuando acabáramos en su cama o en la mía, dependiendo de qué padres no se hallaran en la casa.

—Entonces, esta nueva amistad tuya con Nancy... —me tanteó, poniéndose de pie una vez que yo había hecho lo mismo—. ¿Va a continuar?

Lo estudié durante unos minutos, y luego respondí—: Acuérdate que todos merecemos una segunda oportunidad.

Allie me volvió a mirar con ese dejo de acritud en sus ojos, pero no le di importancia. Él sabía que lo nuestro estaba creciendo también gracias a una segunda oportunidad; gracias a un salto al vacío.



A pesar de que el aeropuerto era inmensamente siniestro, papá y yo nos obligamos a permanecer con sonrisas en los rostros; mi madre no tenía la mejor cara y mi tío parecía cada vez más impaciente. Las personas pululaban en ese lugar con más prisa que en ningún otro sitio, y nadie se preguntaba si incomodaban los codazos, las imprecaciones y los cuerpos sudorosos que no habían usado desodorante ese día.

Me había permitido faltar a mi curso preparatorio antes del seminario de filología que tendría dentro de un mes; las vacaciones de invierno aún no terminaban y papá había recibido su licencia antes postergada durante las fiestas navideñas, de modo que acompañar a Celia a su partida a los dos nos acomodó bastante bien.

Cuando mi tío se acercó al mostrador para hacer los últimos trámites del viaje, mi madre dio un paso hacia Aarón y, abrazándolo con firmeza, pero lejana, aun así, alcancé a escuchar cómo murmuraba un par de cosas en su oído. Luego fue mi turno de abrazarla, e hice todo lo que pude por no sentirme extraña demostrándole a mi propia madre que nuestra conexión estaba por siempre rota.

Justo como la de Tony con Alan.

De cualquier manera, le expliqué que aquel año estaba inscrita en el verano a dos cursos más que tenían que ver con la filosofía de los primeros pensadores, y ella, altruista como nunca, me contestó que llegaría el momento en el que las dos estaríamos frente a frente sin una enfermedad de por medio. También me dijo que le alegraba mucho que estuviera con Alan, y que por favor si llegaba a visitarla en Arizona al terminar con su tratamiento, no dudara en invitarlo.

Me planteé la opción de hacerlo, pero me vi dudando de mi capacidad de confiar en mis celos tan lejos de casa. Tras verlos abordar y sentir que en realidad mi madre y yo habíamos limado las asperezas del pasado, Aarón y yo nos devolvimos al estacionamiento. En su auto nos rodeó un aire tibio, tranquilo, como si hubiéramos terminado de construir un puente. Sin embargo, él sabía que yo estaba absorta por una razón ajena a la de mamá, y le agradecí el que no fuera a preguntarme nada al respecto. No le iba a decir que tenía arritmias provocadas por el pensamiento horroroso que me torturaba desde hacía semanas; acababa, por principio, de leer un montón de artículos acerca de la Granulomatosis y de lo que pasa cuando los padres comparten cromosomas recesivos idénticos.

El médico de mi madre, aunque no era especialista en el tema, me había dicho que había motivos varios para el mal patógeno. Por eso me dije a mí misma que la duda que había nacido de la identificación de Belén, era solamente una consecuencia de todas las cosas que Alan me había ocultado desde que nuestra relación se dio por iniciada.

Respiré el aire frío al abrir la ventanilla y encontré que el susurro del viento me acariciaba la piel del rostro como si quisiera recordarme cuánto tiempo tenía para disfrutar de mi realidad.

—Alan dice que ya sabes lo del trasplante —dijo mi padre, de pronto más sonriente.

Recargué la cabeza en mi asiento, convencida de que aquella sí era una plática que no podía posponer.

—Es un irresponsable —musité.

—No fuma seguido —espetó Aarón. La sonrisa no se había difuminado de su rostro, en cambio sus ojos también sonreían.

Mi padre, visto desde este ángulo, parecía otra vez un muchacho de veintitantos años. Su cabello era del mismo tono que el mío, pero sus ojos irradiaban calidez emocional, palabras

certeras y convicciones enraizadas en una sola secuencia: *vive hoy*.

Negué con la cabeza al notar que cada vez que Alan sabía algo importante, mi padre se enteraba de ello, o que cada vez que Aarón se enteraba de algo importante, Allie terminaba enterándose también. Me sentía tan segura en ese triángulo de amores diferentes, que me figuré en la mente como una mujer sosteniendo una balanza. Mi equilibrio no dependía exactamente de ellos, sino de mí al percibirlos a ellos. Era mi manera de ver las cosas la que cambiaba mi mundo, y mi intención de continuar por ese camino se incrementó al percatarme de que mi padre se veía muchísimo más satisfecho que meses atrás.

—Sigo bendiciendo el día en el que te olvidaste de esas partituras —Cerré los ojos, sin ganas de ver una mueca lastimera por su parte: a ninguno de los dos se nos daban los momentos cursis, y yo había aprendido (gracias, Allie) a saborear el azúcar de ellos como si fuera una diabética rompiendo su estricto régimen alimenticio—. Ese día renací.

—Normalmente no me olvido de ese tipo de cosas —aludió mi padre. Lo miré de reojo tratando de comprender a qué se refería. Él prosiguió porque sabía que yo no iba a intervenir—. Una semana antes de que la terminara de escribir, Adriana le preguntó de dónde se la había sacado: nos contó que había conocido al amor de su vida en el callejón de El Atlántico. Le vi escribir el estribillo y nunca se me ocurrió pensar que se trataba de ti. —Una sonrisa se dibujó en sus labios, producto de los recuerdos bonitos—. Tuve que atar un par de cabos muy redundantes, y decidí hacer la prueba. Como tú me habías dicho sobre el muchacho del cáncer, y la canción de Alan hablaba de lo mismo, me pregunté si había alguna posibilidad de que estuvieran los dos hablando de sí mismos —Chasqueó la lengua en contra de sus dientes e hizo una mueca de impresión—. Fue algo psicodélico.

No existían palabras para que yo pudiera describir cómo me sentía mientras él me narraba la actitud de Alan luego de habernos visto. El cómo se preguntaba una y otra vez de qué forma decirme sus secretos, de qué manera reaccionar si se le salían de las manos. Papá no me había contado nada de eso porque lo creía innecesario. Dijo que me había visto prendada de él mucho antes de que incluso yo me diera cuenta. Después añadió que cuando el amor se torna así de profundo, no hay una filosofía que pueda entenderlo.

Le creí; no solo porque era mi padre y porque confiaba en él, sino porque mis sentimientos hacia Alan se habían vuelto viscerales.

—El tiempo no cura las heridas —continuó, con aire de tortura—. Esas cicatrizan y se quedan; lo que tú tienes que hacer es tratar de aceptarte y seguir esperando por la persona correcta; la persona que te quiera aún con tus momentos malos y tus defectos. De otra manera, el amor es circunstancial nada más: ¿qué merito hay en eso?

—Todo mundo vive creyendo que el amor es complicado —susurré, abrazándome con más fuerza y presionando el botón para subir la ventanilla; desde afuera se colaba el aire más bruto que al comienzo, y ya no tenía tanto valor como para devorar un clima tan álgido.

Papá me sonrió, satisfecho de nuevo por mi respuesta.

A lo largo de veintiún años yo había aprendido a ser un humanito con muchísimos defectos; gruñona, antipática y sumergida en un mundo de personas egocéntricas que vivían muy alejadas de la realidad. Pero no me faltaba el carácter para reconocer que ninguna de mis experiencias vividas, se asemejaba al romance en el que estaba enfrascada; a Allie no le importaba mi impertinencia ni mis cambios de humor ni mis ganas de comerme su boca si lo tenía a un lado.

A él todo lo que le importaba era mi existencia.

—El amor es el amor, y listo —zanjó Aarón.

—Amén.

Yo no hubiera podido decir otra cosa mejor.

## 26. Fuera de las tinieblas

—Yo no digo que se esté aprovechando de ti —dijo Gabriela. Seguía marcando con el subrayador sus copias de Comte. Permanecí callada esperando a que levantara la mirada. Pero ella parecía no querer hacerlo—. Simplemente que se hizo fama y se echó a dormir.

Entonces me miró.

—No le voy a dar la razón a Allie —señalé. Mi voz se había tornado iracunda y frustrada—. Ustedes no pueden hablar de una persona así nada más.

—A ver —me apuntó, con el ceño fruncido—, nadie está diciendo que la chica te vaya a comer viva. Solo, me parece rara. Antes le gustaba tu novio, Nina.

—No vayas por ese lado —farfullé. Un nudo se formó en mi garganta. Recordar a Nancy, en ese momento en el que tenía la partitura de Alan entre mis manos, me causó un sabor amargo en la boca. Mis papilas gustativas también respingaron al comentario de Gabriela. Sin embargo, no hice nada más que pensar en si había algo de verdad en las palabras de mi compañera—. Vamos a cambiar de tema.

—Como quieras —dijo Gaby, encogiéndose de hombros.

Le regalé una última mirada antes de bajarla a la hoja que sostenían mis dedos. Me picó la sensación de quemazón en las yemas. Y luego comprendí que lo que Gabriela decía estaba justificado, pero seguía siendo incorrecto. Aunque debía agradecer el que estuviera preocupada por mí, no estaba segura de que golpearme con la vara de la desconfianza fuera del todo la mejor manera de explicarme su descontento en contra de Nancy.

Alan estaba casi en la misma posición, salvo que desde que a él le dije que parara, no lo había comentado otra vez. Ed y Fernando pensaban que Gaby y mi novio simplemente tenían celos: Nancy trabajaba luego de clases en el café de los novios así que era muy regular para mí pasar a por ella.

Durante varios minutos releí una y otra vez la canción de Allie, entendiendo que, si hablaba en ella de presión, de humo, cáncer y tinieblas mezcladas, era porque había encontrado un equilibrio entre ellas. Aun así, no veía cuál de todas las frases dolorosas se ajustaba a lo que trataba de transmitir con el tema. Era una secuencia que no describía el amor, sino la salvación, y no intentaba ni mucho menos entender al ser humano, sino vivirlo. La canción intentaba deambular fuera de las tinieblas, a donde la música no significaba más que ruido sin fundamento. Para demostrar que, incluso las risas, son sonidos melodiosos, vívidos, incapaces de ser imitados. Decía que las emociones se podían bifurcar y dividir.

Todo gracias a *una* voz en específico.

—¿Qué tanto le buscas? —se rio Gabriela.

Me extendió la mano, y al principio dudé. Pero terminé entregándosela.

La leyó en silencio, entornando los ojos. Cuando elevó su mirada y ésta se encontró conmigo, sonrió. Negó con la cabeza y me devolvió la hoja.

—A veces eres tan ingenua —dijo, en un bufido.

—¿Por qué? —Leí otra vez la introducción. El estribillo era lo más profundo que yo hubiera

sentido, tanto como una decepción.

—Porque la canción habla de ti, obviamente —ironizó mi amiga.

Abrí los ojos, víctima de la confusión pertinente de no ver con el corazón, sino con los ojos.

Hay cosas en el mundo que los filósofos nunca podrán entender; ni los científicos que escriben acerca de los procesos químicos en el hipotálamo. Esas reglas saltan los muros de la lógica y violan las leyes de la naturaleza: incluso y sobre todo leyes como la de la gravedad. La gente pierde el tiempo como se le da la gana, de todos modos, y no me atreví ni a juzgar a nadie por ello; ya no, al menos.

Si Allie había escrito aquello para —*por*— mí, hasta ese momento yo no había sido capaz de mirarlo porque estaba demasiado absorta esperando comprender sus ojos, sus ademanes y el silencio abrupto en su vida. Tiempo perdido, tiempo que no recuperaría jamás.

—¿Sabes qué? —Me puse de pie, recogiendo mis cosas y agarrando con mucha fuerza la partitura—. Tengo que irme.

Gabriela se extrañó, por supuesto, y abrió la boca como si quisiera decir algo, pero se arrepintió y me ayudó a guardar un par de hojas de mi tarea en el sobre carta que tenía frente a mí. Habíamos estado analizando un reporte para una tarea, pero las clases ya habían terminado desde hacía como dos horas.

Para esta parte del día, Nancy ya estaría en el café trabajando, así que me dije que pasaría a decirle que no podríamos reunirnos más tarde en mi casa. De pronto la idea de no ver a Alan hasta el siguiente día me pareció ridícula y tortuosa, aun para mí.

—Nina —me increpó Gaby mientras yo dejaba atrás la mesa de estudio en la biblioteca de la UNAM—. ¿Qué tan grave sería decir que Nancy me provoca celos?

—Ya lo sabía. —Esboqué una sonrisa, volví dos pasos hasta ella y le di un beso en la mejilla.

Gaby me agarró la mejilla y la apretó en un gesto de cariño, para luego entornar los ojos, ya sabiendo hacia dónde quería correr.

La canción palpitaba en mi mano derecha como si estuviera viva.

Mi corazón, ante el vaticinio, daba saltos extraños mientras mi cerebro se debatía entre derretirse de amor o congelarse por la cantidad de químicos que estaba segregando justo en ese momento, hipnotizada por la idea de que la canción fuera para mí. Recordé, al salir del campus, que Aarón me había dicho cómo supuso que yo era la chica de la música en Alan. Lo que me llevó también a recordar cuando Allie había dicho que la canción tenía un enorme hueco. Que algo faltaba.

No era el título, sino palabras; había varias frases inconclusas que volvían las estrofas un poco apuradas, y la única manera que tenía de saber en realidad cómo repararla era preguntándole directamente si la letra estaba enfocada en la noche de la lluvia, del humo y del cáncer. De modo que abandoné a prisa el colegio, tomé un taxi y le indiqué la dirección.

Entré en el café más apurada que antes, consciente de que Nancy querría saber a dónde iba con tanta prisa. Apenas me vio, dejó el mostrador que estaba limpiando y, secándose las manos en el delantal, avanzó hasta mí con pasos lentos y decisivos.

—¿Qué sucede? —preguntó, con una sonrisa.

—Dijiste que Alan había comenzado a componer dos años atrás —anuncié.

Ella sacudió la cabeza, mientras se cruzaba de brazos.

—¿Habías leído su canción?

—He leído varias de él —dijo, con tono ausente.

Me mordí el labio inferior y suspiré. Nancy enarcó una ceja, mostrando su mirada de recelo.

Últimamente, si yo me ponía en plan misterioso, la usaba.

—¿Ésta? —se la mostré.

La sujetó con un leve titubeo.

—*Dios...* —musitó, leyendo rápido. Intentó, también, decir algo. Pero las palabras habían huido de su boca, según vi—. Leí una estrofa por accidente y no le gustó nada. Valdrá una fortuna, seguro.

—No creo que vaya a querer venderla —sugerí.

—Habla de ti, por lo que veo —sonrió ella—. Qué romántico que es, eh.

Puse los ojos en blanco. Nancy miró a un par de chicos que entraban en el establecimiento. Suspiró, sabiendo que tenía que volver a sus obligaciones.

Yo le recibí la partitura y la sostuve, perdida en mis recuerdos y en mis suposiciones.

—Ya vete —me exigió la chica.

—Mañana quedamos ¿está bien?

Dijo que sí con un asentimiento, y después entró al café al tiempo que sacaba de su delantal un block de notas. En cuanto la perdí de vista, me di media vuelta y caminé hacia la parada del autobús. Primero tenía que ir a mi casa y ajustarme un par de cosas. Después... Después tenía cosas que aclarar con mi novio.

*Después.*



En El Atlántico había muy pocas personas en comparación con los empleados que solían deambular por allí usualmente; solo se encontraba el tipo rapado de los tatuajes, una chica de cabello negrísimo, vestimenta poco adecuada para el frío y ademanes más helados que la temperatura de la Ciudad de México durante el invierno.

El sujeto de la barra, el calvo, me hizo una seña hacia las escaleras, así que no me molesté en llegar a saludarlos —sus modales eran muy raros— y continué mi trayecto hacia la segunda planta del lugar. Por extraño que pareciese, llegar de incógnita no me gustaba del todo, porque no le había dicho a Allie que iría. Y porque no sabía si Tony andaría rondando por allí.

Ya no me importaba que Alan se sintiera incómodo con nosotros juntos en una misma habitación, pues yo misma había comenzado a sentirme rara en presencia de su padre. Por eso, antes de tocar la puerta, y cuando oí que estaban hablando en una voz demasiado candente como para que fuera una simple charla, agaché la mirada al suelo y decidí esperar para que el calor de su discusión no me quemara a mí.

Tony estaba diciendo algo de Acapulco, y Alan apenas si se escuchaba, aunque yo podía diferenciar el timbre de su voz por encima de los gritos de Antonio García. Sin embargo, el hecho de que sus pasos se oyeran por el pasillo del vestíbulo, no me amedrentó en lo absoluto. Y no era debido a que me sentía enojada hacia él, sino porque ahora que lo trataba más a menudo, me había fijado muy bien en su comportamiento.

A Alan lo trataba con mucha educación, casi con pinzas, pero de ahí en fuera se limitaba a estar en la casa como un mero vigía. El papel de padre le venía demasiado grande como para que yo se lo pusiera, y Allie siempre lo llamaba Tony a secas.

La puerta se abrió con estrépito, como si él hubiera querido desquitarse con la madera. Al

principio, no reparó en mí porque estaba revisando su billetera, pero en el momento en el que sus ojos azules, gélidos como el Polo Norte, me escudriñaron, traté de adoptar una posición imparcial.

Traté, con todas y cada una de mis fuerzas, de no demostrarle cuán mal me caía el que nunca hubiese madurado.

—Me imagino que conseguiste lo que querías —se rio.

Era obvio que su comentario no iba enfocado en hacerme sonreír, de modo que fruncí las cejas y di un paso al lado, apartándome para que él pudiera salir.

—¿Perdón? —le dije.

Tony sacudió la cabeza mientras se guardaba la billetera en la bolsa trasera del pantalón. En cuanto bajó las escaleras, entré al departamento, y cerré la puerta al tiempo que intentaba sacarme la ira del cerebro.

De ninguna manera le iba a decir a Allie sobre lo que me había dicho su padre.

El trayecto hacia la estancia se me antojó tan lento que estuve tentada de creer que el tiempo se había detenido, y que mi alma se encontraba todavía presa del desconcierto.

Toda esa inseguridad, y el repentino enojo por la manera en la que Antonio me había hablado, se fueron cuando vislumbré a Allie recostado en el sofá más grande de la sala, con las piernas repantigadas y Rib en su regazo. No estaba tocando nada, y hacía repiquetear las cuerdas como un mecanismo de sus dedos; tenía la cabeza echada hacia atrás, en el apoyabrazos, y los ojos cerrados.

Me incliné para besar su frente, a donde los rizos de su cabello no se veían por la posición que tenía.

—¿Nunca te he dicho lo bien que te sientan las vacaciones? —le pregunté.

Lo primero que hizo antes de abrir los ojos e incorporarse, fue sonreír. Dado el anterior momento iracundo de Tony, sí pensé que lo hallaría un poco... retraído, pero estaba tan relajado como luego de que pasáramos la noche juntos. Estiró su mano al dejar a Rib en el suelo, sobre el estuche, y me pidió que me sentara a su lado. Traía puestos únicamente los calcetines, y llevaba una camiseta acompañada de un pans que se veía muy cómodo. Lo examiné mientras él se pasaba la mano derecha por el cabello, despeinando más su fleco.

—Creí que hoy le tocaba a Nancy —murmuró.

Me dio un beso en el cuello, y me acercó más a él.

Yo quería preguntarle lo más rápido posible sobre la canción, sobre lo que decía en ella y si era cierto que se sentía así por mí mucho antes de haberme conocido incluso. No le dije nada de lo anterior, sino que esperé pacientemente a que me besara la piel del mentón, el lóbulo del oído izquierdo y luego, al hacerme mirarlo, los labios.

Prolongó un par de caricias hasta que satisfizo su necesidad de tocarme, al menos por ahora.

—Fui a verla antes —me disculpé.

Alan enarcó una ceja. Sujetó mis mejillas con sus manos y volvió a atraerme. De nuevo, me hallé sumergida en su olor, en su calor y en la forma tan sutil en la que se metía por los poros de mi piel. Poco a poco, me olvidé del exabrupto en la entrada de su hogar, y mi corazón rugió para que dejara salir la incomodidad respecto de la partitura.

Hice lo que pude para apartarme, pero con un gruñido en contra de mi boca, Allie no dejó que me escapara.

—Tony puede llegar —le supliqué.

Él tiraba de mí cada vez con mayor ímpetu, así que hice acopio de mi fuerza de voluntad, la

que a veces se escondía, y lo miré a los ojos después de terminar de besarlo.

—Eres terrible —se quejó.

—¿Estaban discutiendo?

Mis palabras causaron un cambio inmediato en su mirada. No era algo escandalizado ni que denotara cólera, pero sí hizo una mueca de fastidio mientras volvía a echar la cabeza hacia atrás, salvo que ahora en el respaldo del sofá.

Sacudió la cabeza, y cerró los ojos.

—Creo que se va a mudar —dijo.

Puse el brazo en el respaldo y, estirando la extremidad, le acaricié el fleco. Allie no se movió ni intentó buscarme otra vez.

—¿Adónde? —inquirí, de pronto siendo consciente de lo que me había dicho.

Entonces me observó, al tiempo que respiraba profundo.

—No sé. —Se mordió un labio, y tras esperar por varios minutos, continuó—: Pero es lo mejor, supongo.

—¿Cómo es eso?

—Pues a mí me gusta que pases tiempo conmigo —suspiró. Miró hacia el frente, irguiéndose y sujetando una de mis manos, la que estaba más a su alcance—. Hace mucho que no necesito un chaperón y él lo sabe.

Alcé las cejas, impresionada por sus palabras. Cuando Esteban me había dicho que era él quien asumía los gastos adicionales del bar, nunca me imaginé que Alan estuviera al tanto.

—¿Hace cuánto que hablas con Esteban?

Tardó unos momentos en contestar, porque se levantó y fue hasta el piano, a donde su móvil había timbrado anunciando un mensaje, pero al hacerlo, había determinación y paz en su voz, como si hubiera aceptado algo sin que yo —o nadie más— se diera cuenta.

—Desde que te contó lo del trasplante.

Dejé el sofá con cierto recelo rumiando mi conciencia. Por supuesto, no le hice saber que tenía sentimientos encontrados en cuanto a Tony; por mucho que estuviera molesta con su forma de *no querer* a su hijo, sí me causó revuelo el saber que se iría quien sabe a dónde. No le deseaba ningún mal y eso hacía que me sintiera un poco culpable.

Lo único que podía pensar era que Allie, mi novio, le había echado.

—¿Le pediste a Tony que se fuera? —pregunté.

Recargado en la parte trasera del piano, Alan me estudió durante largos instantes, para luego decir—: No. Le dije que quería contarte algo que, según él, solo debería importarnos a nosotros.

Dio un paso en mi dirección y se agachó para besarme, mientras sostenía mi cara con fuerza y me pegaba a él con la necesidad siendo más que evidente para mí. Coloqué las manos en su cintura, y al despegarme de su boca, puse la frente en su clavícula.

Olía a cosas inigualables.

—La gente dice que escribiste esto para mí —saqué la partitura de mi bolsa en la sudadera, y se la entregué—. ¿Lo hiciste?

—Pensé que ya lo sabías —se extrañó.

Negué con la cabeza, lamiéndome los labios.

Él sonrió, y al sujetar la hoja, entornó la mirada.

—Te lo he dicho de mil maneras posibles, Lennon. ¿Cómo...?

—He estado muy ocupada tratando de comprender cómo fue que me enamoré de ti tan rápido y cómo siento que... *puedo morir mañana y no encontrarte.*

Su gesto se transformó en uno de parsimonia tras escuchar que citaba la última frase de su propia canción. Siguió leyéndola, pero esta vez como si fuera la primera que lo hacía. Lo dejé que se hundiera en sus palabras y que recordara aquella noche en la que mamá me había anunciado que se iba de vacaciones con mi exnovio.

El recuerdo ya no me dolió.

—Vivo porque existes —sentenció, entregándome de vuelta la partitura—. Llena los huecos.

Asentí, sin decir nada más.

—Oye... —susurró él. Caminábamos de regreso hacia la sala, en medio de una sensación de apego que ya se nos había salido de las manos—. Voy a cenar con Esteban, ¿me acompañas?

Aunque no quería hacerlo, sonreí. Me sentía feliz como nunca de saber que las barreras a su alrededor se iban yendo como por arte de magia.

—Pues, sí —dije.

Él me dio un beso en los nudillos y se dejó caer en el sofá otra vez. En la mesilla, al frente, abrió su laptop y me pidió que buscara la última sesión de Nancy. Analizamos juntos sus avances, sus notas en general, su vocalización; y descubrí que Alan se había acostumbrado a mi presencia también alrededor de su trabajo. Incluso que le agradaba.

A mí me encantaba formar parte de ese espacio que no le había dado a nadie, jamás.

—Nancy se parece mucho a ti —dije, sin pensarlo.

Él carraspeó.

—Ya sabía yo que era muy desgraciada —musitó.

Puse los ojos en blanco y le exigí: No seas tan duro con ella, por favor.

Al mirarme, Alan se encontró con mis ojos hechos una petición de amor. Como una tregua, una bandera blanca, algo que yo le pedía desde el fondo de las entrañas.

—Como sea —dijo por fin.

—¿Ves? —lo increpé—. Los dos son *tan* orgullosos. —Respiré, obedeciendo a su pedido de que pasara a otra fecha mientras él hacía anotaciones en un cuaderno—. Además, piensa que tu mal humor es falta de sexo y eso me deja en ridículo.

Se rio, pero conteniéndose. Lo miré con detenimiento, compartiendo la diversión de que Nancy creyera que éramos poco activos al respecto de la intimidad.

—Ella me pone de mal humor porque no usa lo que tiene —comentó, aprensivo—. Es... desesperante.

—¿Estás reconociendo que es buena en lo que hace?

Me lanzó una mirada por encima de su hombro. Le escuché suspirar, pero por fin, dijo: Desde que su padre no la muele a golpes, sí. La verdad, es muy buena.

El tono de la voz de Nancy se grabó en mi mente, y dejé que el sonido de la música lo llenara todo. En su canción, Allie estaba en lo correcto: música no es solo una melodía. Música eran él, mi padre, y todas las personas que conformaban el círculo de mi vida. Estaba orgullosa, mucho, de que Allie no sintiera indiferencia por la vida de Nancy.

Supe que me había comprendido en ese aspecto. Supe que, si tuviera que definir mi vida con una canción, mis seres queridos eran las estrofas, y que Alan, acompañado de su rareza espiritual y sus ojos de abismo, era el estribillo.

El más profundo.

## 27. Mi alma o la suya

Me teñí las puntas del cabello de color azul. Estaba lo suficientemente largo como para haberlo hecho, y todavía me quedó un gran espacio de color castaño oscuro. Nancy le había llamado un cambio eléctrico. Pero yo lo sentía como un cambio necesario. Quería parecer más musical y ruidosa, acorde con las cosas que me gustaban, acorde con el mundo de mi padre, de Adriana, de Nancy y de Alan.

Ya no se trataba solo de la filosofía, ni de Sartre, Elvis o Lennon. Se trataba de mí siendo Nina.

Había comenzado a lloviznar, a pesar de ser febrero. Y como ese día me hallaba no muy lejos de El Atlántico —porque estaba buscando un par de cosas en el centro comercial para el cumpleaños de Gaby— decidí tomar un atajo y caminar hasta allá. Dos o tres cuadras me separaban de mi destino.

Metí las manos en las bolsas de mi sudadera, mientras apretaba el paso y me encogía en mí misma buscando que mis músculos no se agarrotaran. Había muchas personas caminando por la acera en la que yo iba, pero sus pasos eran todavía más apresurados a causa del clima, del agua o de sus obligaciones. De cualquier manera, mi corazón lo único que hacía era estar pendiente de mi respiración. Mis pulmones respondían con suspiros, suspiros que se debían a la preocupación por mis tareas y un par de ensayos que me habían agregado unas ojeras prominentes debajo de los ojos. Los lentes de John Lennon no servían para desviar la atención de ellas, y Aarón me había hecho saber que a este paso me convertiría en una fiel seguidora de Nosferatu.

No me hacía falta dormir, sino que me faltaba tiempo para echar a perder. Allie se pasaba por mi casa en las tardes, y se quedaba a ayudarme con algunos deberes, pero no habíamos compartido mucho ahora que estaba empezando el sexto semestre de la carrera. Entre risas, en más de una ocasión, me había hecho saber que la tortura terminaría dentro de dos años, como mucho: la idea no ayudaba a calmar mi cansancio mental, de todos modos.

De hecho, lo empeoraba. Dos años parecían mucho tiempo.

Crucé el marco del bar imaginando que mis teorías existencialistas se irían apenas ver a Allie, pero mi gesto decayó cuando el rostro de Tony, que se hallaba detrás de la barra, fue lo primero que noté. Había un par de cajas encima del mostrador. No había señal alguna del tipo calvo y de la chica con ojos de asesino serial. Me vi en la obligación de recorrer el tramo hacia la barra y ponerme frente al padre de mi novio.

Tony me observó con desdén. Asió las manos del filo del mostrador. Sus ojos perturbadores examinaron mi coleta y una ceja castañísima se enarcó en mi dirección.

—¿Nuevo look? —inquirió.

—Ajá —respondí, sin mucho ánimo de entablar una conversación con él—. ¿Está arriba?

—No ha vuelto de la Academia —dijo, mirando a mis espaldas.

En ese momento, el tipo calvo entró cargando una enorme caja. Pero no se detuvo junto a nosotros, sino que avanzó hacia la parte trasera del escenario, a donde se asomaba la puerta de la bodega. Se perdió allí minutos después.

El suspiro de la pesadez volvió a presentarse y a salir a través de mis labios; sí estaba decepcionada, pero la verdad era que ya lo había presentado. Aquella semana en especial, Alan se había decantado por atiborrar a Nancy de trabajo. Sin embargo, pronto darían las tres de la tarde, así que me dije que no pasaba nada si me quedaba a esperar una fracción de hora.

Me senté en un banco, mirando con desánimo las sillas encimadas en las mesas, el escenario indispuerto y la basurilla que estaba todavía repartida en los rincones.

—Hay algo sobre lo que tengo curiosidad —comentó Tony, pasados varios minutos.

Fingí que su tono no había sido anormal, y fingí que no me molestaba la posición que tenía del otro lado de la barra: sus antebrazos estaban posados en la superficie, el ceño fruncido y una sonrisa turbia esbozada en los labios. Pero la mirada clandestina que había clavado en mí era lo peor de todo.

Alcé mis dos cejas, también fingiendo impresión.

—¿Crees que el padecimiento de Alan es por Belén y por mí, en serio? —preguntó.

Entorné la mirada, sin comprender al principio.

Luego todo fue demasiado, *demasiado* claro.

Tragué saliva, mientras buscaba una manera de seguir estable, de no estallar; la parsimonia que me había invadido aquellas semanas después de haber visitado la casa de las memorias de Allie, se fue en el acto. Y recordé muchísimas de las veces que me había parecido extraño el comportamiento de Alan para con Tony, y viceversa.

Recordé cada una de esas ocasiones en las que había estado evitando atar cabos. Y que tanto Belén como Tony se apellidaban García.

—No sé de qué me hablas —me reí.

—Esteban le dio las llaves de la casa a Alan —susurró de vuelta. Adoptó una postura rígida, muy a la defensiva. Yo me erguí y dejé el banco sin preguntar nada más.

No tenía ganas de escucharlo. Ya no me importaba qué tanto daño le habían hecho ellos a Allie, o si su enfermedad era la causa de una unión incestuosa. De verdad, para mí no tenía importancia, pero en las pupilas de Tony rutilaba una especie de rencor tan antiguo como el mismo tiempo.

Di un par de pasos lejos de la barra, confiando que Alan aparecería en cualquier momento.

El médico aquel me había dicho que esas cosas no sucedían, que eran mitos, que... nadie podía probar a ciencia cierta, a pesar de los avances en el campo de la genética, cuánta probabilidad había de que un sujeto naciera con defectos; la historia de la humanidad contradecía ese hecho. Lo hacía, ¿no?

Respiré hondo, para tragarme la vergüenza que a mí sí me daba y que para ese momento Antonio García parecía no poseer. Estaba en el marco de la entrada cuando le escuché venir. En consecuencia, me recargué en uno de los extremos, con las manos en las bolsas del suéter y la vista clavada en el concreto de la acera. Tony se colocó a mi lado. Llevaba un cigarrillo en la mano derecha, y el humo se mezclaba con el viento, que lo arrastraba mientras surgía desde su boca.

—Belén y yo tuvimos un hermano que murió de lo mismo —me espetó, en el mismo tono ausente que antes—. Supongo que al tener la tendencia se la heredamos por duplicado.

Me atreví a mirarlo, por si acaso sus ojos presentaban un apego por la situación que me estaba sugiriendo. Pero lo que hallé me hizo enfurecer.

Había arrepentimiento en sus muecas, y la manera en la que miraba al frente, a la calle.

—Este es *mi* secreto —musitó; al mirarlo, me di cuenta de por qué Alan no sentía *nada* por él

—. Y el de ella. Ni tú ni Alan ni Esteban van a comprenderlo jamás.

—Alan es tu hijo. —Me giré, para encararlo. Él soltó una vaharada.

—Tú no tienes derecho de saberlo.

En el fondo, yo ya sabía. Pero también era consciente de que saber un secreto no nos da el derecho de juzgarlo. Aquella no era mi cruz, en eso Tony tenía toda la razón, pero por algún motivo él estaba enojado conmigo. Fue así que me di cuenta de que Alan nunca me había querido hablar de eso por respeto a la memoria de su madre. Por respeto a Tony.

—Yo no sabía nada en concreto. Hasta que viniste a confirmarlo —dije, con voz trémula.

Tony esbozó una sonrisa, pero su gesto anunciaba otras emociones muy contrarias a la diversión. Por supuesto, al terminarse el cigarro, pisó la colilla con la fuerza de querer desquitarse. Sus ojos se clavaron en los míos tan pronto como hizo polvo la bachicha.

Delante de él, nunca me había sentido tan indefensa como en ese momento. En las venas se me agolparon las ganas de gritarle el pedazo de *nada* que era, y lo miserable que de seguro sería su vida, tan solo, tan *egoísta*.

—Alan te lo mostró ¿no? —murmuró Tony, dando una zancada hacia mí—. No tenía por qué llevarte a la casa. No tenía por qué...

Había un par de lágrimas en sus ojos, acumuladas por los años de culpa y por los años de haber intentado querer a un ser que era producto de un amor oscuro y sepultado.

Tony tenía en la mirada la mayor de todas las torturas.

—Alan no me dijo nada —insistí.

—Pero te llevó a la casa —farfulló él.

Parpadeé varias veces intentando sopesar mi situación.

Lo que Tony estaba diciendo era que la intención de Allie al llevarme a la casa, era que yo supiera el origen de sus miedos; la razón... por la que su madre se había quitado la vida.

Otras veces me había sentido como una intrusa, husmeando en una vida que no era la mía. Pero allí, frente a Tony, comprendí que los alcances de la maldad de un ser humano no tienen límite, que nunca se llega a un punto en el que no habrá más aflicción, menos tragedias. Simplemente, se llega al punto en el que, estando al lado de quienes amas, cualquier dolor se puede superar. Llegas al punto en el que entiendes que la vida es demasiado corta como para perder tiempo lamentándote.

Tony vivía su vida recordando lo que había sido Belén; tratando de mantener ese recuerdo vivo, como si su absolución dependiera de ella. Y ella estaba muerta.

Todavía me estaba mirando como si quisiera corromper mi alma con la información, como si aquella historia de un amor imposible, del amor *más* trágico nunca antes contado, me pudiera hacer que abandonara a su hijo. Me vi en la necesidad de preguntarme si eso era lo que quería de verdad.

—Lo lamento mucho —suspiré—. Yo no...

—Si pudiera cambiaría la vida de él por la de ella ¿sabes?

Un mundo no puede desmoronarse por la pérdida de una persona. No puedes, aunque así lo parezca, depender de la vida de otro. Es tremendamente miserable. Tony era tremendamente miserable.

Pero lo que acababa de decir era mi línea, esa que *nadie* nunca debería cruzar.

—Me das mucha pena.

Él no contestó de inmediato. Yo, por otro lado, me encargué de buscar entre mis ideas qué cosa decirle para que nunca se le ocurriera volver a sugerir que la vida de Belén valía más que la de Alan. Para mí, hacer esa comparación era digna de un completo desalmado. Eran amores muy

diferentes, amores que no tenían nada que ver el uno con el otro.

Me volví a recargar en el marco, convencida de que él no se atrevería a continuar.

Estaba equivocada.

—Ya sabes que la enfermedad de Alan es incurable, espero.

No dije nada.

No podía.

*No quería...*

Cuando conseguí deglutir saliva, levanté la mirada y lo analicé con detenimiento.

—Eres un cabrón si le deseas la muerte a tu propio hijo —musité, olvidándome por completo de quién era.

Con un orgullo ensordecedor, Tony me miró, el mentón elevado y las cejas arrugadas; le imprimió a su rostro un aire iracundo que había atisbado en Alan de vez en cuando. Eran muy parecidos, pero estaban a años luz de ser padre e hijo.

—No tienes ni idea —se rio, antes de darse la vuelta y entrar de nuevo al bar.

Tras quedarme sola, revisé mis manos, sacándolas al frío impiadoso que había comenzado a percibir con más ímpetu. La gente seguía yendo y viniendo en la acera, sin tomar aprecio de la chica con aspecto deplorable que yacía de pie, estática como una roca, en la puerta de un bar que, desde hacía años, era el nido de dos personas que nunca debieron vivir bajo el mismo techo.

No supe cuánto tiempo transcurrió, ni si alguien me habló durante ese lapso, pero al oír a Allie llamándome, regresé a la tierra y traté de espabilar.

Frente a mí, el hombre que lo justificaba todo en esa historia llena de mentiras y atrocidades, lucía un semblante preocupado. Traía consigo a Rib en el estuche, y la única prenda que lo protegía del frío era un suéter de capucha, en tela calentita. Me encontré revisando el resto de su vestimenta, preguntándome si no era ni poquito posible que las neumonías volvieran, y que algo de él... se perdiera.

Una de sus manos sujetó con firmeza mi cuello, como para alentarme. Cerré los ojos al sentir su tacto en mi piel. Avancé hasta poder abrazarme de su pecho, de su cintura, y absorber su olor a vida.

—Muy bien —susurró en contra de mi cabello—, has conseguido asustarme. ¿Ya me dices cuál es tu nuevo experimento?

Tuve que reírme por la tibieza en su voz, por la fuerza con la que mis células se sincronizaban con su presencia. Retrocedí para mirarlo a la cara, pero me puse de puntillas con poca energía, así que él tuvo que agacharse y terminar el trayecto hasta mi boca.

Lo besé como si mis minutos estuvieran contados. Puse mis manos en su cara y no dejé que acabara con la caricia. Aún tenía miedo de que me invitara a entrar al bar. No quería perpetrar una nueva racha de ira en su padre *biológico*, así que me obligué a decir (porque lo único que quería era aferrarme a su presencia corpórea, más que nunca necesitaba oír su respiración)—: Solo quería...

—Espera —se disculpó—, voy por las llaves. Te llevo.

Sacudí la cabeza. Estaba conteniendo el llanto con todas las fuerzas de mi cuerpo. A causa de ello, las facciones de Alan se ensombrecieron. Una mirada de extrañeza cruzó mi vista, por lo que la desvié y abrí los párpados tanto como pude.

—Te voy a llevar, y de paso me cuentas qué te puso así.

Estaba enojado. De pronto, así como así, su tranquilidad —por mi maldita culpa—, se había esfumado.

—Necesito terminar los ensayos... solo...

—Nina, estás temblando —arguyó él.

Su tono plano, de inexpressión forzada, me hacía estremecer. Ya no estaba acostumbrada a que fuera indiferente conmigo, mucho menos a que su hermosa voz desprendiera ese tipo de furia.

—Tengo frío —me excusé.

—Entonces vamos arriba. —Tiró de mi mano sin preguntarme nada. Y yo lo seguí, asegurándome de agachar la vista y de no levantarla para encontrarme con Tony. Mientras subíamos las escaleras, escuché que le daba órdenes a quién sabe quién.

Me tranquilizó el que no nos hubiera seguido, o que hubiera tratado de detener a Allie para contarle sobre nuestra charla. En el interior del departamento no se hizo esperar y casi me arrastró hasta su cuarto. Yo sabía que iba a interpretar cada uno de mis ademanes. Sabía que, en el momento de estar a solas, mi pecho iba a romper en dolorosos espasmos y mi cordura no me daría más que para gemir contra su cuerpo.

Aun así, hice como que las lágrimas no significaban nada. Hice como que no sucedía nada.

—Estoy... preocupada por Celia, es todo —mentí.

Él sabía que yo estaba mintiendo, por eso se recargó contra la puerta, después de dejar el estuche de la guitarra en una esquina, mirándome de frente y con la pesadez atravesando incluso los cristales de sus lentes.

—Y también creo que deberíamos usar algún anticonceptivo porque...

—¿Estabas retrasada? —inquirió, con un nuevo tono de sorpresa.

Vi que eso lo había relajado, así que me encogí de hombros.

—Es muy pronto para hablar de retrasos ¿no crees? —fingí interés.

Alan se pasó una mano por el fleco, tal vez esforzándose por creerme. Por último, di un par de pasos hasta la cama y me dejé caer en el colchón, con los codos en mi regazo y la cara escondida en las manos. Lo oí caminar como yo y lo sentí cuando se sentó a mi lado.

No me atreví a moverme ni a cambiar de posición. Él, por otro lado, me atrajo con un abrazo, e hizo que el frío de mi cuerpo se marchara poco a poco. Al tiempo que me hacía recargar la cabeza en el hombro, dijo—: Yo te cuido, Lennon. Créeme.

Me moví hasta que pude mirarlo, aún pegada a su cuerpo.

Busqué dentro de mí todo ápice de valor, todo aire de voluntad que tenía, y dije—: ¿Y quién te cuida a ti si no lo haces tú...?

Todavía no acababa de formular la pregunta cuando él se puso de pie, con brusquedad, y se llevó las manos a la cadera. Me dolió tanto atacar esa parte de él, que consideré el hecho de decirle la verdad; pero yo sabía que las cosas iban a salir peor si le contaba que su padre me había abordado con una plática de reclamos disfrazados.

No podía decirle eso.

Volví a seguirlo, pero esta vez me abracé a él por su espalda, consciente de que no me estaba respondiendo y consciente de que estaba respirando con atropellamiento, como si estuviera contando hasta diez. Recargué la mejilla en la tela de su suéter, en mitad de sus omóplatos, y cerré los ojos.

—De todos tus defectos, el de aparentar sentimientos es el que peor te sale —susurró. Pensé que estaba hablando consigo mismo, pero luego perfiló su cara y terminó por volverse. Puso las manos en mi cara, acunándola—. Dime por qué de pronto estás preocupada por si me cuido o no.

Me importaba un comino lo que sintiera Tony, o si su secreto había sido desvelado por accidente, por su violencia, por su desesperación.

Aquí, lo único que importaba eran mis decisiones y las de Alan.

*Nuestras decisiones.*

—En mi defensa —dije, con voz de niña—, he de decir que estoy con el periodo y eso me pone sensible.

—Ya sé —sonrió.

—Llevas un suéter muy ligero para la temperatura de hoy.

Alan depositó un beso casto en mis labios, antes de negar con la cabeza y abrazarme por completo de nuevo. Apreté los párpados y le devolví el abrazo hasta sentir que me fundía en su calor y que nada, *ni nadie*, ni siquiera un recuerdo, podría corromper mi alma o la suya.

La suya, en especial.

## 28. Solos en el infinito

*Cuando la voz se elevó en el silencio, sentí que mi cuerpo se endurecía; y La Náusea se desvaneció.* Hoy por la mañana, mientras citaba a Sartre delante de mi grupo de lectura, uno de mis compañeros me preguntó por qué le admiro tanto. No supe qué decirle al principio, pero luego recordé las tantas preguntas que me había hecho al cabo de que adopté un poco de consciencia existencial; me di cuenta de que, como mi padre y Alan, era una romántica empedernida.

Mi idea del amor estaba resumida en la música, en los sonidos, en las cosas que no puedes tocar ni entender y que aun así existen.

El mentón de Allie era tan blanco que desde este ángulo en el que me encontraba, no podía sino buscar alguna imperfección; pero su piel parecía la superficie de una tarta de queso crema: suave y libre de manchas, con las señales de que ya era un hombre totalmente, con sus vellos al ras y ni una marca de enfermedades cutáneas. Mientras lo observaba, y fingía leer un ensayo en el que había obtenido una mala nota, él estaba leyendo entre susurros mi parte favorita de *La Náusea*, justo cuando la canción de jazz aparece y el sentimiento de vacío se esfuma en el protagonista.

—A este paso vas a terminar mañana —se rio, tomando aprecio de mi escrutinio.

Lo examiné unos instantes más y volví la vista a mi tarea. Había pasado la mitad de la noche sentada en mi colchón con él recargado en el respaldo de la cama, y su voz lo llenaba todo. Me había preguntado si no me molestaba que repasara las composiciones de sus alumnos de primer grado, y le respondí entornando los ojos. Hice aquello porque no pude decirle que escuchar su voz en un silencio como el mío, era la mejor de las torturas, y las más bella de las canciones.

Aarón y Nancy estaban en Yucatán aquel fin de semana, en una presentación a la que ella se había inscrito, instigada por mí y por sus maestros. Por eso Alan se había quedado conmigo, y mis múltiples deberes y sus muchas obligaciones de docente, nos habían obligado a postergar cualquier encuentro que tuviéramos planeado.

Perdí la vista en una línea que hablaba sobre Sófocles, porque estaba tratando de olvidar la manera en la que le había ocultado a Allie mi exabrupto con su padre, y porque también quería hacerme a la idea de que sus secretos por fin habían quedado desvelados completamente para mí.

Ahora no había nada que no supiéramos el uno del otro, y las consecuencias del pasado no podían hacernos daño. Yo no quería que nos hicieran daño. Me prometí en silencio, mirándolo a la cara sin que se percatara de ello, que no iba a permitir que Tony le destrozara algo más, que lo hiciera sentir incorrecto en el mundo, o que, de manera inexplicable, le obligara a sentir que la muerte de Belén era su responsabilidad. No me atreví a juzgar el amor de Belén y Tony; no podía poner en tela de juicio un sentimiento del cual no conocía las extensiones, ni las magnitudes ni mucho menos las razones; por eso también me juré que no iba a pensar en ello como un imposible, sino como en un algo finito.

Por lo tanto, todos esos días de insomnio y pesadumbre, eran la confirmación de que todos, en determinado momento, nos sentimos solos en el infinito, esperando, con la lucha a cuestas y el corazón cansado: pero siempre con la esperanza de encontrar un porqué.

Mi porqué yacía concentrado en una partitura que parecía no tener pies ni cabeza, y la

resolución del cómo lo nuestro sí era potente y sí era posible, me llegó como suelen llegar las cosas que no se olvidan, las cosas que te arrastran al abismo de una mirada, de un beso, de una caricia.

—Tienes que dejarme trabajar —sentenció, levantando los ojos; sonreí con mi mejor mueca de inocencia—. Casi puedo leer tus pensamientos.

Tragué saliva muy duro, segura de que él estaba equivocado respecto de mí en ese momento, a pesar de que muchas otras veces lograba leerme con facilidad.

Alcé ambas cejas y me puse de pie, para caminar hacia mi mesa de estudio apostada en un rincón del cuarto; Elvis vinilo me regresó la mirada cuando suspiré y admiré la forma turbulenta de su peinado. Dejé mi carpeta en la mesa, volví sobre mis pasos y le quité a Alan su cuaderno y el encuadernado en turno de revisión.

Dudó unos instantes, pero cuando me senté encima de él, vistiendo el pijama y llevando el cabello suelto, no se negó a que me agachara para besarlo ni a que me presionara a su pecho hasta que se deslizó en la cama. Me quedé sobre su cadera, besando su cuello y sintiendo sus manos acariciar mi cintura por debajo de la camisa.

—No hay que desaprovechar los anticonceptivos —susurré, apenas separándome de sus labios.

Él profirió un gruñido y sonrió después, mientras me ayudaba a sacarme la blusa y se inclinaba para besarme. Como no buscó el cambiar de posición, continuamos con ella hasta que se quitó los pantalones e hizo lo mismo con los míos. Sin embargo, volvió a instarme para que me trepara a horcajadas en él, de modo que lo hice.

Me pasó las manos por la espalda y en consecuencia mis células reaccionaron como si nunca antes hubieran tenido vida, como si las manos de Allie fueran pequeñas descargas de electricidad que las reanimaba luego de estar muertas.

Cuando se echó hacia atrás, en la cama, y se sacó la camiseta que todavía traía puesta, me miró con muchas emociones bullendo por sus ojos. Se le habían hinchado los labios por la brusquedad de mis besos y agradecí al cielo que se quitara los lentes; lo observé inclinarse para ponerlos en el buró, al tiempo que apagaba la luz de allí.

Pronto me vi envuelta en su abrazo y en sus besos, que hacían de la iluminación artificial un intento mediocre por dejar ver a alguien en mitad de las tinieblas. Allí yo podía sentirlo y verlo aun cuando tenía los ojos cerrados; explorar las partes de su cuerpo terso y definido era para mí, mucho mejor que observar las estrellas de noche, las películas de terror que tanto me gustaban y los westerns de Clint Eastwood. No había cosa que pudiera comparar con Alan, y que le hiciera una justicia mediana. Su apariencia angelada era todo en lo que yo podía pensar mientras me acariciaba los senos, o los muslos, o me besaba el cuello. Me susurraba cosas al oído solo para recordarme que existíamos y que el universo estaba en favor de lo que había nacido de una canción, de unas notas.

La náusea de mi vida desapareció en el momento en el que el anuncio de El Atlántico se extinguió y no volvió jamás a la vida. Porque ese día Alan se inspiró y yo marqué el principio y el final de lo que pudiera significar mi participación en este mundo: el día del humo, del cáncer y de la lluvia, algo sucedió en nuestro entorno.

Algo que deformó mi realidad y la suya.

Removí mi cadera encima de él, al tiempo que me sacaba la ropa interior, y sentí cómo se tensaba por la tortura. Le ayudé a desprenderse del bóxer y lo besé desde el ombligo hasta la clavícula. Pegué mi frente a la suya, percibiendo el apretón que daba a mi cadera; dobló sus

piernas hasta que con ellas me impidió cambiar de posición.

Lo miré a los ojos antes de acabar con su sufrimiento —el mío— y devoré, con un beso, su necesidad de decirme *te amo* una vez más.



Colgué el teléfono después de oír la anécdota de mi madre sobre la clínica en la que se estaba tratando. Aunque se escuchaba alegre, yo sabía que su voz cantarina había sido uno de sus intentos por despistarme. No lo hacía, por eso fingí que le creía que no había ninguna molestia, y que no le pesaba en lo absoluto estar llevando una dieta rigurosa y una rutina de ejercicios más difícil todavía.

Aarón y Adriana estaban en la cocina, preparando la cena; aquella noche era una de las tantas que yo tenía que pasar en la casa estudiando porque los profesores creían que no era suficiente con los trabajos que ya nos dejaban; a veces olvidaba que era universitaria. En realidad, se me pasaban las horas leyendo, buscando información sobre los autores que estaban en el temario del semestre. Pero cuando los exámenes se presentaban, algo llamado mundo cruel y real me azotaba en la espalda; dormía pocas horas, corría desde la facultad a la biblioteca o a la casa para no perder tiempo.

Veía a Allie casi todos los días, excepto el sábado, que era cuando él tocaba en El Atlántico y a mí me resultaba difícil acudir en ciertas ocasiones. Pero este fin de semana sí acudiría porque había un evento especial por el festejo de San Valentín. Nancy había insistido porque al parecer iba a salir con Ismael, el dueño de Fobia, al que yo casi no había tratado.

—¡Nina! —gritó Adriana desde el comedor.

Me levanté del sofá todavía lamentando que este día, jueves, Alan no hubiera podido llegar a cenar con nosotros (estaba en las audiciones que hacía la Academia cada año).

Cuando me senté frente a mi padre, él y Adriana se estaban riendo de no sé qué, de modo que enarqué una ceja esperando a que ellos me contaran la gracia. No lo hicieron, sino que se miraron entre sí, con gesto de complicidad, y comenzaron a comer la paella que habían preparado.

No hacía falta que se explicaran para que yo supiera que, su charla, tenía que ver con su relación. Porque tenían una relación, y ellos pensaban que nadie se había dado cuenta.

—¿Ya saben que estos son los últimos meses de Tony en el bar? O en la ciudad, mejor dicho —les pregunté.

Adriana abrió los ojos como platos. Aarón alzó sus dos cejas, e hizo como que seguía engullendo.

—Siempre dije que necesitaban un poco de espacio entre ambos —analizó mi padre, masticando con parsimonia.

—Pero es su papá —dijo Adri, mirándome directamente.

Intenté sonreír, pero lo único que pude hacer fue mirar a Aarón: porque yo sabía que él iba a entender mis razones. Iba a entender que yo también creía que para Allie y Tony era mejor que no vivieran bajo el mismo techo, conviviendo como si tuvieran la mejor de las relaciones.

El resto de la cena transcurrió entre breves charlas sobre la Academia y los alumnos que estaban presentando sus solicitudes para entrar en el curso próximo. Mi padre adoraba esta etapa de su trabajo; el momento en el que veía los rostros de los aspirantes, se convertía en el incentivo

correcto para seguir siendo docente.

Decía que era como darle cuidados especiales a una planta que florecerá algún día; con mucho amor y trabajo duro.

Durante un largo rato, mientras mi padre y yo recogíamos la mesa y Adriana respondía una llamada misteriosa, no paramos de charlar acerca de la situación de Allie; papá estaba preocupado porque a mí me alcanzara el «fuego cruzado» y esa fue la primera vez que lo noté realmente enajenado e indeciso, sin saber qué pensar respecto a los secretos en la familia de Alan.

Lo traté de tranquilizar asegurándole que nosotros estábamos bien. Al menos lo estábamos porque yo no había hecho mención del comportamiento de Tony, y eso se lo hice saber a mi padre, por si acaso, pero tampoco parecía funcionar como anestésico a su preocupación. Sin embargo, fue Adriana quien le ayudó a tomar las cosas desde un ángulo... imparcial.

Alan era mi novio, y su amigo, además de compañero, y así debía de ser: él no podía tomar partido en nuestra relación aun si algo malo ocurriera.

Nos sentamos en la sala a ver una película. Yo traté de concentrarme en mi libro, mientras los escuchaba discutir el por qué *El Octavo Pasajero* era una de las mejores películas de ciencia ficción. Me reí a un par de los argumentos de Adriana, porque se notaba que ella no era tan asida de las películas sangrientas como le gustaban a papá. Pero, a pesar de sus opiniones no compartidas, la armonía reinaba entre ellos. Parecían cómodos el uno con el otro, y eso me hizo sentir... feliz por él.

Sin poder evitarlo, imaginé un mundo en el que mis padres no se hubieran separado, y yo hubiera sido diferente de la chica que solía ser por estos días; aun así, a pesar de la paz que gobernaba esa imagen, sabía que hacerla implicaba olvidar la existencia de Allie.

Con ese pensamiento, decidí enfocar mi atención en el cuaderno de notas que tenía sobre el regazo, cada vez más consciente de que, añorar una realidad diferente de la que tienes, es el método más antiguo de tortura.

Como un lavado de cerebro.

Para cuando Allie llegó, yo ya estaba en mi habitación, terminando de preparar mis cosas para una exposición del día siguiente. No me percaté de su presencia hasta que me abrazó por la espalda y me besó el cuello. Al darme la vuelta, vi que tenía la nariz rojiza y los ojos inyectados en sangre.

—¿Estabas dormido? —inquirí.

—Tengo un poco de resfrío —se excusó él, pero no les dio importancia a sus propias palabras.

De hecho, noté que pronto cambiaba la conversación, y no me contuve; le pregunté directamente si se había tomado el medicamento que el médico le mandaba una vez por semana.

Él dijo que sí muy a fuerza, y se sentó en mi silla frente a la mesa de trabajo.

Agarró *La Náusea* otra vez y buscó la página en la que se había quedado la noche anterior; estaba por terminarlo, de nuevo; así que lo dejé un momento mientras yo acababa de ajustar mis carpetas en su sitio.

—Anoche Tony me dijo algo que me dejó pensando —musitó, a mis espaldas.

No me volví para mirarlo porque no reuní el valor; lo primero que pensé fue que su padre ya le había contado nuestro pequeño intercambio de palabras. Pero el silencio que se formó después resultó ser tranquilizador. De esa manera junté toda mi voluntad y cerré el cajón de mis antiguos trabajos.

Me recargué en la mesa con la cadera e hice como que me acomodaba el cabello salvaje hacia atrás. Alan tenía la vista clavada en el libro y su ceño estaba fruncido como si estuviera realmente concentrado en su lectura. Cuando me miró, y esbozó una sonrisa, mis músculos se relajaron y mi corazón volvió a palpar con su ritmo normal.

Tras dejar el libro otra vez en la mesa, se puso frente a mí y me dio un par de besos.

—¿Estoy asfixiándote? —preguntó.

Había un leve dejo de infantilismo en su tono, pero yo sabía que su interrogante era serio. Mucho.

—¿Eso te dijo Tony? —Alan volvió a sonreír. Me abrazó con suavidad y dijo que sí en mi oído—. Está demente.

—Eso dije yo —respondió mi novio.

Puse mi mano derecha en su espalda, y pegué mi oído a su hombro.

—Apenas y nos vemos —susurré.

Él suspiró, y me apretó contra sí.

—No lo dice porque nos veamos mucho —adujo él, separándose un poco. Su mirada me estudió por varios segundos seguidos, pero su semblante de paz no cambió ni mudó en ninguno preocupante.

—¿Entonces?

Allie se mordió un labio y luego hizo lo mismo, pero con su pirsin, que esa noche llevaba puesto.

—Piensa que me precipité al mostrarte la casa.

Asentí, incapaz de responder a eso. Mi cuerpo respondió con reticencia a su retahíla, por lo que tuve que apartarme, poniéndome las manos en los bolsos traseros del pantalón, y caminé hacia la cama, pensando en lo que había pasado en la otra ocasión.

Por suerte, Allie no me dejó escapar, y volvió a abrazarme por detrás. Su boca se pegó a mi oído. Me susurró—: Voy a tratar de no contarte este tipo de cosas.

Sacudí la cabeza levemente, pero no me giré.

—¿Qué va a pasar con El Atlántico? —murmuré.

Me toqué una sien y mientras tanto Alan hizo una mueca. Sopesó su respuesta unos minutos, al tiempo que ponía la silla frente a mi cama, porque yo me había sentado en ella. Me explicó que no tenía intención de cerrar el bar porque contaba una cartera de clientes demasiado concurrida; por eso estaba considerando el dejar a cargo a Tavo —el tipo calvo— cuando él no pudiera.

Agregó también que llevar el control del lugar no era del todo una tarea ardua, y que, en dado caso, los años que había vivido allí, le habían bastado para comprender su funcionamiento. Llegamos a la conclusión de que no nos hacía falta echar a perder un sitio tan hermoso como ese, mucho menos siendo que allí nos habíamos conocido.

Además, Esteban le había dicho a Alan que el edificio era suyo por completo. Una parte de mí se sintió libre al escuchar que las charlas con su padre de crianza iban en aumento, pero la otra se rehusó a continuar por esa línea de la plática: todavía me carcomía la duda sobre si Tony le diría lo que pensaba de él y de su madre antes de irse.

Alan continuó diciéndome acerca de las modificaciones que tenían que hacerles a ciertos documentos de la propiedad, pero la verdad no le estaba prestando tanta atención porque no podía dejar de pensar si habría alguna posibilidad de que Tony no lo quisiera ni un poco; no quería que le dijera ninguna de las cosas que me había dicho a mí.

No quería que interrumpiera su sanación ni que lo hiciera ensimismarse de nuevo; estaba en

una etapa de mi vida en la que las resoluciones giraban en torno no solo de mi felicidad, sino de la gente a la que amaba. Por ello, aun escuchándolo justificar los actos de Tony, decidí que tenía que zanjarse esto de una vez por todas.

## 29. Maniatado y triste

—Esta es la mejor manera de comprobar que Alan *no* es ateo —sentenció Nancy, con felicidad renovada en su mueca.

Fobia estaba en el escenario, haciendo uso de un vocalista ya no tan amargado y con un guitarrista —la cita de Nancy— concentrado en las cuerdas del instrumento.

Ella estaba de acuerdo con Adriana en que mi novio no era ateo, sino que estaba en el limbo del agnosticismo, y que esas eran dos doctrinas muy, muy diferentes. Su más fiel argumento era que quisiera pasar una velada conmigo luego de que se terminara el evento: porque el festejo de San Valentín era una celebración tradicional de la iglesia católica.

Le dije que bien podíamos basarnos en otros rituales, y no exactamente en San Valentín, el patrono de los enamorados.

El resto de la noche transcurrió mientras ella me contaba que Isma tenía pensado llevarla a no sé qué mirador: lo cual me resultó igualmente extraño, pero no se lo dije. En realidad, estaba feliz de que hubiera podido acompañarme, de que su cita coincidiera conmigo. Aarón estaba en casa con Adriana, y Gabriela se había marchado con su madre a cenar a casa de sus abuelos.

Ya no sabía qué hora era ni me había molestado en revisar el reloj en mi teléfono: traté de enfocar mi atención en la voz de Allie, aunque se perdiera entre mis pensamientos. Tony yacía en el mismo sitio de siempre, solo que, como no había reparado en él lo suficiente, no tenía la certeza de si estaba enojado, o si parecía más raro que de costumbre.

Cuando Fobia terminó de tocar, lo primero que hice al despedirme de Nancy y seguir a mi novio escaleras arriba, fue imaginar que la partida de su padre no estaba muy lejana. Sin embargo, a pesar de lo curiosa que me sentía al respecto, decidí no preguntarle nada a Alan. Iba a esperar a que de sus propios labios surgiera la explicación de por qué Tony se comportaba de esa manera.

Para este momento, también había sospechado que no lo supiera, pero mantuve la esperanza de no sentir resquemor por Tony; al menos de tolerarlo un poco más porque, de cualquier forma, había engendrado a una persona que me era totalmente indispensable, y por ello le estaba profundamente agradecida, aun cuando él no se sintiera afortunado por ello.

Me senté en la sala y admiré el techo por unos segundos, mientras Allie encendía su computadora; había dicho, más temprano y en un mensaje de texto, que quería enseñarme algo importante. Al tiempo que yo observaba su perfil desde mi postura, me pregunté si sus clases con Nancy iban mejor o si al menos habían podido cruzar más de una palabra sin sentir irritación e impaciencia el uno por el otro.

—Escúchala —me pidió, dándome uno de los auriculares que había conectado a la laptop.

Ajusté el audífono en mi oído y me concentré en el sonido chirriante de una canción que me era desconocida. Aunque pronto recordé que aquella introducción era la que Alan le había hecho repetir varias veces a Nancy la semana pasada: tenía una voz preciosa, eso ni duda, y su tono se había acoplado perfectamente a la letra del tema que papá había compuesto en compañía, según me contaron, de Adriana y Fabiano. Sin embargo, el timbre de la chica tenía un dejo de añoranza, como si las ondas invisibles de sus cuerdas vocales, de verdad se pudieran sentir.

Abrí los ojos, demostrando la impresión que me daba el nuevo cambio en el ánimo que tenía para cantar: entonces le di la razón a Allie y supe que, cuando le exigía a Nancy su mayor potencial, no se estaba equivocando. Había una gran diferencia entre la voz que surgía en ese instante, y la que a veces yo escuchaba en el estudio de la Academia. Por supuesto, preferí quedarme aquella aceptación para después.

Mientras mi novio dejaba los auriculares en la mesa y unía sus manos en un nudo en mitad de su entrepierna, a la altura de sus rodillas, saboreé el regusto del triunfo en él: se le notaba muy satisfecho con un logro que en realidad no le correspondía, y al rebosar felicidad en cada poro de la piel, y en sus ojos de apariencia dormilona, comprendí que la pasión que sentía por la música estaba solo equiparada con sus sentimientos por mí.

Esa expresión infantil en el rostro, suave, cándida, se desvaneció en el momento en el que Tony dio un fuerte azotón a la puerta y atravesó toda la extensión del corredor a una velocidad... furiosa. No me volví para seguir el curso de la mirada de Allie, porque sabía que él estaba siguiendo a su papá. Hice acopio de toda mi fuerza mental y continué mirando la imagen de una Nancy sumergida en la letra de la canción.

Ella también se veía emocionada, y me picó la curiosidad por preguntarle por qué, pero mi cerebro me respondió que ya conocía la respuesta: antes de marcharse con Isma, había estado tan nerviosa como una chica lo puede estar. Y no era para menos: Nan acababa de cumplir dieciocho años y había pasado gran parte de su vida en la sumisión parental de la que su progenitor abusaba.

Más pronto de lo esperado me encontré sonriendo ante la posibilidad de que, la felicidad de Nancy, me ayudara a comprender lo hábil que es cupido al llevarnos en el momento correcto, con la persona correcta. No antes, no después: justo cuando lo necesitas, cuando piensas que el amor es raro y que estás vetada para sentirlo.

O a lo mejor es que te lleva a él cuando crees que nunca tendrás la oportunidad de arriesgarte.  
—¿Nina? —me llamó Allie.

Su ceño estaba fruncido con seriedad y tenía algo así como una amalgama de remordimientos en el rostro. Sacudí la cabeza y lo miré, también seria.

—Lo siento, estaba... —Asintió para interrumpirme, mientras se erguía.

—Ya vuelvo —se disculpó, caminando con lentitud por el pasillo y dirigiéndose a la que era la habitación de Tony.

No logré evitar la preocupación, y sobre todo, no logré evadir el presentimiento de que algo iba a ocurrir, o de que algo estaba mal.

Me sentí acorralada y me arrepentí de no haberle pedido que no fuera, que se quedara aquí conmigo disfrutando de la noche; aquí conmigo, donde estaba a salvo y a donde yo no iba a permitir que el pasado lo hiciera pedazos.

Respiré profundo con ganas de ponerme de pie para ir detrás de él y, no obstante, mis pies se mantuvieron pegados al sofá y al piso cada vez más. Los minutos transcurrieron sin que yo pudiera detenerlos. Al final, tomé otra inspiración forzada de aire y me levanté como un resorte. Hice como que me asomaba hacia el pasillo e intenté escuchar si Tony o Alan habían alzado la voz; no se oí nada salvo el repiqueteo de mi propia respiración y el sonido latente, apresurado y lleno de fatiga de mi corazón.

Di más zancadas en dirección del corredor, y acabé por detenerme en un pilar por el que las luces se tragaban el resto del pasillo. Más allá, se veía la puerta abierta y el abanico de luz que surgía desde la habitación de Antonio García. El corazón me dio un nuevo vuelco, pero aun así me

obligué a recargar mi pecho en contra del muro. Entonces sí pude escuchar, aunque lejanos, los susurros de Tony, que sonaba en demasía molesto, en demasía exasperado.

Casi pude verlo frente a mí con ese hastío hacia nuestra relación; su figura delgada y alta se formó delante de mis ojos conforme le escuchaba decir estupideces cada vez en un tono menos educado. También se oían los intentos de Allie porque callara: había chistado en más de una ocasión y en otra le había pedido que por favor le bajara a su volumen.

Desde luego, no obedeció a ninguna de sus peticiones.

Hay diferentes tipos de canalla, y a un canalla no se le puede calificar de ese modo a menos que hayas sido testigo presencial de la razón: yo estaba presenciando la mejor de las oportunidades para tildar a Tony de canalla: porque es despreciable y vil que un hombre le diga a su propio hijo que lo único que hará con su novia es arrancarle las pocas probabilidades que tendría de ser feliz.

Es despreciable que un padre le diga a un hijo que solo *nunca* ha podido hacer nada, y que todo cuanto tiene, ha sido producto del esfuerzo de otro.

Nada de lo anterior me extrañó tanto como el hecho de solo escuchar un leve refunfuñar de Allie. Salió del cuarto de su padre y mi primer impulso fue darme la vuelta. Pero no lo hice.

Alan no se impresionó cuando me observó pendiente de sus gestos, allí, petrificada y pegada al pilar, mirando a través del pasillo. Las ganas de llorar se me agolparon en la garganta y de pronto fui más consciente de lo que estaba sucediendo con mucha constancia en la casa de Allie.

Él agarró mi mano y comenzó a caminar en dirección de la salida. Resolví que hacer una pregunta aun sabiendo del reciente altercado, podría ser contraproducente. Por eso me quedé callada siguiendo el trayecto hasta la puerta. Al llegar allí, Allie masculló una imprecación por lo bajo y se detuvo en seco.

Regresó sobre sus pasos, mirándome únicamente por el rabillo del ojo y mesándose el cabello al tiempo. Se inclinó en la mesa del centro en la sala y tomó lo que yo supuse fueron sus llaves y su teléfono. Luego comenzó a caminar hacia mí otra vez, y Tony salió de su habitación en ese instante.

Fue allí que entendí qué era lo que Alan estaba haciendo y por qué lo hacía con tanta rapidez.

—No hace falta que se vaya —farfulló.

Tony tenía los ojos inyectados en sangre y la cara abotagada. Su aspecto me dio terror. Su cabello, además, iba más despeinado que otras veces, y hacía una mueca rara, como de desesperación. Atiné a mirar a Alan, suplicándole con la mirada que acabara con esa tortura y que saliéramos de allí.

En mi mente, me sentí obligada a imaginar lo que sería bueno hacer en aquel momento. Me vi a mí misma rogándole que se quedara en mi casa esa noche o que nos fuéramos a dormir a un hotel: me imaginé pidiéndole que dejara en paz al fantasma de su madre y que le permitiera a Antonio decir cuanto quisiera.

Le quería decir desesperadamente que me tenía a mí, y que no estaba solo.

Me tenía a mí y a los amigos tan dispares de la Academia.

No estaba solo.

Pero ese no era el instante en el que yo tenía la batuta de la atención. Ese era el instante en el que mis presentimientos explotaban como una bomba nuclear, arrasándolo todo a su paso y acabando con cosas bellas, como lo era el alma de Alan, a pesar de que él aún no se hubiese dado cuenta.

Sus ojos me inspeccionaron durante un par de segundos, y después entornó los ojos hacia su

padre, que sonreía.

—Ya lo sabe —aseguró. Alan no me miró ni hizo ningún ademán de enojo. Terminó de llegar a mí y se interpuso entre Tony y yo.

Su padre seguía al otro lado del corredor, a una distancia menor a los cinco metros. Pero, de cualquier manera, el temor me invadió por el movimiento protector de mi novio. Aquello no podía significar nada bueno. Me instó a que continuara caminando, y lo hice. O al menos traté de hacerlo: antes de que cruzáramos la puerta, Tony tiró de su camisa y lo obligó a plantar cara con él, como si fueran dos desconocidos con una cuenta pendiente.

Al ver la ira arrasando la mirada azul de Tony, me sentí impotente y pequeña, incapaz de cumplir con mi promesa: pero también me permití enojarme con Esteban.

Me enojé con él y con mi padre, y con Adriana por no darse cuenta de algo tan siniestro como eso: el que Allie siempre hubiera estado tratando de contener el dolor perpetuo en el corazón del hombre que lo había engendrado.

—Tú le contaste algo que no deberías... ¿por qué no le preguntas qué siente por ti? —dijo Antonio, con la voz pastosa.

—Ya está bien —murmuró Alan, en total calma.

No se lo veía amedrentado por saber que su secreto lo había desvelado por mí misma, pero su careta inexpresiva me hizo sentir mal.

Cuando se zafó de la mano de su padre, sentí la vibración del tironeo y la fuerza que le había imprimido al movimiento. Tony se puso una mano en la boca y ahogó una carcajada. Entonces sí me permití mirarlo con todo el coraje que tenía para momentos como ese. Sin embargo, no funcionó como descargo por mi parte, sino que se convirtió en un aliciente por la suya.

Alan me dio un leve empujón y continuó la marcha.

—Ve. Espérame en la barra o en el coche —me dijo.

Fruncí el ceño, comenzado a agotarme de sentir el corazón en la garganta.

—No. Estás loco. —Casi gemí. Él se pasó una mano por el cabello, haciendo que los rulos del fleco se le despeinaran. De esa manera la desesperación característica de cuando no me quería alrededor de su padre, volvió—. Solo... *vámonos*.

—No puedo dejarle así —arguyó él, con dos tonos de voz más bajo—. Espérame abajo, Nina.

—Ya te dije que no —exclamé—, así que ve. No me voy a mover de aquí *un* centímetro hasta que salgas y te vayas conmigo.

Las palabras me salieron como una determinación fluida, sin atropellamientos, sin necesidad de mostrar cuán emocionalmente diminuta me sentía. Pero a Alan no le funcionó como aliciente para entender mi postura, sino que sonrió, me agarró del brazo y me ayudó a caminar; me ayudó porque mi voluntad se contrapuso a él, y mi mente me gritaba que le obedeciera.

Pero mi mente y mi corazón casi nunca habían estado de acuerdo. Ese instante no fue la diferencia.

Mi corazón necesitaba de escuchar que todo estaba bien y que el exabrupto era una sesión de capricho por parte del infantil padre de Allie; pero mi mente, sobre todo la parte lógica de él, decía a todas voces que Alan no estaba preocupado por mi entereza sentimental, y que allí mismo nuestro noviazgo no importaba, sino que importaba Tony con la escena que estaba montando.

—No quiero decirlo de nuevo, *Nina*. Así que...

—Si me obligas a bajar voy a creer que la mitad de lo que me has dicho es mentira —dije, sin pensar realmente en el peso de mi oración, y en el curso que probablemente tomaría en cuanto él la procesara.

Enarcó una ceja cuando lo hizo. Y yo no me moví, sino que recibí como una puñalada su mirada de incredulidad.

—Haz lo que quieras, entonces. —Se dio la vuelta sin decir nada más.

La estela de su orgullo titiló frente a mis ojos y me hizo temblar del frío, por su ausencia y por la barbaridad que acababa de decir; pero estaba... horrorosamente desesperada por hacerlo quedarse, por... cuidarlo. Aun así, me dije que en lugar de ayudarlo lo había enviado hacia su padre con menos armas para tranquilizarlo.

Mi pecho comenzó a sufrir de espasmos gracias al gran esfuerzo que hacía por contener el llanto; yo sabía que, al espetar una cosa como la mera posibilidad de que desconfiaba de Alan, de su amor, le había hecho sentir maniatado y triste, como nunca me gustaba verlo.

Sin querer, me vi presa y víctima del peor lado de mi personalidad, del *modus operandi* que llevaba a cabo si me sentía acorralada. Descubrí que Alan no quería que viera de ninguna manera el cómo Tony lo agredía con palabras hirientes; y recordé que me había confesado que no le agradaba la atmósfera cuando Tony y yo estábamos en la misma habitación.

Los peldaños de la escalera estaban a mis espaldas y la puerta lejos de mí. Me separó de él no solo el pasillo del otro lado y la actitud de Tony, sino el arrepentimiento que me sobrevino en cuanto fui más consciente de mis anteriores palabras. Y apenas tuvieron el sabor que les correspondía, el hundimiento de mi pecho se incrementó como el calor en un auto cuando el radiador se queda sin agua.

Como toda humana imperfecta, visualicé distintos «hubiera» flotando a mi alrededor: me pregunté qué hubiera ocurrido si en lugar de actuar con la lengua, me hubiera pegado a él para que notara lo asustada que me sentía. Hubiera, además, besado esa parte de su cuello con los lunares en forma de constelación, y le hubiera, por encima de todo, dicho «te amo».

Pero era demasiado tarde.

Lo supe por dos cosas. La primera, que los hubiera no existen. Y la segunda la supe por el sonido de unos pasos al otro lado de la puerta, y la voz de Alan diciendo *déjala en paz*.

Ambas resoluciones eran un tormento para mí; lo eran porque no quería ser la responsable de que mi relación con Alan se volviera tóxica y efímera. Y lo eran porque, estar de frente con una persona que ha perdido totalmente los estribos, se vuelve, con facilidad, el mejor escenario para una desgracia.

Me sentí desgraciada cuando Tony empujó la puerta y salió, enfurecido, hacia las escaleras. Y me sentí *más* desgraciada cuando el miedo reptó por mis pies, mis piernas y el tronco de mi cuerpo hasta llegar a mi pecho: se anidó allí como una serpiente buscando dónde hincar los dientes y suministrar una dosis fuerte de veneno.

El rencor, que era el peor de todos, se carcajeó en mis arterias y segregó tanta ponzoña como era capaz de hacer. Era un sentimiento *tan* intenso, el de odiar a Tony en menos de un segundo, que incluso pensar en mi vida en Phoenix se volvió el recuerdo de una existencia ajena a mi memoria, como si no fuera la mía.

Mis pies trastabillaron cuando intenté retroceder y lo siguiente que percibí fue el choque atronador de todas mis ideas, del *caos* en mí, *de la náusea* en mí; la *música* de mi interior se sustituyó por un dolor agudo, chirriante y ensordecedor, que me abrumó los sentidos. La serpiente se movió desde mi pecho con una velocidad peligrosa, y nadó por mis venas esparciendo así más dolor y más veneno.

Antes de perder la conciencia, alcancé a escuchar un último acorde. Y entonces, como un maleficio, el silencio volvió.

## 30. Nulas señales

Hay distintas formas de despertar; distintas maneras de abrir los ojos y muchas opciones cuando se trata de entender tu vida: a lo mejor, en el momento en el que ocurren las desgracias y como mecanismo de defensa, te es preferible no comprender nada. Te es preferible no abrir los ojos y te es preferible dormir.

Eso hacía yo mientras escuchaba las indicaciones del médico como música de fondo; oía la voz de Aarón que emitía preguntas con referencia a no sé qué contusión en mi cabeza. Y el médico respondía que habían descartado no sé cuántas cosas con referencia a mi cráneo.

—Entonces ¿qué sigue? —escuché que Aarón insistió.

La razón número uno por la que no había abierto los ojos, era porque le escuchaba un tono de voz *tan* torturado, que no conseguí sino culparme por ser un ganglio en su vida. Simultáneamente al responder mis lagrimales, moví los ojos dentro de los párpados.

Supe que ellos no se habían dado cuenta, ni de eso ni de cómo me había lamido los labios, porque el médico continuó—: Esperar. Necesitamos tenerla en observación hasta que responda por completo.

Era una voz profesional y plana, pero que tenía un dejo de nostalgia en ella; parecía que estaba dando una mala, muy mala noticia. De pronto, fui más consciente del ambiente frío y estoico que me rodeaba. Me dolía la cabeza como si alguien me hubiera golpeado contra un muro. Entonces me sentí capaz de recordar un par de cosas: a Alan, que no le había escuchado hablar todavía, lo tenía clavado en el pecho y en el alma. No necesitaba memorizarlo. No podría olvidarlo aunque me lo propusiera. Aunque lo nuestro se acabara, de alguna manera, estaba en mí y así sería de ahí en adelante. Lo entendí cuando escuché que el médico le decía a mi padre que no había manera alguna de saber si, años adelante en mi vida, aquel golpe en el costado izquierdo de la cabeza, traería repercusiones.

Por lo pronto, decía, estaban aliviados porque no había hemorragia; no habían tenido que intervenir quirúrgicamente y poseía fuerza cognitiva, a pesar de que, según agregó, en los próximos días, mi manera de reaccionar era crucial para ellos: por lo pronto, terminó por fin, mi padre debía de estar consciente de que era muy probable que no pudiera reconocerlo del todo, por la desorientación; quizás no podría hilvanar ideas y quizás no recordaría lo que había sucedido con precisión. En parte, el doctor estaba en lo correcto: pero yo sí reconocía la voz de mi padre. Lo único de lo que me estaba percatando era de la dificultad que me provocaba el mirar hacia atrás, y sí, me encontré víctima de la desorientación; no sabía qué día era ni cómo había llegado hasta allí: lo único que conseguí recordar fue el absoluto silencio que le siguió a... algo.

Parpadeé dos veces, cansada de inmediato por la luz que me cegó en la habitación. El médico y papá estaban frente a la camilla. Aarón llevaba puesta una camisa de franela, el cabello despeinado y los ojos vidriosos. No había fuerza en él; su ímpetu característico se lo había dejado en otra ropa, tal vez. Médico y hombre *no* musical en ese instante se acercaron a mí, el primero sujetando con más firmeza su tablilla cromada, donde seguro llevaba escritos mis datos, lo que me había sucedido y las consecuencias de ello.

—Cariño... —Papá me sujetó la mano derecha, apostado ahora en el extremo opuesto al médico, que me observaba con curiosidad.

Clavé la mirada en Aarón, buscando cómo decirle que estaba bien. Pero no lo logré, y en el fondo, o más bien, en toda mi superficie, al ver cómo a mi padre se le deslizaba una lágrima desde el ojo derecho —era su ojo bueno, el que lo percibía todo en un santiamén—, me sentí miserable, la peor hija del mundo por causarle algo así.

Separé los labios, y resentí la manera en la que mis cuerdas vocales no respondían. Cerré los ojos de nuevo, y tragué saliva: tenía la garganta reseca, y las sienes me pulsaron como los beats de un cajón de ritmos.

—¿Marina? —preguntó el médico, con su voz de funeral.

Volví a parpadear, y me encontré con la mirada suplicante de Aarón.

—Me duele la cabeza —murmuré, obligándome a hablar.

—No es para menos —refunfuñó el médico—. ¿Recuerdas algo de lo que te sucedió? —Negué con la cabeza, mientras intentaba sonreír. Pero mi padre no se tragó mi esfuerzo; todo lo que hizo fue agacharse y apretar mi mano entre las suyas, para besarla: allí fue que me di cuenta de la manguera en la intravenosa y de la conexión que hacía con una solución colgada de un percho—. Bueno, eso también es normal. Por ahora, lo más importante es que te recuperes y...

—¿Cuánto he estado así? —dije, mientras me removía con mucha dificultad otra vez.

Las manos me pesaban como yunques y tenía las piernas agarrotadas, además, la cadera me dolía como los mil infiernos; parecía que tenía quemaduras allí, y que alguien me había puesto alcohol etílico con toda la intención de hacerme desfallecer.

El médico miró a mi padre, y este le respondió parpadeando varias veces.

—Cuatro días.

*Cuatro... días.*

Mis ojos, impresionados por aquella cantidad exorbitante, se llenaron de agua sin que pudiera evitarlo. Papá dijo algo que no alcancé a entender del todo, pero era la explicación de por qué habían tenido que mantenerme inconsciente durante esos días. Me supuso una tortura terrible el saber que, mis amigos, mi madre y... Allie, habían estado al borde del colapso mientras yo dormía.

Miré el techo, segura de que lo peor ya había pasado. Pero, en efecto, no quería despertar. No quería ver que, la ausencia de Alan en la habitación, se debía precisamente a aquel accidente que yo había sufrido, y que, el silencio de mi padre al respecto, se debía precisamente a su pensamiento de que no había sido un accidente.

Traté de ponerme en su lugar y, sin embargo, mi cerebro, aturdido y embotado, me decía que no podía esperar más días para saber...

—Dime qué sucedió.

Aarón lanzó una mirada en dirección del médico, que supuse le hizo alguna señal.

—No creo que sea...

—Dime *qué* pasó —le exigí.

Dentro de mi cráneo algo estalló, y la electricidad producida por el dolor se esparció por mi columna vertebral, por lo que hice una mueca que Aarón entendió como un talud.

—Alan y Tony dicen que te caíste por las escaleras —musitó mi padre.

Vi el tono rasposo de su voz; la manera en la que miraba, quizás, mi rostro herido.

—¿Y tú les crees? —inquirí.

—No les creí —dijo—. Pero había muchas personas allí y dijeron lo mismo.

Asentí, cerrando los ojos otra vez.

—Nadie me empujó —sentencié. Dejé la mirada cerrada y las ideas deambulando por el cuarto—. Me caí... —Deglutí saliva al percibir el estruendo en mi mente, tras intentar recordar los hechos tal cual habían sucedido—. Estaba asustada. Yo no...

—Es mejor para ti que no te fuerces ahora, Marina.

—*Nina* —recalqué—. Como en los noventas. —Ladeé la cabeza para mirar a mi doctor, que frunció el ceño. Como vi que no entendía la referencia, sonreí y añadí—: O puede llamarme Lennon.

Rompí a llorar sin importar cuán dolorosos fueran los espasmos, o cuánta de mi energía cerebral me costaba utilizar mis ojos. El médico le indicó a mi padre que enviaría a una enfermera para que me pusiera el medicamento para el dolor, y que eso me ayudaría a dormir.

Yo no quería irme a dormir, no de nuevo. Sentí que parte de mi vida estaba cortada por la mitad, y que allí, en la cama, no estaba yo, sino un vestigio de mí. Me faltaba él y ninguno de los hombres en la habitación podían darse cuenta.

Aarón había agachado la cabeza completamente, quizás para ocultar su propio llanto, pero cuando me apretó la mano, sentir sus labios en mis nudillos me ayudó a despertar entonces. Despertar como era debido.

Y lo que vi al abrir los ojos para ver mi vida me aterró.

—¿Dónde está Alan?

Mi padre elevó su rostro, con una mueca de suficiencia.

—No vamos a hablar de él por ahora —aseguró papá.

—¿Por qué no? —insistí.

Aarón me apretó la mano con una de las suyas y con la otra se ajustó las gafas. Entendí su silencio como una respuesta, y en consecuencia esboqué una sonrisa muy carente de diversión.

Él ya no me miraba, así que mientras me preguntaba qué lo había llevado a reaccionar de aquella manera, aparte de lo obvio, recordé que Allie me había pedido que lo esperara abajo o en el coche y que no le hice caso alguno.

—Me dijo que me fuera, y no lo escuché —susurré, las lágrimas desbordándose de mis ojos.

Papá me escudriñó unos instantes, hasta que fue capaz de decir—: Lo único que te pido es que te pongas en mi lugar. —Me dio otro beso en la mano y se levantó, guardándose las palmas en los bolsos del pantalón. Yo sentía que la cabeza me explotaba, y comencé a preguntarme también dónde demonios estaba la enfermera con mis medicamentos. Al tiempo que caminaba en derredor del pequeño cuarto, Aarón musitó—: Pensé que iba a perderte. Pensé que...

—Que Tony me había empujado —atajé. Aarón me lanzó una breve mirada y echó la cabeza hacia atrás.

—Eres mi hija —prosiguió, poniendo las manos en la cama, en la parte inferior, casi a donde me llegaban las puntas de los pies—. Jamás voy a preferirlo por encima de ti.

—Él no tuvo la culpa de nada y lo sabes.

—Pues no hacía más que repetir lo contrario —señaló Aarón.

En ese momento, la enfermera entró llevando consigo una charola con enceres para mi revisión. Me sonrió con un gesto de lástima, y por primera vez en mucho tiempo, volví a ser la *Nina* que detestaba a la mitad del mundo.

Tras escuchar que Alan se sentía culpable por lo que había pasado, me vi de nuevo envuelta en mi burbuja de protección —y de miedo—. Me vi siendo la misma persona miserable de siempre, aquella que no confiaba en nadie y que no valoraba a amigos como los que tenía. Alan, aunque a

todos les pesara, hacía de mí una buena persona. Alguien de mejores y renovados sentimientos.

Me odié más que nunca al ver cómo papá estaba enojado con él, y lo hice más mientras era cada vez más perceptible su ausencia.

Quizás la presencia de Alan en mi vida era única por el cómo nos habíamos conocido, pero su ausencia me dolió tanto, que no pude evitar recordar lo que era mi vida antes de él. Por un instante, no conseguí evocar en mi memoria el sonido de su voz; y eso me asustó mucho: me asustó porque lo amaba, y porque no se lo había dicho.

No todavía.



Dos veces sentada en la cama me habían bastado para sentirme fatigada, como nunca antes. Nancy sonrió a cuestras de mis chillidos de dolor, mientras me ayudaba a recostarme de nuevo. Yo había notado lo incómoda que estaba de intentar, sin conseguirlo, hacerme sentir mejor; aquel era mi último día en la clínica del Seguro Social, y papá se encontraba haciendo los trámites respectivos. Así que me quedé en silencio cuando por fin logramos la proeza de recargar mi cabeza en la almohada, ya vestida con un pantalón deportivo y una sudadera negra: ambos escogidos por Adriana antes de que mi padre fuera a dejarla en la Academia. Ninguno de ellos había hecho mención de Alan, y para entonces yo estaba decidida a tampoco preguntar.

Una, porque sabía que no conseguiría nada y otra porque necesitaba preguntarle varias cosas yo misma. Aún me latía la espalda si me movía con brusquedad, pero ahora los dolores eran más musculares: por suerte, los hematomas que se habían formado en mis rodillas, en mis piernas y en mis brazos, habían comenzado a tomar un tono amarillento, dándonos a conocer que mis vasos sanguíneos estaban bien.

Las nulas señales de mi novio eran la más cruel de las aseveraciones acerca de que lo conocía perfectamente; por eso mismo, hice como que al menos mientras me daban de alta, no estaba pensando mucho en su abandono: porque yo lo sentía así.

—¿Qué te preguntó el agente del ministerio? —inquirió Nancy, segundos más tarde.

Yo tenía la vista clavada en el techo y el corazón volcado en sentimientos dolorosos, gracias a Alan, por supuesto.

No podía dejar de preguntarme si el tipo ese del Ministerio Público le había preguntado si acaso él o su padre habían tenido que ver con mi accidente, no podía solo olvidar que tal vez en ese momento él estaba culpándose por mi torpeza, por el miedo ridículo que me embargó cuando vi a Tony venir en mi dirección y mi siguiente caída por las escaleras.

Me moría por hablar con él, pero también estaba enojada porque así como así se hubiera ausentado. Tenía unas ganas inmensas de decirle cuán dolida me encontraba por despertar en más de una ocasión y preguntar si había venido, solo para hallar la escabrosa respuesta de que ni siquiera había llamado.

Casi había pasado una semana desde el día de San Valentín, y lo único de lo que estaba segura para ese instante era que jamás volvería a festejarlo sin recordar la tragedia que casi me costó el cerebro.

O la vida, en el peor de los casos.

Ni siquiera el hecho de saber que más adelante podía tener una secuela a causa del fuerte golpe

en mi cabeza, lograba sacarme de la mente la ausencia perniciosa de mi novio, del que estaba ahora mismo enamorada y decepcionada. No era bueno sentir ambas cosas latir en mi pecho, porque percibía, además, un sopor en el cuerpo mientras la realidad se me antojaba más palpable.

—Cosas de rutina —le respondí a Nan con voz pastosa, fingiendo que dormitaba.

Con un poco de dolor en las rodillas, me había aovillado en la cama y estaba dispuesta a cerrar los ojos hasta que la voz de Aarón inundara el espacio. Necesitaba irme de allí, pero ya. No soportaba ni un minuto más con los olores a desinfectante y a medicamentos rancios; tenía, impregnado en mí, un olor a muerte que no quería percibir más en mi cabello, enmarañado para entonces.

—Nina... —Alcé la mirada cuando vi que se sentó frente a mí, en la silla. El dejo de amargura en sus ojos despertó mis ganas por abandonar aquel lugar tan lúgubre y frío. Nancy se percató de mi escrutinio insidioso así que tragó saliva y apartó su vista de la mía, antes de continuar—: Sé que estás pensando que...

—¿Vas a defenderlo? —sonreí, cuando en realidad quería ponerme a llorar.

¿Cómo era posible que sus pensamientos irracionales pudieran más que lo que decía sentir por mí? ¿Cómo?

—No es eso... —volvió a hablar Nancy, inclinándose para estar cerca de la cama—. Solo, ten paciencia.

—Me indujeron un coma por la contusión —lloriqueé—, y él no está aquí de todos modos. ¿Cómo se puede justificar eso?

No respondió, sino que se giró sobre la silla para ver a Aarón entrar en compañía del médico, que empujaba una silla de ruedas.

—No me pienso subir en ella —señalé, con los ojos tan abiertos como el dolor me lo permitía.

—Anda. —Aarón se aproximó a mí cuando Nancy se retiró para darle paso. Yo intenté sujetarme de su mano, pero al principio no logré reunir la fuerza. Parecía que me habían drenado la sangre del cuerpo y que ahora, luego de permanecer recostada durante tantos días seguidos, me había impuesto a la cama—. Nina...

—Ya, ya —rezongué.

Cuando me hube sentado en la silla, miré hacia abajo, a mis zapatos de suelo, y mis calcetas para cubrir el frío. No quería mirar hacia arriba por miedo a encontrarme con miradas de lástima: no. Todavía no estaba lista para eso. En realidad, no podía decir que estuviera lista para irme a casa. No hallaba fuerza alguna en mí que me diera aliento o que me impulsara a dejar de sentir una opresión horrorosa en el corazón. Sin embargo, seguida de Nancy y mi padre, salí de la habitación escuchando las indicaciones del médico, que luego me ofreció una hoja con las explicaciones detalladas de mi condición de ahí en adelante.

Todo parecía estar saliendo bien, exceptuando mis citas mensuales que tendría en los próximos meses, hasta descartar un daño severo en la cabeza. Aarón hizo un par de preguntas que tenían más que ver con los esfuerzos que me era permitido hacer y, el doctor, siempre condicionando un esfuerzo mental preocupante, dijo que debía guardar reposo hasta que el tratamiento para mis magulladuras surtiera su efecto, o bien los estragos dejaran de impedirme moverme con libertad. Estaba indefensa como una niña de cinco años y, además, atrapada en la incertidumbre de mi relación con Alan, que en este momento se sentía temblorosa y raquítica.

Al despedirnos de las enfermeras —a las que les conocí el rostro de verlas en sus diferentes turnos durante mi estadía—, comprendí que la verdadera proeza se avecinaba a mí mientras más

cerca de mi casa me encontrara. Allá no habría médicos que me impidieran preguntar abiertamente por Alan, ni barreras que se interpusieran entre mi teléfono y el suyo.

Iba a dar con la razón de por qué no estaba aquí conmigo, así me costara lágrimas de sangre.

## 31. Dejé de existir

Elvis me miraba desde su lugar en la pared, como si también estuviera desesperado. En este momento me sentía en pausa. Por lo tanto, no había hecho más que mirar el vinilo, la sonrisa del rey, el peinado, y las otras figurillas del mismo material que rodeaban su figura en la pared. Mi mesa de estudio estaba llena de libros; y yo tenía la mirada clavada en el muro, además de la espalda echada en el respaldo de la silla.

Escuché el chasquido de la perilla de mi puerta, al girar. Pero no reuní las ganas mínimas para mirar en dirección de la entrada a mi habitación. Nancy se adentró en el cuarto; sus pasos suaves, sus mohines fuertes y la manera en la que cargaba dos tazas de café —lo supuse por el olor—. Me puso una junto a un cuadernillo, mientras se recargaba en el muro con su taza entre las manos. Entonces me atreví a sostener su mirada, que me inspeccionaba con atención.

—¿Cómo va eso? —preguntó.

Resoplé, volviendo a mi posición en la silla con la intención de, ahora sí, ponerme a escribir un ensayo acerca de Sócrates.

El existencialismo de Sartre había comenzado a rondar mi mente de nuevo, como una araña haciéndose un hueco en mis membranas cerebrales. Obligarme a hacer la tarea me resultó un acto reflejo producto de mis pensamientos: me estaba haciendo a la idea de que Alan no me iba a contestar las llamadas por mucho que intentara.

Me estaba resignando a su ignorancia.

—Mi profesora es humanista —dije, consciente de que para Nancy iba a ser difícil entenderme. Pero, en parte, quería abrir paso a una charla que me despejara la mente; en teoría, no estaba atentando en contra de mi salud, sino que, a causa del cómo mi novio me había estado evadiendo, quise enfocar mi atención en algo que no fuera mirar el techo. Si lo hacía, no podía sino pensar en él, en lo mucho que me faltaba—. Así que tengo que escribir un muy buen ensayo para impresionarla.

—Tú también me pareces un poco humanista —se rio Nan, luego de sorber de su café.

Alcé ambas cejas, sin saber cómo tomarme su comentario.

—Para nada —exclamé.

Alcané mi taza de café e hice como que bebía de ella, pero en realidad estaba concentrada en dilucidar el hecho de que mi más reciente compañera de pláticas estuviese considerándome algo semejante a Hitler.

En dado caso, comprendí por qué Ed y Fernando me llamaban como el *Führer*.

—No soy humanista —afirmé.

Nancy carraspeó. Volvió a beber café.

—Pues parecías una cuando te conocí —señaló, con apariencia de recordar algo muy lejano—. Como que tratabas de amar a todo el mundo, pero terminabas odiándolo.

Había un dejo de ironía en la forma en la que hablaba, en la manera en la que se expresaba acerca de mis anteriores comportamientos.

—Leíste La Náusea ¿no es cierto? —Me levanté de la silla y, sujetando mi taza con

benevolencia, caminé hacia la cama, donde me dejé caer. Nancy me siguió e hizo lo mismo.

Se encogió de hombros, una sonrisa en sus labios de seda.

—Solo digamos que te pareces muchísimo a Roquentin. Bueno —se corrigió, víctima de su propio chascarrillo, a punto de carcajearse a mis costillas—, antes eras muy parecida a Roquentin.

Antoine Roquentin, el protagonista de *La Náusea*, vivía en un mundo de preguntas; su acartonada existencia dependía de miles de cuestiones a las que nunca les encontró respuesta. Y, de hecho, lo más cerca que estuvo de salvarse de la soledad, fue confiando en una pieza de Jazz de la que nadie sabe el título; Roquentin era un tipo frío, de ademanes pasmados, ácido como un estómago. Calculador y, además, un hombre debilitado por una vida llena de escepticismo, de la que hacía uso siempre que se cruzaba con un humanista.

—A diferencia de Roquentin —acepté—, reconozco que existo antes de pensar. Si no, ¿cómo diablos hago y digo tantas estupideces? *Mírame*.

—Ay, Nina —sonrió la chica a mi lado.

Bebimos en silencio durante un par de minutos. Ella sabía que aquellos días estaban siendo muy difíciles y de cierta forma era de gran ayuda el que no mencionara para nada a su profesor preferido. Sin embargo, había momentos en los que quería suplicarle que llamara a Alan por su cuenta y que le exigiera una explicación razonable.

Yo sabía que no lo estaba, pero, gracias a mi amor por él, sin él a mi lado, me sentía completamente sola.

Le expliqué a Nancy que Roquentin no era humanista, sino existencialista, y ella dijo que entonces me parecía al tipo que decía compadecerse de todos aún sin conocerlos. Su teoría se me antojó *irrefutable*.

—Tú te compadeciste de mí aún sin conocerme —musitó, casi como si estuviera hablando consigo misma.

Su rostro pálido de Marilyn Monroe estaba ahora iluminado por un raro haz de luz. No me estaba mirando, así que podía obtener una maravillosa vista de su perfil derecho. Desde mi ángulo, Nancy parecía un emblema internacional, algo religioso, sagrado, *puro*. Algo que solo los egoístas como yo comprenden.

De pronto recordé su cita con Ismael. Y gracias al cielo mi náusea pasó a ser segundo tema de conversación.

—¿Qué sucedió el catorce, contigo e Isma? —inquirí.

Debido al cambio abrupto, ella frunció sus cejas rubias. Se volvió parcialmente hacia mí y chasqueó la lengua contra los dientes.

—Dormí con él —me soltó.

Justo en ese instante me encontraba bebiendo de mi café. Estuve a punto de sacar el contenido en una explosión de líquido marrón. Se la llenaron los ojos de lágrimas, así que no tuve el valor de recriminarle lo que acababa de confesar.

—Pero... —susurré, para que mis palabras no pudieran herirla.

Negó con la cabeza al ver mi estupefacción.

—Tenía que perderla de alguna manera ¿no? —suspiró—. No estaba esperando a nadie especial. Es decir, las cosas suceden sin un motivo, ¿el sexo no puede ser así?

—Sí, bueno... —titubeé. Yo no era la mejor consejera del mundo, y aun así quería decirle algo que la ayudara a entender la situación—. El sexo es mejor cuando se practica con alguien con quien compartes ciertos sentimientos. Y no hablo de lujuria y pasión. Sino, de algo más, ¿sabes?

Un nudo se formó en mi garganta tras percatarme de que estaba intentando explicar —o justificar— por qué es mejor tener sexo por amor que simplemente por una satisfacción carnal.

—El caso es que lo hice porque es algo con lo que me sentía frustrada —canturreó, de nuevo acorazándose en sí misma—. O sea, ya no quería seguir esperanzada con eso de que tengo que esperar a alguien especial. La gente especial te rompe el corazón y una siempre está esperando buenas cosas de esa gente especial: porque son especiales y tienen que hacer solo cosas especiales. Cosas buenas ¿no?

—Ese es el asunto —argüí. Nancy entornó los ojos al ver mi expresión de severidad—; les permites romperte el corazón porque son especiales. El calificativo no se le da a cualquiera. Y tampoco es algo que puedas saber de antemano. Lo sabes cuando estás allí, hasta el cuello de esperanzada por esa persona.

Hasta el cuello de enamorada, en mi caso.

—Tú lo dices porque no te han roto el corazón una sola vez —comentó—. Yo sé que a tu primer novio no lo quisiste en serio, y que por eso lo que hizo con tu madre no te importó tanto.

—No tienes ni idea de lo que dices, Nan.

Ella volvió a esbozar una sonrisa.

—Claro que sí —replicó—. Tú no odiabas a tu madre por haber hecho eso: te odiabas a ti por no conseguir odiar a tu madre y por haberte dado cuenta de que, en realidad, el tipo aquel no te importaba tanto como creías.

Parpadeé un par de veces, mientras paladeaba sus palabras. Seguí bebiendo el café y me remonté al pasado, solo para darme cuenta de que Nancy tenía razón.

Mi versión de los hechos era esta: odiar a la gente, a aquellos que te infringen algún daño, es como aguantar la respiración debajo del agua. Sabes que arriba hay oxígeno y que con él podrás respirar, pero dentro del agua te sientes ligero, y la ligereza en el cuerpo es tan valiosa como el oro o las piedras preciosas. El odio es peso muerto en ti. Lo que cuenta es que tomes la decisión de avanzar, de no sentirlo; el único que se consume luego de odiar durante mucho, mucho tiempo, es el portador de ese sentimiento tan desagradable.

La Marina Lúa que pretendía odiar su existencia por odiar a su madre, era repugnante.

—¿Cómo es que la gente me puede entender si yo no lo hago? —gruñí.

Nancy se removió en la cama, considerando mi pregunta, pero de inmediato respondió—: Eres un libro abierto.

Nos miramos unos segundos, para después comenzar una charla acerca de la estadía de Gaby por la mañana. Al principio todo fue normal, y yo logré mantener al margen mis ganas de preguntar si Alan le había dicho algo sobre mí. Sin embargo, no quería involucrar a terceros en aquel embrollo. Eso al menos hasta que le escuché decir:

—Es un estrés tener que trabajar con el ambiente así.

Se había puesto de pie en el acto, como si hubiera captado la imprudencia de su lengua.

Pero era demasiado tarde para ella.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Pues ya sabes, Fabi y sus reglas de acústica.

Se sonrojó cuando vio mi máscara de incredulidad. La seguí, levantándome de la cama y dejando mi taza en el buró junto a ésta.

Me crucé de brazos, a la defensiva.

—¿Sabes qué significa que yo diga que la gente especial sí se merece la oportunidad de romperte el corazón?

A ella no le importó mucho mi pregunta, sino mi cara de enojo. Las sienas me habían comenzado a pulsar y las manos, escondidas en mis rincones del cuerpo, sudaban por la ira expelida. Nancy evitó mirarme, pero cuando lo hizo, entendí que ella sabía algo que no me quería decir. Y me decidí a sacarle la verdad: esa que me iba a costar lágrimas de sangre, estaba segura de ello.

—Nina... —intentó zafarse, cerrando los ojos.

—Me siento desgajada como una naranja —murmuré. Miré hacia el suelo y luego a ella otra vez—. Sigo pensando que no debería, pero *me duele* saber que *mi* novio no estuvo lo suficientemente preocupado por mí mientras yo estaba inconsciente. Pero tiene derecho de romperme el corazón porque lo amo.

La chica también cruzó sus extremidades en el pecho, de repente reducida a un trozo de persona. Seguía siendo hermosa, pero ahora con un dejo de infantilismo.

—Lo conozco, y sé que está pensando terminar conmigo —gemí, incapaz de controlar el llanto. Nancy abrió la boca para decir algo, pero no se lo permití, porque dije, en un lloriqueo—: Sé que, si no fue a verme, si no me ha llamado, es porque se siente culpable por lo que pasó y está pensando que alejarse de mí es lo mejor que puede hacer.

Le di la espalda ya que no podía seguirla mirando; las lágrimas me cayeron a raudales, y detrás de mí escuché un suspiro que confirmó mis sospechas.

—Aarón le dijo que no quería que estuviera cerca de ti.

Me giré con tanta fuerza, que la cerviz me chirrió. Me dolió el movimiento al grado de que hice una mueca. Cuando logré recobrar el hilo de mis pensamientos, Nancy estaba de pie frente a mí, con gesto preocupado.

El horror había teñido sus facciones. Pero las mías, podía sentirlo, estaban fundidas en ira, recelo y más decepción.

—La gente dice y hace estupideces cuando se enoja —susurré—. Alan debería saberlo. Debería dejar de ser *tan* cobarde.

—Si de algo te sirve, le llamé para que te viera mientras Aarón no estaba —dijo ella, su expresión más triste todavía. Volví a llorar al saber aquello. Pero la ira iba en aumento cada vez que imaginaba a mi padre diciendo algo a lo que no tenía derecho—. Fueron un par de veces, pero al menos...

Seguí parpadeando, constantemente, y la siguiente manera en la que Nancy me miró, tras interrumpirse, me dio a entender que mi cerebro no estaba preparado para aquellas emociones tan fuertes.

No me ayudó el respirar.

—Voy... —Se volvió para agarrar lo primero que encontró: mi suéter, y me lo tendió—. Voy por alcohol o algo, y de paso le llamo a Aarón.

Alcé una mano, y me limpié las fosas nasales: de una, un hilo de sangre manaba. No me importó, porque la ira y la decepción, y la náusea, eran mayores.

En la silla de donde Nancy había tomado el suéter, mi guitarra acústica se encontraba recargada, con el mástil en el respaldo. La agarré con las fuerzas que pude reunir, la hice girar en mis manos y la tomé como si fuera una raqueta de tenis. Entonces caminé hasta la mesa de estudio: el enojo, el recuerdo de distintas palabras, su voz en mi silencio, todos me miraban con la expectación de un ser demoníaco que espera por fin a que detone la cizaña que sembró. Empuñé con más decisión el mástil, levanté el cuerpo de la guitarra y la blandí hasta que chocó contra la cara de Elvis.

El estuco del muro se rompió con el primer golpe, pero la sonrisa del rey seguía intacta. Si acaso le había hundido un ojo, y parte de su bonito cabello negro. No obstante, repetí la acción dos veces más. En la última, el mástil se partió por la mitad, y el clavijero se hizo añicos: una gran, gran astilla se incrustó con fiereza en el dorso de mi mano.

Hasta ese momento sentí que la ira disminuyó. Hasta ese momento, dejándome caer en la cama, seguida de gotas de sangre, con un nuevo maquillaje de esta en el rostro, me fundí en mis otras «yo» a las que aborrecía. Respiré y respiré y respiré sin conseguir nada, salvo pensar en hablar con Alan y decirle que tomara una decisión.

Quería tenerlo frente a mí para exigirle que me dijera cuál maldito fin tenía al recluirme así en su vida: estaba sola sin él, porque nadie más iba a comprender lo que sentía hacia el mundo salvo él: porque era mi música. Era mi eternidad. Sin él dejé de existir y dejé de avanzar. Sin él no me importó romper la cara de uno de mis ídolos, y no me importó estar enojada con mi padre.

—¡Qué...! —Su voz fue el estruendo que lo definió todo. Levanté la mirada, furiosa hasta la médula.

Él se abalanzó sobre mí y me miró unos instantes. Detrás, Nancy traía consigo un frasco de alcohol y un par de pañuelos. La mano herida me temblaba. El chillido de mi compañera alarmó a papá, que no había tomado aprecio de mi abertura auto-infligida. Después, ayudado por ella, se inclinó para limpiarme.

No habló. No me volvió a mirar hasta que terminó de secarme la sangre de la mano. Por fortuna, el flujo de la nariz había cesado. Pero había comenzado a llorar.

—Llévame a El Atlántico —pedí, en cuanto se irguió.

—No —se limitó a decir.

Sonreí. Nancy, a su lado, parecía avergonzada.

Aarón la miró por encima de su hombro, por lo que ella se marchó después de eso. Cuando volvió a colocar su atención en mí, mi padre tenía las manos en la cadera y una careta de efusividad en el rostro.

—No estás para discusiones acaloradas —masculló.

Asentí, pero era obvio que no aceptaba lo que estaba diciendo.

—¿Te dijo algo? ¿O eso también me lo vas a ocultar? —pregunté.

—Nina, no estás en posición de pedirme explicaciones —farfulló—. Sigues sin entender la gravedad de lo que te sucedió. Tu mundo no puede girar solo entorno a él.

—No lo hace —admití. Él frunció el ceño y se echó para atrás, como si no se hubiera esperado que dijera aquello—. Estás tú y la gente que es especial para mí. Y aunque se las arreglen para hacerme añicos, siguen siendo especiales. Así lo decidí, y ni tú ni él lo van a cambiar.

Al no escucharlo decir nada, me froté los ojos con las manos y pretendí que estaba intentando tranquilizarme; no era eso lo que hacía, pero funcionó con Aarón, que regresó a la cama y se sentó a mi lado.

—Ya le pedí disculpas —dijo—. Pero de todas maneras piensa que es mejor así.

—Claro —musité—, porque es lo mejor para mí, ¿verdad? *Tan* cliché.

—La gente dice que el amor es difícil solo porque están esperando recibirlo cada vez que lo dan. Así no funciona, Marina. —Se talló el rostro en un gesto de cansancio, y añadió—: Ni nunca lo hará, por cierto. Además, cuando amas a alguien lo entiendes lo suficiente como para saber qué es lo que necesita.

Clavé la mirada en él, tratando de comprender lo que quería decirme con eso. O bien estaba insinuando que yo quería demasiado de Alan, o bien decía abiertamente que tenía que aceptar que

terminar con él era lo que yo necesitaba, aunque en este momento no lo comprendiera.

Era una total estupidez.

Al diablo con la filosofía.

—Lo que necesito es hablar con él —exigí.

Papá me miró otra vez, con aire dulzón.

—Ya sé —dijo por fin.

—Está loco si piensa que le voy a permitir que se arruine así —musité, tan bajo que creí que lo decía para mí y no para los dos. De cualquier manera, seguí hablando—: Está acostumbrado a que nadie lo saque de su zona de confort. Pero me pidió un riesgo y decidí tomarlo. El punto de retorno se quedó muy atrás.

En los labios de Aarón se formó una sonrisa.

—La gente especial merece segundas oportunidades, y hasta terceras. Esta no es la primera vez que me porto mal con él, y siempre actúa como si nada hubiera ocurrido.

Arrugué la frente, sin comprender a lo que se refería.

—¿Por qué habrías de tener problemas con él?

—Fui su profesor también —señaló, su aire de bohemio, enamorado y musical volvió; me vibró el corazón al reconocerlo—, y es terco como una mula. Idéntico a ti. Pero, en mi defensa, debo decir que no tenía ni idea, en aquel entonces, de las cosas que había detrás de su telón. Luego me resultó una persona... especial. Como tú.

Se levantó, pasándose la mano derecha por sus hebras castañas; miró su reloj, y me tendió la mano.

—Hay que ir al médico, por favor.

—Estoy bien —dije.

Mi padre torció un gesto. Y a eso no podía negarme.

—Nina. —Me hizo detener en el umbral, al percatarse de los pedazos de la guitarra que antes, por la carrera de saberme sangrando, no había visto en el rincón de la pieza—; no te voy a comprar otra guitarra.

Él elevó su mirada a la cara de Elvis.

—No cabe duda que, lo de hacer y decir cosas sin pensarlo, es cosa de familia.

—No cabe duda —traté de sonreír.

Desafortunadamente para todos, yo solo podía pensar en hablar con Alan. Todos mis intentos por ser igual que Sartre habían fallado. Pero nunca me había rendido; siempre había tratado de pensar primero, y era imposible.

Alan existía y, en consecuencia, yo amé el existir por eso.

## 32. El olvido se llama nunca

Mientras Adriana me hacía una trenza, yo contemplaba la imagen de una chiquilla rubia en la pantalla de la TV. Decía algo acerca de los valores en la familia, pero no podía reconocer a ninguno en particular. Mi familia era rara, muy mecánica, muy lejana de los estándares que en México se consideraban correctos. Por ejemplo: Aarón nunca estaba en la casa, así que se cocinaba comida casera solo cuando nos reuníamos con Adriana o cuando no nos quedaban ideas de comida chatarra. Además, tampoco era muy estricto con mis horarios, ni me había intentado llamar la atención cuando salía de la casa hacia otro lugar que no fuera la escuela.

Todo sin avisar, salvo cuando me quedaba en casa de Gabriela. Y, en realidad, aquella rutina había dado un giro de ciento ochenta grados.

—Listo —musitó Adriana, contorneando el sillón y sentándose junto a mí.

—Gracias —suspiré. Volví a mirar el reloj de la pared, consciente de que las últimas dos horas habían corrido más lento que de costumbre. Esa tarde, Nancy tenía una práctica importante, y Aarón debía de estar presente: la chica me dijo que era muy importante para ella que estuviera yo también, de modo que acepté ir a pesar de que los nervios amenazaban mi estómago como nunca antes—. Ya se tardó, ¿no?

Adriana hizo una mueca, al tiempo que se removía en el sillón y leía la hora en su reloj de pulsera. Alzó las cejas hacia mí, con gesto sonriente. Por supuesto, entendí su mohín como un aliciente para no demostrar cuán ansiosa me encontraba. Ella no lo entendió, sino al contrario, y esbozó más esa sonrisa, característica de cuando la gente cree que sabe lo que estás pensando.

Sin importar la manera en la que me escrutaba, agarré el control remoto y comencé a cambiar de canales hasta dar con un noticiero: mi cabeza no se encontraba apta para programación melosa: porque seguía teniendo un nudo enorme en la garganta, y cada vez que escuchaba la palabra «amor» sentía ganas de vomitar. La sensación de agobio no tardó, mientras el climatólogo pronosticaba buen clima el resto de marzo. Era obvio que, no solo el frío, era lo que tenía a mi corazón, mi sangre y mi mente tan lejos de la realidad, sino que influía más en mí el hecho de que lo mío con Alan estaba inconcluso, pausado.

—¿Sabes, Nina? —oí que Adriana hablaba. Murmuré un gemido para que supiera que la estaba escuchando, y entonces ella dijo—: Aunque parezca increíble, quizás esto era lo mejor para ambos. No está del todo bien que sean tan dependientes el uno del otro.

Nunca en mi vida le había permitido a nadie que cruzara la valla de contención que me gustaba llevar conmigo a todos lados, pero, cuando Adriana hablaba de esa manera tan maternal, aun cuando no le correspondía el gesto ni la molestia, en mí se retraían las náuseas típicas de la gente apática como yo. Era muy, pero muy consciente de que tenía razón, pero había pasado la mitad del mes de febrero desintoxicándome de la presencia de Alan. Sin embargo, mis memorias con él, hacían que mi cerebro gritara *nuncas* taladrantes. Todo porque, en momentos, siendo víctima del reproche en contra de mi todavía novio, había llegado a creer que no le perdonaría lo que estaba haciendo.

No podía engañarme, pues en el fondo estaba completamente segura de que su alejamiento se

debía a los sentimientos de culpabilidad que habían hecho mella en él desde el suicidio de su madre; algunas semanas atrás, gracias al comportamiento de Tony, había caído en la cuenta de que Allie vivía con esa recriminación en su cabeza, y de que su padre biológico, tal vez, era el que se había encargado de que no lo olvidara.

—Ya sé —sollocé, al tiempo que me frotaba los ojos con los dedos índice y mayor de ambas manos.

—Bueno, pues me alegra. —Adriana esbozó una sonrisa—. Ahora ya pueden hablar como dos adultos y saber si siguen o si terminan de una buena vez. De cualquier manera, son muy jóvenes para pensar que el mundo se termina aquí.

Con su nueva retahíla, comprendí un par de cosas más acerca del amor: resulta invaluable, aún si estás al tanto de lo poco duradero que es. Y, en el instante en el que te enamoras de alguien, no importa si mañana terminan y no vuelven a hablarse jamás. No es como si se pudieran olvidar de todas maneras; no es como si, una relación rota, pudiera hacer que las caricias, los besos, las palabras y las canciones compuestas con amor, pudieran borrarse de tu mente; después de todo, el olvido sí tiene nombre y se llama nunca.

Nunca.

—El mundo no se termina con él —dije, sin mirar a mi compañera de sofá. Me encogí en mi sitio, percibiendo cómo el frío de la soledad me abrazaba por completo—, pero se siente, ahora mismo, como si fuera así.

La gente puede percibir las miradas de tristeza, las de enojo, y puede percibir si irradian algo más; el cómo me miró Adriana tras hablar, lo sentí como la confirmación de que el mañana vale lo que un pepino, y que el hoy no se puede comprar ni con todo el oro del planeta Tierra.

—Él te quiere...

—También sé eso —la interrumpí, para lanzarle una mirada de consolación; trataba de decirle que me encontraba bien, que mi cordura estaba casi intacta, pero de una u otra manera, mis seres queridos, los allegados a mi vida, sabían lo que me pasaba con solo observarme un par de segundos—. Anoche le mandé un correo. No me pude resistir.

—¿Qué decía?

Sonreí. Adriana me imitó. Alcanzó mi mejilla y enjugó una lágrima solitaria que se deslizaba por ahí.

—Cosas horribles, claro —ironicé—. Y entre las cosas horribles le dije lo que significa para mí. Estaba muy enojada. Estaba... —Cerré los ojos, intentando seguir el hilo de mis ideas—. Estoy *tan* enojada con él, pero, a partes iguales, lo extraño y lo necesito tanto, que siento que voy a volverme loca.

—Hoy es el día, entonces —canturreó papá, a nuestras espaldas.

Supe que había escuchado mi discurso, pero no me amedrentó el hecho. Ni siquiera traté de mostrarme avergonzada mientras me ponía de pie y caminaba, junto con Adriana, hacia el corredor. Tampoco lo hice cuando salimos de la casa ni mucho menos cuando nos metimos en el auto. Fue cuestión de entendimiento por su parte.

Yo me estaba portando muy bien; iba al médico si me lo pedía, me tomaba los medicamentos con rigurosidad, y no me concentraba demasiado. Así que le tocaba a él cumplir su promesa de dejarme zanjar el tema de mi noviazgo inconcluso con Allie. Por la mañana, al decirle que Nancy me había propuesto ir, él comentó que quizás no era la mejor idea. Luego, tras notar mi mirada de extrañeza, se rindió y no se opuso más. Así que pudimos ir en calma hacia la Academia, oyendo las alusiones de Adriana sobre el entusiasmo y los nervios de Nancy al respecto del tema que iba

a interpretar, mismo que, si el director y Aarón —el profesor a cargo de su desempeño en general— le daban el sí, tendría que mostrar ante un jurado a nivel internacional en cierto concurso.

Imaginarme su bonito rostro allá, compitiendo con cantantes experimentados, y algunos no tanto, me hizo sentir orgullosa aun cuando el mérito de su voz, y el nuevo alcance que esta le daba, no tenía nada que ver conmigo, sino con aquellos que la hacían exigirse más y que la ayudaban a demostrar todo el potencial que llevaba en las venas.

Para mí, Nancy ya era algo más que un prodigio musical, algo así como una de las estrellas que tenían un futuro ensordecedoramente prometedor si se les impulsaba. Me percaté de cuánto había cambiado mi perspectiva acerca de ella, y de la música, además. Mi alrededor estaba bifurcado en la filosofía y el sonido de la vida, de manera que, recargada en el respaldo del asiento, fui más consciente de que este día algo se iba a definir en mí.

Papá estacionó el auto en su lugar habitual y Adriana y yo nos adentramos en el edificio de tabique mientras él sacaba unas cosas del maletero. Casi no había alumnos en el vestíbulo, y los pocos maestros que se encontraban vagando por los distintos corredores y los jardines, ni siquiera tomaron aprecio de nosotras. Lo cual me tranquilizó al instante de comenzar a subir las escaleras. Respiré tan profundo mientras ascendíamos, que Adriana se dio cuenta de mis nervios cansados, y se limitó a sujetarme del brazo con una sutileza muy caliente. Al menos, lo sentía así porque mis terminaciones nerviosas estaban haciendo una fiesta descomunal aquella tarde. El pasillo hacia una de las salas oscuras estaba sumergido en el silencio, como ya era costumbre en esa área de la escuela. Y al estar frente a frente con la puerta grisácea, de textura horripilante a mi parecer, sentí que el corazón me saltaba del pecho y se movía por cada una de mis extremidades.

No había manera posible en la que yo pudiera resumir mis sentimientos, ni describirlos. Lo único que tenía en mente era que, al terminar la sesión de Nancy, era muy probable que el alma me volviera al cuerpo o que mi corazón terminara por hacerse añicos. Nada se había sentido como esto, ni nada había cobrado tanta importancia como la anticipación de saber que quizás mi novio ya no lo era más, y que desgraciadamente él no había podido encontrar el valor que se necesita —o la convicción— para afrontar un problema como el nuestro.

Adriana empujó la puerta y me dio paso a una habitación iluminada pobremente por la consola de mezclas. Una lámpara tiritaba al fondo, lanzando destellos de luz a las esquinas, como si también tuviera frío, como si, al igual que yo, sintiera que estaba con los pies en un agujero de gusano, lista para lazarse al vacío y al tiempo elástico.

Saludamos a Fabiano, que le daba indicaciones a Nancy, entre susurros. Yo me senté en la silla principal, cansada de las pestañas por tanto parpadear. Adriana, mientras tanto, sujetó una papeleta que el técnico del audio le prestó para que analizara no sé qué cosa.

—¿Estás bien? —me preguntó Nancy, sentándose en contra de la mesa de sonidos.

Las luces de los botones y las palancas seguían parpadeando.

Alcé ambas cejas mientras trataba de hallar la frase correcta para responder a aquella pregunta que ya comenzaba a darme miedo.

—Excelente —mentí.

No lo hice del todo, aun así, sino que, convencida de que no servía de nada ser el foco de la atención en ellos, por mi accidente dos semanas atrás, les evité un bochorno.

—Él está con el director —señaló, con un pequeño dejo de tristeza asomado en sus ojos—. Hay algo que tengo que decirte antes de...

En ese momento, al tiempo que mi padre abría la puerta, comprendí que el aspecto ansioso de la chica no se debía a mi presencia, sino a una cosa extra, a un anexo que, por su mirada

suplicante y el cómo retorció una hoja entre sus manos, era la misma gota que derrama los vasos en la política, y que llega a causar guerras sangrientas.

Permanecí en silencio, esperando a que Nancy continuara, pero mi padre la acaparó cuando la llamó para enseñarle unas anotaciones que le había hecho a una partitura. A todos se los veía inmersos en que el tema de esa tarde saliera perfecto. Y sus conversaciones no dejaban de ser acerca de cuán importante era que lo interpretara como lo había estado haciendo aquellas semanas.

Si no te concentras del todo en una cosa que quieres hacer con exactitud, puede que termines por echarlo a perder; por eso a mí me dolió la cabeza cuando traté de entender por qué la canción de esa tarde era tan especial. Hasta que me concentré lo suficiente y me di por enterada de que el tiro de gracia, además de que es doloroso, sí existe.

Hice acopio de toda la prudencia que llevaba conmigo, y observé a detalle a Nancy, que luego de que mirara cómo mis ojos la estudiaban con detenimiento, no volvió a intentar decirme lo de la canción porque supo que no era necesario.

La puerta chirrió de nuevo sobre sus goznes, y emitió un sonido hueco que se dispersó por la sala. Poco después, sus ojos, los de Alan, ensombrecidos por la falta de luz en la habitación, se detuvieron un milisegundo en mí, pero continuaron su curso en dirección de Fabiano, que resopló con hastío y se levantó de su banco, en donde había estado haciendo ajustes preliminares.

Sin decir nada, papá y Adriana se colocaron a mis lados. Justo cuando Nancy entró en la cabina, el último sonido de la puerta abriéndose y cerrándose, dio paso a un hombre corpulento, de apariencia fatigada y ademanes rígidos. El director no era un tipo con el que una persona pudiera darse el lujo de charlar a menudo, y tampoco parecía ser de esos hombres con los que te mueres por hablar. Me saludó apenas con un asentimiento de cabeza y una sonrisa de lástima, solo para hacerme saber que estaba al tanto de mi percance. Gracias al cielo, no tuve que escuchar un sermón de su parte y acepté el consuelo de su mirada, mientras me removía en el lugar que era de Allie, pero que yo sabía que no iba a pedirme, dadas las circunstancias.

De un momento a otro, el espacio a mi alrededor se redujo a unos pocos centímetros; mismos que olían a aromatizante caro y que despertaron en mí cierta somnolencia. La voz de Alan, ronca como siempre, pero apagada como la de una persona que no tiene ganas de nada, se oyó en la cabina, retumbando sobre todo en cada una de mis neuronas, que respondían, inevitablemente, a su cuerpo, a su olor, al sonido irremediable de su existencia. Escuché con la misma habitualidad la introducción del tema, y me aseguré de que no iba a llorar aquella tarde. No iba a dar a entender lo débil que me sentía mientras me daba cuenta de que la canción que Alan había compuesto luego de conocernos, estaba ahora en labios de Nancy y en oídos de cada una de las personas que sabían lo que había entre nosotros.

Varias miradas se posaron sobre mí conforme las estrofas avanzaban, y la combinación de los instrumentos, que muy probablemente habían sido apuntalados por Fabi, fueron un aliciente para que tuviera un poquito de dignidad. Así que la escuché en total silencio, con el gesto dubitativo que adquiere alguien que, si se mueve, es propenso a romperse.

Entre las muchas opciones que visualicé frente a mí, la de salir de la habitación fue la que se me antojó más patética; por eso dejé entrar en mí a la Nina que podía cargar con su madre, con la ausencia de un padre, con los deberes de la escuela, y con los sueños incumplidos que dejaba noche tras noche debajo de la almohada. Allí, me tuve que obligar a ser una persona estoica, incapaz de derrumbarse por sus emociones. Incapaz de sentirse humillada hasta los huesos.

Mi segunda opción fue, simple y sencillamente, sonreír. Fingir. Mentirle al mundo para que no

se alarmara y que pudiera seguir su curso. Hacer que cualquiera de los que pensarán que estaba mal, por él, cambiara de opinión, muy a pesar de que me encontraba confundida, triste y anhelante al mismo tiempo.

Al terminar Nancy, el director hizo un aspaviento de felicitaciones hacia ella. Fabiano entró en la cabina, seguido por mi padre y el director. Adriana fue la última en acudir, pero antes se aproximó a mí y me agarró la mano, en un acto que se sintió como un augurio, o un deseo, de buena suerte.

Lo que yo necesitaba no era suerte, sino valor.

Alan todavía estaba sentado en el banco, con los brazos cruzados y mirándome de soslayo de vez en cuando. A estas alturas, hubiera podido resentir sus miradas en mí a cualquier distancia, en cualquier sitio. Sin embargo, decidida a hacer de mí una persona de convicciones, como había sugerido Adriana, no dije nada.

Él tenía que aprender dos cosas sobre la vida. La primera, que pierdes a la gente a la que amas si no te armas del valor necesario para pelear por ellas. Y la segunda, que un momento decisivo vale más que mil canciones escritas con amor.

Continué con la vista clavada en el cristal de la cabina, tratando de convencerme de que, la canción de Allie, se escuchaba mejor en la voz de Nancy. Pero mi corazón moría por exigirle una explicación de eso, y a ella... a ella obligarla a contarme por qué no me lo había advertido. Como había dicho Fabi, la había estado practicando dos semanas atrás, así que, con sus varias visitas a mi casa, hubiera podido...

—Esto no cambia nada —susurró él, desde su lugar. Ahora tenía la mirada directamente sobre mí, y los brazos cruzados en el pecho—. Sigue siendo tuya.

No respondí. Esboqué una sonrisa y me puse de pie, sin saber cómo reaccionar ante sus palabras.

Yo no creía que Nancy estuviera cantando su tema solo por casualidad. No parecía ser así. Me volví sobre los talones, temerosa de encontrar en su mirada el señalamiento inminente del final. Nuestro final. Tragué saliva e imité su postura, sintiendo que el frío me calaba algo más al fondo de los huesos. Mis entrañas se removían con violencia, como si la dopamina hubiera excedido su territorio y ahora tuviera invadidos mis músculos, mis vasos sanguíneos, mi piel.

Todo mi cuerpo estaba hecho un Polo Norte, a causa de la intemperie de no tener idea de qué ocurrirá después.

Allie me miró como solía hacer si me estaba ocultando cosas, como solía hacer cuando estaba cansado o cuando no se tomaba su medicamento. Aparté la mirada y me dije que estaba en el límite, que ya no podía más. Él bajó del banco y caminó más cerca de mí. Observé sus pasos en el suelo alfombrado, la oscuridad que se cernía en torno a nosotros, el silencio que comenzaba a absorbernos.

—Sigue sin tener título —señaló.

Hundió las manos en los bolsillos del jean, e hizo una mueca, cerrando los ojos.

Asentí, mientras miraba hacia la puerta de la cabina, por la que ya salían el resto de las personas. En otra ocasión, seguro que Nancy habría corrido hacia mí, seguro que me habría preguntado qué tal había estado, pero todo lo que hizo fue mirarme con apremio, sonreír y seguir a mi padre, a Adriana y al director hacia la salida.

Nos quedamos solos en la habitación en menos tiempo del esperado, y entonces me sentí más estática que nunca.

—Bien —suspiré.

Mi voz había salido con tan poca fuerza, que noté que Alan espabilaba al notar mi indiferencia a sus palabras. Se acercó más. Yo di un paso atrás y sonreí, en un acto reflejo. Lo que quería, obviamente, no era apartarme de él, sino todo lo contrario: la vida te enseña que, mientras más lejos está la meta de ti, siempre tienes que impulsarte con tu mayor esfuerzo para llegar a ella.

Sacudí la cabeza y la eché hacia atrás, con la esperanza de que me entendiera rumiando en mi mente.

—Solo quiero que comprendas...

—¿El qué? —lo interrumpí.

Él dio un paso más en mi dirección, y agachó la mirada, buscando la mía. Cuando la atrapó con sus iris tiernos, decadentes y nostálgicos, las lágrimas de sangre se acercaron en mis ojos.

—Lo que hubiera podido pasar si... —musitó, sin llegar a terminar del todo.

—Yo ya tengo suficiente de esto —dije. Mi tono más agrio que antes. Él alzó el mentón y entornó los ojos, como esperando un comentario hiriente por mi parte—. Esto es desgastante; no lo quiero para mí. No quiero ser la chica que viene a buscarte cada vez que a ti se te da la gana dejarme. Ni en un millón de años voy a aceptarlo y, si vine hoy, fue solo para confirmar lo que tu ausencia en la clínica y tus *cero* apariciones en mi casa significaron.

Se hizo el silencio, y él, amedrentado por el sentido de mis palabras, parpadeó.

—No te merezco. Lo sabes.

—Sí, lo sé —gruñí. Alan torció una sonrisa, y miró a su izquierda—. Nadie en este mundo se merece la vida de otro. Así como yo tampoco me merezco la vida de mi padre o de mi madre y, sin embargo, estoy segura de que la dan por mí. El caso es, Alan —añadí, ahora sí acortando la distancia entre nosotros al grado de que su olor, como un potente gancho al hígado, se impactó en mi pecho—, que el sentido del amor no es dar para recibir, sino dar porque quieres. Porque te nace. Porque así lo decidiste.

Volví a negar con la cabeza y agaché la mirada, sintiéndome cada vez menos fuerte ante su cercanía y el calor de su cuerpo.

Él, sin cambiar de postura, dijo—: Leí tu correo.

—Lo escribí en un momento de estupidez. No le hagas tanto caso.

—¿Ni siquiera a la parte en la que dices que me amas?

Me encogí de hombros. Con su mano derecha, en la que traía una pulsera tejida y las plumillas que yo le había regalado, me alzó el mentón para que lo mirara a los ojos.

—El doctor me mandó que no hiciera muchos esfuerzos. Y creo que yo, por ti, me estoy esforzando demasiado. Eso debe significar que la parte en la que digo que te amo era, *es*, cierta. Mucho, en realidad. Porque te amo mucho.

Allie sacudió la cabeza y acarició la línea de mi mentón con su dedo índice, el que estaba más rasposo de todos.

—Cuando te vi tan profundamente dormida, y Nancy me dijo lo que había dicho el médico, sentí que te hice lo mismo que mis padres a mí ¿entiendes?

—Estoy aquí para que me expliques, Alan. Porque no entiendo cómo puedes decir que me amas y luego dejarme así.

—Si no he ido a verte no es porque mis sentimientos tengan algo que ver. Sino porque no estabas en posición de lidiar con mis problemas en ese instante. No lo estabas y no quiero involucrarte. No lo haría. Jamás.

Problemas. Problemas adicionales al hecho de tener que cargar con la culpa por el accidente. Problemas de él, que nadie me había dicho. Problemas que me embargaban siempre, aunque no lo

quisiera.

Pegó la frente a la mía, y supe que no tenía intención de decirme nada. Supe que sus problemas estaban relacionados con Tony y su familia, y que, en efecto, de yo haberlos sabido...

—No es excusa —dije.

Él negó con la cabeza, apartándose y llevándose ambas manos al rostro.

—Nina —murmuró—, ¿hubieras podido morir!... De haber ido después de que a Aarón se le pasó el enojo, habrías querido saber. Habrías querido que te contara.

—Sigue sin ser una excusa porque yo te necesitaba allí, mientras sentía que el mundo daba vueltas y que alguien me había partido la columna vertebral en dos. No estuviste y para mí eso es lo que importa. Que yo no significo lo mismo...

Me miró con recelo, entre enojado, desesperado y silencioso.

—¿Entonces? —preguntó.

Su voz se había tornado seca, lejana. No la reconocí.

—Ya te dije: no quiero nada turbulento e inestable para mí. Y tus excusas no me sirven de nada. Quizás, sí, tienes problemas con Tony, pero hubieras podido llamarme o responder a mis llamadas, en su defecto.

Hice una profunda inhalación de aire. Alan permaneció callado, y yo me volví en los talones para caminar hacia la puerta. Al sujetar la manija, cuando el límite estaba justo debajo de mis pies, él me agarró la mano y me hizo dar la vuelta, una expresión de tristeza enmascarando su rostro. Había un par de lágrimas contenidas en sus párpados y el leve temblor de sus labios me obligó a cerrar los ojos. Pegué la espalda en el acero de la puerta, y al tiempo que él asía sus manos de mis mejillas, recordé cómo fue la primera vez que nos vimos.

Aún en la oscuridad, había reconocido al Alan que tenía frente a mí. Pero era un recuerdo tan lejano y siniestro, que me dolió el mero hecho de comparar una y otra situación.

—Dime que me amas, y luego se acabó, ¿sí?

Negué lentamente con la cabeza. La gotita de agua de su ojo izquierdo se deslizó con rapidez. Como no llevaba puestos los lentes, fue algo perceptible y doloroso para mí.

—Déjame ir.

—No puedo —se lamentó, en un suspiro y con los ojos cerrados, haciendo que más lágrimas descendieran por sus mejillas, rosadas por el ejercicio que supone respirar abruptamente.

Por un segundo, no supe qué decir, pero al armarme de valor, musité—: Ya ibas a hacerlo. Esto es lo que tú querías; querías que me aliviara, que siguiera la escuela, que conociera a otro y que me volviera a enamorar. Querías que te olvidara.

*Pero el olvido se llama nunca.*

—No es verdad —masculló. Mis manos, laxas a los lados de mi cuerpo, se morían por agarrarlo de la cintura y pegarlo más conmigo. Pero faltaba poco... poco para su límite. Yo estaba en el mío, y nadie me había ayudado a encontrarlo. Sin embargo, él todavía necesitaba ese empujón, el impulso correcto, la dosis de dolor exacta—. Le di la canción a Nancy porque se oye mejor en su voz, y yo tenía que verte escucharla. Tenía que ver cómo finges que no te duele, y que todo va a estar bien. Traté de decirme que estar lejos de mí es lo mejor para ti, pero mi vida no tiene sentido sin ti en ella. No soy tan valiente como tú. —Sus dedos derechos me rozaron los labios, tan lento que las piernas me temblaron al ver que se acercaba. Con la fuerza de voluntad que me quedaba, hice a un lado la cara—. El plan era grabarte la canción y llevártela, pero luego me enviaste ese correo, y sentí que ya era muy tarde. —Se relamió los labios, entornando los ojos. Yo lo miré también, y esta vez, cuando me besó apenas en una caricia tenue, no me alejé—. Dime

que me amas.

—Te amo.

Cerró los ojos, y presionó sus labios en contra de los míos. Dejando un leve espacio entre nuestras bocas, dijo—: Vamos a fingir por *un momento*, que no estábamos destinados. ¿Te puedes imaginar qué sería de mi vida de no existir tú?

### 33. Almas gemelas

Aristóteles dijo que el amor se compone de una sola alma, y que esta habita en dos cuerpos a la vez. La gente no comprende que comodidad y felicidad no son lo mismo. No entienden que no es igual acostumbrarse a alguien que necesitarlo. La costumbre es llevadera, y la necesidad duele. Pero ambas se parecen en muchas cosas, por eso la confusión. Por eso las relaciones dolorosas, los matrimonios fallidos, las familias deshechas: decisiones mal tomadas, segundas oportunidades que nunca se dieron, perdones que jamás llegaron a término.

Aunque quieras, cruzar la línea entre la costumbre y la necesidad, es algo muy peligroso. Cuando sientes que necesitas a alguien, vives imaginando que, sin importar cuán imperfecta sea esa persona, le podrás perdonar cualquier cosa; pero si estás solamente acostumbrado a ella, lo único que sentirás será una gran vehemencia por dejar la rutina, por abandonar esa línea sin retorno que es arriesgarte a otorgar una segunda oportunidad.

Alan me dijo, antes de que saliéramos de la habitación oscura y nos reuniéramos con los demás en la recepción del edificio, que estuvo tan acostumbrado a no encariñarse con nadie, que acabó por no necesitar de ningún sentimiento; yo le respondí que hay personas que pueden vivir así. Muchos científicos, letrados y genios, aprendieron a vivir consigo mismos, al grado de que no necesitaron encontrar su otra mitad.

En mi caso, nunca dejaré de creer que nacimos para complementarnos, y que, a ciencia cierta, lo que Aristóteles creía no era sino una forma sencilla de explicar cuán violenta puede ser la soledad. Alan y yo no estábamos en el rango de las personas que pueden emanciparse del amor que sienten por otro, así que, asediada por mis propios pensamientos, y segura de que correr el riesgo, otra vez, de continuar con él, no iba a ser nada grave, tomé la decisión de dejar pasar los días anteriores, e intentar sustituir cualquier cosa que se hubiera roto.

Ahora, mientras lo veía hablar con el director de la Academia acerca de las posibilidades que tenía Nancy de ganar aquel concurso, me convencí más de que sacarlo de mi vida era imposible, aún si la pausa en nuestra relación seguía siendo una cosa tangible y horrenda.

Papá mencionó, luego de ordenar su platillo, que tenían las vacaciones de primavera para arreglar cualquier cosa que pudiera salir mal. Y de inmediato añadió que así Alan se tomaba un descanso por haber estado cubriendo sus horas la quincena pasada. La mirada de Allie se posó en mí durante varios minutos, pues estaba sentado justo al frente.

El director continuó diciendo lo bueno que sería para la institución que Nancy trajera a casa el título. Lo cual volvía su carrera un tanto más prometedora de lo que todos habían creído. Al tiempo que picada con un tenedor mi comida, traté de ver más allá del futuro que le depararía a la chica, cuyo aspecto demacrado anunciaba que tenía mucho miedo de todas las suposiciones que estaban haciéndose en su favor.

Un regusto a ácido se había implantado en mi lengua debido a la incomodidad que yo sentía porque fuera el tema de Alan lo que ella usaría para la competencia. Pero no eran celos, sino otra cosa que ya había sentido antes hacia su persona. Era como una emoción nada placentera, como un mal augurio. Algo que no se expele de ti a menos que alguien te lo haya advertido. Por supuesto,

no iba a decirle a nadie, más que a ella, que estaba teniendo un fuerte temor por lo que su padre dijera de esa participación.

Según lo que sabíamos de eso, Nancy, con ayuda de Adriana y otras tantas personas de la escuela, al ver que no podía llevarse nada mejor con su padre y que sus antecedentes se ponían en su contra, había solicitado la emancipación tutorial; delante del juez, por lo que me contó la semana pasada, había sentido que estaba dando el paso correcto, pero que aún sentía por su madre una terrible culpa.

Yo le dije que a nadie se le puede sacar del infierno a menos que lo pida. Y que, por eso, ella tenía que aprender a respetar los deseos de su madre como quisiera que respetaran los suyos. De manera que, evocando el recuerdo de esa conversación, me vi en la absurda necesidad de preguntarme si no debería hacer lo mismo con Alan; es decir, respetar su decisión de no contarme a tiempo lo que estaba ocurriendo con Tony.

Al terminar de comer, cuando ellos continuaron hablando de otros temas que ni me interesaban tanto ni entendía mucho, me levanté para ir al baño y vi cómo Nancy se erguía para seguirme. En mitad del restaurante, sujetó mi brazo y caminó a mi lado hasta que nos adentramos en el tocador de chicas. No había nadie, por suerte, pero eso no impidió que entre nosotras se formara algo así como una estela de desconfianza.

Entré en un cubículo y mientras tanto, pensé en las varias formas que tenía de comentarle a Nancy que no estaba enojada por lo de la canción, sino que más bien, estaba temiendo por su entereza. No quería que ayudara a que mis heridas subsanaran y que las tuyas se abrieran más todavía. Para entonces, después de haber visto el abuso psicológico al que su padre la había sometido, yo estaba segura de que lo que necesitaba no eran mis malas caras.

En el fondo era consciente de que tenía que ver en mí a una Nina repuesta del pleito con su novio, aun cuando este no hubiera sido reparado del todo.

—¿Cómo lo haces? —inquirió.

Había salido del baño y ahora me encontraba de frente con mi reflejo, en el lavabo. El agua que salía por el grifo estaba fría, pero la expresión en el rostro de Nancy hizo que mis emociones bulleran.

Deglutí saliva, trastabillando con mi propia lengua e incapaz de sopesar su situación y la mía. A pesar de mi hospitalización, yo siempre había sabido que las heridas internas, las del alma, son irreparables como la muerte. Por eso, en ese instante, Alan y Nancy se me antojaron tan similares, que, por primera vez en toda mi vida, me visualicé en la mirada de otra chica.

Por primera vez vi qué tan rota estaba yo por dentro, y cuánto de mí habían reparado Aarón, Alan, Nancy, Gaby y mis otros compañeros.

—Esa es la magia de la gente que te ama —suspiré, sabiendo perfectamente qué tenía que decirle para que lo poco que habíamos avanzado no se rompiera—. Te hacen los mejores zurcidos. De esos que no se notan salvo si miras al revés.

—Alan quería que cantara la canción para que tú la escucharas —susurró, con voz de niña.

Asentí, cerrando el grifo y agarrando una toalla de papel para secarme las manos. Ella observó mis movimientos como quien espera un golpe en el estómago, pero le sonreí para que supiera que el tema estaba zanjado para mí. Parpadeó varias veces, e hizo como si se acomodara el cabello en la coleta, aunque estaba perfecto.

—Yo lo hubiera perdonado sin canción —confesé.

—¿En serio?

Mientras me encogía de hombros, Nancy se apretó el puente de la nariz con dos dedos de la

mano derecha.

—Le perdono que no haya estado, pero sigo desconfiando de sus cambios de humor. —Alcé el mentón para mirar la triste iluminación del techo. El gesto me ayudó a ahuyentar las ganas de llorar apretujadas en mi garganta, como un nudo eterno—. La cosa es que tiene que madurar. A uno no le cuesta tanto tomar decisiones. De todos modos, si te equivocas...

—Siempre puedes volver a empezar —atajó Nan, sonriente—. Aarón lo dice mucho.

En diferentes ocasiones, me había dado cuenta de que mis mejores frases existencialistas o espirituales, eran nada más y nada menos que obra de mi padre. Obra de un hombre que había reconocido muchas veces un error, y se había disculpado las mismas por ello. No tenía en la mente una sola vez que me hubiera pasado por la cabeza no perdonarle su supuesto abandono y su irresponsabilidad juvenil.

Descubrí que con la gente que te rodea no es diferente. Porque el odio, el rencor y todas esas patrañas del que se dice ser orgulloso, no anida en ti más que veneno; de ese que te consume poco a poco, hasta que no deja nada, salvo un vacío tremendo, un vacío que solo el amor y la terapia son capaces de curar.

—Entonces —insistió Nancy cuando salíamos del baño—, ¿ya se arregló todo?

Le sonreí sin saber exactamente cómo responder. Le sonreí porque no tenía ni idea de qué era lo que habíamos hecho Alan y yo, en la sala oscura. Aun cuando sus besos ardían todavía en mis labios, tenía un sentimiento agudo y doloroso en el pecho.

Hice amago de suspirar, pero en el camino, debido a la carga emocional que ya llevaba a cuestas, un nudo de lágrimas se incrustó en mi garganta. Nancy lo percibió, así que sujetó mi brazo y casi me obligó a cambiar de dirección.

—La verdad es que te entiendo —susurró ella, mientras me acariciaba la espalda—. La decepción es horrible. Pero, mira... —Se colocó frente a mí, su cara iluminada por una sonrisa—, todos cometemos errores. Y si tú crees que puedes lidiar con el de él, no creo que necesites pensarlo demasiado.

Volví a pasar saliva, para mantener el dolor a raya. Por unos momentos, mirar a Nancy y escuchar sus palabras acerca de cómo ella había pasado un millón de veces por la decepción, amorosa o no, me devolvió la fe que acababa de perder en mí misma las semanas pasadas. Me ayudó, además, a ver que tenía razón: lo que yo sentía no era porque no pudiera lidiar con lo ocurrido, sino por el miedo que eso me causaba.

Eso provoca la desconfianza, después de todo.



Gabriela hizo un mohín, al tiempo que dejaba la taza de café en la superficie de la mesa. Parpadeó varias veces, seguido de un titubeo. No podía hablar, al parecer, y eso me causó una risa espontánea. Ella frunció el ceño con más confusión que antes, así que me arrellané en el sillón, cada vez más consciente de que no iba a entender mis razones para declinar a su invitación de pasar las vacaciones de primavera en la casa que su padre tenía en Toluca.

—¿También debería sentir celos de Alan? —preguntó.

Sacudí la cabeza, comprendiendo que su broma rozaba la línea de la veracidad.

—No es eso —admití, en un resoplido—, sino... Es que, quiero pasar más tiempo con él.

—Bueno, se entiende —suspiró.

Le había contado sobre los problemas que tenía Alan con Tony; mismos de los que yo no me había enterado sino hasta que él sintió que mi salud no se iba a ver amenazada. De modo que, una tarde de hacía dos semanas, luego de que lo acompañara a una de las tantas sesiones de Nancy, me había hecho partícipe de la historia detrás de mi accidente.

En realidad, las cosas todavía estaban tensas con Tony y, según me había dicho el propio Esteban, y como Alan estaba quedándose por el momento con él, todo cuanto hacía era tratar de enmendar el daño en su familia. Cosa que Allie no entendía del todo, porque, a pesar de que él no me había empujado por las escaleras, aún estaba molesto, molestísimo con Tony.

Según ellos, ahora no quería dejar ir El Atlántico, y se había mostrado reacio a abandonarlo. Para Allie, aquello representaba un problema grandísimo porque no quería volver a estar en el yugo con su padre —el de crianza—. Tampoco, y dicho con sus propias palabras, quería que Tony lo marcara de nuevo.

Fue de esa manera que entendí que, todo lo que había vivido, no era sino una sombra para nosotros.

—Como sea. —Gaby interrumpió mis recuerdos. Me miró con apremio y dijo—: No dejes que terceros arruinen tu relación. Si estar con él es lo que quieres, adelante. Que el mundo ruede, Nina-Lennon.

—Sucede que no pretendo dejar que Tony nos arruine. Simplemente estamos pasando por un proceso difícil, ¿sabes? No es sencillo renovar la confianza.

—¿Renovarla? —sonrió ella.

El aire de triunfo en su semblante me hizo recordar que Alan pasaría por mí en cualquier momento, así que rodé los ojos, le di un último trago a mi café, y comencé a guardar mis cosas en la mochila escolar.

No le iba a explicar a Gabriela lo que yo creía de la confianza rota, porque era un tema muy caliente y complicado para mí, en ese momento en el que, estar con Alan, sin tener miedo, significaba cada molécula de oxígeno, cada partícula de aire y polvo a mi alrededor. Era como pender de la cuerda floja, de nuevo, sin saber qué va a pasar mañana.

Sin saber si, lo que teníamos, no se había visto interrumpido por los fantasmas del pasado.

Cuando él llegó, me levanté de mi silla temiendo que ese miedo en mi corazón se incrementara conforme sus problemas con Tony se hacían cada vez más grandes. Por mi parte, pensaba que un edificio y un bar no valían tanto la pena como para sacrificar su tranquilidad, pero Esteban me había dicho que aquel sitio era todo lo que poseía y que, de alguna manera, podía heredar a su hijo.

El hijo que nunca había dejado de serlo.

Me despedí de Gaby con la promesa de que le iba a contar eso de la confianza renovada. Y la opresión en mi esternón aumentó en el momento en el que me deslicé dentro del auto de Allie. Él estaba escribiendo algo en su teléfono, por lo que tardó algunos segundos en poner su atención sobre mí. Sin embargo, al hacerlo, la primera piedra de la nueva construcción que estaba haciendo para nuestra relación, se fincó.

Una sonrisa fugaz se formó en sus labios, y en cuanto puso el auto en marcha, me preguntó—: ¿Me quieres acompañar al departamento?

Dos días atrás, habíamos mantenido una especie de discusión solo por el hecho de que ahora más que nunca, no me quería a dos metros de distancia de Tony. Yo lo creía una exageración, pero acepté su exigencia de ir solo en su compañía nada más porque no quería que se sintiera más

culpable, o que él y Tony tuvieran otra rencilla.

Con las que estaban sobre la mesa me bastaba, y eran lo bastante suficientes como para quitarme el sueño y hacerme perder la concentración.

—¿Qué harás? —inquirí, tratando de sonar calmada.

Estaba preocupada, sí, pero no iba a demostrarlo. No iba a sacar a relucir que me daba miedo Tony, y que para este momento ya tenía varias pesadillas acunadas en mi lista de sueños grotescos: todas tenían que ver con él y con su odio hacia su propio hijo: Tony culpaba a Alan de la muerte de Belén, ahora lo sabía, y así había sido desde siempre.

Esteban nunca se enteró porque Alan había preferido guardar ese secreto, después de todo, le tenía lástima a su padre de genes.

—Tony ya no está allí —musitó sin mirarme.

Lo miré, primero de soslayo, luego enteramente, cuando cruzábamos una intersección que dirigía hacia la zona en la que se hallaba el bar.

—¿Qué sucedió? —me interesé.

Él suspiró y yo agaché la mirada a sus manos, puestas en el volante; tenía los nudillos de un color casi traslúcido, debido a la presión que estaba ejerciendo en el material de plástico.

—Me llamó por la mañana para decir que no quiere saber nada de mí, y que probablemente eso es lo mejor para ambos —señaló, con un tono de ironía muy nuevo en él.

Esas semanas, me había percatado de varias cosas que estaban cambiando en su personalidad. Como, por ejemplo: el que le llamara papá a Esteban otra vez, y que Tony fuera simplemente Tony.

No me agradaba la imagen de Alan sintiendo recelo por ninguno de los dos, así que fue una bocanada de aire el escucharle decir—: Tal vez tiene razón. Él necesita estar lejos de mí si tanto se la recuerdo.

Alcancé su mano en un acto de protección que él percibió de inmediato. No dijo nada durante unos segundos, y se limitó a entrelazar mis dedos con los suyos, alzarme la muñeca y besarme los nudillos.

—No la va a olvidar —musité. Al principio, pensé que estaba hablando conmigo misma, pero me di cuenta muy tarde de que las palabras habían tomado forma y tono. Alan me apretó la mano con más fuerza. No llegó a lastimarme, y sí me llamó la atención el cambio de energía—. Las almas gemelas no se pueden olvidar.

Allie sonrió otra vez, con todos sus dientes; tenía una de esas sonrisas sarcásticas, de esas peligrosas: porque no sabes si son de dolor o de alegría, o de ambas emociones mezcladas.

—¿Cómo es eso? —dijo.

Alcé las cejas entretanto que buscaba la mejor manera de decirle lo que había sabido desde mucho tiempo atrás...

—A veces llegas con una persona que ha perdido parte de su alma —relaté, como si estuviera contándole un cuento que me sabía de memoria—, y le entregas de ti lo que no has podido con nadie. Así que comienzan a compartir todo: cuando eliges compartir el alma con una persona, eso no implica solamente que vayas a vivir en un mundo rosado y hecho de algodón de azúcar...

—Detesto el algodón de azúcar —me interrumpió.

Torcí un gesto, lo miré con los ojos entornados y luego continué—: O sea, si encuentras a tu media naranja, no puedes esperar que todo sea como demanda el cliché. Seguro habrá altibajos, ¿no? Y es de allí, de las desgracias, de donde se fortalecen las parejas. Son como pruebas.

Alan detuvo el auto en la calle de Condesa donde se hallaba el negocio de Esteban. Me

observó con cuidado y se acercó para depositar un beso casto en mis labios.

Hasta allí me di por enterada del cambio de rumbo.

—¿Cómo se llama esa filosofía?

—Ya he dejado de filosofar por todo —me reí. Él hizo lo mismo, y puso el freno de mano—. En serio; estas son leyes básicas de la vida. Las aprendes cuando te caes por las escaleras y luego despiertas al menos de dos formas diferentes.

—Nina... —Alan abrió la puerta de su lado, continuó mirándome—, serías una gran psicoanalista si te lo propusieras.

Fruncí las cejas. Pero antes de que pudiera echarle en cara aquella burla, él descendió del auto, no sin antes decirme que tenía que recoger las nuevas llaves de El Atlántico. Lo vi perderse en el interior del negocio de su papá, y miré con más atención el cómo, mientras los días pasaban, me iba sintiendo más a salvo, menos perdida.

No por él, o por su amor. No: *todo* era por la decisión que había tomado; por el riesgo, por los recuerdos, por el dolor.

Por mí.

## 34. Tu voz en mi silencio

Si sujetas un vaso de cristal, y luego lo dejas caer al suelo, es muy seguro que se hará trizas. Pero eso no es lo peor. Lo peor viene cuando intentas unir los trozos: porque ya no funciona. Habrá fugas de líquido y será inservible. Será un círculo vicioso; las fisuras estarán allí de manera perpetua. Serán visibles cada vez.

Por eso es mejor cambiar de vaso y desechar el roto.

A Gabriela le gustó mi interpretación del cómo se debe renovar la confianza como un vaso que se rompió: ella me contó que le había escuchado a su madre usar la analogía muchas veces en contra de su padre, pero la verdad es que nadie se atreve a beber en un vaso roto; y ese es motivo suficiente para renovarlo. Así no hay riesgo alguno de salir herido.

Renovar la confianza no significa olvidar; el humano tiene este defecto insostenible, el de no poder olvidar. Aquella característica de ser como un banco de recuerdos. Hologramas en el cerebro que pasan a formar una cosa que se llama *experiencia*.

El Atlántico no era el mismo sin Tony. Lo admití desde la primera vez que se abrió sin que su antiguo anfitrión atendiera la barra; el tipo calvo me conocía tan bien ya, que cuando me vio entrar y detenerme en mitad del pasillo, se aproximó con gesto reprobatorio. Había un sujeto reparando la iluminación del anuncio neón, en la puerta trasera, por la que yo acababa de entrar.

Di dos pasos atrás y observé con cautela las letras.

—Lindo, ¿no? —preguntó Fátima, la chica que le ayudaba a Alan con la atención nocturna del bar.

Se acercó a mí, y miró hacia arriba, con la misma admiración que yo. Asentí con un ánimo fresco, cansada de ver las cosas con tan poca importancia.

Este es un mundo donde los detalles, como una canción, una mirada, un saludo, y una palabra, tienen el poder de cambiarlo todo. Un hombre, o una mujer listos, no se detienen a examinar si es correcto aceptar esas cosas pequeñas, o si vienen de Dios, o simplemente ocurren por inercia; vivir es lo importante.

La cizaña, sin importar cuán difícil sea, siempre debe crecer en conjunto con el trigo. Así son las malas experiencias; no se van, no se olvidan, no se arrancan. Se superan. Y se superan porque ya no duelen. Miras atrás y te encuentras con los reflejos de la persona que solías ser, como el anuncio neón que antes era un artefacto inservible y ahora iluminaría un callejón oscuro y siniestro en mitad de la noche.

Detalles pequeños, para seres pequeños debajo de un enorme, enorme universo.

—¿Ya llegó? —le pregunté a la chica, que movió la cabeza para decir que sí.

Me hizo una señal hacia arriba, y me moví al interior, ignorando la risa del otro compañero. Al subir las escaleras, mientras recordaba que aquella tarde tenía que acabar los deberes de filología latina, imaginé que pasar la hora de la comida con mi novio, era ya la cosa más común del mundo para todos los que nos conocían. Las vacaciones de verano asomaban a la puerta, de modo que el trabajo de Alan disminuiría.

Entré en el departamento sin tocar, como ya era mi costumbre, y me detuve a observar en

derredor, esperando encontrarlo en el taburete del piano o en la sala con su laptop. Pero no estaba. En realidad, el lugar estaba tan callado, que me pasó por la mente volver sobre mis pasos y verificar si no se hallaba en la bodega.

Por suerte, cuando le vi salir desde su habitación, un puño de partituras en la mano derecha, el mástil de Rib en la otra, terminé de llegar hasta él.

—Te tardaste —me dijo, contemplándome con curiosidad.

—Fui al médico por lo de mi receta —respondí, al tiempo que me dejaba caer en el sillón.

Él hizo lo mismo, pero se ajustó a Rib en el regazo. No comprendí qué iba a hacer, si se suponía que saldríamos a comer, así que arrugué mis dos cejas y me crucé de brazos, a la espera de que me explicara si tenía que llevar a cabo algo de la escuela o si se habían cancelado nuestros planes.

Durante un par de minutos, el silencio se enmascaró del repiqueteo estridente de las cuerdas, y el movimiento chirriante de las clavijas. Luego, cuando por fin sonaron los primeros acordes de la canción de Allie, me puse de pie y sacudí la cabeza, con una sonrisa dibujada y vívida en mis labios. Detrás de mí sonaron las primeras estrofas, la voz de Alan y el sonido adormecedor que emitían sus cuerdas vocales. Sin embargo, la tonada había adquirido una personalidad diferente desde que había quedado registrada a nombre de mi novio. Sobre todo, la canción había adquirido forma desde que Nancy la había cantado en su competencia.

Me volví sobre los talones, aún abrazada de mí misma, y Allie se detuvo en seco. Había una sonrisa esbozada en sus labios temblorosos, pero no fue eso lo que captó mi atención total, sino la manera en la me miraba por encima de sus lentes.

—Hoy estás especialmente molesto, ¿sabes? —exclamé, volviendo a negar con la cabeza.

Él dejó a un lado a Rib, se encaminó hasta a mí y me estrechó en sus brazos. Yo no entendía a qué se debía su entusiasmo, pero igual me pegué a su cuerpo como una sanguijuela. De un momento a otro comenzó a depositar besos suaves en mi mejilla, y descendió poco a poco hasta el hueco entre mi hombro y mi oído derecho. Su caricia me provocó un cosquilleo en la piel de la clavícula, y en consecuencia emití un gruñido que él podía interpretar muy bien.

Mi doctor me había mandado reposo; así que habíamos guardado cierta distancia sexual, al menos hasta que las indicaciones de la medicina fueran otras diferentes a las actuales. En su ansiedad, pude notar que se sentía como yo en ese aspecto, pero nunca me decía nada, y sabía que, en esta ocasión, no iba a ser diferente.

Se apartó para dejar entre nosotros una distancia salubre, y me miró con expresión dulce, hasta que le escuché decir, para romper el ambiente silencioso y tenso que nos había envuelto—: La canción ya tiene nombre.

Mi frente se arrugó con fuerza tras oírlo, y me vi contrariada porque aquel tema siguiera sin título. Alan era experto en composición, eso ya lo sabía, pero aquella canción resultaba especial porque, entre sus líneas, contenía la fecha exacta en la que nos habíamos conocido.

Allie tiró de mí y me guio de nuevo al sofá. Nos sentamos. Él agarró una de las partituras y sacó, también de la pila, otra hoja que contenía varios párrafos en prosa. Era mi correo. El correo que le había mandado hacía como tres meses, cuando estuvimos a punto de terminar. Sentí que mis facciones se contorsionaban por la vergüenza, así que hice una mueca y me encogí en mi sitio.

Él se echó a reír, causando que mi cuerpo se estremeciera por la cantidad de hormonas que se esparcían por mi fisonomía si le escuchaba así de feliz. Su felicidad, para mí, era algo como el cielo, el paraíso terrenal. Tragué saliva mientras recibía el correo impreso, y miraba la línea señalada con un subrayador verde fosforescente. Alan continuó apuntándola con el dedo y la leyó

dos veces.

—Ya... —le pedí—. Me da mucha pena que leas esto.

—No, no —se apuró a decir, adoptando una nueva postura de énfasis—. Le hice unos cambios a la canción. Ahora... escucha.

Tomó a Rib otra vez, tocó la introducción y avanzó sin pasar por las primeras estrofas, yendo de tajo hacia el estribillo. Una de las frases centrales había cambiado; entonces volví a leer la línea señalada en el correo, y me llevé la sorpresa de mi vida. Otra más. Otra sorpresa junto a él. No era, esta vez, la clase de sensación sorpresiva que me dio cuando descubrí que tenía otro padre, y que, en realidad, Tony no lo cuidaba por buen samaritano. Tampoco fue algo parecido a cuando supe de su trasplante de médula ni cuando me enteré de la procedencia y la naturaleza de su nacimiento.

Todo lo que pude sentir cuando vi que había acuñado una de mis frases de despecho, en su canción de amor para mí, fueron las ganas inmensas de acurrucarme en sus brazos, y pedirle que me amara hasta el hartazgo. Sin embargo, mi cuerpo permaneció en una inercia trepidante, presa de muchos sentimientos.

La partitura ahora tenía título, y debajo estaba mi nombre y el suyo, en una sola línea.

—Yo no me merezco el crédito —le dije—. *No* lo hagas, por favor.

—Ya te dije que le hice modificaciones —señaló, con un gesto severo en sus ojos. Allí mismo, me sentí su alumna y no su novia; en este sentido, Alan daba miedo. De manera que no fui capaz de contradecirlo, sino que parpadeé varias veces y releí la canción en la partitura—. Tenía un hueco enorme. Siempre le faltó algo.

—Pensé que el hueco se había llenado luego de que Nancy la cantara —le dije.

—En parte funcionó —musitó Alan, dejando a Rib en el suelo—. Pero no se sentía bien, aunque estuviera completa. La semana pasada releí este correo porque tenía ganas de borrarlo, y entonces me di cuenta de qué era lo que faltaba.

Asentí, sin poder entender su punto. Alan me sujetó la mano derecha y comenzó a besar mi piel hasta la muñeca. Las hormigas no tardaron.

—Tu voz en mi silencio, se llama —susurró, acercándose a mí de un solo movimiento.

Yo continué mirando el color del papel, las letras, las notas y los muchos rayones que tenía. Pero, en ese momento, mientras él comenzaba a besarme el cuello y atraerme para que le respondiera con la boca, supe que toda mi vida se podía resumir en esas partituras; en las notas —armoniosas o no— que surgían a través de su voz y las letras que escribía con su pluma de tinta azul. Así que, todas las veces que le había escuchado cantar, Alan me hizo recordar a mi padre con su típica frase: "¿Qué es la música si no una búsqueda continua de sentimientos?".

Volví mi rostro a él y acepté sus labios. Además, acepté que, para mí, la música eran él y las cosas múltiples que había aprendido a su lado. Las cosas dolorosas que no conocía y a las que le tenía miedo y respeto, a las que nunca había pensado en aventurarme.

Alan se apartó unos instantes, se arrellanó en el sofá y me atrajo más. Me subí a su regazo al notar que no nos alcanzaba el espacio en el sillón y que quería estar más cerca de su pecho, de su respiración, del sonido que emite la vida cuando está en su cumbre.

—Tu voz en mi silencio, entonces —repetí, apenas separándome de su boca.

Se quitó los lentes y los puso en la mesita del centro. Con su nariz, acarició la mía y se movió para estirarse más en los cojines. Los dos nos recostamos en el sofá y él me abrazó desde su posición. Tenía que mirarlo hacia arriba y así, los lunares de su cuello, y especialmente el lunar en su mejilla, quedaron a mi vista.

Su piel era como la de un bebé, pálida y suave, y las pestañas castañísimas en sus párpados, hacían más llamativos sus ojos. Clavé la mirada en sus iris de arcoíris, que ahora mismo me parecían más lilas, tanto como las de Liz Taylor. Él no hacía ningún mohín, ningún movimiento, sino que se limitó a estudiarme con lentitud, quizás para memorizarme de nuevo.

Quizás para grabarse mi imagen junto a su cuerpo, aprisionada por voluntad propia y libre, aun así.

—Hay algo que me incomoda, y que tengo que decirte o si no me voy a volver loco —masculló, colocando la cabeza en el apoyabrazos, igual que yo.

Hubo un instante en el que ahogué un par de palabras en mi interior, solo porque no quería que el momento que estábamos compartiendo, este que se sentía como una especie de reconexión, se rompiera.

No obstante, me mantuve callada y a la espera.

—Te encanta el suspenso ¿no es así?

—¿Es verdad que Tony te dijo sobre mi situación genética? —preguntó, con un dejo de amargura.

Aquella vez en la que su padre me había abordado con una sandez tras otra, se removió en mí como un recuerdo insalubre. Evadí su mirada, para ver hacia el techo y sopesar mis probabilidades.

—Voy a cuidar de tu salud, no te preocupes —me sinceré.

—Mi madre tuvo neumonía cuando pequeña y Tony sufrió de muchos problemas respiratorios también —suspiró—. Es obvio que ese gen en su sistema inmunológico se intensificó al duplicarse. La verdad es que nunca he querido estudiar mucho ese tema de los genes. Me dan jaqueca. Pero si tú quieres discutirlo...

—Lo único que quiero es que seas valiente.

Su mirada se suavizó, pero su expresión adquirió un tono más lívido.

—*Jesús*: eres tan imposible. —Depositó un beso sobre mis labios y me puso la mano en la cintura—. Voy a ser valiente. Por nosotros.

Le puse tres dedos en los labios, segura de que aquella conversación le dolía más a él que a mí.

—El solo hecho de imaginarte torturado por la idea de no estar sano para mí, me duele —le espeté. Él volvió a inhalar aire con fuerza, pero con mucho alivio—. Y sé que lo que menos quieres es hacerme daño. Así que, por favor, olvídate de eso. Ni siquiera sabemos si habrá mundo el día de mañana. —Fui yo quien se movió esta vez para colocarse encima de él. En cuanto lo logré, sus manos me apretaron en su pecho y se aseguró de mirarme con mucho detenimiento. De esa forma en la que estábamos, podía leerme toda, estaba segura—. El ayer ya no existe, es el hoy el que apremia, y si esto es todo lo que me promete el futuro, me es suficiente ¿comprendes?

Me agaché para besar su mentón, al tiempo que recorría con la mirada la extensión de sus labios; parecían resecos por el clima; los besé para humedecerlos en conjunto con los míos. Allí se dio cuenta de la exigencia en mi caricia y alzó la cabeza para darme mayor libertad.

Absorbí su aliento y el calor que emitía su piel por encima de la ropa. Me encontraba, allí mismo, más ansiosa por sus manos tocándome, por la intimidad a la que estábamos ajenos desde tiempo atrás. Éramos dos centros caloríficos esperando ser alimentados, o, en su defecto, ser disminuidos.

—¿No tienes hambre? —inquirió, acabando con el contacto.

Sonreí, y él me imitó.

—Un poco. —Sobresaltada por la temperatura de mi cuerpo, lo dejé en paz y me incorporé, dándole espacio a él para que hiciera lo mismo.

Nos acomodamos la ropa, yo el cabello y le ayudé a apilar las partituras. Mientras veía cómo guardaba a Rib en su estuche, me fijé en la bonita proyección que tenía de él en esta parte de mi vida.

Di un par de zancadas en su dirección y lo abracé por la espalda, recargando la mejilla a la altura de su omóplato izquierdo. Una de sus manos agarró la mía y su respiración, acompañada con el ritmo de sus latidos, se hizo más ronca.

—Eres un ángel ¿sabes?

Se giró, abrazándome de inmediato. Negó con la cabeza y acunó entre sus manos mi rostro. Me besó como nunca, como siempre, como esperaba que lo hiciera si mi vaso comenzaba a vaciarse. Puse las manos en su cintura y le robé un poco de su calor. No hacía frío, pero el tipo de tibieza que salía por su anatomía, me era tan indispensable que pensé que jamás me iba a acostumbrar a ella.

Dejamos el departamento abierto por si Fátima necesitaba cambiar dinero. Y cuando nos dirigimos al auto, antes de que él terminara de dar indicaciones al tipo que reparaba el anuncio, llegué a la conclusión de que ya no había nada que pudiera hacerme retroceder.

Quizás él todavía le tenía miedo a la oscuridad y la sensación de claustrofobia se presentaba si pasaba mucho tiempo en un lugar sin luz; pero esa era la naturaleza de nuestra relación: mi felicidad ya no consistía en el tiempo que llevábamos juntos, en lo que significaba para él la muerte de su madre, o el saber que Tony lo repudiaba porque era el vivo retrato de Belén. No. Mi paz interna se debía a que, con defectos, malos momentos, y cambios de humor, él era mi ángel en el valle de sombras y muerte que puede llegar a ser la vida.

## Epílogo

—*Ése* —recalcó Nancy, mientras se acuclillaba para estudiar el largo de una tela de color azul eléctrico— es el trabajo de la mejor amiga ¿sabes?

Puse los ojos en blanco, pero ella no me estaba mirando de todas maneras porque se encontraba muy concentrada en la tarea de elegir cortinas para mi departamento. Tiré de la punta de otra tela y fingí que me interesaban el color, la textura y las feas flores que tenía dibujadas.

Una dependienta se acercó a mí, me preguntó si no necesitaba nada y cuando le dije que estábamos bien, regresó por su camino.

—Nancy, no necesito que me compres cortinas —le dije—. Además, no creo que a Alan le vaya a gustar ese color...

—¡Exacto! —se rio, levantándose casi de un salto y sonriéndome como si hubiera dado con la respuesta a la mayor encrucijada de la vida—. Que se le quite lo amargado de una vez. —Resopló. Caminó, con energía renovada, hacia otro rollo de tela en un rincón opuesto; este era de tono dorado, más escandaloso—. Tienen que llenar de vida ese sitio, además.

—Ya está lleno de vida; vamos a vivir allí juntos —sentenció.

Yo sabía que no la iba a hacer desertar de la idea de comprarme cortinas; aquella era una batalla que no podía ganarle desde hacía muchísimo tiempo. Sin embargo, me gustaba compartir mis horas con ella porque era la única persona que me conocía a mí y a Alan en todos los sentidos: *todos*.

Mi padre decía que era porque los tres, de cierta forma, habíamos vivido los abusos desmesurados de la vida; una infancia difícil, una adolescencia ensombrecida por un error. Pero, gracias a Dios, elegimos un camino que nos tocó recorrer acompañándonos.

De esa forma la vida no duele tanto.

—¿Qué te parecen estas? —dijo, señalando un rollo de colores perla, discreta y musical; le sonreí—. ¡Eureka!

—Actúas como si fuera el Armagedón y la salvación del mundo dependiese de esas cortinas...

Nancy hizo una mueca, dejó en paz las telas y me miró, sus cejas fruncidas. Llevaba el cabello en un moño arriba de la cabeza, unas enormes gafas en el rostro y se había colocado una vestimenta totalmente desgarbada.

Respiré profundo al presentir lo que le seguía a su manera de observarme.

—Te vas a vivir con tu novio —ironizó—. Si por mí fuera te regalaba una casa, un auto; *algo*...

Asentí: porque entendía su punto.

Alan era el compositor personal de Nancy, ahora que su carrera estaba en lo más álgido. Y yo me había convertido, según ella, en una de las personas que podrían matarla si se lo propusiera. Pero eso, de nuestra amistad, no era lo más importante.

Lo más importante radicaba en el hecho de que, mi vida sin ella, no sería lo mismo.

—Y, aun así, seguiría sintiendo que te debo demasiado. —Alzó la mirada unos instantes, quizás para controlar el amago de emoción en su voz—. Soy eufórica de antemano, pero dos de las

personas más importantes en mi vida *al fin* dieron su brazo a torcer. Con eso de que ustedes están en contra de tantas cosas con la religión y el gobierno, nunca pensé que llegarían a tomar la decisión.

—Era lo más lógico —me reí. Volví a fingir que miraba las telas.

Cuando demoró en responder, me giré para encararla. Su gesto pensativo estaba allí, y yo sabía lo que eso significaba.

—¿Te vas a casar porque *es lo lógico*? ¿Porque llevas seis años de novia con él y es lo que se espera de ambos?

De nuevo entorné los ojos. Pero en esta ocasión, me decanté por explicarle—: En términos sencillos, me voy a casar con él porque me preguntó y, como lo amo, le dije que sí.

—Menos mal —dijo ella—. De todos modos, si le digo a Alan que les voy a regalar algo caro, se va a enojar conmigo. ¿Sabes lo que significa que tu compositor y amigo se enoje contigo?

—Perfectamente.

—¿Entonces? —se burló, tirando tan fuerte de un rollo de tela que fue a parar al piso—. Déjame escoger unas malditas cortinas azul eléctrico, y ya.

Suspiré, mientras miraba en derredor y después a ella. Tras clavar los ojos en sus pucheros de niña, a pesar de que ya era una mujer de casi veinticinco años, comprendí que seguiría perdiendo la batalla hasta el infinito y más allá. Su expresión se aligeró al ver que cambiaba mi postura, y así continuamos vagando entre enormes rollos de tela. Para cuando terminamos y Nancy había elegido como diez tonos diferentes, mi teléfono ya estaba repleto de mensajes de Allie.

Caminamos en dirección del estacionamiento, a donde él nos iba a recoger. En cuanto lo tuve en mi campo de visión, entendí los motivos de mi compañera para ser tan terca en algunos aspectos. La imagen de un Alan enojado, además de irritado por un regalo como los que había insinuado Nan, me causó repelús.

—¿Qué hiciste esta vez? —preguntó él, al notar las bolsas que cargábamos.

Nancy le pidió que abriera el portaequipaje del auto. Allie lo hizo a regañadientes y me miró con confusión al tiempo que nos ayudaba a guardar las bolsas.

Apenas terminar y entrar en el coche, Nancy le espetó—: Nada que no vaya a gustarte.

—¿Debería tener miedo? —inquirió, con sorna.

Me encogí de hombros al no ser capaz de esconder lo divertida que me encontraba.

—Cállate. —Nancy le dio un golpecillo en el hombro izquierdo, mientras él resoplaba y comenzaba a conducir calle arriba—. No es para tanto. Después de todo, se van a casar una sola vez.

Alcancé a notar el rubor que se formó en las mejillas de él, pero me quedé en silencio y contemplé la calle abarrotada de gente, de autos, de sonidos. Nancy comenzó a explicar que, una boda, por muy sencilla que sea, debe de tener su magia personal. Alan la escuchó en silencio, un atisbo de sonrisa en sus labios. Se lo veía tan tranquilo con la imagen del evento, que el alivio me embargó.

Nancy tenía razón: las cortinas azules iban a ser algo muy original como regalo de bodas.

## Para Alan, con despecho

No sé qué decir para que entiendas que no es tu culpa. Quisiera poder abrir mi mente y mostrarte que, todo este tiempo, vengo solo sintiendo cosas hermosas gracias a ti, que mi vida dejó de ser un silencio perpetuo gracias a ti, que mi corazón late con frenesí cuando te veo, y que, también gracias a ti, poseo tantas fantasías sexuales como anhelos.

Te amo, Alan.

Tu voz me ha salvado de los silencios; me ha sacado de las tinieblas, de ese lugar horrible que se volvía mi cabeza. Tu voz en mi silencio es todo cuanto creí tener y que al parecer nunca fue mío.

Ojalá que no se me acaben nunca las palabras porque necesito sacar todo lo que llevo dentro; jamás me has permitido hablar así. Jamás has querido escucharme decir cuánto amor te tengo, cuánto te admiro, y cómo idolatro la persona tan hermosa que eres. Eso: te idolatro, y tal vez estoy mal por hacerlo; quizás estoy mal al amar a una persona que no se ama a sí mismo, y que en consecuencia piensa que merece estar solo. Sin embargo, tampoco me importa.

No me importa que no me ames como yo a ti. No me importa cuán desesperada me encuentro ahora por tu culpa ni cuánto dolor me has causado al alejarte. No me importa si un día, un día lejano, me vuelvo a enamorar de alguien más; eso no tiene importancia justo ahora; ¿sabes por qué? Porque algo en mí me dice que no voy a poder olvidarte, que eso de olvidar es una cosa que nadie puede hacer, que mirar hacia tras y suspirar es lo más normal del mundo.

No estoy mal por sentir rencor hacia mi madre, aunque pienso que al fin comencé a superarla. Tú sí estás mal, mi amor. Estás tan equivocado respecto de ti, que no sabes lo bello que eres, lo indispensable que te vuelves para las personas que están a tu alrededor. Estás tan mal que me hieres a mí aun cuando sabes que te adoro con mi alma.

Te adoro con mi alma. Te pienso, te extraño y creo que, si no vuelves, cada partícula de mi ser, incluido mi corazón hecho pedazos, te va a extrañar por el resto de mis días. Estoy, sinceramente, destrozada. Me quedo, lamentablemente, fría si no estás, seca, sin nada. Y no hablo de que no valore todo lo que tengo, pero eso no cuenta.

Mi padre, mi madre y mis amigos me aman de una forma diferente a como yo deseaba que me amaras tú.

Quise ser la chica que cambiara algo en tu vida, y siento mucho que no me lo hayas permitido. Espero que suceda como en las novelas románticas, que esto, el amor que pensé que estaba naciendo de nuestra relación, haya sido una etapa más para ti y que un día llegue la indicada. Espero de todo corazón que solo sea eso, que el amor no sea convicciones ni decisiones, sino *cosas* que no se pueden explicar, cosas intangibles.

Deseo que esto haya salido mal simple y sencillamente porque yo no soy para ti, no porque tú no hayas querido.

Te juro que no quiero desquitarme, pero tenía que decirte lo que pienso. Eres un hombre inteligente y sé que vas a comprender, en el fondo, mis palabras, aunque te duelan. Quién sabe, a lo mejor, como tú dijiste un día, se te olvidan.

¿Crees poder hacerlo? ¿Crees poder olvidar que te estoy reclamando por lastimarme? ¿Por herir cada uno de los sentimientos hacia ti acunados en mi cerebro? ¿Por arruinar mi percepción de la música y por hacer de mi entorno una constante y eterna repetición de tu existencia?

¿Cuánto tiempo puedes seguir fingiendo?

Pregúntatelo...

*Con todo mi amor y recelo, una muy despechada Nina.*

## Para Nina, con amor

*Quise ser yo, no el motivo  
La razón.  
Lo que escuches, lo que temas.  
Amanecí, con dolor, con miedo...  
Lleno de angustia, de tormento.  
Esperando despertar...  
Quise ser yo... un soñador más,  
Y desperté para mirarte a ti.  
Hablo de voces y encuentros,  
De esos vacíos eternos,  
Hablo de ti y del cáncer  
Que sufriste y superaste,  
Hablo de ti... para hablar de mí...  
De ese odio que venciste, que al final desconociste  
/Y soy yo quien te suplica... enséñame.  
Ven, enséñame a tenerte  
Eres tú, la oscuridad y el miedo  
Es tu voz en mi silencio,  
Las lágrimas que derramaste y... me bebí./  
Por la angustia y el deseo,  
Ayer quise dormir sin soñarte,  
Hablar sin pensarte  
Fumar sin recordar que puedo morir mañana...  
Y no encontrarte.//*



## Agradecimientos

Esta fue mi primera novela escrita en un lapso de tres meses. Debido a mi estado emocional de ese momento, puede que la hayan encontrado especialmente pesada en la parte sentimental, un poco exagerada en el drama, y muy retorcida en algunos otros aspectos. Sin embargo, dado que la escribí para sacar todo aquello que me sobrepasaba cuando murió mi papá, el resultado es por completo de mi satisfacción, mucho más ahora que he encontrado personas que la aman a su manera, aunque pueda ser calificada de oscura y melodramática desde muchas perspectivas.

Con esto, no quiero decir que la opinión de las lectoras a las que no les guste no me interesa, ni tampoco estoy tratando de justificar la posible carga de errores que cometí al impregnar una obra de mis pensamientos y sentires personales en lo que a la vida cotidiana, la pérdida y la recuperación se refiere. Respeto los comentarios objetivos que me hicieron en la travesía de la corrección, y admiro a aquellas lectoras que pudieron separar sus filosofías de las mías y aprendieron a mirar a Nina como un sujeto aparte. Un sujeto muy raro, pero aparte al final de todo. Gracias por llegar hasta acá, por compartir conmigo un viaje de descubrimiento; pedir perdón es también un proceso difícil de aceptar cuando nadie te ha dicho que hace falta. Para eso escribí *Tu voz en mi silencio*; así, tal vez, la gente empieza a reconciliarse con su niño interior, al igual que trató de hacer Nina a lo largo de la historia, cuyo final se podría interpretar cerrado, pero que esconde algo que solo aquellas que se conectaron con Alina podrán leer.

Búsquenme en mis redes si quieren comentarlo.

Todo mi amor, Liz.

## Sobre la autora

Autora mexicana de novelas de distintos géneros, pero inspirada, mayormente en la temática de romance rosa; entre sus gustos, se encuentran el fruncir el ceño cuando alguien dice un disparate y abusar un poco de la palabra *ok*, mucho más si no tiene nada mejor que decir. Seriéfila, cinéfila, amante de la buena música, y del frío. Lectora por afición. Escritora amateur. Esposa, amiga y consejera. Siempre se desvela y cada dos días da a luz a una nueva historia, al menos a la idea.

Fundadora del Club Betha, un grupo de lectura dedicado a sus obras. Sean bienvenidas. Hay mucho de lo que charlar ahí (y también encuentran cinco capítulos extras de «Tu voz en mi silencio», totalmente gratuitos). Pueden encontrarla en cualquiera de sus redes sociales, bajo el usuario *lizquo\_*.

